
CINDY RAVEL
LAS PAREDES RECUERDAN
Thriller psicológico
Algunos secretos nunca mueren

LAS PAREDES RECUERDAN

Cindy Ravel

Copyright © 2020 Cindy Ravel. Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción o transmisión, total o parcial, de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones o cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin la autorización por escrito de la autora.

RESUMEN

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

26

27

28

29

30

31

32

Epílogo

1

Diez años de silencio

Ella no durmió.

En realidad no. Esas dos horas entre la llamada y el amanecer no cuentan; no fue sueño, fue ausencia. El cuerpo se rindió porque no le quedaba otra opción, el cerebro siguió girando en la oscuridad, sin rumbo, como un motor que se ha quedado sin combustible.

Camille lleva veinte minutos sentada al borde de la cama.

Ella no se mueve.

Dentro del apartamento, reina el silencio. Lyon sigue dormida. La calle está desierta, salvo por el lejano sonido de un camión de reparto doblando la esquina, esos ruidos urbanos que nunca cesan del todo y a los que se ha acostumbrado tanto que ya no los oye. Se ha acostumbrado a ellos como uno se acostumbra a todo: poco a poco, obstinadamente, decidiendo que esta es la normalidad ahora: este apartamento, esta calle, esta vida construida lejos de todo.

Lejos de ellos.

Lejos de eso.

Se mira las manos en la penumbra. Las manos de una mujer de treinta y siete años: algunas cicatrices leves, uñas cortas, ese pequeño callo en el dedo índice derecho que el bolígrafo ha desgastado con los años. Manos corrientes. Manos de las que no hay nada de qué avergonzarse.

Sabes lo que hiciste.

Ella ahuyenta ese pensamiento. No sabe de dónde viene. De ninguna parte. De las profundidades de esta noche interminable y de este cansancio que nubla su mente.

Ella se levanta.

La ducha está fría. Y lo está a propósito.

Necesita esto: este shock, este mordisco en la piel, algo físico y brutal que obligue a su cuerpo a estar presente, íntegro. El agua fría le quita el aliento durante los primeros segundos, luego se acomoda, dejando que el frío haga su efecto. Aclarar. Ordenar. Poner todo en su sitio.

Su padre ha muerto.

Ella coloca el hecho ante sí como quien coloca un objeto desconocido. Lo examina. Lo rodea.

Édouard Dubreuil. Sesenta y ocho años. Cayó por las escaleras de la casa familiar en la Dordoña. Murió en el hospital de Périgueux el martes por la noche. Eso fue lo que Julien le dijo: cinco frases, ni una más, con voz monótona y seca como una mesa recién limpiada.

Un accidente.

El dolor debería estar presente.

Él no está aquí.

Camille espera en el agua fría a que algo se rompa en su interior: una lágrima, un sollozo, ese dolor de una hija que pierde a su padre, ese dolor normal, humano y esperado. No pasa nada. Solo ese vacío familiar y honesto, ese vacío que ha aprendido a no considerar anormal porque revela algo verdadero sobre lo que ese hombre significó para ella.

Un desconocido que tenía el mismo nombre.

Un lugar desconocido en el que todavía buscaba a veces la huella de alguien a quien había amado de niña.

Ella cierra el agua.

Se viste rápidamente. Unos vaqueros oscuros, un jersey grueso; aún no sabe cuántos días se quedará y prefiere no pensar en ello. Prepara su maleta en quince minutos, con movimientos mecánicos; no está concentrada en eso. Está pensando en otra cosa. Está pensando en la voz de Julien.

Julien mentía con la misma facilidad con la que respiraba. Ella lo sabía desde la infancia, desde que observaba a su hermano mayor

con una mezcla de admiración y temor que aún no sabía cómo definir. Julien mentía sobre cualquier cosa: para evitar castigos, para quedar bien, por el puro placer de ver cómo los demás se tragaban sus palabras. Poseía un talento singular e inquietante: su voz nunca cambiaba. Tampoco su rostro. Solo sus ojos, si uno sabía cómo mirarlos, se endurecían imperceptiblemente cuando inventaba algo.

Ella no puede ver sus ojos en el teléfono.

Pero ella oye lo que oye.

Un accidente.

Esas dos palabras, dichas por Julien, suenan falsas. No dramáticamente falsas, sino sutilmente, insidiosamente falsas. Como una nota ligeramente desafinada en una pieza conocida. Uno podría pasarla por alto. Uno podría optar por pasarla por alto.

Camille nunca supo elegir la ceguera.

Ese siempre ha sido su problema.

Se bebe un café de un trago de pie en la cocina, con la mirada fija en la ventana. El cielo empieza a palidecer, con ese gris matutino que precede al rosa, esa luz vacilante que aún no se decide a ser de día. Observa los tejados de enfrente, las chimeneas, la antena oxidada del edificio de enfrente que se clava en el cielo como una espina.

Diez años.

Diez años desde la última vez que volvió allí. Diez años desde la última vez que vio la casa, salvo en sueños; y en sus sueños, siempre es lo mismo. Demasiado grande. Demasiado fría. Ese silencio catedralicio y esos muros gruesos que absorben el sonido, que lo absorben todo, los gritos y las lágrimas y las verdades que crees haber gritado lo suficientemente fuerte como para importar, y que aún así desaparecen, engullidas por la piedra.

Se marchó a los veintisiete años con dos maletas y una certeza.

La certeza de que, si se quedaba, la casa acabaría por digerirla.

Como había digerido a los demás.

Deja la taza. La enjuaga. Realiza estos gestos precisos e inútiles porque necesita un minuto más en su apartamento, en este espacio que ha construido poco a poco, libro tras libro, planta tras planta, hasta que se asemeja a algo habitable. Necesita un minuto más antes de irse.

Antes de volver allí.

Su coche está aparcado en la Rue des Marronniers, a doscientos metros de su casa.

Sale del edificio a las 6:20. El aire es frío y penetrante, como esas mañanas de noviembre que huelen a lluvia inminente y asfalto mojado. Se ajusta el abrigo. Camina deprisa, no porque tenga prisa, sino porque siempre ha caminado rápido, esa vieja costumbre de una mujer que se mueve como si tuviera un destino específico e importante. Una coraza de movimiento.

La calle está casi desierta. Un hombre pasea a su perro. Pasa un ciclista con la cabeza gacha, luchando contra el viento. Acaba de abrir una cafetería; la luz amarilla que emana de su interior ilumina la acera como una promesa de calidez.

Camille no se detiene.

Está pensando en Elise.

Su hermana pequeña, a quien apenas había visto en los últimos diez años —unas cuantas llamadas incómodas, dos o tres veces en Navidad cuando las circunstancias lo exigían—, esa incomodidad entre ellas que no había hecho más que crecer con el tiempo. Elise tenía diez años cuando Camille se fue. Ahora tiene treinta y siete. Entre las dos, hay toda una vida que Camille desconoce.

No le preguntó a Julien cómo estaba Elise.

Ella se culpa a sí misma.

Mete la bolsa en el maletero. Se pone al volante. Ajusta el asiento, el retrovisor: gestos automáticos que preceden a cada viaje, un ritual de conductora meticulosa en la que se ha convertido sin proponérselo. Arranca el motor. Tose una vez, como todas las mañanas, y luego se calma.

Cuatro horas en coche. Quizás cuatro horas y media con los atascos al salir de Lyon.

Ella programa el GPS, no porque haya olvidado el camino. No lo ha olvidado. Lo conoce como quien conoce los caminos de los que ha intentado escapar: con precisión, con dolor, hasta el último detalle. Programa el GPS porque necesita oír una voz que le diga adónde ir. Cualquier voz. Incluso una sintética.

Ella va primero.

Es entonces cuando mira por el espejo retrovisor.

Reflejo.

Es simplemente un reflejo del conductor antes de arrancar.

El espejo retrovisor le devuelve la calle: los castaños desnudos, los coches aparcados, la fachada de su edificio con las persianas aún cerradas a estas horas. Su edificio. Su ventana. La segunda planta, la tercera ventana desde la izquierda.

Delante de su ventana.

Una silueta.

Camille pisa el freno. Sigue detenida, el motor está en marcha, no se ha movido ni un centímetro. Mira por el retrovisor y cuenta —un segundo, dos segundos— para asegurarse de que no le engañan los ojos, de que el cansancio, la noche de insomnio y la conmoción de la llamada no le estén creando fantasmas.

La silueta está ahí.

Inmóvil. Apoyada contra la pared opuesta, a la altura exacta de su ventana. Una silueta oscura en la tenue luz matutina. Demasiado quieta para pasar desapercibida. La quietud de alguien que espera u observa; no es lo mismo, pero en este caso, ella lo percibe.

Ella sabe reconocer la vigilancia.

Eso también es un reflejo. Aprendió desde joven, en esa casa, comprendiendo constantemente que en familias como la suya, las miradas nunca son inocentes.

Ella se da la vuelta.

La calle está vacía.

La figura ya no está allí.

Camille permaneció inmóvil al volante durante varios segundos. El motor estaba en marcha. La voz del GPS le indicó que girara a la izquierda en doscientos metros, pero no la oyó. Recorrió con la mirada el edificio de enfrente: la pared, la acera, la entrada del edificio vecino. Nada. Nadie. Solo la calle despertando lentamente, una ventana iluminándose en el piso de arriba, el repartidor de pan aparcando su furgoneta más adelante.

Puede que se lo haya imaginado.

Apenas durmió. Está conmocionada por una noticia que, aunque esperada e incluso temida en cierta medida, la ha dejado desorientada. Vio una sombra, un transeúnte apresurado, alguien mirando su teléfono.

Ella no se lo había imaginado.

Camille Dubreuil creció en una casa donde la supervivencia requería estar atenta a todo: a los silencios, a las miradas, a las presencias en los pasillos. Desarrolló esta agudeza como otros desarrollan un oído musical: por necesidad, para sobrevivir, comprendiendo desde muy temprana edad que los peligros rara vez anuncian su presencia.

Había alguien allí.

Alguien estaba mirando por la ventana.

Alguien sabía que se iba a marchar.

Conduce durante una hora sin estar realmente presente.

Su cuerpo hace el trabajo: manos en el volante, ojos en la carretera, cambiando de carril, saliendo de Lyon en medio del tráfico matutino que empieza a espesarse. Su cuerpo sabe conducir solo. Su mente, sin embargo, está en otra parte.

Ella reconstruye la secuencia.

Julien la llamó a las cinco de la mañana. Ella salió a las seis y veinte. Durante ese tiempo, no contactó a nadie. Ni llamadas, ni mensajes. Preparó su maleta en silencio en un apartamento con las persianas cerradas.

¿Cómo sabía alguien que se iría esta mañana?

La respuesta obvia: porque alguien sabía que Julien la había llamado. Porque alguien sabía que la muerte de su padre la traería de vuelta. Porque alguien conocía a Camille Dubreuil lo suficientemente bien como para saber que no tenía otra opción.

Porque esa persona lo había planeado.

Pasa por Vienne. El valle del Ródano se abre a su derecha, gris y frío bajo el cielo bajo. Normalmente le gusta este paisaje; hay algo grandioso e indiferente en estas colinas y en este río que siempre le ha sentado bien. Esta mañana, no lo ve.

Está pensando en su padre.

No a su padre muerto. A su padre vivo, o a lo que quedaba de él en los últimos años. A ese anciano al que a veces llamaba, rara vez, en esas conversaciones breves y vacías donde intercambiaban información como si fueran pelotas de ping-pong sin llegar a tocar lo que realmente importaba. ¿Cómo estás? Sí, ¿y tú? Sí. El vacío cortés de dos personas que habían renunciado a intentar comprenderse.

Pero la última vez que había hablado con él por teléfono —hace seis semanas, quizás dos meses— algo había cambiado.

Su voz.

Édouard Dubreuil tenía una voz de notario, tranquila y suave, una voz que no dejaba escapar nada. Pero aquella noche —era una noche, recuerda ella, volvía a casa del trabajo, estaba cansada— su voz tenía algo diferente. Algo tenso. Como si las palabras lucharan por salir. Como si quisiera decir algo distinto de lo que estaba diciendo.

"¿Estás bien, Camille?"

"Sí, papá. ¿Y tú?"

Silencio.

"Cuídate."

Colgó antes de que ella pudiera contestar.

Miró su teléfono. Pensó en devolverle la llamada. No lo hizo.

Ella nunca volverá a llamarlo.

Ella se detiene en un área de servicio después de Valence.

Necesita salir del coche, caminar tres minutos, sentir algo más que el habitáculo y sus propios pensamientos confusos. Coge un café de la máquina expendedora —un líquido marrón y amargo que solo se llama café— y se lo bebe de un trago de pie junto al coche bajo el cielo color hojalata.

A su alrededor, familias, camioneros, gente que se va y gente que regresa. Estos rostros del viaje, presentes y ausentes a la vez, ese curioso espacio intermedio de la zona de servicio de la autopista donde en realidad no hay nadie en ningún sitio.

Ella vuelve a sacar su teléfono.

Revisa sus contactos. Se detiene en Elise.

Ella marca el número.

Suena durante mucho tiempo. Demasiado tiempo. Camille está a punto de colgar cuando oye la voz de su hermana: una voz ronca, como la de alguien que acaba de despertarse o que ha llorado toda la noche.

"Camille."

No es una pregunta. Solo un nombre de pila dicho en voz baja, como si pronunciarlo costara algo.

"Me pongo en camino. Estaré allí a primera hora de la tarde."

Silencio.

"¿Elise? ¿Puedes oírme?"

"Sí."Una pausa. "No deberías haber venido."

Camille abre la boca. Pero Elise ya ha colgado.

Ella mira fijamente la pantalla negra de su teléfono.

No deberías haber venido.

No es un "Me alegro de que hayas venido". No es un "No te necesito". No es el alivio de una hermana pequeña al encontrar a su hermana mayor en un momento de duelo.

Una advertencia.

Ella ha vuelto a la carretera.

El cielo se vuelve denso a medida que avanza hacia el sur. Aún no llueve, pero se siente esa presión en el aire, esa ominosa luz amarilla que precede a las tormentas. La Dordoña en noviembre tiene una peculiar manera de dar la bienvenida a la desgracia: con una grisura resignada, con paisajes que parecen haber sabido desde siempre que las cosas acabarían mal.

Camille conoce este camino de memoria.

La conoce por sus últimas curvas, por cómo la carretera departamental se estrecha al pasar Sarlat, por ese último kilómetro de sendero forestal que separa la carretera principal de la casa. La conoce como se conoce el camino al matadero: con precisión, de forma irrevocable.

En su mente, la casa está tomando forma.

Las piedras grises. Las contraventanas de madera que nunca se pintan con la frecuencia necesaria. La fachada, demasiado alta para ser cómoda, esas ventanas estrechas que parecen mirar hacia afuera en lugar de dejar entrar la luz. La hiedra en el muro este, que su padre se negó a cortar porque la encontró viva. El gran roble del patio, que debe tener dos siglos de antigüedad y ha sobrevivido a todos.

La casa sobrevivirá a todos.

Eso es lo que le asusta.

Llega a la vista del edificio a la 1:40 PM.

Aparca en el camino de grava que sirve de aparcamiento. Apaga el motor. Permanece sentada en el repentino silencio, con las manos en

el volante y la mirada fija en la fachada.

La casa está exactamente como él la recordaba.

Exactamente. Ni una persiana más o menos. Ni una piedra movida. El tiempo no tiene cabida aquí, o casi. Solo esta hiedra un poco más espesa en la pared este, solo estas hierbas altas en los laterales que nadie ha cortado desde otoño. Pero el resto permanece intacto, congelado, conservado en ese ámbar particular de los lugares que se resisten al cambio porque el cambio los obligaría a admitir que el tiempo pasa.

La puerta principal se abre.

Hélène Dubreuil aparece en el umbral.

Vestido negro. Peinado impecable. Las manos entrelazadas frente a ella en esa postura de absoluta dignidad, esa armadura de buenos modales que nunca se quita, ni siquiera para recibir a su hija después de diez años de ausencia tras la muerte de su esposo.

Sus miradas se cruzan.

Camille sale del coche.

Ella camina hacia su madre.

Y en los ojos de Helen —en esos ojos azules apagados que nunca han dado nada gratis— ella busca algo.

Dolor. Miedo. Alivio al verla.

Cualquier cosa humana.

Todavía no sabe cómo llamar a lo que encuentra.

Pero no es duelo.

"Te ves bien."dijo Hélène.

Tres palabras.

Camille mira a su madre y piensa: así que eso es todo. Diez años. Un padre muerto. Y tres palabras que no dicen nada. Palabras elegidas precisamente para no decir nada, para imponer una normalidad superficial a algo que no existe.

Piensa en la figura que ve fuera de su ventana.

Piensa en la voz de Elise. No deberías haber venido.

Piensa en su padre al pie de la escalera, con el cuello roto, y en el olor a lejía que percibirá dentro de unas horas en la barandilla de madera encerada.

Ella le sonrió a su madre.

"GRACIAS,"dijo ella.

Y ella entra en la casa.

2

La bestia sigue viva.

La casa se traga la luz.

Eso es lo primero que siente Camille al cruzar el umbral: la desaparición inmediata del mundo exterior, del cielo, del aire. Como si el edificio tuviera sus propias reglas físicas. Sus propias leyes. Afuera, aún quedaba un resquicio de luz diurna, ese gris pálido de noviembre que dura dieciséis horas antes de desaparecer. Aquí, adentro, ya es de noche. Una noche artificial, cultivada, que no debe nada al sol y todo al grosor de las paredes.

Ella da tres pasos hacia adelante.

Ella se detiene.

El olor.

Ese olor que había olvidado... no. Creía haberlo olvidado. Madera vieja, piedra húmeda y algo más debajo, algo más persistente y profundo que las capas de cera y limpieza que recubren las superficies. Un olor a tiempo. Un olor a cosas acumuladas. No desagradable, en realidad. Simplemente presente. Simplemente inevitable.

Exactamente igual que hace diez años.

Veinte años antes.

Siempre lo mismo.

La casa no cambia. La casa no necesita cambiar. Simplemente espera. Tiene todo el tiempo del mundo.

Hélène cerró la puerta tras ellos.

Ese sonido —el pesado golpeteo de la vieja puerta de roble contra su marco— Camille lo oye resonar en su pecho como una puerta que se cierra a algo ajeno al mundo exterior. Se da la vuelta. Allí está su

madre, erguida, con las manos aún entrelazadas, su vestido negro impecable. Tiene sesenta y cuatro años y los lleva como siempre: con una rigidez que, si no se la conoce, se asemeja a la elegancia.

Camille la conoce.

Esta rigidez no es elegancia. Es una armadura. Una armadura que se ha usado tanto tiempo que se ha fusionado con la piel.

"¿Tuviste un buen viaje?"dijo Hélène.

Su voz es uniforme. Templada. La voz de esta mujer, entrenada durante décadas para no mostrar nada, para transformar las emociones más crudas en fórmulas educadas, para contener en frases sencillas abismos que no mostraría por nada del mundo.

"Cuatro horas y media",Camille responde.

"¿Has comido?"

"En el coche."

"He preparado algo para ti."

Camille la mira. Busca en su rostro un temblor, una grieta, el rastro de una sombra. Su esposo murió hace menos de veinticuatro horas. Murió en estas escaleras, a diez metros de aquí, y Hélène Dubreuil le ofrece comida con la misma entonación con la que le ofrecería café a un vecino que pasara por allí.

Nada.

El rostro está limpio. Suave.

Camille recuerda lo que Elise le dijo por teléfono: «No deberías haber venido». Y bajo esas palabras, bajo esa advertencia, había algo que no había tenido tiempo de analizar en aquel momento. Algo que se parecía más a la resignación que al miedo.

Como si Elise ya supiera lo que iba a pasar.

El pasillo.

Camina detrás de su madre, con la mirada fija en las paredes. Los cuadros son los mismos: esos paisajes sobrios y respetables de la

Dordoña, esas naturalezas muertas que nadie ha observado con atención. Las baldosas de terracota crujen bajo sus pies, las mismas que crujían cuando era niña y que aprendió a evitar para moverse en silencio.

Ese conocimiento le resulta natural.

El cuerpo recuerda.

Ella pasa junto a la escalera.

No puede evitar detenerse un segundo. Observando.

La escalera está ahí. Los escalones de piedra y madera. La barandilla: esa madera oscura y brillante, cuidadosamente encerada para siempre. No hay nada que ver. Nada obvio. Solo una escalera en una vieja casa burguesa, ordinaria y silenciosa.

Pero el olor.

Muy ligeramente.

Debajo del aroma ceroso, bajo la capa de costumbre y tiempo, ese otro olor. Químico. Frío. El olor de una limpieza demasiado minuciosa, demasiado insistente, demasiado empeñada en borrar algo que no debería quedar.

Lejía.

Camille apoya una mano en la barandilla. Solo una mano, solo por un segundo. La madera está fría bajo sus dedos. Siente algo irregular a mitad de camino: una ligera diferencia de textura, como si la superficie hubiera sido frotada con más fuerza en ese punto, como si la veta de la madera se hubiera alterado ligeramente por un roce apresurado.

"Camille."

La voz de Helen. Desde la cocina.

Ella retira la mano. Continúa caminando.

La cocina es la única habitación de la casa que parece tener vida.

Camille siempre lo había pensado. En aquel edificio frío y solemne, la cocina era el único lugar donde alguien se había esforzado por

hacerla acogedora. Quizás porque Hélène había pasado allí toda su vida, no por elección ni por vocación, sino porque era la habitación que le habían asignado desde el principio. Ella aportaba a ella lo mismo que a todo lo demás: un control absoluto y frío.

La mesa está puesta para una persona.

Un plato, cubiertos, un vaso. Pan cortado en rebanadas uniformes. Una sopera en la estufa: una sopa de verduras cuyo aroma transporta años atrás con una intensidad silenciosa. Camille conocía ese olor desde niña. Huía de él, al igual que de todo lo demás.

Ella se sienta.

Come porque tiene que comer, porque no ha ingerido nada sólido desde anoche, porque su cuerpo le exige algo concreto para sustentarse. Come en silencio, y Hélène permanece de pie junto al fregadero, con los brazos cruzados, en esa postura de siempre: esa forma de ocupar el espacio sin asentarse, como alguien que está a punto de marcharse.

"¿Dónde está Julien?"pregunta Camille.

"Está fuera."

"¿Por dónde salí?"

"No le pregunto adónde va."Un rato. "De todas formas, no me lo dice."

Hay algo en el tono. No amargura —demasiado comedida para eso —. Sino una vieja y seca desilusión. La desilusión de una madre que renunció a ciertas cosas hace mucho tiempo.

"¿Y Elise?"

El rostro de Helen cambia. Imperceptiblemente. Solo una ligera tensión alrededor de sus ojos, algo que se endurece y se cierra al mismo tiempo.

"En su habitación."

"Me gustaría verla después."

"Está cansada."

"Acaba de perder a su padre."

"Todos acabamos de perder a alguien."

La palabra alguien. No mi marido. No tu padre. Alguien. Este distanciamiento quirúrgico en una sola palabra, esta forma de poner a Édouard Dubreuil a la misma distancia de todos los miembros de la familia, como si siempre hubiera sido un poco extraño para ellos, o ellos para él.

Camille termina su sopa.

Ella deja la cuchara.

"¿Cómo ha podido ocurrir esto?"dijo ella.

Su madre no contesta de inmediato. Se toma su tiempo para volver al fregadero y enjuagar algo que no necesitaba enjuagarse.

"Se resbaló en las escaleras. Ya sabes que últimamente tiene problemas de equilibrio."

"No lo sabía."

"No llamas a menudo."

El reproche está ahí, discreto y preciso como una cuchilla. Camille lo asimila con naturalidad, sin demostrar nada.

"¿Lo encontraste?"

"Sí."

"¿A qué hora?"

Esta vez, el silencio se prolonga demasiado.

"Alrededor de las once. Me había quedado dormido temprano. Oí un ruido."

Camille la está mirando por detrás.

Un ruido.Una hora después de la caída, según la doctora —que lo comprobó y llamó al hospital esta mañana antes de irse—, obtuvo la hora del fallecimiento y la hora estimada de la lesión. La caída se produjo antes de las 10 de la noche. Hélène lo encontró a las 11 de la noche.

Una hora.

Su marido llevaba una hora agonizando al pie de la escalera cuando ella bajó.

"¿Ya estabas dormido a las 10 de la noche?"

"Había tomado una pastilla para dormir."Mi voz es perfectamente estable. "Llevo tomándolas varios meses. El Dr. Leroux me las recetó."

Ella se da la vuelta. Sus miradas se encuentran.

Hélène mantiene esa mirada sin pestañear. Esos ojos azules apagados, casi blancos en algunos puntos, que nunca vacilan. Que nunca han vacilado.

"¿Tiene alguna otra pregunta?"dijo ella.

Esto no es una invitación. Es un cierre.

Camille sube a su habitación a las seis en punto.

Ahora sí que ha caído la noche. A través de las estrechas ventanas del pasillo, no se ve nada; solo la absoluta oscuridad de los campos y bosques que rodean la propiedad, esa profunda negrura rural que nada tiene que ver con la negrura de la ciudad. La negrura de la ciudad siempre tiene un matiz anaranjado, un toque de vida. Esta negrura es absoluta.

Su habitación está al final del pasillo de la primera planta.

No ha dormido en esta habitación en diez años. Abre la puerta.

El interruptor está a la izquierda; lo encuentra sin mirar, por pura memoria muscular, esa memoria que no le pide permiso a la cabeza. Se enciende la luz. Una luz fría y blanca en el techo.

La habitación está ahí.

Exactamente como ella lo dejó.

Así es como se vería, al menos. La cama de madera oscura con su colcha azul marino, la cómoda contra la pared derecha, el escritorio bajo la ventana. Las estanterías con los libros que tenía a los veintisiete años. La sillita en la esquina que nadie ha movido jamás.

El póster sobre el escritorio: un viejo mapa de Francia, amarillento en los bordes.

Exactamente como ella lo dejó.

Camille deja su bolso.

Ella permanece de pie en medio de la habitación.

Ella observa.

El cartel es lo primero que le llama la atención.

Está ligeramente torcido.

Un milímetro. Quizás dos. Nada que un ojo común no notara, nada que no se debiera a una fijación que se había atenuado ligeramente con el tiempo. Pero Camille colgó ese póster ella misma a los diecinueve años, y lo hizo con una precisión obsesiva, comprobando la horizontalidad tres veces porque no soportaba los marcos torcidos, porque en esa casa donde todo estaba tan cuidadosamente dispuesto, quería que su habitación, al menos, fuera suya, decorada a su manera.

Ella se acerca.

Ella coloca dos dedos en el borde del póster.

Ella percibe el ligero desequilibrio. Alguien quitó ese cartel. Alguien lo volvió a colgar. No exactamente en el mismo sitio.

Ella se da la vuelta lentamente.

Ella mira a su alrededor. Con otros ojos ahora. No con los ojos de la nostalgia ni de la costumbre. Con los ojos de alguien que busca lo que ha cambiado.

La cómoda.

Se acerca. El primer cajón. Lo abre: suéteres doblados, ropa que dejó allí hace diez años, algodón desgastado y doblado. Conoce el orden en que solía doblar sus cosas. No es ese orden. Es casi el mismo. Alguien ha sido cuidadoso. Alguien se ha tomado el tiempo de guardar cada prenda con esmero.

Casi.

El segundo cajón. Las mismas conclusiones. Los objetos están ahí, todos, pero han sido manipulados. Alguien los ha revisado metódicamente y los ha vuelto a colocar en su sitio con el cuidado de alguien que sabe lo que hace.

La oficina.

Se sienta en la silla. Los cajones del escritorio, tres, a la derecha. Los abre uno tras otro. El primero: bolígrafos, lápices, un viejo sacapuntas de metal. El segundo: blocs de notas en blanco, sobres. El tercero.

La tercera estaba cerrada con llave.

La había guardado bajo llave a los veintisiete años, antes de marcharse. Una llave de escritorio pequeña, casi decorativa, que se llevó consigo y que aún conserva en un cajón de su cómoda en Lyon. Por costumbre. Sin saber muy bien por qué.

El cajón está abierto.

No fue forzada; no presenta marcas ni astillas en la madera. Se abrió limpiamente. Ya sea con una copia de la llave o con una herramienta. Interior: vacío. El fondo del cajón está vacío y hay algunos trozos de papel, como si los documentos que contenía hubieran sido retirados cuidadosamente.

Documentos.

No recuerda haber dejado ningún documento allí. Pero tampoco recuerda mucho de aquella partida precipitada, de aquella mañana de mayo en la que hizo las maletas en dos horas con una frialdad absoluta y el deseo de no mirar atrás.

Quizás había dejado algo atrás.

Quizás alguien vino a comprobarlo esta tarde, esta noche o en los días previos a su llegada.

Ella regresa al pasillo.

Fuera de la habitación de Elise. Levanta la mano. Duda. Llama suavemente: tres golpes ligeros, como si llamara a la puerta de un lugar frágil.

Silencio.

"Elise."

Nada.

"Sé que estás aquí. No quiero molestarte. Solo quería avisarte que he llegado."

Un largo silencio. Luego el sonido de una cama. Pasos. La puerta se abre unos centímetros.

Elisa.

Camille la mira y siente una opresión en el pecho que no había previsto. Su hermana pequeña tiene treinta y siete años, pero aparenta diez más. No por arrugas ni cansancio, sino por algo más, algo en sus ojos, esa luz ausente de alguien que hace tiempo se ha apagado. Lleva el pelo recogido de forma descuidada. Viste un suéter de manga larga a pesar del calor que emana del viejo radiador del pasillo.

Mangas largas.

En noviembre, eso no significa nada. Pero Camille toma notas de todos modos.

"Usted está aquí,"dijo Elise.

"Estoy aquí."

Silencio.

"No deberías haber venido."Elise repite. Pero esta vez, ya no es una advertencia. Es algo más, algo más cercano al arrepentimiento. Como si realmente lamentara que Camille estuviera allí. No por ella misma. Por Camille.

"No podía faltar."

"Lo sé."

La mirada de Elise se desvió hacia algún lugar, ni hacia Camille, ni hacia la pared, ni hacia nada en particular. Esa mirada perdida de alguien acostumbrada a buscar una salida que no existe.

"¿Has comido?"Camille dijo: "Porque hay que empezar por algún sitio".

"No."

"Debería."

"Tal vez."

Ella retrocede. Va a cerrar la puerta. Camille pone una mano en la puerta, suavemente, solo para retrasarla.

"Elise. Vamos a hablar. No esta noche. Pero pronto."

Su hermana finalmente la mira. De verdad. Y en esa mirada —en ese brevísimo instante antes de que los párpados vuelvan a cerrarse y la máscara regrese— Camille ve algo que se asemeja a un naufragio.

"Hay cosas que es mejor dejar sin saber."Elise susurra.

La puerta se cierra.

Camille se baja.

Cruza el pasillo de la planta baja. Pasa por la puerta del salón sin entrar. Pasa por el estudio; la puerta está cerrada, el estudio de su padre fallecido, con su carta quizás sobre el secante, con sus secretos cuidadosamente ordenados.

Se detiene frente a la puerta.

Ella coloca su mano en el asa.

"Esta habitación está cerrada."

La voz de Helen a sus espaldas. No la había oído llegar. Su madre se mueve por la casa como siempre: en silencio, sin previo aviso, apareciendo donde menos se la espera.

Camille no suelta el asa.

"Esa era la oficina de mi padre."

"Esta es la oficina de tu padre. No la tocamos hasta que haya venido el notario."

"¿Cuándo va a venir?"

"En dos días."

Camille se da la vuelta. Su madre está a dos metros. En la tenue luz del pasillo, su rostro es una sucesión de sombras y ángulos duros. Es hermosa, Hélène Dubreuil; siempre lo ha sido, con esa belleza seca y fría que no busca complacer, sino que impone respeto. Es hermosa y tiene miedo, y a Camille le ha costado veinte años separar ambas.

"Simplemente me gustaría ver la obra."

"En dos días."

El tono es contundente. No agresivo: Hélène nunca es agresiva. No necesita serlo. Tiene otras maneras de cerrar puertas.

"BIEN,"dijo Camille.

Ella suelta la manija.

Ella regresa a su habitación.

Está tumbada en su cama a las 9 de la noche, con los ojos abiertos en la oscuridad.

La casa se comunica con quienes la rodean.

No de una manera misteriosa. De una manera mecánica, orgánica: el crujido de la madera al contraerse con el frío, el viento soplando contra las contraventanas, algo chirriando en algún lugar sobre su cabeza. Creció con esos sonidos. Los reconoce.

Pero hay algo más.

Pasos.

Sigilosa. Cautelosa. Alguien se mueve en el pasillo del primer piso, al otro lado de su puerta. Escucha. Cuenta. Esos pasos tienen una dirección: no hacia el baño, no hacia las escaleras. Hacia la oficina de su padre.

Hacia la habitación cerrada.

Hacia la habitación que Hélène le había dicho que no tocara.

Ella permanece inmóvil. No se levanta. Todavía no. Escucha el silencio que sigue, ese silencio tras los pasos que indica que alguien ha entrado en algún lugar y ha cerrado la puerta tras de sí.

Piensa en el cajón de su escritorio que tiene cerrado a la fuerza.

Está pensando en el póster ligeramente torcido.

Piensa en su habitación, registrada con esmero, metódicamente, con la precisión de quien busca algo específico y se ha tomado el tiempo necesario para no dejar rastro visible.

Casi visible.

Alguien en esta casa está buscando algo.

O alguien comprueba que lo que ya han cogido no se vaya a acabar.

Finalmente, se queda dormida alrededor de la medianoche: un sueño profundo y sin sueños, el sueño del agotamiento de alguien que ha estado funcionando a base de adrenalina y café durante demasiado tiempo. Se duerme con la certeza, que se instala en lo más hondo de su estómago como una piedrecita, de que algo en esa habitación no estará bien cuando despierte.

Tiene razón.

Pero no lo sabrá hasta mañana por la mañana.

Cuando encuentra algo debajo de la almohada que alguien había deslizado allí mientras dormía.

Algo que no reconocerá de inmediato.

¿Pero quién la reconoce?

3

Los vivos y los muertos

El funeral tendrá lugar el jueves por la mañana.

Nubes bajas. Frío seco. Un día que no hace concesiones: ni al dolor, ni a los vivos, ni a la idea de poder superarlo con un mínimo de dignidad. El cementerio de Saint-Cyprien es pequeño, rodeado de viejos muros de piedra, plantado con cipreses que no son más que lo que son: árboles de cementerio. Árboles que jamás han pretendido ser otra cosa.

Hay poca gente.

Unas diez personas. Vecinos del pueblo, esa presencia obligatoria: vienen por costumbre, porque la familia Dubreuil lleva tres generaciones en la zona, porque su ausencia sería notoria. Algunos antiguos compañeros de Édouard, ancianos con abrigos oscuros, mirándose unos a otros con esa mirada de supervivientes que tienen las personas de cierta edad en los funerales.

Marcel Vernet está aquí.

Camille lo nota de inmediato. Está apartado, un poco rezagado del grupo, con las manos en los bolsillos de su abrigo de lana gris. No mira el ataúd. La mira a ella.

Cuando sus miradas se cruzan, él desvía la vista.

No por vergüenza.

Como medida de precaución.

Hélène está de pie en la primera fila.

Correcto. Inmóvil. Con las manos cruzadas sobre su bolso negro. Se ha puesto gafas de sol a pesar de la falta de sol, o quizás precisamente por eso, o tal vez porque no hay sol y unas gafas oscuras contra un cielo nublado dicen mucho sobre cómo cuida su imagen. Ocultan sus ojos. Eso es lo único que importa.

El sacerdote habla.

Camille no está escuchando realmente. Oye las palabras sin comprenderlas del todo: «llamado a Dios», «vida de trabajo», «esposo y padre»; estas fórmulas vacías y necesarias que sirven para llenar el silencio de la muerte sin enfrentarla de verdad. Mira a su familia.

A la izquierda de Hélène, Julien.

Llegó esta mañana a las ocho, justo antes de partir hacia el cementerio. La noche anterior no había tenido una buena velada: no había vuelto a casa para cenar y nadie lo había esperado. Le estrechó la mano a Camille en la puerta con la calidez de un contable que recibe a un cliente desconocido. Camille. Una sola palabra. Su nombre de pila se pronuncia como si reconociera la situación.

Tiene cuarenta y un años. Lo lleva sobre sus hombros, esa forma de ocupar espacio sin esfuerzo, ese cuerpo imponente de hijo mayor que creció sabiendo que lo tendría todo. Le están saliendo canas en las sienes. Su rostro se ha vuelto más pesado. Pero sus ojos siguen siendo los mismos: de ese marrón oscuro, casi negro, que nunca ha dado nada gratis.

A la derecha de Hélène, Élise.

Elise no ha dormido. Se nota en la transparencia de su piel, en las ojeras que se extienden hasta sus pómulos, en la forma en que sostiene su cuerpo como una carga que ha llevado durante demasiado tiempo. Lleva un abrigo negro que le queda grande; un abrigo de hombre, probablemente rescatado de algún sitio. Sus manos desaparecen dentro de las mangas.

Camille está al otro lado de Hélène.

Ella es la única de los tres niños que mira el ataúd.

El banquete fúnebre se celebra en casa.

Fue Hélène quien lo organizó, como era de esperar, como siempre lo organizaba todo. La gran mesa del comedor estaba puesta con

esmero. Manteles blancos, cubertería antigua, la vajilla reservada solo para ocasiones especiales. La muerte es una ocasión especial.

Dos mujeres del pueblo prepararon los platos. Se afanaban en la cocina con esa mezcla de discreción y curiosidad propia de quienes entran por primera vez en casa de otra persona. No se demoraban; desaparecían antes del postre, deseosas de volver a casa y cerrar sus puertas.

Los vecinos y antiguos compañeros de trabajo se quedaron durante una hora.

Una hora de conversaciones en voz baja, copas de vino blanco sostenidas con cuidado, miradas que recorren la habitación y siempre vuelven a la misma pregunta: ¿cómo sucedió realmente?, una pregunta que nadie formula porque nadie viene aquí en busca de la verdad.

Luego se marchan.

Y lo único que queda es la familia.

Hay tres de ellos alrededor de la mesa grande.

Hélène ocupó su sitio habitual: el extremo, de cara a la puerta. Julien estaba a su derecha, Élise a su izquierda. Camille se sentó frente a Hélène, de espaldas a la ventana, el mismo lugar que ocupaba de niña, desde donde podía ver a todos.

Vieja costumbre.

En esta casa, tenías que ver lo que iba a pasar.

Las mujeres del pueblo dejaron platos en el centro de la mesa. Un asado frío, verduras, queso. Pan. Una jarra de agua. Una botella de Burdeos ya abierta que Julien rellenó en cuanto los invitados entraron por la puerta.

Él come.

Lo primero que llama la atención de Camille es que Julien come con mucho apetito. No de forma inconsciente, sino deliberada, casi ostentosa, por la manera en que llena su plato y repite, lo cual

revela algo concreto sobre lo que siente en ese momento. O sobre lo que no siente.

Tiene los ojos secos. Maneja con normalidad. Corta el asado en trozos uniformes, come y bebe su Burdeos, y parece un hombre que regresa de un día de trabajo cualquiera.

"Tendremos que hablar de la casa",dijo.

Su voz es tranquila. Conversacional. Como si la frase encajara de forma natural en el silencio de la comida, como si no fuera ni demasiado pronto ni fuera de lugar.

Hélène lo mira. Luego vuelve a bajar la vista hacia su plato.

Camille deja el tenedor.

"El funeral tuvo lugar esta mañana."dijo ella.

"Lo sé. Por eso podemos hablar de ello."

Lo dice sin ironía. Sin provocación aparente. Simplemente, como una certeza lógica: el funeral ha terminado, el difunto está enterrado, ahora los asuntos prácticos pueden ocupar el espacio que deja libre.

Camille lo mira.

Ella lo mira como lo ha hecho desde niña, buscando tras la máscara la verdadera esencia que se esconde. Julien siempre ha tenido esa habilidad para ocupar el primer plano de forma tan absoluta que uno nunca se plantea mirar más allá. De niño, era exuberancia. De adolescente, era autoridad. De adulto, es fría competencia. Las tres cumplen el mismo propósito: saturar lo visible para proteger lo invisible.

Ha envejecido.

Sin embargo, el problema de fondo no ha cambiado.

"Estamos esperando al notario."—En dos días —dijo Hélène—. No vamos a decidir nada antes de entonces.

"No estoy diciendo que decidan. Estoy diciendo que hablen de ello."

"A ti te pasa lo mismo."

El tono de Hélène es tan cortante como un chasquido de tijeras. Julien hace una pausa. Deja el cuchillo, toma su vaso y bebe un sorbo con la calculada indiferencia de quien sabe que puede esperar.

"La casa vale algo."—dijo de todos modos—. En el mercado actual, una propiedad como esta en la Dordoña...

"Juliano."

"— podría venderse fácilmente por más de un millón. Necesitaría reformas, por supuesto, pero..."

"Juliano."

La voz de Hélène se quebró. Una sola palabra, dos sílabas, y algo en los matices de esa voz que Camille reconoció: ese registro profundo y definitivo que Hélène usaba solo en situaciones que consideraba críticas. No era ira. Era algo peor. Era una advertencia.

Julien permaneció en silencio.

Pero sonrió levemente al coger el tenedor. Esa sonrisa —esa media sonrisa de alguien que acepta ceder porque sabe que tiene tiempo— Camille la había visto cientos de veces. Siempre significaba lo mismo.

Esto es solo un contratiempo temporal.

Camille come sin saborear.

La comida está buena; las mujeres del pueblo han hecho lo suyo: un asado tierno y verduras suaves que se deshacen en la boca. Cocina casera sencilla, sin pretensiones. Ella come porque su cuerpo se lo pide, porque apenas ha comido desde ayer, porque necesita fuerzas.

Ella observa.

Eso es lo que ha estado haciendo desde que entró en esta casa: observar, registrar, clasificar. Sus ojos no dejan de volver a Elise.

Su hermana no tocó su plato.

El asado se ha enfriado. Las verduras están congeladas. Elise tiene la mirada fija en el mantel blanco y apoya las manos planas a ambos

lados del plato, con las palmas hacia abajo, el gesto de alguien que intenta sentir algo sólido bajo los dedos.

No come. No habla. Apenas respira, al parecer.

Camille conoce bien ese silencio.

Es el silencio de alguien que gasta toda su energía permaneciendo quieto, sin estallar, sin colapsar ni hacer lo que algo en su interior le impulsa a hacer. Es un silencio de supervivencia inmediata.

"Elise,"Camille dijo en voz baja: "Deberías comer algo".

Elise alza la vista. Por un instante. Sus iris son de un color indefinido: verde grisáceo, según la luz. Esta noche, bajo la luz amarillenta del comedor, son casi incoloros.

"No tengo hambre."

"¿Ha pasado mucho tiempo?"

Una pregunta aparentemente inofensiva. Elise comprende que no lo es.

"Cómo estás,"dijo ella.

Eso es lo que no tiene sentido. Este recurso automático, esta fórmula aprendida para evadir preguntas sin tener que mentir realmente.

Julien corta otro trozo de asado.

"No ha comido en años",—Así son las cosas —dijo sin levantar la vista de su plato.

Elise no reacciona. Ni protesta, ni mira con enfado. Nada. Baja la mirada hacia el mantel blanco.

Esta indiferencia —esta forma de dejar que Julien hable de ella como si no existiera, como si fuera algo obvio, un asunto resuelto— Camille lo toma como un golpe. No es ira hacia Julien. Es algo más doloroso. La constatación de que esta situación lleva mucho tiempo. Élise aceptó hace mucho que ya no necesita ocupar espacio.

"Me encontré con Marcel Vernet en el cementerio."dijo Camille.

La frase cae en el silencio como una piedra en aguas tranquilas.

Hélène no levanta la vista.

Julien, por su parte, se detiene una fracción de segundo. El tenedor hace una pausa imperceptible antes de continuar su movimiento. Mastica, traga, deja los cubiertos.

"¿Estaba él allí?"

"En el fondo, se fue antes que los demás."

"Siempre ha estado donde menos se le esperaba".dijo Julien. Una pausa. "Viejo entrometido."

"¿Conocía bien a papá?"

"Habían sido vecinos durante cuarenta años. Eso no significa nada."

Hélène deja su vaso.

"Marcel Vernet es un hombre muy involucrado en los asuntos ajenos."—dijo ella. Su voz era neutral, casi informativa—. Siempre ha sido así. No lo culpo. Es su naturaleza.

"Me miró todo el tiempo."

"Estaba vigilando a la familia. Eso es normal."

"No estaba mirando a la familia. Me estaba mirando a mí."

Silencio.

Hélène deja el tenedor. Se limpia los labios con la servilleta —un gesto preciso y ritual— y levanta la cabeza hacia Camille.

"Si Marcel Vernet quiere hablar contigo, hablará contigo. Y tú escucharás atentamente lo que tenga que decir, teniendo en cuenta que es un hombre solitario y aburrido."Una pausa. "Eso es todo."

El mensaje es claro.

No vayas a verlo. Y si vas, no le creas.

Camille sostiene la mirada de su madre.

"Por supuesto,"dijo ella.

Julien se sirve otra copa de Burdeos.

Llenó su copa con ese gesto posesivo, no por descortesía, sino por certeza. La certeza de que todo allí ya le pertenecía, o pronto le

pertenecería, y de que las copas de esta bodega, los muebles de este comedor y las piedras de estas paredes formaban parte de un inventario que había estado recopilando mentalmente durante años.

"También está el problema de la deuda",dijo.

Hélène no responde.

"Papá había pedido dinero prestado. Sobre la propiedad. ¿Lo sabías?"

"He sido su esposa durante cuarenta años."dijo Helene. "Sé lo que sé."

"¿Eso significa sí o no?"

"Eso significa que ese no es el tema de esta noche."

"Ese es el problema principal. Si la casa está hipotecada, no podemos..."

"Juliano."La voz de Helen volvió a ese tono sombrío. "Tu padre lleva cuatro horas bajo tierra. Come."

Hay algo casi cómico en esta orden, dirigida a un hombre de cuarenta y un años que prácticamente ha vaciado la fuente. Pero Julien obedece. No por respeto, sino por cálculo. Sabe que ya ha conseguido lo que quería: ha hecho las preguntas, ha sembrado la semilla, le ha demostrado a Camille que sabe cosas que ella aún desconoce.

Siempre ha funcionado así.

Siembra la discordia y espera.

Camille se agacha para recoger la toalla que se le había caído.

El gesto es involuntario. Se desliza la mano desde las rodillas, extendiendo el brazo hacia el pan, se inclina y, durante dos segundos, su mirada se desvía por debajo del nivel de la mesa.

Ella ve las manos de Elise.

Las mangas del suéter negro se habían subido ligeramente del lado izquierdo. Apenas unos centímetros: el espacio de un gesto, la posición del brazo sobre la mesa. Justo lo suficiente.

Lo justo para que Camille lo vea.

El antebrazo izquierdo de Elise.

Las marcas.

No son cicatrices antiguas; bueno, también hay algunas, más pálidas y planas, marcas antiguas ya curadas. Sino recientes. Frescas. Aún rojas, algunas, con esas pequeñas protuberancias de piel que se forman en las horas siguientes. Arañazos profundos y paralelos, cuatro o cinco, hechos con algo —uñas, tal vez, o alguna otra cosa— en la parte interior de la muñeca, que se extienden hasta el codo.

Camille se endereza.

Ella sostiene su toalla.

Ella lo coloca sobre su regazo.

Mira fijamente al frente —a su plato, a la fuente de verduras, a la jarra de agua— y no expresa nada. No mira a Elise. No dice nada. Su rostro sigue siendo el de alguien que acaba de coger una servilleta.

Pero algo en su interior acaba de cambiar.

Algo fundamental.

La cena termina en un silencio casi absoluto.

Hélène recoge la mesa con esa eficiencia casi fantasmal que la caracteriza. Julien termina su bebida, revisa su teléfono y lo deja. Tiene el aire de alguien cuyo cuerpo está presente, pero cuya mente ya está en otra parte: en cálculos, en proyecciones, en el mapa mental de una herencia que está analizando.

Elise desaparece primero.

Se levanta sin decir palabra, empuja su silla en silencio y sale del comedor con esa manera de escabullirse que debió haber desarrollado de niña, aprendiendo con los años que la mejor manera de no causar problemas es no invadir demasiado el espacio de los demás.

Camille la observa marcharse.

Ella ve cómo las mangas se deslizan hasta las muñecas cuando Elise cruza los brazos sobre el pecho al salir al frío pasillo.

Ella ve cómo su hermana la abraza, no para abrigarse, sino para esconderse.

Camille ayuda a Hélène a despejar el suelo.

No por buena voluntad. Por la necesidad de quedarse en la habitación, de seguir existiendo en este espacio, de evitar subir demasiado rápido a su dormitorio con todo lo que ha acumulado esta noche. Lleva los platos a la cocina, regresa y trae el plato.

Julien no ayuda. Julien se quedó en la mesa con la botella.

En la cocina, Hélène deja correr agua caliente sobre los platos. Sus manos trabajan con rapidez y precisión, la tarea automática de una mujer que ha dedicado su vida a limpiar después de las comidas de los demás. Camille se sienta en la encimera.

"Elise debería ver a alguien."dijo ella.

Helene continúa frotando.

"Está saliendo con alguien."

"OMS ?"

"El doctor Leroux la ha estado tratando durante años."

Leroux. El mismo médico de cabecera que atiende a todos. El mismo que le recetó pastillas para dormir a Hélène. El mismo cuyo nombre Camille encontró en la receta del medicamento; un medicamento cuya función exacta aún desconoce, pero que anotó y fotografió con su teléfono antes de colocarlo debajo de la almohada de Élise anoche.

"Debería consultar con un especialista."

"No necesita un especialista. Es frágil, siempre lo ha sido. Leroux lo está manejando muy bien."

Hélène lo dice con la convicción de quien realmente lo cree. O con la convicción de quien necesita creerlo.

Camille no insiste más. No esta noche.

"Me voy a la cama",dijo ella.

Su madre no se dio la vuelta.

"Buenas noches."

Ella sube las escaleras lentamente.

Apoya la mano en la barandilla, en la parte superior, donde ayer había más lejía. La desliza hacia arriba hasta donde cambia la textura. Hace una pausa. Saca el móvil. Toma una foto.

Ella reanuda su ascenso.

En el pasillo del primer piso, reina el silencio. La habitación de Julien está cerrada, sin luz bajo la puerta; aún no ha subido. La habitación de Hélène, cerrada. La de Élise: un tenue rayo de luz bajo la puerta, y algo más, algo casi inaudible.

Camille se detiene.

Ella escucha.

El sonido que proviene de detrás de la puerta de Elise no es un llanto. Es otra cosa. Es el sonido que emiten las personas cuando ya han superado las lágrimas y están haciendo algo con su cuerpo porque el cuerpo también necesita una vía de escape.

Ella levanta la mano.

Ella la baja.

Permaneció inmóvil en el pasillo durante treinta segundos, con una mano apoyada en la pared y los ojos cerrados. Pensó en los arañazos. Pensó en las mangas largas. Pensó en el medicamento cuya función exacta aún desconocía, pero cuya presencia bajo la almohada de su hermana le provocaba náuseas.

Ella piensa que debería haber regresado antes.

Diez años.

Durante diez años, Elise estuvo allí, en esa casa, con esa gente y esos gruesos muros que no dejaban pasar nada.

No deberías haber venidoElise había dicho.

Pero quien debería haber llegado mucho antes, era ella.

Ella entra en su habitación.

Ella cierra la puerta.

Se sienta en la cama a oscuras y permanece allí, con las manos sobre las rodillas, escuchando la casa a su alrededor: sus crujidos, sus suspiros, sus maneras de hablar sin decir nada claro. Piensa en su padre muerto. Piensa en Julien y sus ojos secos y en cómo hablaba de la casa como si fuera una propiedad en venta. Piensa en Marcel Vernet observándola desde el cementerio.

Piensa en Elise y en sus muñecas.

Y ella comprende —con esa fría claridad que siempre regresa cuando la emoción disminuye un poco y deja espacio para lo obvio— que su padre puede no ser la única persona en peligro en esta casa.

La cuestión es si el peligro proviene del exterior.

O tal vez, desde el principio, siempre ha estado ahí.

La cena está lista.

Con la familia.

4

Lo que protegen las escaleras

Las tres de la mañana.

La casa está dormida.

O lo finge.

Camille lleva dos horas tumbada en la cama, con los ojos abiertos en la oscuridad, escuchando cómo los sonidos se vuelven menos frecuentes, los crujidos menos fuertes, los pasos que se desvanecen uno tras otro. Oyó a Julien subir las escaleras pasada la medianoche: ese paso pesado y despreocupado de un hombre al que no le importa que lo oigan, que siempre se ha apropiado del paisaje sonoro, como de todo lo demás, sin pedir permiso. Oyó un portazo. Y luego, nada.

Ella esperó un poco más.

Una hora más.

Solo para estar seguros.

Se levanta sin encender la luz.

Conoce su habitación a oscuras; la conoce desde hace años. De adolescente, se escabullía de la cama después de medianoche para leer en el baño, el único lugar donde podía encender la luz sin que se viera por debajo de la puerta. Coge los calcetines, se los pone de pie, apoyándose en la pared con las yemas de los dedos. Coge el móvil de la mesita de noche. No enciende la linterna... todavía no.

Ella abre la puerta.

El pasillo.

Este pasillo, que conoce hasta el más mínimo detalle —la tabla del suelo que cede a sesenta centímetros de la habitación de Hélène, el crujido del tercer escalón, las baldosas de terracota de la planta baja

que repiquetean al caminar por el centro y se silencian al caminar junto a la pared—. Aprendió todo esto de niña. Por necesidad. En casas donde el silencio es la norma, los niños aprenden rápidamente la geografía del ruido.

Ella baja las escaleras.

De espaldas a la pared. Pie izquierdo primero. Evita el tercer paso.

La planta baja está sumida en la oscuridad total.

Sin luz nocturna, sin luz exterior que se filtre: las persianas están cerradas, el paisaje circundante es una masa opaca y silenciosa. Camille se detiene al pie de la escalera. Deja que sus ojos se acostumbren. Treinta segundos, cuarenta: las formas emergen gradualmente de la oscuridad, de esa penumbra grisácea que nunca es total con el paso del tiempo.

El pasillo. Las puertas cerradas. El cuadro del fondo: ese gran paisaje de Dordogne enmarcado en madera oscura que su padre le había comprado a un pintor local treinta años antes y que nunca se había movido de allí.

Ella aún no le está prestando atención.

Ella se vuelve hacia las escaleras.

Saca su teléfono. Enciende la linterna: el haz blanco atraviesa la oscuridad con precisión quirúrgica. La apunta hacia los escalones.

Y ella comienza.

Lo primero que hace es revivir la caída en su mente.

En teoría, ya lo había hecho en el coche, con los recursos que tenía. Ahora está aquí. Ahora tiene los escalones delante, la barandilla a su alcance, los ángulos y las distancias. Puede trabajar.

Su padre tenía sesenta y ocho años.

Un hombre de sesenta y ocho años baja las escaleras de su casa por la noche, en la casa donde ha vivido durante cuarenta años. Conoce cada escalón. Sabe que debe evitar el tercer escalón, que la madera resbala si pisa en el medio; lo sabe todo por instinto, sin necesidad de pensarlo.

Hélène dijo: últimamente ha estado teniendo problemas de equilibrio.

El doctor Leroux lo habría estado vigilando. Probablemente le habría recetado medicamentos. Camille se propuso comprobarlo.

Pero ella está pensando en otra cosa, principalmente.

Ella está pensando literalmente.

Ocho páginas. Los nombres. Las fechas. Su padre, que había decidido hablar porque ya no tenía nada que perder, porque el cáncer le había devuelto una libertad que el miedo le había arrebatado durante treinta años. Su padre, que quizás bajaba esas escaleras aquella noche con la carta en mente, con la certeza de lo que haría al día siguiente, con ese valor tardío y desesperado de quienes tardan demasiado en actuar.

Alguien lo sabía.

Alguien sabía que iba a hablar.

Saben que voy a hablar.Última línea del cuaderno. Escrita el día anterior.

Ella sube hasta el quinto escalón.

Se detiene allí, donde debió haber comenzado la caída, donde perdió el equilibrio y donde nada pudo detener lo que sucedió después. Se agacha. Dirige el haz de luz de su lámpara hacia la superficie del escalón.

La madera está limpia.

Demasiado limpio.

Pasa un dedo por encima. La cera está intacta: lisa, uniforme, esa capa brillante y protectora aplicada con un paño en movimientos circulares. Pero en un punto específico, a la derecha del escalón, en un área de unos veinte centímetros cuadrados, la textura cambia ligeramente. Algo se ha aplicado sobre la cera. Algo fino, incoloro, invisible a simple vista con luz normal.

Ella acerca la lámpara.

Inclina el ángulo.

A la luz rasante, ella ve.

Una zona brilla un poco más que el resto. Es ligeramente más resbaladiza al tacto. No es cera; la cera tiene textura, consistencia. Esto es otra cosa. Algo aplicado después. Algo que hizo que esta superficie, precisamente esta superficie, fuera peligrosamente lisa.

Permanece agachada un momento.

Ella piensa.

Su padre llevaba zapatillas; al llegar, vio un par en el pasillo, esas zapatillas de fieltro que tenía desde hacía años. Suelas suaves, sin agarre. En un escalón normalmente encerado, tal vez se habría tropezado. En un escalón intencionadamente resbaladizo, no tenía ninguna posibilidad.

Ella regresa caminando hacia la rampa.

La examina paso a paso, de arriba abajo, pasando los dedos sobre la madera. La madera no miente. Eso pensó en el coche de camino aquí. Eso es lo que está comprobando ahora.

A mitad de la escalera, entre el cuarto y el séptimo escalón, en la zona donde una mano resbaladiza intentaría agarrarse, encuentra lo que buscaba.

La superficie de la rampa ha sido limpiada.

No como el resto: el resto tiene ese brillo antiguo, ligeramente patinado, el suave lustre de la madera que se conserva con el tiempo. En este punto en particular, es diferente. La madera es más mate. Más opaca. Ligeramente reseca, como si la hubieran frotado con algo abrasivo o químico que hubiera atacado la capa superficial. Alguien limpió aquí. Intensamente. Quizás con urgencia, o con la preocupación de borrar algo que la lejía por sí sola no habría bastado para eliminar.

Huellas de manos.

Huellas de una lucha.

O rastros de la piel de un hombre que intentó agarrarse a algo mientras caía y cuyos dedos desgarraron la madera.

Ella saca su teléfono.

Ella toma fotografías.

Fotografía la barandilla, el escalón sospechoso, el ángulo de la escalera. Fotografía metódicamente, cambiando el ángulo y la distancia, asegurándose de que la luz rasante revele lo que la luz normal oculta.

Su padre llevaba una hora agonizando en aquel pasillo cuando Hélène bajó.

Ella sigue tomando fotografías.

Permaneció al pie de las escaleras durante mucho tiempo.

Ella no se mueve. Apaga la linterna y permanece de pie en la oscuridad, mirando fijamente el lugar donde murió su padre. Intenta sentir algo parecido al dolor, no necesariamente por él, no por el hombre en que se había convertido con sus silencios y su cobardía, sino por la idea que tenía de él, por el padre que había buscado durante años en los recovecos de ese hombre enigmático.

A ese padre que ella nunca había encontrado de verdad.

Algo se avecina. No son lágrimas. Un dolor seco y antiguo, una pena que ya no se cura: la pena por algo que nunca tuviste, no por algo que perdiste. Es diferente. Es más complicado. Es lo que nadie entiende cuando se llora la pérdida de un padre difícil: que puedes llorar a alguien a quien ya no amabas de verdad, porque lloras lo que pudo haber sido y nunca será.

Ella respira en la oscuridad.

Se da dos minutos.

Dos minutos y luego vuelve al trabajo.

Ella comienza a caminar de regreso por el pasillo.

Camina lentamente hacia adelante, con la lámpara encendida, apuntando a las paredes. Lo observa todo: los cuadros, las estanterías, los pequeños objetos acumulados a lo largo de los años sobre la consola de madera contra la pared izquierda. Conoce este pasillo desde su infancia. Sabe qué debería estar ahí y qué no.

Se detiene frente al gran cuadro.

El paisaje de la Dordoña. Treinta años en el mismo lugar. Un marco de madera oscuro, ancho e imponente: el tipo de cuadro que apenas se nota porque siempre ha estado ahí, porque forma parte del paisaje como las paredes forman parte del paisaje.

Ella lo examina.

Algo anda mal.

Lo nota casi de inmediato: la ligera desalineación, la asimetría en la forma en que el marco se apoya contra la pared. El lado derecho se ha levantado un poco. No mucho. Dos o tres centímetros. Como si alguien hubiera levantado el cuadro por ese lado y no lo hubiera apoyado completamente plano.

Ella desliza los dedos por detrás del marco, en el lado derecho.

Está tanteando el terreno.

Ella encuentra algo.

Ella acerca suavemente el cuadro hacia sí.

Es pesado: el lienzo, el marco grueso, el cristal protector. Lo mueve unos diez centímetros, sujetándolo con una mano, mientras desliza la otra hacia atrás para explorar la superficie de la pared.

Primero, huele el cable.

Un cable plano y delgado, del tipo que se usa para instalaciones eléctricas ligeras. Recorre la pared, oculto en la ranura entre dos piedras, pintadas del mismo color que el yeso. Había sido colocado con cuidado, para que pasara desapercibido; alguien se había tomado el tiempo de hacerlo con esmero, para asegurarse de que nadie lo viera.

Ella sigue el cable con los dedos.

Se desplaza hacia arriba, hacia la esquina entre la pared y el techo.

Ella dirige la lámpara.

La cámara.

Está ahí. O mejor dicho, lo que queda de él.

Una pequeña caja rectangular, de color gris antracita, del tamaño de una caja de cerillas. El tipo de cámara de vigilancia doméstica que se encuentra en cualquier tienda de electrónica: discreta, compacta, diseñada precisamente para este tipo de instalación: detrás de un cuadro, en un rincón de un pasillo, en un lugar donde no se mira.

La caja sigue fijada a la pared.

Sin embargo, el cable está cortado.

Neto.

No desgarrado, no dañado; cortado con algo afilado, alicates o un cuchillo. El corte es limpio, horizontal y preciso. Alguien que sabía lo que hacía. Alguien que no estaba en pánico, o que logró controlar su pánico el tiempo suficiente para actuar correctamente.

Camille permanece inmóvil, el cuadro medio separado de la pared, la lámpara apuntando hacia esa pequeña caja inútil.

Está pensando en su padre.

Piensa en un hombre enfermo, solo en esta casa con su familia y sus secretos, que había instalado una cámara en el pasillo de la planta baja. Que la había colocado allí, detrás de ese cuadro que nadie miraba jamás, con el cable cuidadosamente oculto entre las juntas del yeso.

Para qué ?

Porque tenía miedo.

Tu padre ha tenido miedo estas últimas semanas.Vernet lo había dicho.

No eran fantasmas. Ni oscuridad. Su padre tenía miedo de alguien. Alguien que vivía con él, o que entraba en esa casa, o que tenía acceso a esa escalera.

Había instalado una cámara para averiguarlo. Para tener pruebas.

Y alguien le había demostrado su valía.

Ella saca su teléfono.

Ella fotografía. La cámara, el cable cortado, el ángulo del corte. Se acerca lo más posible, enfoca el corte en el cable; quiere conservar esa precisión, esa nitidez en la sección.

Ella vuelve a colocar el cuadro contra la pared.

Ella da dos pasos hacia atrás.

Ella piensa.

Es posible que la cámara haya grabado las imágenes en una tarjeta de memoria interna. También es posible que haya enviado los datos a un dispositivo: un teléfono, una tableta o un ordenador. En ese caso, la tarjeta de memoria podría seguir en la cámara o haber sido extraída.

Ella avanza de nuevo. Levanta el cuadro con una mano.

Por otro lado, palpa el interior del estuche. Busca la ranura para la tarjeta, que suele estar en un lateral, una pequeña solapa. La encuentra. La abre con la uña.

Vacío.

La tarjeta ha sido retirada.

Ella vuelve a colocar el cuadro en su sitio.

Ella permanece allí en el pasillo, en la oscuridad atravesada por su lámpara con un círculo blanco, y suma.

El pasamanos se limpia con lejía.

El escalón se volvió resbaladizo.

Se seleccionó la cámara y se extrajo la tarjeta.

El cajón de su escritorio fue forzado y vaciado.

Registran su habitación.

Esto no fue un accidente encubierto por el pánico. No fue alguien que perdió la cabeza e hizo todo lo posible por borrar sus huellas.

Fue obra de alguien que lo había previsto. Que había analizado las pruebas antes de actuar. Que sabía exactamente dónde buscar porque sabía exactamente qué encontrar.

Alguien en esa casa tenía un plan.

Alguien llevó a cabo este plan.

Y esta persona tuvo la presencia de ánimo, en las horas posteriores a la muerte de Édouard Dubreuil, para limpiar tras él con un método que roza la perfección.

Qué rizos.

Porque todavía existe la opción de caminar.

La rampa permanece.

Lo único que queda es este cable cortado y esta caja vacía.

Y sigue estando el hecho de que Camille está allí, en ese pasillo a las tres de la mañana, con sus fotos en el móvil y una fría y absoluta certeza en el fondo del estómago.

Ella vuelve a subir.

Sube las escaleras despacio, de espaldas a la pared, con la mirada fija en el pasillo inferior hasta que desaparece. Piensa en la carta: la carta en el estudio cerrado, la que su padre había escrito y que ella aún no ha visto. Dos días antes de la notaría, había dicho Hélène. Dos días en los que esa carta está ahí, al otro lado de una puerta cerrada, y en los que alguien en esta casa sabe que existe.

O ya lo ha encontrado.

Ella llega a lo alto de la escalera.

Ella se detiene.

Ella mira hacia el pasillo del primer piso: las puertas cerradas, las líneas negras debajo de cada panel. Todo está dormido. Todo parece estar dormido.

Piensa en la silueta que vio esta mañana frente a su ventana en Lyon.

Piensa en los pasos que escuchó anoche, pasada la medianoche, en este mismo pasillo.

Piensa en el mensaje que quizás la esté esperando, el mensaje que aún no ha recibido pero que llegará, lo sabe de una manera irracional y segura, porque las cosas apenas están comenzando.

Ella regresa a su habitación.

Ella cierra la puerta.

Se sienta en el escritorio junto a la ventana —el escritorio cuyo tercer cajón ha sido forzado y vaciado— y abre la aplicación en su teléfono donde guarda las fotos. Las recorre. La barandilla. El escalón. La cámara. El cable. Las observa una por una, durante un buen rato, deteniéndose en los detalles.

Ella envía una copia a su propia dirección de correo electrónico.

Luego, una segunda copia, a una dirección diferente.

No confía en lo que pueda pasarle a su teléfono.

En esta casa, los objetos se mueven.

Las pruebas desaparecen.

Los cables se están rompiendo.

Coloca el teléfono boca abajo sobre el escritorio. Mira por la ventana; las contraventanas están cerradas, pero en las rendijas ve la oscuridad absoluta del campo, esa oscuridad de noviembre sin luna ni estrellas, esa oscuridad que lo engulle todo.

Su padre había estado asustado en las últimas semanas.

Su padre había instalado una cámara en el pasillo de su propia casa para vigilar a su familia.

Y alguien, la noche de su muerte o en las horas posteriores, se había tomado la molestia de venir y cortar el cable.

Para retirar la tarjeta.

Para borrar las pruebas de que la cámara nunca había existido.

Casi.

Permaneció sentada en la oscuridad durante mucho tiempo.

No está intentando dormir. Sabe que no va a poder conciliar el sueño, no con todo este mareo, no con la certeza que se instala con cada minuto que pasa de que su padre no se cayó por las escaleras.

Que recibió ayuda.

Que su caída fue orquestada.

Que habíamos estado esperando el momento adecuado desde hacía tiempo, desde que tomó esa decisión, desde que escribió esa carta, o incluso antes.

Piensa en Julien y en sus ojos secos durante la cena. En la forma en que hablaba de la casa como si fuera una propiedad inmobiliaria.

Piensa en Hélène, que esa noche había tomado una pastilla para dormir. Que dormía mientras Édouard moría abajo.

Piensa en Elise y en sus muñecas arañadas y en lo que no deberías haber venido, dijo con la resignación de alguien que ya sabe cómo terminan las cosas.

Piensa en Marcel Vernet, quien le entregó un sobre vacío.

Vacío porque alguien había estado allí antes que ella.

Alguien que supiera que Vernet guardaría algo para la hija del difunto.

Alguien que conoce los movimientos de todos.

¿Quién está planeando?

¿Quién borra?

¿Quién sigue ahí, en algún lugar de esa casa, detrás de una puerta cerrada, durmiendo el sueño aparentemente tranquilo de alguien que ha hecho lo que tenía que hacer?

Camille se levanta.

Ella se acostará en su cama.

Ella mira fijamente al techo en la oscuridad.

Y pensó que si su padre había instalado una cámara en el pasillo de la planta baja, tal vez también habría instalado otra.

En otra parte.

En lugares donde nunca hubieras pensado buscar.

5

El vecino de ojos claros

A la mañana siguiente, la casa huele a café y a silencio.

Camille baja las escaleras a las 7:30. No ha dormido más de tres horas: horas vacías, sin profundidad, ese sueño superficial que deja el cuerpo más cansado que antes. Le arden los ojos y siente la cabeza pesada por esa claridad particular que llega tras una noche sin descanso, esa dolorosa nitidez donde todo es demasiado nítido, demasiado presente, demasiado real.

La cocina está vacía.

El café está caliente; alguien más estuvo aquí antes que ella. La cafetera está medio llena, la taza de Hélène se enjuaga en el fregadero, un trozo de baguette reposa sobre la tabla de cortar. Huellas de una mañana que comenzó sin ella, de una casa con sus propias rutinas que no interrumpe por las visitas.

Ella no es una visitante.

Ella es la hija del hombre muerto. Debería importar.

Se sirve un café. Permanece de pie junto a la ventana.

Afuera, el jardín está gris y húmedo. La noche trajo una llovizna, no lluvia propiamente dicha, sino esa persistente llovizna de noviembre que se aferra a todo, se filtra en la ropa, en los huesos y en el ánimo. El gran roble al fondo del patio está perdiendo sus últimas hojas. Caen lentamente, una a una, con la silenciosa resignación de las cosas que no luchan contra lo inevitable.

Ella toma su café.

Está pensando en la cámara.

Piensa en la tarjeta de memoria que ha extraído.

Piensa en lo que su padre había visto, o esperaba ver, o temía ver; qué lo había impulsado a instalar ese discreto ojo en el pasillo de su casa, apuntando hacia su propia escalera.

Ella oye a Helen antes de verla.

Ese paso característico —regular, mesurado, el paso de alguien que nunca se apresura porque ha decidido de una vez por todas que la prisa es una forma de debilidad—. Hélène entra en la cocina con el abrigo ya abotonado, los guantes en una mano y el bolso en la otra.

"Te levantas temprano."dijo ella.

"No dormí mucho."

"Eso es normal."Deja los guantes sobre la mesa. Revisa algo en su bolso: la cartera, las llaves; ese gesto automático de una mujer organizada que revisa antes de salir. «Voy al pueblo. Tenemos que ocuparnos del papeleo en el ayuntamiento. El certificado de defunción, los papeles». Levanta la vista. «¿Quieres venir?».

La invitación se hace con cortesía, sin afecto. Es una cuestión de formalidad: Hélène cumple con sus deberes de madre como siempre ha cumplido con todo lo demás, con rigor y sin mostrar emoción alguna.

"No,"Camille dijo: "Me voy a quedar aquí".

"Julien sigue dormido. Elise también."Una pausa. "No los molestes."

"No los molestaré."

Hélène la observa un instante. Esa mirada rápida y evaluativa que siempre la ha caracterizado, esa forma de medir, de analizar, de indagar en lo que se esconde tras las palabras. No encuentra nada en el rostro de Camille. Camille ha tenido treinta y siete años para aprender a no mostrarle nada a su madre.

"Volveré al mediodía."dijo Hélène.

Ella se va.

La puerta principal se cierra de golpe.

El motor del viejo Peugeot retumba en el patio y luego se aleja por el camino de grava.

Vuelve el silencio.

Camille espera cinco minutos.

Termina su café, enjuaga la taza y se pone el abrigo. Saca las llaves del bolsillo; un acto reflejo de ciudad, siempre las lleva consigo, incluso aquí, incluso en una casa donde las puertas casi no se cierran porque nadie se ha molestado en hacerlo.

Ella sale por la puerta trasera.

El jardín está frío y húmedo. La hierba cruje bajo sus pies. Se sube el cuello del abrigo. Cruza el patio hacia la puerta de piedra, esa vieja puerta, uno de cuyos pilares se inclina ligeramente desde que era niña, y que su padre siempre decía que enderezaría, pero nunca lo hizo.

Ella empuja la puerta para abrirla.

Ella se detiene.

Él está aquí.

Marcel Vernet.

Está de pie en el sendero, a tres metros de la puerta, con las manos en los bolsillos de su abrigo de lana gris. Exactamente como si estuviera en el cementerio. Con esa postura de quien lleva un buen rato esperando sin quejarse: la paciencia de un anciano o de un cazador.

Setenta años. Quizás un poco más. Un rostro cincelado, cada rasgo definido y sin grasa innecesaria, el tipo de rostro que el tiempo ha esculpido en lugar de desfigurar. Y esos ojos… esos ojos claros, de un gris muy pálido, casi blancos a la luz de la mañana, que miran con una franqueza directa y sin pretensiones.

Ojos que no han aprendido a mentir.

O quienes han optado por no hacerlo más.

"Me estabas esperando",dijo Camille. No es una pregunta.

"Desde esta mañana,"—dijo—. Vi marcharse el coche de Helene. Pensé que no tardarías.

Dice Hélène sin el "madame", sin la distancia cortés. Cuarenta años de buena vecindad.

"Adelante,"dijo Camille.

"No."Sacude ligeramente la cabeza. "En esta casa no. No si no es necesario."

Ella sale por la puerta. La cierra tras de sí. Están en el sendero, bajo la fría llovizna, y Camille se da cuenta de que esta posición —afuera, lejos de las murallas— es exactamente lo que Vernet había planeado.

Él también está teniendo cuidado.

La mira fijamente por un instante sin decir palabra.

Su forma de hablar, sin titubear ni desconfiar, es la de un hombre que elige sus palabras con cuidado porque ha aprendido que las palabras mal elegidas causan daño.

"Tu padre tenía miedo."dijo finalmente.

Lo compara con escupir un hueso. Algo duro y necesario que uno escupe porque retenerlo dolería.

"¿En las últimas semanas?"dijo Camille.

"Estos últimos meses. Desde la primavera. Pero empeoró en septiembre y octubre."Saca las manos de los bolsillos. Las observa un instante: manos de campesino, grandes, agrietadas por el trabajo y los inviernos. «Solía venir a verme. No muy a menudo. Edward no era de los que pedían ayuda fácilmente. Tú lo sabes mejor que yo».

"Lo sé."

"Aun así vino. Tomamos algo. No dijo mucho. Pero estaba allí. Y la gente que viene sin decir nada, normalmente es porque necesita que estemos allí sin tener que explicar por qué."

Camille lo mira. Piensa en su padre, aquel hombre enigmático y solitario que había encontrado en aquel anciano vecino una

presencia lo suficientemente neutral como para permitirle existir. Piensa en la soledad de aquello, en buscar consuelo en un extraño porque la familia se había convertido en un lugar demasiado peligroso para mostrar miedo.

"¿Te dijo a qué le tenía miedo?"

"No directamente."Vernet hace una pausa. «Me habló de un chico. Una vez. Vino en octubre, una noche, y bebió más de lo normal; no mucho, Édouard no bebía mucho, pero más de lo normal. Me dijo que llevaba treinta años con algo en la conciencia. No me dijo qué».

"Thomas Avril,"dijo Camille.

El rostro de Vernet no cambia. Pero algo se transforma en sus ojos: un reconocimiento, una confirmación.

"No conozco ese nombre."dijo. "No me lo dijo."

"Pero eso no te sorprende."

"No."

La niebla se espesa ligeramente. Camille se sube el cuello de la camisa. Vernet parece no darse cuenta; tiene esa relación con el clima propia de quienes han pasado toda su vida al aire libre, una indiferencia física adquirida.

"Me dio algo",dijo Vernet.

Saca la mano derecha del bolsillo.

Un sobre.

Blanco. Tamaño A4, doblado en tres. Cerrado con cinta adhesiva; no pegado, simplemente sujeto, como si alguien hubiera querido asegurarse de que no se abriera accidentalmente pero no hubiera querido pegarlo permanentemente, como si el acto de sellarlo hubiera sido demasiado definitivo para lograrlo.

"Me dijo: si me pasa algo, dáselo a mi hija. A Camille, no a las demás."Vernet coloca el sobre en la mano extendida de Camille. "Lo dijo hace tres semanas".

"Tres semanas."

"El 4 de noviembre. Lo recuerdo porque ese fue el día en que sacrifiqué al cerdo. Lo hacemos todos los años a principios de noviembre."Una pausa. «Llegó sobre las diez de la noche. Parecía que había estado caminando; estaba mojado. Me dio esto y se fue sin quedarse a beber. Esa fue la última vez que lo vi con vida».

Camille sostiene el sobre.

Lo siente en su mano: su peso, su textura. Ligero. Demasiado ligero, quizás, para treinta años de secretos. Pero a veces los secretos más pesados caben en tan solo unas pocas páginas.

Ella desliza un dedo bajo la solapa.

La cinta adhesiva se rompe fácilmente.

Demasiado fácilmente.

Ella abre el sobre.

Ella mira hacia adentro.

Ella le da la vuelta al sobre.

Nada se cae.

La abre, examina el interior: el fondo blanco, los bordes, las esquinas. Pasa el dedo por dentro.

Vacío.

El sobre está vacío.

Ella mira a Vernet.

La mira con esa expresión, no de sorpresa. Algo más oscuro, más profundo. Tiene la cabeza ligeramente ladeada y la mandíbula apretada.

"Estaba cerrado cuando me lo diste",dijo ella.

"Estaba cerrado cuando me lo dio."Su voz es monótona. "Estaba cerrada cuando la guardé en el cajón de mi mesita de noche. Estaba cerrada esta mañana cuando revisé si estabas despierto."

"Alguien lo abrió."

"Alguien lo abrió. Sí."

Camille mira el sobre que tiene en la mano. La cinta adhesiva se ha despegado. Examina el borde: la despegaron con cuidado, despacio, para no romper el papel. Luego la volvieron a pegar. O quizás no; tal vez la persona no consideró necesario volver a pegarla. Tal vez sabía que Camille encontraría el sobre vacío de todos modos.

Quizás ese era el mensaje.

"En tu casa","Alguien ha entrado a robar en tu casa", dijo Camille.

Vernet no respondió de inmediato.

"Mi casa no es una fortaleza",—dijo finalmente—. Vivo solo. Salgo a caminar todas las mañanas. Una hora, a veces más. La puerta trasera no cierra bien desde hace dos años. —Una pausa—. No pensé que fuera un problema.

"Se ha convertido en un problema."

"Sí."

Permanecieron en silencio un momento en el sendero mojado.

Camille mira el sobre, luego la puerta de la casa, después el sendero que serpentea entre los campos. Piensa en la logística: alguien que sabía que su padre le había dado algo a Vernet, que sabía dónde vivía Vernet, que había logrado entrar en su casa y encontrar el sobre. Alguien que había pensado en Vernet.

Alguien que lo había pensado todo.

"¿Qué había dentro?"dijo ella.

"No lo sé. No lo he abierto."

Ella le cree. No sabe por qué, pero le cree: esos ojos, ese gris claro y directo, esos ojos que no han aprendido a mentir. No lo abrió porque su padre le había dicho que se lo diera a Camille, y para él, las instrucciones de un muerto tienen el mismo peso que las de un vivo. Quizás incluso más.

"¿No tienes ni idea de lo que podría haber sido?"

"Papeles, en mi opinión. El sobre era grueso cuando me lo dio. Un fajo. Hojas."

"Hojas."

Piensa en la carta. Las ocho páginas sobre el escritorio. Pero no, la carta está en el despacho cerrado con llave, Hélène lo ha convertido en una cuestión de principios, y además, la carta está dirigida al tribunal, no a Camille.

Entonces, algo más.

Más documentos. Más pruebas que su padre había reunido, clasificado y preparado. Había cumplido con su deber como hombre que iba a morir y que no quería morir en vano.

Y alguien se los había robado.

"Tu padre,"Vernet dijo: "Era un hombre que había hecho cosas de las que se arrepentía".

Lo dice sin juzgar. Simplemente es una observación.

"Lo sé,"dijo Camille.

"No me lo dijo con esas palabras. Pero era obvio. Se nota el peso que ese tipo de cosas tiene en un hombre. Marca su forma de comportarse. Su aspecto."Se detiene. «Tu madre nunca vino. Ni tu hermano ni tu hermana. Siempre fue él, solo. Un hombre solo en su propia casa».

Camille no dijo nada.

"Él era diferente la semana anterior a su muerte."Vernet continuó: «Menos... abatido. Tenía una postura más erguida. Como alguien que ha tomado una decisión difícil y se siente aliviado de haberla tomado».

Piensa en la carta. En la decisión de hablar. En ese alivio particular de alguien que ha guardado un secreto durante demasiado tiempo y que finalmente ha decidido dejarlo ir.

"¿Te dijo que iba a hablar?"

"No. Pero sí me dijo una cosa."Vernet hace una pausa. Mira la puerta de la casa, cuya columna se inclina ligeramente. «Me dijo: los hijos siempre pagan por sus padres. Y los padres, a veces, por sus hijos. Así son las cosas».

Camille sintió una opresión en la garganta.

"Les dijo a los niños: ¿A todos ellos?"

"Todo."

Ella mira el sobre vacío que tiene en la mano.

"¿Tenía miedo de alguien en particular?"

Vernet se toma su tiempo.

"Tu hermano solía venir a menudo. Sobre todo en los últimos meses. Tu madre también."—Él duda. —Pero el miedo de tu padre... No creo que fuera el miedo de una sola persona. Era el miedo de toda la casa. Como si la casa misma se hubiera vuelto peligrosa para él.

"Hay algo más",dijo Vernet.

Saca un teléfono del bolsillo de su abrigo; un dispositivo antiguo y básico, no un teléfono inteligente. Pulsa algunas teclas, busca algo y gira la pantalla hacia Camille.

Una foto.

Tomada desde lo que parece ser la ventana de la casa de Vernet: la esquina superior, con el marco de madera visible en el borde derecho. Abajo, el camino. Y en el camino, frente a la puerta de la residencia Dubreuil, un coche aparcado.

La noche de la muerte de Edward.

"Oí las sirenas alrededor de la medianoche",dijo Vernet. "Me levanté. Miré por la ventana. Ese coche llevaba aparcado allí al menos dos horas; lo había visto antes de acostarme. No lo sabía."

Camille mira la foto.

Un coche oscuro. Un sedán. La noche y la distancia dificultan distinguir el modelo exacto, pero la matrícula es visible. Parcialmente. Los primeros cuatro caracteres.

"¿Le enseñaste esto a la policía?"

"Yo iba a hacerlo."Su voz se endureció ligeramente. «Y entonces lo pensé. El teniente que se encargó del caso se llama Moreau. Lo

conozco desde que era niño. Conozco a su familia. Y su familia conoce a la tuya». Volvió a coger el teléfono. «Lo pensé, pero me lo guardé para mí».

"Quiero esa foto."

"Te lo enviaré si me das tu número."

Ella se lo da. Él lo envía. Su teléfono vibra en su bolsillo.

"Ten cuidado,"dijo.

La forma en que lo dice, no como una fórmula, ni como una despedida cortés. Con verdadero peso. El peso de un hombre que ha visto cosas y que ya superó la etapa de minimizar lo que ve.

"Ten cuidado con quién hablas en esta casa. Ten cuidado con lo que tocas. Ten cuidado con lo que dejas tirado por ahí."Él la mira. "Tu padre confió demasiado tiempo en la gente equivocada. No hagas lo mismo."

"A las personas equivocadas. ¿Podrías ser más específico?"

Él niega con la cabeza.

"No. Porque no lo sé. Sé lo que veo y oigo en cuarenta años viviendo en el barrio: voces que se alzan, coches que llegan por la noche, un hombre que envejece más rápido de lo que le corresponde por su edad. Pero los nombres y los hechos... eso estaba en ese sobre. Y alguien se aseguró de que no lo leyeras."

Camille entra por la puerta.

Se detiene. Se vuelve hacia Vernet por última vez.

"Esa noche. El coche estaba en la carretera. ¿Viste a alguien salir de él? ¿Alguien entró en la casa?"

La mira fijamente durante un largo rato.

"Vi a alguien salir de allí",dijo. "Tarde. Después de las sirenas, después de que la ambulancia se hubiera ido. Cuando la casa volvió a tener luz y luego se volvió a apagar".

"OMS ?"

"Demasiado lejos. Demasiado oscuro."Un rato. "Pero la forma de andar. La manera en que caminó hacia el coche."

"Sí ?"

"Alguien que no tenía prisa."

Lo dijo, y Camille recibió esas palabras como si fueran algo irrevocable. Alguien que no tenía prisa. Alguien que había hecho lo que tenía que hacer y que se marchaba sin pánico, sin prisas, con la fría seguridad de quien sabe que el trabajo está bien hecho.

"GRACIAS,"dijo ella.

"No me des las gracias."Su voz es grave. "Averigua qué había en ese sobre. Eso es lo que puedes hacer por él."

Volvió a meter las manos en los bolsillos.

Reanuda su marcha por el sendero sin mirar atrás.

Camille permanece frente a la puerta.

Ella sostiene el sobre vacío.

Lo examina con sus manos: ese cuadrado blanco y ligero que debería contener algo, pero que no contiene nada. Piensa en su padre caminando bajo la lluvia una tarde de noviembre, empapado y solo, llevando a su único vecino de confianza la evidencia que no se atrevió a guardar en casa.

Había presentido que el tiempo se le estaba acabando.

Tenía razón.

Y alguien había estado justo delante de él; lo sabía, había actuado y había recuperado los documentos antes de que llegara Camille.

Alguien que supiera que su padre había hablado con Vernet.

¿Quién conocía a Vernet? Su casa. Sus costumbres. La puerta trasera que no cerraba bien.

Alguien cercano a ti.

Alguien muy cercano.

Ella guarda el sobre en su bolsillo.

Ella regresa a la casa.

Al cerrar la puerta, levantó la vista hacia las ventanas del primer piso.

La ventana del dormitorio de Julien.

La cortina se mueve ligeramente.

Había alguien allí.

Alguien la estaba observando mientras volvía a casa.

6

El muro que esconde

El notario llegará en dos días.

Dos días en los que la oficina permanece cerrada, los secretos siguen intactos y alguien en esta casa aún puede actuar. Dos días que Camille no tiene.

Ella lo sabe desde esta mañana.

Del sobre vacío.

Desde la cortina que se movía en la ventana de Julien.

En las residencias para personas en duelo, el día transcurre como transcurre: con esa lentitud particular, esa atmósfera suspendida donde el tiempo parece haber perdido su rumbo habitual. Hélène regresa del ayuntamiento al mediodía, cargada de formularios, con el rostro impasible, el de quien ha completado tareas arduas con toda la eficiencia que merecía. Julien baja a la una, con el pelo aún húmedo de la ducha, con ese aire de propietario inspeccionando la propiedad que lo acompaña desde su llegada. Élise no baja en toda la tarde.

Están comiendo en la misma mesa que ayer.

Los mismos silencios. Las mismas tensiones latentes. La misma farsa de una familia unida por las circunstancias más que por elección.

Camille come. Observa. Espera.

Aprendió a esperar.

Esa tarde, llamó al hospital de Périgueux y pidió hablar con el médico que había atendido a su padre en urgencias. Le dijeron que el Dr. Fabre no estaba disponible. Dejó un mensaje. Probablemente no volvería a llamar; los médicos no suelen devolver las llamadas de familiares que preguntan sobre accidentes clasificados. Pero

necesitaba saber si se le había realizado algún examen. Si alguien había examinado las manos de Édouard Dubreuil, buscando algo más que señales de una caída.

Ella duda que alguien lo haya hecho.

Los accidentes son accidentes hasta que se demuestre lo contrario.

El problema es que alguien metió la prueba de lo contrario en un sobre y otra persona la robó.

A las seis en punto, Julien anuncia que va a salir a cenar al pueblo.

Se lo dice a Hélène, no en la mesa, sino en el pasillo, mientras se pone la chaqueta, como una información práctica compartida por pura cortesía. Hélène responde sin levantar la vista de su labor. La sacó esta tarde; Camille nunca la ha visto tejer en su vida, o casi nunca, y la reaparición de este gesto en este preciso instante parece sintomática de algo. Manos que necesitan estar ocupadas. Dedos que buscan algo que sostener, que controlar, que producir.

La puerta principal se cierra tras Julien.

Su motor arranca en el patio.

Camille está pensando en la cortina que se movía esta mañana.

Piensa en Vernet y en el coche aparcado en la carretera.

Piensa en un hombre que no tenía prisa.

La cena transcurre en silencio.

Elise bajó las escaleras; se acomodó en su sitio habitual, con mangas largas y sin apetito. Comió unos bocados de sopa bajo la atenta mirada de Hélène. Ninguna de las dos habló mucho. Camille le hizo dos o tres preguntas: ¿dormiste?, ¿quieres que te prepare algo?, ¿necesitas algo?, y Elise respondió sí o no, como suele ocurrir cuando alguien contesta preguntas sin haberlas escuchado realmente.

A las 8:30 de la noche, Elise vuelve a subir a su habitación.

A las nueve de la noche, Hélène guarda su labor de punto, se despide y desaparece escaleras arriba.

Camille permanece sola en la sala de estar.

Escucha cómo la casa se vacía sobre ella. Pasos. Puertas. El sonido de las tuberías en las paredes: ese viejo sistema de cañerías que retumba y silba, y que parece tener vida propia cuando alguien abre el grifo. Helen en su baño. Luego, silencio.

Ella sigue esperando.

Una hora.

22:30.

Julien no regresó.

Camille se levanta.

Saca la linterna que guardó en su bolsillo esta mañana; la misma linterna de anoche, el mismo ritual, la misma preparación metódica de alguien que sabe que va a hacer algo que la luz común no debería iluminar. Camina por el pasillo. Se detiene frente a la puerta de la oficina.

El mango.

Ella lo presiona suavemente.

Cerrado.

Ella lo esperaba.

Lo que Hélène ignora —o quizás ha olvidado tras el ajetreo de estos días— es que la cerradura del despacho de Édouard Dubreuil es una cerradura de mueble antigua, de esas que se compran en una ferretería y se instalan uno mismo en una puerta interior para crear la ilusión de privacidad, más que la realidad. Camille la vio anoche al pasar. Reconoció al hombre.

Saca la pequeña tarjeta de crédito caducada que ha guardado durante años en el fondo de su cartera; una costumbre de cuando vivía en un apartamento con una cerradura caprichosa que a veces requería esta maniobra. Desliza la tarjeta entre la puerta y el marco. Busca el cerrojo. Aplica presión.

El perno cede.

La puerta se abre.

La oficina.

Abre la puerta lo justo para entrar. La cierra tras de sí sin dar un portazo.

Ella enciende la linterna.

La habitación sigue igual que siempre: ese despacho patriarcal, con sus muebles oscuros y su estantería que va del suelo al techo, sus archivadores alineados con la precisión de un contable, su submarino de cuero verde en el centro del escritorio. La silla de cuero detrás del escritorio. La pequeña lámpara de escritorio que nadie ha encendido desde que murió Edward.

Ella dirige el haz de luz de su lámpara a través de la habitación.

Primero busca la carta.

La alfombrilla de escritorio de cuero verde. Se acerca. Levanta las solapas: nada. Abre los cajones. Primer cajón: bolígrafos, clips, una calculadora vieja. Segundo cajón: archivos, papeles administrativos, extractos bancarios de los últimos años. Los ojea rápidamente: ahora no, no hay tiempo, hay asuntos más urgentes. Tercer cajón: cerrado con llave. Saca la tarjeta de crédito. La fuerza. El cajón se resiste más que la puerta. Insiste. Cede.

Vacío.

Como el cajón de su propia habitación.

Alguien vino antes que ella.

Hoy no; Hélène tenía la llave, pero la oficina estaba cerrada. Antes. En las horas posteriores a la muerte de Édouard, antes de que llegara Camille, alguien registró la oficina y se llevó todo lo que pudo.

La carta.

¿Qué había en los cajones?

Todo lo que su padre había coleccionado.

Ella permanece de pie en medio de la oficina.

Gira el haz lentamente, metódicamente: las paredes, los muebles, la estantería. Busca lo que pudo haber pasado por alto. Lo que pudo haber pasado por alto quien busca.

Su mirada se posa en el armario.

El armario de la oficina.

Siempre lo había visto allí. Durante toda su infancia, toda su adolescencia: aquel enorme armario, de roble oscuro, con sus paneles tallados y herrajes de hierro forjado. Demasiado grande para la habitación, la verdad. Demasiado imponente, demasiado prominente, como un mueble diseñado para un salón que había acabado allí por casualidad o por pura obstinación.

Ella nunca entendió por qué su padre estaba tan apegado a ese armario.

Ha estado en la familia durante cuatro generaciones."No se tiran las cosas así como así", dijo cuando le hicieron la pregunta.

Ella se está acercando.

El armario está arrinconado contra la pared del fondo: la pared de carga, la piedra labrada, el grosor de una antigua casa del Périgord. Siempre ha estado ahí, con ese milímetro de holgura entre la madera y la piedra que las casas antiguas generan naturalmente con los movimientos estacionales.

Camille mete la mano detrás del lado derecho del armario.

Ella puede sentir ese milímetro de juego.

Luego algo más.

Una corriente de aire.

Ella retira la mano.

Ella mira el armario.

Pensó durante tres segundos.

Luego, coloca ambas palmas planas contra el lado izquierdo del mueble y empuja.

El armario no se mueve.

Es pesado: pesado por su antiguo y sólido roble, pesado por cuatro generaciones, pesado por todo lo que nunca se ha movido. Camille recoloca los pies. Empuja con las piernas, no con los hombros, con la parte inferior del cuerpo, con su peso, con el ángulo. El armario se resiste un segundo más.

Entonces ella resbala.

No mucho. Veinte centímetros. Treinta. Con ese sonido sordo y continuo de la madera sobre las baldosas de terracota que parece ensordecedor en el silencio de la casa dormida. Se detiene. Escucha.

Nada. Ningún escalón más arriba. Ninguna puerta que se abra.

Ella retoma la conversación. Mueve el armario unos cincuenta centímetros hacia la izquierda.

Y ella ve.

La pared de atrás no es una pared.

Por fin, sí. Es un muro. De piedra. Pero en este muro hay una puerta. Una puerta pequeña y baja, de 180 centímetros de alto y 70 centímetros de ancho, enmarcada en madera gris antigua, con un pestillo de hierro a un lado. No es una puerta reciente. No es una puerta instalada en los últimos diez o veinte años. Es la puerta de una casa antigua, una de esas puertas que se encuentran en las casas antiguas del Périgord cuando han tenido varias vidas: cobertizo, bodega, pasillo entre dos partes del edificio.

Una puerta que alguien había decidido esconder.

Detrás de un armario de cuatro generaciones.

Camille pone la mano en el pestillo.

El metal está frío. Ella lo gira. El mecanismo cruje levemente; se detiene, espera, escucha. Nada. Continúa. El pestillo se suelta. Empuja la puerta para abrirla.

Aire.

Un aire distinto, más fresco, más seco, con ese ligero aroma a campo y tierra que no se parece a nada más. Un espacio estrecho. Ella dirige la lámpara.

Una habitación pequeña.

Un metro y medio de profundidad, quizás dos metros de ancho. Paredes de piedra tosca. Un estante de madera rudimentario atornillado a la piedra a la altura del pecho. Y sobre este estante —simplemente colocado allí, sin más protección que su propio cierre—

Una caja de metal.

Rectangular. Veinticinco centímetros por quince. De metal gris verdoso, del tipo de caja impermeable que se usa para guardar documentos importantes, con un cierre abatible en la parte frontal. Sin candado. Solo el cierre.

Camille lo toma.

Es más pesado de lo que parece.

Ella sale del armario. Coloca la caja sobre el escritorio. Levanta el cierre.

Fotos.

Un cuaderno.

Un recorte de periódico.

Ella comienza con las fotos.

Unas diez, quizás doce. Fotografías en papel de formato cuadrado, del tipo que usaban las cámaras de los noventa, con ese papel ligeramente amarillento en los bordes que refleja mejor la época que cualquier fecha. Las coloca sobre el secante de cuero, una al lado de la otra, como si se ordenaran las piezas de un rompecabezas antes de armarlo.

Niños. Adolescentes. Los reconoce; reconoce la casa, el jardín, ese mismo roble al fondo del patio que ya era viejo entonces. Reconoce a Julien, de quince o dieciséis años, a ese Julien de antes de la adultez que ya tenía esa forma de ocupar el espacio. Reconoce una versión más joven de sí misma: doce o trece años, con el pelo largo,

un suéter azul que había olvidado, pero que su vista trae de vuelta de las profundidades de algo parecido a un recuerdo sensorial.

Y a los chicos no los reconoce.

Probablemente amigos de Julien; tienen su edad o son un poco más jóvenes, estos adolescentes con rostros aún en desarrollo, con sonrisas de entonces. Tres o cuatro, según la foto. Cambian de una foto a otra; no siempre son los mismos, ni siempre el mismo número.

Excepto uno.

Aparece en casi todas las fotos.

Un chico delgado, de cabello oscuro, rostro delicado y ojos claros. Ella lo observa foto tras foto. Sonríe a menudo, no como Julien, no esa sonrisa forzada y artificial. Una sonrisa real y natural, la sonrisa de un chico que aún no sabe que las sonrisas pueden engañar.

Ella lo mira y algo se remueve en un lugar que no sabe cómo describir.

Ella lo conoce.

Ella no sabe de dónde.

Ella toma el recorte del periódico.

Periódico amarillento, frágil en los pliegues. Ella lo desdobla con cuidado.

Un artículo. Breve. Enmarcado con una línea fina, como las noticias de los periódicos locales de la época. Ella lee la fecha en la parte superior: julio de 1997. Tenía quince años.

PREOCUPANTE DESAPARICIÓN DE UNA ADOLESCENTE: CASO CERRADO.

Thomas Avril, de dieciséis años y residente de Saint-Cyprien, se encuentra desaparecido desde la noche del 14 de julio. Según la información más reciente, el joven fue visto por última vez cerca de la propiedad Dubreuil, a unos dos kilómetros del centro de la ciudad. A pesar de una investigación preliminar realizada por la gendarmería local, no se han encontrado pistas sólidas. El caso ha sido archivado.

La familia Avril, contactada por nuestro equipo, declinó hacer comentarios.

Thomas Avril.

Camille leyó ese nombre.

Lo lee dos veces. Tres veces.

Ella lo sabe; lo sabe con la certeza física e irracional de quien reconoce algo que su memoria ha decidido ocultar. Ese nombre reside en un lugar dentro de sí misma, en una habitación cuya puerta lleva mucho tiempo sellada. Puede sentir la puerta. No puede abrirla.

Ella mira las fotos.

El chico de cabello oscuro. El rostro delgado. Los ojos claros.

Thomas Avril.

Él estaba allí. En ese jardín. En esa casa. Conocía a Julien. Quizás era amigo de Julien. Él estaba allí, ella lo conocía, y algo sucedió la noche del 14 de julio de 1997, y entonces él ya no estaba.

Y ella no lo recuerda.

Ella le da la vuelta al recorte de periódico.

Busca más información en el reverso: otro artículo, una continuación. El reverso del periódico está casi en blanco, solo unas pocas líneas de otra columna que no tienen nada que ver. Pero en la esquina inferior derecha, alguien ha escrito algo.

A mano.

Una letra adolescente: esas letras que aún buscaban su forma definitiva, mezclando una cursiva aprendida con una personalidad que empezaba a afirmarse. Una letra que había visto miles de veces en sus cuadernos escolares, en sus cartas a amigos, en los márgenes de sus libros de texto.

Su escritura.

Tres palabras.

No lo olvides.

Camille ya no se mueve.

Sostiene el recorte de periódico entre los dedos y mira fijamente esas tres palabras que son suyas, que fueron escritas por su mano en un tiempo que ya no alcanza, e intenta respirar con normalidad.

No lo olvides.

Ella lo había escrito.

Ella, a los quince años, había tenido este diario en sus manos, había leído este artículo y había escrito estas tres palabras como una advertencia que se daba a sí misma.

Y sin embargo, lo había olvidado.

O la habíamos ayudado a olvidar.

Piensa en la pastilla que está debajo de la almohada de Elise. La pastilla cuyo nombre fotografió, que buscó en Google al día siguiente en su coche para consultar sus características, y lo que encontró le revolvió el estómago. No era una pastilla para dormir cualquiera. No era un ansiolítico común y corriente. Era algo más preciso, más específico, que actúa sobre la consolidación de la memoria a largo plazo. Algo que se receta en casos muy concretos.

Algo que el doctor Leroux le había estado recetando a Elise durante veinticinco años.

¿Cuánto tiempo llevaba recetándoselo a Camille?

Ella coloca el recorte de periódico.

Ella toma el cuaderno.

Un cuaderno de espiral. De bolsillo. Tapa de cartón negro, desgastada en las esquinas. Ella lo abre.

La letra de su padre. Esa caligrafía apretada y vertical que reconocería entre mil: sin adornos, sin elegancia, simplemente la funcionalidad de un hombre que escribe para dejar constancia, no para ser leído.

Columnas.

Fechas. Iniciales. Números: algunos precedidos por un signo positivo, otros por uno negativo. Cantidades. Y junto a algunas entradas, palabras abreviadas que aún no comprende: códigos, atajos, un lenguaje que su padre había desarrollado solo para sí mismo.

Ella pasa las páginas.

Las anotaciones abarcan años; ella ve fechas que se remontan a finales de los noventa. Treinta años de un sistema de calificación riguroso y opaco. Treinta años de un hombre que llevaba sus cuentas, pero no las financieras. Sus otras cuentas.

Ella está buscando las iniciales.

JD — Julien. Frecuente. Docenas de entradas.

HD — Helen. Menos frecuente. Pero presente.

ED — Elise. Poco frecuente. Casi inexistente en los primeros años, luego cada vez más presente a partir de 2005 aproximadamente.

Y la cuarta.

CD

Ella.

Sus propias iniciales en el cuaderno de su padre fallecido, asociadas a fechas y números que aún no comprende, en ese cuaderno escondido detrás de un armario, detrás de una puerta, detrás de una pared.

Su padre la estaba observando.

O la protegió.

Ella aún no sabe si es lo mismo.

Ella vuelve a guardar el cuaderno en la caja.

Guarda las fotos y el recorte de periódico. Cierra el broche. Se lleva la caja bajo el brazo.

Ella sale de la oficina.

Cierra la puerta tras de sí; no puede cerrarla con llave, pero la empuja hacia atrás, encajando el cerrojo con un chasquido. En la oscuridad, eso bastará.

Ella sube las escaleras.

De espaldas a la pared. Pie izquierdo primero. Evita el tercer paso.

En su habitación, coloca la caja debajo de la cama, al fondo, contra la pared, donde nadie la vería a menos que supiera cómo. Para ocultarla, pone unos zapatos delante.

Ella se sienta en el borde de la cama.

Conserva en su mente las tres palabras de esa letra adolescente que reconoce como reconocería su propio rostro en un espejo.

No lo olvides.

Tenía quince años.

Ella había visto algo.

Ella sabía algo.

Y en algún momento entre aquel julio de 1997 y hoy, el recuerdo de aquello había desaparecido, de forma ordenada y completa, como los sobres y cajones que se vacían en esta casa donde las pruebas han aprendido a desaparecer.

Ella mira fijamente al techo en la oscuridad.

Afuera, un motor en el patio.

Julien regresa a casa.

Ella oye sus pasos en el pasillo de abajo, en las escaleras, en el pasillo del primer piso. Ella oye cómo se abre y se cierra su puerta.

Ella no se mueve.

Piensa en Thomas Avril, de dieciséis años, que desapareció el 14 de julio de 1997 y fue visto por última vez cerca de la propiedad de Dubreuil.

Piensa en la última vez que vio ese rostro.

Ella no lo recuerda.

Pero su cuerpo... su cuerpo recuerda algo. Ese nudo en la garganta. Esa sensación de estar al borde, de inminencia, como si el recuerdo estuviera ahí, justo ahí, al otro lado de una puerta que había permanecido sellada durante veintisiete años.

No lo olvides.

Ella lo había intentado.

Alguien se había esforzado más que ella.

7

Lo que Elise sabe

A la mañana siguiente, Camille espera.

Espera a que la casa despierte a su propio ritmo: primero Hélène, como siempre, con sus pasos firmes en el pasillo, subiendo las escaleras, hasta la cocina. Luego, el silencio de Hélène mientras toma su café sola, antes incluso de que llegue nadie más. Después, Julien, tarde, sobre las diez, con su larga ducha y su total desprecio por el agua caliente de los demás.

Elise no baja las escaleras.

A las once en punto, Camille sube las escaleras.

Ella llama suavemente.

Tres golpes. No más. No quiere que suene como una citación. No quiere que suene como una amenaza. Ha pensado toda la noche en cómo acercarse a su hermana, esa mujer de treinta y siete años que ha pasado su vida en esta casa encogiéndose, haciéndose más pequeña, ocupando el menor espacio posible para evitar ser aplastada. No te acercas a la gente como lo hace Elise, de frente. No te acercas con preguntas directas y certezas. Te sientas a su lado. Esperas a que hablen.

Si es que alguna vez hablan.

"Soy yo",dijo Camille.

Silencio.

Luego, pasos. Ligeros, casi inaudibles. La puerta se abre un poco.

Elise está en pijama. Un pijama gris, demasiado grande, de las mismas mangas largas. Tiene el pelo revuelto y el rostro de alguien que no ha dormido o que ha dormido demasiado; ambas se parecen, con un cierto grado de agotamiento crónico. Sus ojos gris verdosos

miran a Camille con una expresión que no es ni desconfianza ni confianza.

Algo intermedio.

Una esperanza cautelosa, tal vez.

"Puedes pasar."dijo ella.

La habitación de Elise.

Camille no ha estado allí en diez años. Solía conocerla: la habitación de su hermana pequeña con sus pósteres de caballos y peluches alineados en la estantería, ese desorden infantil que da forma a la vida. Ya no queda nada. La habitación de Elise, ya adulta, está limpia, demasiado limpia, una pulcritud que se asemeja más al vacío que al orden. Pocas pertenencias personales. Pocos vestigios de una vida vivida. Una cama hecha con precisión, una mesita de noche, una cómoda. Unos cuantos libros en la estantería: novelas, títulos que Camille no reconoce. Un chal sobre el respaldo de la silla.

No se permiten fotos.

No hay fotos en ninguna parte.

Camille se sienta en la silla. Elise vuelve a sentarse en su cama, con las rodillas pegadas al pecho y los brazos rodeando las piernas en esa postura retraída que seguramente la acompañaba desde la adolescencia.

Se miran el uno al otro.

Como dos mujeres que se han perdido de vista y están tratando de encontrar el camino de regreso la una a la otra sin mapa ni instrucciones.

"¿Te gustaría un poco de té?"dijo Elise.

"No, gracias."

"Tengo un termo. Suelo llevarme té por la noche."Apoya la barbilla en la mesita de noche: un termo blanco, una taza. "No me gusta bajar cuando están aquí".

Ellos.Su propia familia. Su madre y su hermano se resumen en un pronombre que lo dice todo sobre cómo vive Elise en esta casa. No con ellos. Entre ellos. A su lado. Organizándolo todo para cruzarse con ellos lo menos posible.

"¿Cuánto tiempo llevas haciendo esto?"Camille pregunta en voz baja.

Elise se encoge de hombros ligeramente.

"Mucho tiempo."

"¿Cuánto tiempo, cuánto tiempo?"

"Durante mucho tiempo, como siempre."Apoya la barbilla en las rodillas. "En cuanto te fuiste. Cuando te fuiste, ya no había razón para bajar."

Camille recibe esto.

Le golpea en el pecho, donde más duele: en ese lugar donde ha guardado su culpa durante diez años, cuidadosamente archivada, compartimentada, separada con esmero de su vida cotidiana. Creía que se marchaba para salvarse a sí misma. No había considerado lo que dejaba atrás.

No había tenido en cuenta a Elise.

"Lo lamento,"dijo ella.

Elise la observa. Esa mirada inquisitiva, no con resentimiento, sino con algo más complejo. La pregunta de si las palabras bastan. Si las palabras de quien se marchó pueden tener algún significado ahora que es demasiado tarde para cambiar lo que podrían haber cambiado.

"Cómo estás,"dijo Elise. Eso es automático, pavloviano.

"No,"Camille dijo: "No está bien. Y no tienes que decirme que está bien".

Elise no responde de inmediato. Mira sus manos sobre sus rodillas: sus manos con las uñas bien recortadas y las muñecas cubiertas.

"No,"dijo finalmente. Simplemente no. Pequeño, pesado y preciso.

Camille deja que el silencio se prolongue por un instante.

Ella no lo ataca. No usa sus preguntas como armas. Espera a que la habitación se relaje un poco, a que la tensión de los primeros momentos disminuya. Mira a su alrededor. Mira a Elise. Piensa en la caja metálica debajo de su cama: las fotos, el cuaderno, el recorte de periódico.

A estas tres palabras escritas de su puño y letra.

No lo olvides.

"Elise,"—dijo después de un momento—. Me gustaría hablar contigo sobre papá.

Algo se congela en el cuerpo de su hermana.

Imperceptible. Una rigidez microscópica en sus hombros, en la forma en que mantenía las piernas juntas. Si Camille no la observara con esa atención, esa atención aprendida a lo largo de los años de descifrar el lenguaje no verbal de esta familia, no lo notaría.

"¿Qué quieres saber?"

"Lo que sabes."

"No sé nada."

"Elise."

"No sé nada."Su voz es monótona. Aprendiendo. "Papá se cayó por las escaleras. Fue un accidente. Eso es lo que dice la policía."

"La policía está diciendo lo que le han dicho que diga."

Elise levanta la vista de repente.

"No sabes lo que estás diciendo."

"Si,"—dijo Camille—. Sé perfectamente lo que estoy diciendo.

Ella saca su teléfono.

Encuentra la foto: la rampa, el ángulo de la luz rasante que revela la zona limpia. Le entrega el teléfono a Elise.

Elise está mirando.

Ella no dijo nada.

Camille se desplaza por la pantalla. El paseo se procesa. La cámara se selecciona. Tampoco dice nada; deja que las imágenes hablen por sí solas, deja que Elise observe a su propio ritmo sin explicarle lo que ve, sin decirle cómo interpretarlo.

Elise contesta el teléfono.

"Veo una barandilla de escalera",dijo ella. Su voz había cambiado; era más débil, como si se hubiera encogido aún más.

"Se ve una barandilla limpiada con lejía en las horas posteriores a la muerte de papá. Y detrás del cuadro del pasillo, se ve una cámara que él mismo había instalado y que alguien cortó."

"Papá no tenía cámara."

"Si."

"No lo habría sabido."

"No necesariamente. Lo había escondido. Detrás del cuadro grande."

Elise aparta la mirada hacia la ventana. El jardín está mojado en noviembre. El roble pierde sus hojas. Observa todo esto con una fijación que no es indiferencia, sino la fijación de alguien que intenta no mirar nada más.

"Elise. ¿Quién limpió la barandilla?"

"Estaba dormido."

"Esa noche."

"Tomé un medicamento. Estaba dormido.""

"¿La misma medicación que llevas tomando veinticinco años?"

El silencio que sigue es diferente a los demás.

Ya no está a la defensiva. Está suspendido, como el aire antes de una tormenta, esa quietud cargada de tensión que precede a la ruptura. Elise no se mueve. Apenas respira.

Camille está esperando.

"¿Cómo lo sabes?"dijo Elise finalmente.

Su voz es baja. No acusatoria, sino atónita. Como si nadie hubiera hablado jamás en voz alta de esto. Como si durante veinticinco años esta droga hubiera existido en un espacio de silencio tácito, una realidad compartida cuya existencia todos conocían y de la que nadie hablaba.

"Vi la caja debajo de tu almohada la primera noche. Busqué el nombre."

"No deberías haberlo hecho.""

"Elise."

"No deberías haberlo hecho",—repite. Su voz tiembla ligeramente, como si algo empezara a ceder ante la presión—. Son solo medicamentos. Leroux me los ha estado recetando durante años. Dice que los necesito.

"Para qué ?"

"Para dormir."

"Ese medicamento no se receta para dormir."

Silencio.

"Para la ansiedad, entonces."

"Ni."

Elise apoya los pies en el suelo. Se sienta en el borde de la cama, con las manos extendidas sobre los muslos, en la postura de alguien que se prepara para levantarse o huir; ambas opciones están abiertas, el cuerpo aún no se decide.

"¿Qué quieres que diga?"—dijo ella. Y en esa pregunta, Camille escuchó algo que no esperaba oír: agotamiento. No resistencia. El agotamiento de una mujer que ha cargado con algo durante demasiado tiempo y empieza a perder la fuerza para sostenerlo.

"La verdad,"Camille dijo en voz baja: "Solo la verdad. Nada que no sepas ya".

Elise se levanta.

Se acerca a la ventana. Le da la espalda a Camille, no para evitarlo, sino porque es más fácil hablar cuando no tienes que mirar a la otra persona. Cuando no tienes que ver el efecto de tus palabras en su rostro.

"Yo tenía siete años",—dijo ella en voz muy baja. Camille se inclinó ligeramente hacia adelante para oír. —Era verano. Me levanté por la noche porque tenía sed. Iba a la cocina.

Ella se detiene.

"Continuar,"dijo Camille.

"Vi una luz debajo de la puerta del granero. Nunca poníamos luz en el granero por la noche."Apoya la frente contra el frío cristal de la ventana. "Miré por la rendija de la puerta".

"¿Qué viste?"

"Había gente. Julien y otros dos. Llevaban algo. Envuelto en algo."Su voz se volvió monótona, con ese tono particular de alguien que recita algo aprendido de memoria; aprendido de memoria porque lo había repetido miles de veces en el silencio de su mente, una y otra vez hasta que se volvió suave y casi inofensivo, como una piedrecita pulida por la corriente. «Pensé que era un juego. Me dije a mí mismo que era un juego».

"Eso te lo dijiste a ti mismo cuando tenías siete años.""

"A los siete años y a todas las edades desde entonces."

Camille no dijo nada.

Ella deja a Elise con sus palabras.

"A la mañana siguiente, mamá me llamó a su despacho. Estaba sola. Me explicó que lo que había visto no existía. Que había tenido una pesadilla."Una pausa. "Y si se lo contara a alguien, me internarían en un hospital. Porque las niñas pequeñas que ven cosas que no existen necesitan ayuda."

El silencio entre ellos se sentía como algo físico.

Camille recuerda cuando tenía siete años. A una niña pequeña en camisón frente a la puerta de un granero. A lo que vieron sus ojos y

a lo que su madre decidió convertir en un sueño.

"¿Y cuándo comenzó el tratamiento farmacológico?"

"Unas semanas después, Leroux me dijo que tenía problemas para dormir."No se da la vuelta. Su voz es completamente inexpresiva. "Tenía siete años. No sabía qué significaban los trastornos del sueño. Solo sabía que la medicación me hacía sentir... borrosa. Como si los contornos de las cosas ya no estuvieran definidos."

"Como si los recuerdos ya no fueran claros."

"Sí."

Camille se levanta lentamente.

Ella rodea la cama. Se detiene junto a Elise frente a la ventana; no demasiado cerca, solo lo suficiente para estar allí, para significar una presencia sin imponer un contacto que tal vez no tenga derecho a imponer.

Miran juntos el jardín.

El roble. La hierba alta. El cielo está gris.

"El niño en el granero",Camille dijo: "¿Lo reconocerías?"

Silencio.

"No le vi la cara."

"Pero ya sabes quién es."

Eso no es una pregunta.

Elise finalmente se da la vuelta. Mira a Camille con esos ojos gris verdosos que a los siete años vieron cosas que los niños de siete años no deberían haber visto, y que han pasado treinta años tratando de no volver a verlas.

"¿De verdad no recuerdas nada?"murmura ella.

Camille la mira.

"Qué ?"

Elise la mira. Durante un buen rato. Esa forma de mirarla, buscando algo, comprobando algo, midiendo algo en los ojos de su hermana

que le diga si miente o si realmente está sumida en ese olvido que dice.

Lo que ve en esos ojos la hace dudar por un segundo.

Estupefacción.

Y algo más, algo parecido a la lástima. O al miedo. O a ambos a la vez, inextricablemente entrelazados.

Elise se levanta.

Ella cruza la habitación.

Ella abre la puerta.

"Elise—"

"Estoy cansado,"dijo ella. Sin darse la vuelta. "Por favor."

Ella sale.

Ella cierra la puerta.

No de golpe, sino suavemente. Con cuidado. Como cerrar la puerta de un lugar que vas a abandonar sin saber si volverás.

Camille permanece de pie en medio de la habitación vacía de su hermana.

¿De verdad no recuerdas nada?

Qué ?

¿De qué hablaba Elise cuando no dijo nada? ¿Qué noche? ¿Qué verano? Tenía siete años cuando vio a Julien en el granero; fue en el verano de 1993, tal vez de 1994. Camille tenía doce o trece años. Aún no tenía edad para pasar las noches al aire libre, ni para comprender lo que sucedió.

O tal vez sí.

Permaneció allí durante mucho tiempo, de pie sin moverse.

Luego, ella da una vuelta alrededor de la cama de Elise.

Ella no sabe por qué lo hace. Es un acto reflejo. Una continuación de la búsqueda metódica que ha emprendido desde su llegada: buscar

lo que está oculto, lo que se hizo invisible, lo que se coló pensando que nadie lo vería.

Ella levanta la almohada.

La caja está aquí.

Pequeña, blanca, una caja de medicamentos. La toma. Le da la vuelta. Lee el nombre impreso en un lateral: el mismo nombre que había buscado tres días antes en Google desde el aparcamiento de la autopista, sentada en su coche con su café frío y esa náusea sorda que nunca la abandonaba.

Diazepam modificado — formulación LP — uso médico especializado.

No se trata de la marca comercial. Es el nombre del compuesto, el tipo de etiqueta que no se encuentra en las farmacias comunes, el tipo de formulación que se prescribe en contextos muy específicos y controlados.

Abajo, la receta está pegada con cinta adhesiva a la caja.

Nombre del médico que prescribe: Dr. A. Leroux, médico general, Saint-Cyprien, Dordogne.

Fecha de la primera receta: septiembre de 1998.

Elise tenía siete años en 1997.

El plazo de prescripción había comenzado a correr un año después de lo que ella había visto en el granero.

Renovado sin interrupción durante veinticinco años.

Camille se sienta en la cama de Elise.

Ella sostiene la caja.

Piensa en el doctor Leroux, ese viejo médico de cabecera al que nunca tuvo motivos para cuestionar, esa figura secundaria en el paisaje de su infancia, el médico que venía cuando uno estaba enfermo y se marchaba con su maletín negro. Piensa en Leroux recetando ese medicamento a un niño de siete años. Piensa en Leroux renovándolo cada mes durante veinticinco años, sin

cuestionarlo jamás, o quizás cuestionándolo y continuando de todos modos.

Ella está pensando en sí misma.

Piensa en las lagunas de su memoria.

En el verano de 1997. El 14 de julio. En nombre de Thomas Avril, resonando en una habitación desierta, con la mente en blanco. En esa letra adolescente en el reverso de un recorte de periódico. No lo olvides. Una advertencia que se había dado a sí misma.

¿Ella también había tomado este medicamento?

¿Leroux les recetó esto a toda la familia?

Ella da la vuelta a la caja entre sus manos.

La vuelve a colocar debajo de la almohada, exactamente donde la encontró, en la misma posición, con el mismo pliegue encima. No quiere que Elise sepa que la vio.

Aún no.

Ella sale de la habitación de Elise.

El pasillo de la primera planta. Las puertas están cerradas. Abajo, se oye a alguien encender la televisión; probablemente sea Julien, con su total falta de pudor al instalarse en la casa de su padre fallecido como si fuera un hotel reservado.

Camille se va a su habitación.

Ella saca la caja de metal de debajo de la cama.

Ella lo abre. Vuelve a mirar las fotos: el chico de pelo oscuro, el rostro delgado, los ojos claros, Thomas Avril que sonríe en casi todas las fotos, Thomas Avril que estaba allí en ese jardín, en esa casa, el verano anterior a su desaparición.

Ella los mira uno por uno.

Y busca en su propia memoria, no de forma violenta, no forzando las cosas, simplemente dejando que las imágenes existan ante sus ojos y esperando una respuesta.

No está pasando nada.

Esta pared. Esta superficie lisa y negra con la que sus recuerdos de aquel verano se topan invariablemente. Busca a Thomas Avril y encuentra el vacío. Busca julio de 1997 y encuentra el vacío. Busca la noche del 14 de julio y no encuentra nada. Ni siquiera el contorno de algo. Ni siquiera la forma de la ausencia.

Vacío perfecto.

Un vacío cuidadosamente mantenido.

Piensa en Elise y en sus ojos cuando le hizo la pregunta: ¿De verdad no recuerdas nada? La forma en que la miró. Esa mezcla de lástima y miedo.

Como si lo que Camille no recordaba fuera peor que lo que Elise recordaba.

Como si olvidar a Camille no fuera una forma de protección.

Pero es una bomba de relojería.

Ella vuelve a guardar las fotos en la caja.

Recuerda la última línea del cuaderno de su padre.

Saben que voy a hablar.

Ellos.

Ni él. Ni ella.

Ellos.

Plural.

Y en algún lugar de esa casa, tras una puerta cerrada, alguien dormía la noche de la muerte de Édouard Dubreuil bajo los efectos de un fármaco recetado veinticinco años antes para impedirle recordar.

Y esa noche había otra persona en el granero con dos cómplices.

Y alguien había cortado un cable.

Y alguien había vaciado un sobre.

Y alguien estaba parado frente a la ventana de Camille en Lyon a las seis de la mañana, sabiendo que ella se iba a marchar.

Ellos.
Todavía aquí.
Todavía en esta casa.
Dormir en las habitaciones de al lado.

8

El cuaderno codificado

Espera hasta que la casa esté dormida.

De nuevo.

Se convirtió en su rutina: la noche como espacio de trabajo, el día como actuación. De día, es la hija que ha vuelto para el funeral, la que come en la mesa familiar, responde a las preguntas cotidianas y observa sin parecerlo. De noche, es otra cosa. Alguien que busca. Alguien que se niega a que esta casa guarde sus secretos.

23:00

Julien llegó a casa a las 10:30 p. m. —ella oyó su coche, sus pasos, la puerta de su habitación—. Hélène se acostó temprano, como todas las noches desde la muerte de Édouard, con la regularidad mecánica de quien tiene sus hábitos como último baluarte contra algo inefable. Élise aún no ha bajado de su tarde.

La casa respira lentamente en la oscuridad.

Camille saca la caja metálica de debajo de la cama.

Ella se acomoda en la oficina.

Enchufó la pequeña lámpara de noche: una luz direccional, un haz estrecho, justo lo suficiente para leer sin iluminar toda la habitación ni deslumbrar por debajo de la puerta. Sacó el cuaderno. Lo extendió sobre una superficie plana frente a ella.

Saca una hoja de papel en blanco del cajón del escritorio, la primera, la que no había sido forzada. Un bolígrafo.

Abre el cuaderno por la primera página.

Y ella comienza.

Lo primero que hace es no leer.

Ella observa.

Deja que su mirada recorra las páginas sin intentar comprender, solo para observar: la estructura, el ritmo, la disposición de las entradas. Su padre era ingeniero de formación. Antes de hacerse cargo de la propiedad familiar, antes de convertirse en este patriarca inmóvil en su gran casa de piedra, había sido alguien que resolvía problemas metódicamente. Que construía sistemas. Que pensaba en columnas y tablas.

El cuaderno refleja eso.

Cada página está dividida en cuatro columnas informales, trazadas sin regla, simplemente de forma instintiva, con la mano guiándose sin necesidad de una guía. La primera columna: fechas. La segunda: iniciales. La tercera: números. La cuarta: abreviaturas, códigos, a veces una o dos palabras en texto plano que no consideró necesario ocultar.

Ella ha estado pasando las páginas desde el principio.

La primera entrada data del 3 de septiembre de 1997.

Ella se detiene.

Septiembre de 1997.

Dos meses después de la desaparición de Thomas Avril.

Ella comienza a copiar.

No todo: hay cientos de entradas que abarcan treinta años, una cantidad ingente de datos que no puede procesar de un día para otro. Elige un método: trabaja por bloques de tiempo. Primero los primeros años: 1997, 1998, 1999. Después verá.

Primera columna. Las fechas. Fácil: su padre las escribía con letra sencilla, día y mes en números, año abreviado. Ella las copia en su hoja.

Segunda columna. Las iniciales.

Cuatro iniciales que se repetían una y otra vez, tal como había notado al hojearlas rápidamente las primeras veces.

JD Julien Dubreuil. Su hermano.

HD Hélène Dubreuil. Su madre.

ED Élise Dubreuil. Su hermana.

CD

Se detiene la primera vez que se topa con esas dos cartas.

Camille Dubreuil.

Las mira por un instante. Esas dos cartas escritas con la letra apretada de su padre fallecido. Ella está ahí, en este cuaderno, siempre ha estado ahí, presente en este sistema secreto de anotaciones, integrada en este registro de secretos como los demás miembros de la familia.

Su padre la estaba observando.

O la protegió.

Ayer decidió que aún no sabía si se trataba de lo mismo.

Esta noche, está empezando a tener una idea.

Tercera columna. Los números.

Se toma su tiempo para analizar. La mayoría son cifras de dos o tres dígitos, entre 10 y 500, aproximadamente. No cree que sean cantidades en euros. Para algunos, son demasiado pequeñas, demasiado regulares. Busca otro patrón.

¿Dosis?

Piensa en el medicamento que está debajo de la almohada de Elise. En la fórmula especializada. En la renovación mensual durante los últimos veinticinco años.

Ella relee las entradas de los primeros años: 1997, 1998. Las cifras asociadas con ED son regulares, se repiten aproximadamente cada cuatro semanas y aumentan ligeramente en 1998. Busca las entradas de CD.

Hay algunos.

No tanto como en el caso de la disfunción eréctil: es menos frecuente y menos regular. Pero está presente. Y las cifras asociadas a ella siguen una lógica similar.

Deja la pluma.

Ella mira al techo por un segundo.

Su padre controlaba las dosis.

Llevaba un registro de las dosis que recibían sus hijos.

Él no las prescribió; eso fue obra de Leroux. Pero las registró. Llevó la cuenta. ¿Por qué? ¿Para saber? ¿Para controlar? ¿Para tener constancia de algo que había aprobado o a lo que había estado sometido?

Ella aún no lo sabe.

Pero ella toma nota.

Cuarta columna. Los códigos.

Ahí es donde las cosas se complican.

Su padre utilizaba un sistema de abreviaturas que ella no reconoció de inmediato. Combinaciones de dos o tres letras mayúsculas: RV, CC, BX, MR, FP. A veces, palabras abreviadas: conv, doc, vis, ren. Y expresiones raras y sencillas que destacaban del resto simplemente por su presencia.

Comienza con palabras en lenguaje sencillo.

Calma.Se observó varias veces en 1997 y 1998, siempre asociado con la disfunción eréctil.

Reacción.Asociado con CD en noviembre de 1997. Solo una vez.

Preocupado.Asociado a la enfermedad de Huntington en enero de 1998.

Ella lo anota todo en su hoja de papel.

Luego ataca las abreviaturas.

Autocaravana.Probablemente una cita médica. Siempre asociada con Leroux, el único nombre propio que pudo encontrar con claridad en sus primeros años. Su padre anotaba las citas médicas.

CC.Le da vueltas y vueltas en su mente. ¿Informe? ¿Correspondencia confidencial? Pone un signo de interrogación y

continúa.

BX.Ella tropieza. Ella lo deja a un lado.

SEÑOR.Se detiene en este código. Aparece varias veces en 1999, 2000 y 2001. Siempre asociado con JD, nunca con los demás. Busca. ¿Marcel? No, Vernet y su padre solo se hicieron amigos más tarde, al parecer. ¿Un maestro de algo? ¿Un notario, un abogado?

Ella toma notas y continúa.

La una de la mañana.

Cubrió los primeros diez años. Su hoja de papel está llena de columnas copiadas y signos de interrogación. Le arden los ojos. Se estira, apoya las manos sobre el escritorio y respira.

Lo que ha reconstruido hasta ahora no es todavía una imagen completa.

Pero es una estructura.

Y dentro de esta estructura, ciertas cosas comienzan a tomar forma.

En 1997 y 1998, el número de registros relacionados con la disfunción eréctil y la enfermedad de Crohn fue muy elevado. Frecuentes. Regulares. Las cifras asociadas —estas dosis, según está casi segura— aumentaron durante este período.

A partir de 1999, las ventas de CD disminuyeron gradualmente. En 2001, casi nada. En 2002, un solo lanzamiento. Y luego, nada.

Ella se detiene allí.

A partir de 2002, ya no aparece en el cuaderno.

En 2002 tenía veinte años. Había empezado sus estudios en Burdeos, se había distanciado de su hogar, de su familia. Había dejado de volver con frecuencia.

¿Había dejado de tomar su medicación en ese momento? ¿Sin saberlo? ¿Simplemente porque ya no estaba allí para recibirla?

¿Es por eso que no recuerda algunas cosas pero sí otras?

¿Acaso el límite de su memoria se corresponde exactamente con el límite de su presencia en esta casa?

Ella vuelve a coger el cuaderno.

Se salta los años intermedios: 2000, 2005, 2010. Los repasa superficialmente más adelante. Busca los años recientes. Los últimos.

La naturaleza de las entradas cambia.

Menos números en la tercera columna. Menos dosis o menor regularidad. Las iniciales son las mismas —JD, HD, ED— pero el tono general de las anotaciones, tal como ella puede leerlas a través de los códigos, parece diferente.

Más tenso.

Lo percibe en la densidad de las entradas: se vuelven más concentradas, más numerosas a partir del verano de 2024. Como si algo se acelerara. Como si su padre tomara notas cada vez con más frecuencia porque los acontecimientos se desarrollaban rápidamente.

Está buscando los nuevos códigos que han surgido en los últimos años.

LD.Un código que no había podido encontrar en años anteriores. Apareció por primera vez en marzo de 2024, asociado a JD. Después, volvió a aparecer con regularidad. LD... le daba vueltas y vueltas en la cabeza. ¿Leroux, Dordogne? ¿Carta, archivo? No lo sabía.

NUEVO TESTAMENTO.Apareció en julio de 2024. ¿Asociado una vez con HD y dos veces con JD Notary?

JG.Un nombre, tal vez. Dos iniciales. Ella no puede verlo.

Y luego, en septiembre de 2024, una propuesta que destaca entre todas las demás.

Sin columnas. Sin sistema. Solo una línea, en medio de una página, rodeada de blanco como si su padre hubiera querido darle espacio, aire, visibilidad.

Carta escrita. 8 páginas. Para enviar.

La carta.

Ella lo había estado buscando desde el principio.

Escrito en septiembre de 2024. Dos meses antes de su muerte. Quizás más tiempo; tal vez lo escribió, lo revisó, le añadió cosas, lo completó. Ocho páginas. Piensa en cómo Vernet había hablado de ello —un fajo, hojas de papel— cuando describió el sobre que su padre le trajo el 4 de noviembre bajo la lluvia.

La carta estaba en el sobre.

El sobre había sido vaciado.

La carta estaba en algún lugar de esa casa. O ya no existía.

Ella continúa hojeando las páginas.

Octubre de 2024.

Ahora las anotaciones son diarias. Su padre ha estado anotando algo cada día durante las últimas semanas. No siempre son notas largas —a veces solo una fecha, una inicial y un código—, pero son sistemáticas. Como alguien que se ha dado cuenta de que el tiempo se le acaba y quiere llevar un registro de todo.

Ella lee los códigos de la última semana de octubre.

Conv — JD — BX — voltaje.

Tensión.Una sola palabra, claramente. La rodea con un círculo en su hoja de papel.

RV Leroux — 14:00 — HD

Su padre llevaba un registro de las citas médicas de su esposa.

BX — entregado — JD

BX.Este es el código que aún no ha resuelto. Retrocede en el tiempo, buscando cada instancia de BX desde el inicio del cuaderno. El código aparece por primera vez en... 1999. Siempre asociado con JD. Regular en la década de 2000. Menos frecuente después de 2010. Y recurrente en los últimos meses.

BX — entregado.

Piensa en Julien. En sus ausencias habituales por las noches. En cómo salía sin decir adónde. Piensa en el coche aparcado en la carretera la noche de la muerte de Édouard, un coche que Vernet no reconoció.

BX.

Esta noche no lo resuelve. Toma notas y continúa.

Noviembre de 2024.

Ella disminuye la velocidad.

Las anotaciones de las dos últimas semanas de la vida de su padre. Las lee con la máxima atención, sin pluma, sin tomar más notas; solo lee, palabra por palabra, código por código.

3 de noviembre. HD — RV NT — documento firmado.

Documento firmado.En la notaría. Hélène había firmado algo. ¿Qué?

5 de noviembre. JD — BX — teléfono.

7 de noviembre. Conv DH — estado preocupante — aumento de la medicación.

Ella se detiene.

Una situación preocupante.

Piensa en los arañazos en las muñecas de Elise. En las mangas largas que siempre llevaba. En la mirada vacía en el banquete fúnebre.

Su padre podía ver el estado de Elise.

Observó con preocupación el aumento en el consumo de medicamentos.

Sabía que algo andaba mal y no hizo nada al respecto.

O podía no hacer nada.

8 de noviembre.

Dos días antes de su muerte.

Una entrada. Una línea. Sin columnas, sin código, sin iniciales.

Su padre lo había escrito en un lenguaje sencillo.

Completo.

Saben que voy a hablar.

Camille mira fijamente esta línea.

Cinco palabras.

Cinco palabras escritas con esa caligrafía vertical y compacta que conoce desde la infancia: la letra de su padre en las tarjetas de cumpleaños, en las notas que dejaba en la cocina, en los formularios administrativos. Esa caligrafía funcional que nunca buscó ornamentación.

Cinco palabras.

8 de noviembre.

Y en la tarde del 10 de noviembre, Édouard Dubreuil se encontraba al pie de la escalera de su casa.

Ella volvió a leer la frase.

Saben que voy a hablar.

Ellos.Siempre en plural. No un individuo, sino una entidad colectiva, una coalición, algo que implica que varias personas en esta casa lo habían entendido. Lo habían decidido.

Piensa en Hélène, que había firmado un documento en la notaría tres días antes.

Piensa en Julien y en sus llamadas telefónicas.

Ella piensa en el coche durante el trayecto.

Piensa en alguien que no tenía prisa al salir de esa casa después de medianoche.

Ella está pasando la página.

9 de noviembre.

Virgen.

Todavía está en funcionamiento.

Ahí está la página del 10 de noviembre, el día de su muerte. Y también está en blanco.

Su padre no había tenido tiempo de escribir ese día. O había decidido que las palabras ya no servían. Que era demasiado tarde para escribir nada.

Por puro reflejo, pasa las siguientes páginas; todas en blanco, por supuesto, el resto del cuaderno sin usar, esas páginas esperando días que nunca llegarían.

Cierra el cuaderno.

Ella permanece sentada en el silencio de las dos de la madrugada.

Está intentando poner orden en la situación.

Su padre había guardado este cuaderno desde 1997. Desde la muerte de Thomas Avril, o en las semanas posteriores, durante el tiempo que tomó organizar el silencio y hacer los preparativos necesarios. Anotaba las dosis administradas a sus hijos. Controlaba las citas médicas. Registraba las actividades de Julien usando el código BX que ella aún no ha descifrado. Llevaba un registro de las gestiones de su esposa con el notario.

Él lo sabía todo.

Desde el principio.

Él no era inocente.

Necesitaba decírselo claramente, sin titubear, sin la ternura filial que suavizaría el golpe. Su padre no era inocente. Lo sabía. Había sabido desde el principio —o casi— lo que le había sucedido a Thomas Avril. Y había elegido el silencio. Durante treinta años.

Y al final, cuando el cáncer lo había vuelto a atrapar, y su miedo era mayor que su culpa, decidió alzar la voz.

Demasiado tarde para Thomas Avril.

Demasiado tarde para lo que podría haber cambiado.

Pero quizás no sea demasiado tarde para que Camille lo descubra.

Está pensando en la última entrada.

Saben que voy a hablar.

Él también lo sabía. Sabía que alguien —varias personas— había descubierto, comprendido o intuido su intención. Y, aun así, decidió continuar. Siguió escribiendo su carta, preparando sus pruebas e yendo a casa de Marcel Vernet bajo la lluvia el 4 de noviembre con un sobre.

Él había continuado a pesar de su miedo.

Puede que haya sido el único acto de valentía que haya realizado en su vida.

Y le había costado la vida.

Camille guarda el cuaderno en la caja.

Ella vuelve a colocar las fotos encima.

El recorte de periódico.

Ella cierra el broche.

Saca su libreta.

La releyó una vez, despacio. Todo lo que había copiado, todos los signos de interrogación, todas las pistas. Dobló la hoja en cuatro. La guardó en el bolsillo interior de su chaqueta, no en la caja, no en la habitación. En ella. En su cuerpo. El lugar más seguro de esta casa donde los cajones se vacían y los sobres se desbordan.

Ella desliza la caja debajo de la cama.

Esta vez, más lejos. Contra la pared del fondo, en la esquina, en el punto ciego donde la vista no se dirige naturalmente. Empuja sus zapatos hacia adelante, con más cuidado que ayer.

Ella apaga la lámpara.

Ella se acuesta en la oscuridad.

Ella está pensando en BX.

Este código no lo ha descifrado. Este código ha estado asociado con Julien desde 1999 y ha resurgido en los últimos meses. BX — entregado. Busca entre palabras, nombres, lugares. Piensa en la Dordoña — Bergerac, no está lejos. ¿BX como Bergerac?

No.

Demasiado geográfico, demasiado obvio para alguien que lo cuantificaba todo.

Ella sigue buscando.

Y entonces se le ocurre algo, no una certeza, sino una hipótesis frágil. Piensa en lo que hace Julien. En qué se gana la vida fuera de esta casa. No lo sabe con exactitud; prácticamente no habían hablado en los últimos diez años. Sabe que tiene un negocio. De construcción, creo, alguien lo mencionó en algún momento, una tía, tal vez, en una Navidad de hace mucho tiempo.

Del edificio.

O alguna otra cosa.

Piensa en la cicatriz de la mano de Julien —que notará en unos días, en una escena que aún no ha ocurrido— y archiva la hipótesis en el fondo de su mente.

Está pensando en LD.

El código que apareció en marzo de 2024 está asociado con Julien. LD. Ella lo revisa una y otra vez en la oscuridad de su habitación. Las letras. Los sonidos. Busca un nombre, un lugar, una abreviatura.

LD.

¿Leroux, un médico?

No, Leroux, ella ya lo tiene, es RV Leroux o simplemente Leroux en inglés sencillo.

LD.

Se queda dormida pensando en ello.

No todo a la vez, sino gradualmente, ese desvanecimiento de la conciencia que se produce cuando el cuerpo ya no puede más. Se desliza hacia el sueño con LD en la cabeza, la hoja de papel doblada en su chaqueta, colgando del respaldo de la silla, y la caja en el rincón más oscuro debajo de la cama.

Y cinco palabras que siguen dando vueltas.

Saben que voy a hablar.

Él lo sabía.

De todos modos, continuó.

Ella también continuará.

A las seis y cuarenta y cinco de la mañana, su teléfono vibra.

Un mensaje.

Número desconocido.

Lo leyó con los ojos entrecerrados, aún medio dormida, antes de comprender lo que leía. Antes de comprender su significado.

Antes de incorporarse bruscamente en la cama, con el corazón latiendo con fuerza y el teléfono en ambas manos.

El mensaje es breve.

Cinco palabras, otra vez. Como una respuesta a las cinco palabras del cuaderno.

Sabes lo que hiciste.

Ella mira la pantalla.

La pantalla le muestra esas palabras sin explicación, sin contexto, sin nombre.

Sabes lo que hiciste.

Ella no lo sabe.

Ella no lo recuerda.

Pero por primera vez desde que llegó a esta casa —por primera vez desde que abrió la caja, leyó el recorte de periódico y vio su letra adolescente en el papel amarillento— siente miedo.

No de otra persona.

Por voluntad propia.

9

La orquesta madre

El mensaje sigue ahí por la mañana.

La había mirado diez veces desde las 6:45 de la mañana. La había copiado, le había hecho una captura de pantalla y se la había enviado a su propio correo electrónico, igual que había enviado las fotos de la rampa y la cámara. Había buscado el número en internet, pero no encontró nada. Probablemente era un número de móvil prepago. De esos que se compran en una gasolinera con dinero en efectivo y se tiran después de usarlos.

Sabes lo que hiciste.

Ella coloca el teléfono boca abajo sobre la mesita de noche.

Ella se viste.

Ella se baja.

Esta mañana, la casa huele a café y a algo más; se percibe una tensión en el ambiente, algo diferente en la forma en que el silencio inunda el espacio. Camille lo siente en cuanto baja las escaleras. Aún no sabe qué es. Lo guarda en ese rincón de su interior que recoge señales antes de que la mente sepa qué hacer con ellas.

La cocina está vacía.

El café está caliente. Ella se sirve un poco.

Ella oye voces en la sala de estar.

Helen. Y alguien más.

Una voz de hombre que ella no reconoce.

Ella no va a entrar en la sala de estar.

Este reflejo —no mostrarse de inmediato, no anunciar la propia presencia, tomarse el tiempo para evaluar antes de entrar en el campo de visión de los demás—. Este reflejo de esta casa,

aprendido en la infancia, se reactivó desde su llegada, al igual que todos los demás reflejos de supervivencia que este lugar le había enseñado.

Ella toma su café.

Ella regresa escaleras arriba en silencio.

Se dirige a su habitación. Acerca la silla a la ventana, esa ventana que da a la fachada principal, al camino de grava que lleva a la puerta y al patio. Se sienta un poco más atrás, donde no la verán desde abajo.

Y ella espera.

El hombre se marcha a las diez y veintitrés.

Lo vio cruzar el pórtico, bajar los dos escalones de piedra y caminar hacia su coche aparcado en el patio. Nunca lo había visto antes.

Unos cincuenta años. Un traje gris carbón impecable, de esos que no se encuentran en cualquier tienda. Un maletín de cuero negro, del tamaño de los que usan abogados y notarios: plano, discreto, funcional. Camina con la tranquila seguridad de quien se dirige a un lugar específico y no necesita justificar su visita.

Se detiene a mitad de camino.

Él se da la vuelta.

Helen está en el umbral.

Desde donde está, Camille no puede ver el rostro de su madre; solo su silueta, su espalda, el vestido negro que se ha convertido en una especie de uniforme durante los últimos cuatro días. El hombre saca algo del bolsillo interior de su chaqueta. Regresa junto a Hélène. Le entrega algo pequeño y brillante, que Camille no puede distinguir con claridad desde arriba.

Una llave.

Hélène toma la llave.

Y ella sonrió.

Camille permanece inmóvil.

Esa sonrisa.

En toda su vida, había visto sonreír a su madre quizás veinte veces; no esa sonrisa educada y controlada que Hélène lucía en ocasiones sociales, ni esa curva de labios que nunca rozaba los ojos. Esta sonrisa, la del hombre de traje y la llave que le entregaba, era diferente.

En resumen. Real. Algo para aliviar interiormente, algo logrado.

La sonrisa de alguien que ha estado esperando algo durante mucho tiempo y que recibe la confirmación de que sucederá.

El hombre regresa a su coche. Un sedán oscuro; Camille entrecierra los ojos para ver la matrícula. Solo alcanza a distinguir las dos primeras letras.

El coche arranca.

Ella sale por la puerta.

Ella toma el camino hacia el pueblo.

Camille se pone de pie justo antes de que el coche desaparezca doblando la esquina.

Agarra su chaqueta, sus llaves, su teléfono. Baja las escaleras rápidamente, sin correr, pero sin las precauciones habituales, sin evitar el tercer escalón. Cruza el pasillo.

Helen está en la sala de estar.

Ya no está en el umbral. Está de pie frente a la ventana de la sala, de espaldas a nosotros, mirando hacia el jardín. Sostiene la llave en su mano derecha; Camille la ve en el marco de la puerta del pasillo. Ese pequeño objeto brillante en los dedos de su madre, girado lentamente, como si alguien estuviera manipulando pruebas de algo.

"¿Vas a salir?"dijo Hélène sin volverse.

Ella había oído los pasos en las escaleras.

Ella siempre lo había oído todo.

"Caminar,"dijo Camille.

"Hace frío."

"Tengo mi abrigo."

Silencio.

"El notario viene mañana."dijo Hélène. Sin volverse aún. "Ojalá estuvieran todos aquí."

"Voy a estar allí."

Ella sale.

Su coche está aparcado al lado de la casa, a la sombra del muro este. Arranca en el patio sin encender los faros; un reflejo tonto, la luz del día es suficiente, pero el gesto de evasión es más fuerte que la razón.

Ella toma el camino hacia el pueblo.

El hombre llevaba cinco minutos de ventaja.

Conduce a toda velocidad por el camino rural, esas curvas sinuosas entre los setos de carpe que separan la propiedad del pueblo. Noviembre ha dejado los árboles desnudos; las ramas negras contra el cielo blanco, el paisaje como un viejo y triste grabado.

Entra en Saint-Cyprien a ciento diez kilómetros por hora.

Ella disminuye la velocidad.

Ella está buscando el sedán oscuro.

Lo encuentra en la plaza principal.

Estacionado frente al hotel-restaurante, el único establecimiento del pueblo que puede alojar a alguien que no sea de la zona. El sedán está allí, con el motor apagado y sin nadie dentro. El hombre podría estar dentro, tal vez almorzando o hablando por teléfono.

Camille aparca su coche a veinte metros de distancia.

Ella sale.

Ella camina hacia el sedán.

Anota la matrícula completa en su teléfono: los siete caracteres, los escribe rápidamente sin detenerse, sin parecer mirar, como alguien que pasa por allí y revisa su teléfono mientras camina.

Ella continúa hasta el final de la plaza.

Se detiene frente a la panadería; está cerrada, no es hora punta. Simula mirar por la ventana.

En el reflejo de la ventana, observa la puerta del restaurante.

Ella espera ocho minutos.

El hombre vuelve a salir.

Tiene el teléfono pegado a la oreja. Camina hacia su coche, hablando, sin mirar a su alrededor; una forma de ocupar el espacio público en privado, de moverse por un lugar estando en otro. No ha tocado su maletín; sigue en su mano izquierda, en la misma posición que en casa.

Él se sube a su coche.

Se va de nuevo.

Camille no lo sigue.

Ella tiene la matrícula.

Ella se queda en la plaza un rato.

A estas horas, el pueblo está casi desierto. Un anciano pasea a su perro, una mujer lleva una bolsa de la compra y se oye a lo lejos el ruido de un tractor detrás de las casas. Saint-Cyprien en noviembre se parece a todos los pueblos del Périgord en esa época: tranquilo, denso, acurrucado como un animal hibernando.

Camille saca su teléfono.

Ella abre el navegador.

Ella introduce el número de matrícula en una página web de verificación de vehículos —gratuita, accesible, del tipo de servicio que proporciona el nombre del propietario y, a veces, la dirección—. Espera el resultado.

Quince segundos.

Propietario: SCP RENAUD-MAUREL & ASSOCIÉS

Una sociedad civil profesional.

Ella escribe el nombre en el buscador.

El resultado es inmediato.

SCP Renaud-Maurel & Associés — Despacho de abogados — Périgueux — Especialidad: derecho sucesorio, liquidación de bienes inmuebles, transmisiones de bienes familiares.

Ella lee la descripción completa.

Con quince años de experiencia asesorando a familias en la transmisión de activos, el bufete Renaud-Maurel & Associés se ha especializado en procedimientos acelerados de liquidación de herencias, lo que permite reducir los plazos legales para la venta de bienes inmuebles en situaciones de herencia complejas o conflictivas.

Trámites acelerados.

Reducción de los plazos legales.

Vender en situaciones de conflicto.

Camille releyó el párrafo dos veces.

Piensa en Julien y en lo que dijo en la cena. La casa vale algo. Podrían venderla. Piensa en Hélène, que había acortado las cosas. Nada se decide antes de la notaría. Piensa en la llave: esa llave brillante en la mano de su madre, esa breve y sincera sonrisa que la llave había provocado.

La casa.

Van a vender la casa.

Ella marca el número de la oficina.

Contesta al segundo timbrazo.

"Bufete de abogados Renaud-Maurel, buenos días."

La voz de una secretaria: joven, profesional, con mucha práctica.

"Hola. Me gustaría obtener información sobre los plazos habituales para un procedimiento de liquidación acelerada. ¿Con qué rapidez se puede finalizar una venta bajo este marco?"

Un breve silencio: la secretaria evalúa si la pregunta requiere consulta o simplemente información.

"Depende del caso, señora. Nuestros procedimientos acelerados pueden finalizarlo en siete a diez días hábiles una vez que el expediente esté completo y todos los beneficiarios hayan firmado."

"De siete a diez días",Camille repite.

"En casos sencillos, sí. En casos complejos, aún más. ¿Le gustaría programar una cita con uno de nuestros socios?"

"No, gracias."

Ella cuelga.

De siete a diez días laborables.

Ella permanece de pie en la plaza desierta, teléfono en mano, esperando a que se confirmen los números.

El notario de la familia vendrá mañana.

Y Hélène ya se había reunido con un abogado especializado en liquidaciones aceleradas.

Hélène había firmado un documento en casa de alguien el 3 de noviembre; su padre lo había anotado en el cuaderno. HD—RV NT—documento firmado. NT—notario, ahora estaba segura. Siete días antes de la muerte de Édouard.

Siete días antes.

Está pensando en la cronología.

Su padre anunció su intención de hablar —o al menos, sabían que iba a hacerlo; lo había escrito el 8 de noviembre—. Pero antes, el 3 de noviembre, Hélène ya estaba firmando documentos. Ya estaba planeando lo que sucedería después.

Como si lo supiera.

Como si la muerte de Edward hubiera sido planeada incluso antes de que ocurriera.

Ella vuelve a subirse a su coche.

Ella permanece sentada sin moverse.

Piensa en Hélène esta mañana en la puerta, con la llave en la mano y esa sonrisa que Camille no había visto en su rostro desde su llegada. Una sonrisa de alivio. Una sonrisa de satisfacción.

La sonrisa de alguien cuyo plan está funcionando.

Recuerda todas las veces que ha mirado a su madre en los últimos cinco días y ha visto a una mujer de mármol, impenetrable, distante. Piensa en cómo Hélène ha habitado esta casa desde la muerte de su esposo: no como una viuda afligida, no como una mujer devastada. Sino como alguien que se las arregla. Que organiza. Que hace lo que hay que hacer con la precisión de quien ha planificado sus acciones con antelación.

La orquesta madre.

No había encontrado las palabras. Ahora están aquí.

Ella se va a casa.

El trayecto dura diez minutos. Diez minutos durante los cuales reconstruye lo que sabe, lo que deduce, lo que aún supone.

Su madre se estaba preparando para la venta.

Desde antes de la muerte de Edward.

Esto significaba que la muerte de Edward formaba parte del plan, o que el plan se había modificado para tener en cuenta su muerte. Ella aún no sabe cuál de las dos opciones es la correcta. Quizás ambas.

Esto también significaba que el abogado del bufete Renaud-Maurel había sido contactado antes del funeral. Quizás antes del fallecimiento. Quizás la llave que entregó esta mañana estaba relacionada con algo que se había puesto en marcha semanas atrás.

Está pensando en el notario de la familia que vendrá mañana.

Piensa en la caja que tiene debajo de la cama.

Ella cree que si la casa se vende en el plazo de una semana, las paredes se llevarán consigo todo lo que aún contienen.

Ella entra en la casa por la puerta trasera.

El pasillo de servicio. Cuelga su abrigo. Oye voces en la cocina: Hélène y Julien. Se detiene.

"¿Entregaron los documentos?"dijo la voz de Julien.

"Sí."

"¿Y la llave del depósito?"

"Sí."

Silencio.

"Camille va a hacer preguntas."

"Camille hará las preguntas que quiera."—dijo Hélène. Su voz era serena, con el tono de alguien que no estaba preocupada por el asunto—. El notario viene mañana. Hasta entonces, no hay nada que decir.

"Ella está buscando."

"Lo sé."

"Mamá-"

"Lo sé, Julien."Un breve silencio. "Yo me encargo."

Camille no se mueve por el pasillo de servicio.

Yo me encargaré de ello.

Cinco palabras.

Porque saben que voy a hablar.

Como ya sabes lo que hiciste.

Esta casa se expresa mediante fórmulas breves que encierran abismos.

Ella entra en la cocina.

Se giran juntos: Hélène de pie junto al fregadero, Julien sentado a la mesa con su café. Dos rostros que ajustan instantáneamente sus expresiones. Julien hacia la neutralidad. Hélène hacia esa fachada de serenidad que luce como una segunda piel.

"¿Caminaste?"dijo Hélène.

"Sí."

"Pareces tener frío."

"Hace frío afuera."

Se sirve un café. Lo toma despacio, con gestos pausados, de espaldas a los dos; les da tiempo para mirarse, para comunicar lo que tienen que comunicar, para armonizar sus versiones si eso es lo que quieren hacer.

Ella se da la vuelta.

Julien revisa su teléfono. Hélène enjuaga algo en el fregadero.

Dos personas haciendo cada una lo que habrían hecho de todos modos.

O dos personas jugando a hacer lo que habrían hecho de todos modos.

"¿Quién estuvo aquí esta mañana?"dijo Camille.

Un latido.

"Un amigo,"dijo Hélène sin volverse.

"Nunca lo había visto antes."

"Él nunca vino cuando tú estabas allí."Sin dudarlo, respondió: "Un viejo amigo de tu padre. Pasaba a dar el pésame".

"Tenía un maletín."

"La gente viaja con maletines."

Julien no dice nada. Revisa su teléfono con la aplicación de alguien que se ha impuesto una tarea específica para evitar tener que participar en esta conversación.

"Te dio algo",dijo Camille.

Esta vez, Helen se da la vuelta.

Despacio.

Apoya las manos en el borde del lavabo y mira a su hija con esos ojos azules apagados que nunca se apagan.

"Sí,"dijo ella.

"Qué ?"

"Algo que me pertenece."Una pausa. "Ahora me toca a mí."

El tono es definitivo. Esta forma de combinar las palabras no deja lugar a dudas: ni brutalidad, ni agresión, solo un cierre arquitectónico, una puerta sellada con delicadeza y más fuerte que cualquier puerta que se cierre de golpe.

Camille toma su café.

"El notario viene mañana."dijo ella.

"Sí."

"¿A qué hora?"

"Las diez en punto."Hélène vuelve a recoger los platos. «Me gustaría que todos estuvieran aquí, descansados y presentables». Hace una pausa en la última palabra: presentables, que se aplica tanto a Julien como a Camille.

"Voy a estar allí,"dijo Camille.

"Lo sé."

Ella regresa a su habitación.

Se sienta en el escritorio. Abre su computadora. Escribe SCP Renaud-Maurel & Associés en el buscador y mira más allá de la primera página, más allá de la descripción oficial de la empresa.

Artículos de la prensa local.

Ella encuentra tres. Procedimientos legales impugnados por herederos agraviados. Un artículo de 2019 sobre una familia de la región de Lot que había demandado a la firma por procedimientos acelerados realizados sin el consentimiento de todos los beneficiarios. El caso fue desestimado, la firma absuelta, pero el periodista había planteado dudas sobre los métodos utilizados.

Procedimiento sin el consentimiento de todos los titulares de derechos.

Camille es una beneficiaria.

Elise es una beneficiaria.

Piensa en Elise en su habitación, con sus mangas largas y su medicación. Piensa en lo fácil que es obligar a alguien a firmar papeles cuando lleva veinticinco años consumiendo sustancias que difuminan los límites entre la vida y la muerte.

Está pensando en la llave del depósito.

En las transacciones inmobiliarias, se emite una llave de depósito cuando la propiedad ya está sujeta a un acuerdo preliminar de compraventa, cuando ya se ha encontrado un comprador y cuando el proceso solo está pendiente de que se finalicen los trámites sucesorios.

La casa ya se había vendido.

Quizás durante semanas.

Quizás desde antes de la muerte de Edward.

Camille cierra el ordenador.

Ella apoya ambas manos planas sobre el escritorio de su habitación de la infancia.

Ella mira sus manos.

Esas manos que encontraron la caja. Que fotografiaron la rampa. Que sostuvieron el sobre vacío.

Estas manos que no son suficientes.

Aún no.

Mañana, el notario.

Mañana sucederá algo en esta casa que su madre puso en venta incluso antes de que su padre falleciera.

Y Camille estará allí.

Descansó.

Correcto

Y listo.

10

Thomas Avril

El notario viene mañana.

Camille tiene unas horas libres esta tarde.

Ella no los desperdicia.

Había pensado en los archivos locales desde la primera noche: desde el recorte de periódico, desde ese nombre en el papel amarillento. Thomas Avril. Dieciséis años. Desaparecido. Había pensado que necesitaba indagar más a fondo, verificar, construir una base sólida en torno a ese nombre antes de que alguien cerrara las puertas.

Esta mañana, después de tomar café y charlar en la cocina, tras subir a su habitación y cerrar el ordenador con los resultados de la firma Renaud-Maurel, tomó una decisión.

Ella iba a Périgueux.

No para el bufete de abogados. Todavía no.

Para los archivos departamentales.

Se marchó a la una, cuando la casa ya se había sumido en ese silencio posterior al almuerzo que parecía una tregua. Julien había subido a dormir; había estado durmiendo mucho desde que llegó, esas largas siestas de hombre que conserva energías o huye de algo. Hélène había cerrado la puerta del salón. Élise no había salido de su habitación en todo el día.

Le había dicho a Hélène que iba de compras a Périgueux.

Hélène asintió con la cabeza sin levantar la vista de su labor de punto.

El archivo departamental de Dordogne ocupa un sobrio edificio administrativo detrás de la prefectura. Camille había ido allí una vez

de niña, para un proyecto escolar; recordaba los largos pasillos y el olor particular a papeles antiguos, ese olor a tiempo preservado que no se encuentra en ningún otro lugar.

Se había presentado en la recepción.

Había solicitado los archivos de los periódicos locales, correspondientes a los años 1997 y 1998. Dio una razón vaga —investigación genealógica— que el joven archivista aceptó sin más preguntas.

Le habían instalado un lector de microfichas.

Ella había empezado.

Le había llevado cuarenta minutos encontrar el artículo original.

No el recorte de la caja metálica; ese lo conocía, lo había leído una y otra vez. El artículo original, en el periódico local, completo.

Le Périgord Libre. 22 de julio de 1997.

Ella le había tomado una foto con su teléfono.

Luego buscó los siguientes artículos. Las secuelas. Las continuaciones. Lo que los periódicos locales habían publicado en las semanas y meses siguientes.

Había pocos.

Dos artículos de agosto de 1997. Breves y objetivos. La gendarmería había ampliado la búsqueda. Se habían organizado grupos de búsqueda en los bosques de los alrededores de Saint-Cyprien. Sin éxito.

Un artículo de septiembre. Aún más breve. El caso se cerró. Sin novedades. La fórmula administrativa habitual que implica abandonar el caso sin decirlo explícitamente.

Y luego... nada.

Thomas Avril desapareció de las columnas de los periódicos, al igual que desapareció del mundo. Sin dejar rastro. Sin seguimiento. Sin que nadie insistiera en el tema.

Le había preguntado al archivero si los archivos de la gendarmería local estaban disponibles para su consulta.

La respuesta fue no: los archivos judiciales tenían un régimen específico, un período de comunicación de cincuenta años para los casos penales y de setenta y cinco años si había menores involucrados.

menores"Si había menores involucrados", había dicho el archivero.

Camille lo había anotado mentalmente.

Luego pidió algo más: los archivos del ayuntamiento de Saint-Cyprien correspondientes a los años 1997 y 1998. Sin embargo, estos archivos estaban menos protegidos. Las deliberaciones municipales se hicieron públicas después de veinticinco años.

El archivero le había traído una caja.

Había dedicado dos horas a las deliberaciones municipales.

Era tedioso. Las actas de las reuniones del consejo municipal rural son lo que son: listas de decisiones sobre carreteras, subvenciones para asociaciones, proyectos de renovación de edificios públicos. Había leído metódicamente, buscando un nombre, una alusión, algo que destacara entre los registros habituales.

Ella lo había encontrado.

No en las deliberaciones mismas.

En la lista de funcionarios electos presentes en las reuniones.

Presentes: Sr. Georges Villemont, Alcalde. Sr. René Aubert, Teniente de Alcalde de Obras Públicas. Sr. Édouard Dubreuil, Teniente de Alcalde de Urbanismo...

Su padre.

Édouard Dubreuil había sido teniente de alcalde de Saint-Cyprien entre 1995 y 2001.

Ella continuó leyendo.

Y en las deliberaciones del 15 de septiembre de 1997 —dos meses después de la desaparición de Thomas Avril—, una nota a pie de

página, casi invisible en el ajustado formato del documento:

El alcalde recuerda a todos que los casos en curso que caen bajo la jurisdicción de la gendarmería no están sujetos a deliberaciones municipales y pide a los concejales discreción con respecto a los acontecimientos del verano.

Asuntos en curso.

Eso es quedarse corto para describir a Thomas Avril.

Y junto a esta nota, en el margen del documento, una anotación manuscrita, en tinta azul, que alguien había añadido después de la impresión. Tres palabras y una inicial.

Clasificado. Acuerdo de empresa conjunta.

JV.

¿Jean Villemont, el hijo del alcalde? Rebuscó en su memoria: el alcalde se llamaba Georges. Su hijo Jean le había sucedido. Jean Villemont era ahora presidente del consejo departamental de Dordogne.

Clasificado. Acuerdo de empresa conjunta.

El padre de un funcionario electo local había solicitado discreción.

El funcionario electo en cuestión era ahora el hombre con mayor poder político en el departamento.

Ella había salido del archivo a las 5:30 de la tarde.

Había conducido hasta un café en las afueras de Périgueux; no en la ciudad, no donde pudieran reconocerla, aunque en Périgueux nadie la conocía realmente. Por precaución. Por costumbre, pues en aquellos días las precauciones nunca eran excesivas.

Ella había pedido té.

Ella había sacado su teléfono.

Había mirado la foto que le había tomado al artículo original.

Thomas Avril, de dieciséis años y residente en Saint-Cyprien, desapareció la noche del 14 de julio.

La fecha. Ella siempre volvía a la fecha.

14 de julio de 1997.

Tenía quince años.

Rebuscó en su memoria con la misma obstinación de los últimos días: una búsqueda de un recuerdo que no existía, una inmersión en un agujero negro perfectamente definido. Recordaba aquel verano a grandes rasgos: el calor, la piscina inflable en el jardín, sus lecturas a la sombra del roble. Recordaba el antes y el después de aquel verano como si se tratara de un año cualquiera.

El 14 de julio no recordaba nada.

Nada de fuegos artificiales. Nada de cena. Nada de noche.

Un espacio en blanco.

Un blanco demasiado puro para ser natural.

Ella bebió su té lentamente.

Había pensado en la fotografía que guardaba en la caja metálica. El chico moreno y delgado, de rostro delicado y ojos claros. La había mirado docenas de veces sin poder recordar su rostro. Lo conocía; tenía esa certeza física, esa premonición corporal que precede al reconocimiento consciente. Lo conocía, y algo en su interior había conspirado para borrar ese recuerdo.

Había estado pensando en lo que Elise le había contado.

¿De verdad no recuerdas nada?

Esta forma de plantear la pregunta. No es que no sepas nada, no es que no hayas visto nada. No recuerdas nada. Como si el recuerdo existiera. Como si no fuera una ausencia, sino un ocultamiento.

Alguien había escondido algo en la mente de Camille.

Alguien había utilizado la medicación del Dr. Leroux para asegurarse de que ciertas cosas no volvieran a aparecer.

Quizás, después de todo, algo había sobrevivido.

En algún lugar.

No lo olvides.Lo había escrito cuando tenía quince años. A esa edad, se había resistido a lo que intentaban hacerla olvidar. Había dejado huella.

Quizás había otros.

Había decidido volver a casa a las seis en punto.

De regreso, pensó en Jean Villemont. Presidente del consejo departamental. Un importante político local, cuyo padre había logrado que se cerrara el caso de Thomas Avril en 1997. Un hombre que, durante treinta años, había tenido mucho que perder si los detalles de esta desaparición volvían a salir a la luz.

Había pensado en el código que estaba en el cuaderno de su padre.

JV.

Este código, que ella había anotado sin saber qué hacer con él, apareció repetidamente en las décadas de 2000 y 2010, a veces asociado con JD, a veces con HD. Nunca en texto plano. Siempre esas dos iniciales.

Juan Villemont.

Sus padres estuvieron vinculados a este hombre. Durante treinta años. Por un secreto compartido.

Ella aparca su coche en el patio a las siete en punto.

La casa está iluminada: la sala de estar, la cocina. A través de las contraventanas entreabiertas de la planta baja, ve moverse una figura. Probablemente Hélène, preparando la cena.

Ella permanece en el coche durante dos minutos.

Ella saca la caja de metal de su bolso.

Se lo había llevado consigo; no quería dejarlo en la habitación, ni con el notario al día siguiente, ni con lo que empezaba a descubrir sobre cómo desaparecían las cosas en esa casa. Lo había guardado en el viejo bolso de cuero que llevaba a todas partes, debajo de una chaqueta doblada, en el fondo.

Ella lo abre sobre su regazo.

Ella saca las fotos.

Ella los mira a la luz del faro del coche.

Uno por uno.

Ella busca a Thomas Avril. Lo busca en cada foto con la concentración que ahora le da alguien con nombre, fecha y una historia documentada. Ya no es un chico desconocido en las fotos de verano. Es Thomas Avril, de dieciséis años, desaparecido el 14 de julio de 1997, amigo de Julien Dubreuil, visto por última vez cerca de la propiedad.

Foto tras foto.

Está ahí. Todavía con esa sonrisa ligeramente ladeada, ese rostro que aún no ha madurado del todo, esos ojos claros.

Ella llega a la séptima foto.

Ella se detiene.

La séptima foto es diferente de las demás.

No por el encuadre —el mismo formato cuadrado, el mismo papel de la época, la misma luz veraniega—, sino por el tema tratado.

En esta foto solo hay dos personas.

Thomas Avril.

Y Camille.

Reconoce el jardín: la parte trasera, el roble, los macizos de flores de verano. Reconoce la luz: una tarde de pleno verano, ese sol blanco y directo de la región del Périgord en julio. Reconoce el suéter que lleva puesto: un suéter de rayas azules y blancas que tenía desde los quince años y que le encantó hasta que se desgastó demasiado para usarlo.

Quince años.

En esta foto tenía quince años.

Y Thomas Avril tenía dieciséis años.

Están de pie en el jardín, uno al lado del otro, sin mirar directamente a la cámara; se miran de reojo, como si acabaran de intercambiar unas palabras y la foto se hubiera tomado justo en ese instante, en el espacio que queda después de que se pronunciaran. Thomas sonríe de lado. Camille también sonríe, una sonrisa distinta a las de su familia, más libre, más abierta, que indica que se siente cómoda con esa persona, que le agrada.

Se conocen.

Se conocen bien.

Se puede apreciar en la forma en que ocupan el espacio uno al lado del otro: esa distancia reducida entre dos cuerpos que han aprendido a coexistir, la forma en que el hombro de Thomas gira ligeramente hacia Camille, la forma en que Camille se inclina imperceptiblemente en su dirección.

Ella mira la foto y busca en su interior el recuerdo de ese momento.

Nada.

Este agujero negro. Esta pared lisa.

Pero su sonrisa en la foto es real.

Su sonrisa a los quince años es la sonrisa de alguien que es feliz donde está, con la persona que es, en el jardín de esta casa en una tarde de julio de 1997 que sería uno de los últimos días de Thomas Avril.

Ella le da la vuelta a la foto.

No hay nada escrito en la parte de atrás. Ni fecha, ni nombres. Nada.

Ella toma el recorte de periódico. Lo coloca junto a la foto en el asiento del pasajero. El artículo. El nombre. La fecha.

Desapareció la noche del 14 de julio.

Ella sigue mirando la foto.

Thomas Avril le sonrió.

Y ella le devolvió la sonrisa.

Y unos días después de esta foto —quizás unas semanas, quizás al día siguiente— Thomas Avril desapareció la noche del 14 de julio y nunca más se le volvió a ver.

Ella vuelve a guardar las fotos en la caja.

Ella guarda la caja en su bolso.

Ella sale del coche.

El frío aire de noviembre la golpea suavemente; esa bofetada limpia que te obliga a estar presente, a conectar con tu cuerpo, no con tu mente. Ella inhala. Retiene el aire. Exhala.

Thomas Avril tenía dieciséis años.

Él estaba sonriendo.

Está muerto; ahora lo sabe con certeza, de una forma u otra, desde que leyó el recorte de periódico, pero la fotografía ha transformado esa certeza abstracta en algo concreto y terrible. Está muerto. En esta propiedad, en este jardín, probablemente en este sótano que su padre había vuelto a cementar con tanto esmero.

Él murió y ella estaba allí.

Ella estaba allí y no lo recuerda.

Ella entra en la casa.

Hélène está en la cocina. Se está preparando la cena; huele a sopa, a algo caliente. Julien está en la mesa con su teléfono. Élise no está.

"¿Tuviste una buena tarde de compras?"dijo Hélène sin volverse.

Camille deja su bolso en la silla.

"Sí,"dijo ella.

Se sienta. Mira a su hermano. Julien levanta la vista de su teléfono —por un segundo, solo un segundo—, esa mirada breve y evaluativa que nunca dura mucho pero que siempre dice algo. La mira como la ha estado mirando desde que llegó. Como se mira a alguien a quien se está observando.

Es como observar a alguien y evaluar el alcance de sus conocimientos.

"Elise, ¿vas a bajar?"dijo Camille.

"Le mostré algo","No se encuentra bien", dijo Hélène.

"De nuevo ?"

"Ella es frágil."La frase de siempre. El eslogan. "El notario la va a agotar mañana. Le dije que no tenía por qué estar allí".

Camille observa a su madre de espaldas al fregadero.

"Ella es una beneficiaria",dijo ella.

"Lo sé."

"Su presencia puede ser necesaria."

"El señor Bonnard es un hombre comprensivo. Conoce a la familia desde hace años."Una pausa. "Sabrá adaptarse."

Julien deja el teléfono.

Él toma su vaso.

Él bebe.

Camille lo mira al otro lado de la mesa. Piensa en Thomas Avril en el jardín, en esa sonrisa ladeada, en esos ojos claros que nunca envejecerían. Piensa en lo que Julien sabe de aquella noche. En lo que ha hecho con ese conocimiento durante treinta años.

Piensa en Elise cuando tenía siete años, sentada frente a la puerta del granero.

Piensa en su propia memoria ausente.

Ella piensa que mañana ocurrirá algo en esta casa con el notario, la llave del depósito y la firma Renaud-Maurel, cuya existencia aún desconoce el señor Bonnard.

O conocido.

Quizás conocido.

¿Cuánto tiempo lleva el señor Bonnard administrando la finca?dijo ella.

Hélène finalmente se da la vuelta.

"Desde el principio. Desde nuestra boda."

"¿Conoce bien el negocio de su padre?"

"Mejor que nadie."

Esto es mejor que cualquier otra cosa, dijo con la calma de alguien que no tiene nada que temer de lo que sabe el notario.

Porque el notario sabe exactamente lo que Helene ha decidido que él debe saber.

Nada más.

La cena se sirve en silencio.

Después, Camille sube a su habitación.

Ella saca la séptima foto de la caja.

Ella lo coloca sobre el escritorio, debajo de la lámpara.

Ella y Thomas Avril en el jardín en el verano de 1997.

Ella le habla en silencio, no en voz alta, no con palabras formuladas, simplemente como quien se vuelve hacia los muertos cuando comprende lo que fueron. No te he olvidado, piensa. Me han ayudado a olvidarte. No es lo mismo.

Ella no sabe si es verdad.

Ella aún no sabe qué papel desempeñó esa noche.

Pero ahora sabe una cosa con una certeza que ya no es abstracta.

Thomas Avril tenía rostro.

Tenía una sonrisa.

Había apoyado el hombro, ligeramente girado hacia una chica de quince años en un jardín en pleno mes de julio.

Y alguien en esa casa lo había reducido a un caso cerrado, un asunto discreto, una línea en el cuaderno cifrado de un padre que nunca sería capaz de hablar de lo que importaba.

Mañana.

El notario. La herencia. La casa que iba a ser vendida.

Ella no les permitiría hacer eso.

No sin antes pronunciar en voz alta el nombre de Thomas Avril, en esta casa, delante de personas que habían pasado treinta años fingiendo que nunca había existido.

11

Julien pasa al ataque.

Ella escucha que llaman a su puerta a las 10 de la noche.

No es la pincelada vacilante de Elise. No son las tres pinceladas discretas que ella misma utiliza. Dos pinceladas rápidas y enérgicas, de esas que no se preguntan si es el momento adecuado. Que imponen respeto.

Ella conoce este ritmo desde la infancia.

Juliano.

Mete la séptima foto debajo del colchón: un gesto rápido e instintivo. La caja ya está al fondo del armario, detrás de su ropa, envuelta en su chaqueta de repuesto. Ha aprendido a cambiarla de sitio cada día desde que la encontró. Dejarla en el mismo lugar sería un error.

"Entre,"dijo ella.

Entra sin esperar a que ella termine de hablar.

Así es Julien: abre las puertas cuando él decide, no cuando otros le dicen que entre. Esta forma de ocupar el tiempo de los demás, al igual que ocupa el espacio, se basa en la simple tradición, en la vieja costumbre del mayor que siempre va un paso por delante de todos.

La cierra tras de sí.

Permanece de pie. No se sienta; no ha pedido permiso ni lo hará, pero hay algo calculado en el hecho de que se quede de pie. Una postura de dominio. Es alto, mide un metro ochenta, de hombros anchos, con la complexión imponente que siempre ha tenido, la cual, con los años, se ha convertido en una forma de ocupar una habitación de una manera casi físicamente opresiva.

Él mira a su alrededor.

El dormitorio. La oficina. El armario.

No como alguien que solo mira. Como alguien que busca.

"Me gustaría que habláramos",dijo.

Su voz es tranquila. Baja. Ese registro particular de Julien cuando ha decidido que la conversación irá por un camino determinado y cuando tiene el control.

"Es tarde,"dijo Camille.

"Lo sé."No se mueve. "No tardará mucho."

Se sienta en la silla de la oficina. Lo mira fijamente. Cruza los brazos, no como señal de defensa, sino simplemente para tener algo a lo que agarrarse y que sus manos no se vean mientras trabaja. Cuando está bajo presión, sus manos tienden a buscar algo que manipular. No quiere que Julien lo vea.

Ella espera.

Él la mira.

La forma en que mira a la gente —no a los ojos, sino ligeramente de reojo, en algún punto de su rostro, pero no directamente—. Como si mirarlos a los ojos fuera una concesión que no quisiera hacer.

"La caja,"dijo.

Una palabra. Solo una.

Camille no dijo nada.

"Quiero la caja, Camille."

Ella lo mira.

Se detiene a observarlo detenidamente, no con la vigilancia superficial que ha mantenido constantemente desde su llegada, sino de frente, con toda su atención. Julien tiene cuarenta y un años. Tiene el rostro de alguien que ha dormido bien y vivido mal: piel tersa, pero ojos que reflejan una pesadez acumulada a lo largo de los años. Aprieta la mandíbula. Se ha metido las manos en los bolsillos, no por despreocupación ni para ocultar nada.

Él lo sabe.

Sabe que la caja existe, sabe que ella la encontró, sabe lo que hay dentro. O sabe lo suficiente como para saber que lo que hay dentro es peligroso para él.

"¿Cómo sabes que existe?"dijo ella.

"No importa."

"Para mí, sí."

Saca las manos de los bolsillos. Las cruza sobre el pecho, una tras otra; un gesto involuntario que refleja la mirada de dos personas en una habitación preparándose para algo.

"Mi padre me lo había contado. Hace mucho tiempo."

"¿También te habló de su contenido?"

"Me dijo que estaba guardando cosas. Documentos."Hace un tiempo. "Cosas que no deberían haberse guardado".

Camille puede oír cómo elige sus palabras. Esa precisión de alguien que dice la verdad sobre el fondo pero miente sobre la forma, que da lo justo para parecer honesto sin revelar lo que realmente importa.

"Cosas como fotos",dijo. "Fotos tuyas con Thomas Avril."

El nombre en la obra.

La coloca allí deliberadamente. Observa el efecto que produce en el rostro de su hermano: esa tensión imperceptible, esa contracción de los párpados, algo que pasa por sus ojos como una sombra fugaz antes de que la máscara se recomponga.

"Dame la caja",dijo.

"No."

No esperaba un no.

O tal vez sí lo había previsto, tal vez sabía que Camille no había venido a esa casa para obedecer. Pero al oír la palabra, directa y sin rodeos, algo se reflejó en su rostro. Un endurecimiento. Una decisión tomada.

"No tienes ni idea de lo que estás provocando."dijo.

"Entonces explícamelo."

Él la mira.

"Quieres que te lo explique."

"Eso es lo que acabo de decir."

"Es más complicado de lo que crees."

"Siempre es así en esta familia."

Descruza los brazos. Da un paso hacia ella, un paso pausado, no agresivo, que acorta la distancia y altera el equilibrio de la habitación. Camille permanece sentada. Levantarse ahora sería un error; sería responder a la presión física con una reacción física, dándole lo que busca.

Ella se queda.

Ella lo mira.

"Papá no era inocente",—dijo Julien. Su voz había cambiado; era aún más grave, con un tono más crudo, menos forzado. —¿Lo sabes?

"Empiezo a darme cuenta de que sí."

"Así que entiendes que algunas cosas tienen que quedarse donde están."

"No,"dijo Camille. "No lo entiendo en absoluto."

Se está acercando.

Ahora está a menos de un metro de distancia. De pie sobre ella mientras está sentada, esa geografía física que revela algo específico sobre cómo quiere que se sienta. La hermana pequeña. La menor. Aquella a la que aún puedes hacer comprender las cosas acercándote demasiado.

Ella no se mueve.

Ella sostiene su mirada, esta vez realmente su mirada, en sus ojos, sin apartar la vista.

"Papá no era inocente",—repite. Como si decirlo dos veces lo hiciera más cierto, más aceptable o más útil—. Y tú tampoco.

Tras esas palabras, siguió el silencio.

Camille lo oye. Lo oye como se oye una explosión a lo lejos: el lapso entre la detonación y la réplica. Tarda un segundo en asimilar esas cuatro palabras antes de comprender realmente lo que acaba de decir.

Y tú tampoco.

Piensa en el mensaje de su teléfono. Sabes lo que hiciste. Piensa en Elise. ¿De verdad no recuerdas nada? Piensa en su letra de adolescente en el reverso de la nota. No lo olvides.

Piensa en ese agujero negro de su memoria. Ese 14 de julio de 1997, que no existe.

"¿Qué he hecho?"dijo ella.

Su voz es tranquila.

Ella no sabe cómo logra mantener la calma.

"No te acuerdas."No es una pregunta, es una afirmación. Él lo sabe. Sabe que ella no lo recuerda. Y en la forma en que lo dice, en ese espacio entre la afirmación y lo que sigue, hay algo parecido a la lástima.

O para que tenga alguna utilidad.

"No,"—No lo recuerdo. Entonces, dímelo.

"No."

"Juliano-"

"No."Da un paso atrás. Se pasa la mano por el pelo; ese gesto nervioso que tenía de adolescente y que aún conserva, esa forma de rascarse la cabeza cuando está bajo presión. «No me corresponde decírtelo. Y menos esta noche».

"¿Entonces cuándo?"

Él no responde.

Ella se levanta.

Ahora. Porque quedarse sentada ya no es una estrategia, es pasividad, y ella ya superó la etapa de la pasividad con este hombre. Se levanta y se pone a su altura; bueno, casi, él es veinte centímetros más alto que ella y eso no va a cambiar, pero al ponerse de pie ya no es la hermana pequeña en una posición inferior.

"Thomas Avril,"dijo ella.

No dijo nada.

"Él estaba en el granero esa noche. Elise te vio. Tenía siete años y te vio a ti y a otros dos niños bajando algo al granero."

Julien apretó la mandíbula.

"Elise no sabe nada."

"Elise lo vio."

"Elise está enferma."La palabra sale demasiado rápido, demasiado ensayada. "Elise ha tenido problemas desde la infancia, ya lo sabes. Lo que ella cree haber visto..."

"Tenía siete años y los ojos abiertos."

"Camille."

"Está enterrado en algún lugar de esta propiedad, ¿verdad?"Dice esto y busca su propia voz en esa frase: esa voz que proclama una verdad absoluta, que no se acobarda. «Thomas Avril. Dieciocho años después del recorte de periódico, veinte años después del cuaderno de papá. Está por aquí».

Julien la mira.

Una mirada muy, muy larga.

Y en esa mirada, en ese espacio entre la máscara y lo que yace tras ella, ve algo que no esperaba.

Ninguna amenaza. Ningún desafío.

Fatiga.

Un cansancio inmenso y persistente, grabado en este hombre durante treinta años. El cansancio de quien ha cargado con algo

demasiado pesado durante demasiado tiempo y al que nunca se le ha permitido soltarlo.

"No sabes lo que estás haciendo."dijo. Y esta vez es diferente; ya no es intimidación. Es casi una súplica. "No sabes qué pasará si continúas".

"Si,"dijo Camille. "Sé exactamente lo que esto provocará."

Algo está pasando en su rostro.

Este cansancio desaparece. La máscara regresa. Este cambio de un Julien a otro: aquel al que había vislumbrado por un segundo, el hombre bajo la armadura, y el regreso inmediato de la armadura misma.

"Dame la caja",repitió. Pero el tono había cambiado. Ya no era una exigencia, sino una última petición antes que nada.

"No."

La mira por última vez.

Entonces se da la vuelta.

Se dirige hacia la puerta.

Él lo abre.

"Juliano,"dijo ella a sus espaldas.

Se detiene. No se da la vuelta.

"Mañana viene el notario. ¿Vas a dejar que mamá venda esta casa?"

"Esta no es mi casa."

"Es tanto tuyo como mío."

"No."Su voz es monótona. Definitiva. "Nunca lo ha sido".

Él se va.

Cierra la puerta tras de sí.

Camille permanece de pie en medio de su habitación.

Y tú tampoco.

Estas cuatro palabras en el silencio de la habitación, que siguen dando vueltas una y otra vez. Ella las repite una y otra vez, no para entenderlas, pues ya las entiende, sino para encontrar la manera de convivir con ellas.

Su hermano sabe lo que ella hizo o dejó de hacer esa noche.

Su hermano se lo dijo sin pronunciarlo directamente.

Y al hacerlo —al reconocer su culpabilidad sin nombrarla, al dejarla en ese insoportable vacío entre la acusación y la revelación— hizo exactamente lo que los Dubreuil han estado haciendo durante treinta años.

Utilizó el silencio como arma.

Ella se sienta en la cama.

Ella respira.

Recuerda la conversación, reconstruyendo lo que ahora sabe y que antes desconocía. Julien quiere la caja. Sabía que existía porque su padre le había hablado de ella, o porque la había buscado él mismo tras la muerte de Édouard y no la había encontrado, y se había dado cuenta de que Camille la tenía. Ella había movido el armario antes que él. Llegó justo a tiempo.

Thomas Avril.

No lo había negado. Ni una sola vez en toda la conversación negó nada. Había esquivado, desviado, amenazado. Pero negarlo... no.

No sabes qué consecuencias tendrá.

Jean Villemont. Presidente del consejo departamental. Un hombre con contactos, poder y mucho que perder. Alguien cuyo padre logró que se desestimara el caso en 1997. Alguien que, posiblemente, se ha asegurado de que el caso permaneciera archivado desde entonces.

Empresa conjuntaen el cuaderno.

Vinculado a JD y HD

Treinta años de conexiones, de silencios compartidos, de servicios prestados.

Ella se levanta.

Ella va a entrar al armario.

Saca la caja de detrás de su ropa. La abre. Saca las fotos. Saca el cuaderno. Saca el recorte de periódico.

Las guarda en su bolso, ese viejo bolso de cuero que siempre lleva consigo. No en la caja, ni en el armario. Sobre ella. Como la hoja de notas doblada que guarda en su chaqueta.

Ella vuelve a colocar la caja vacía en el fondo del armario.

Si alguien viene a buscarla esta noche, que encuentre la caja. Que piense que ha conseguido lo que quería.

El contenido, sin embargo, duerme con ella.

Ella vuelve a encender la lámpara de escritorio.

Ella se sienta.

Está pensando en Julien, que acaba de irse.

Vuelve a ver su silueta en el umbral: esa espalda ancha, esos hombros, esa forma de moverse. Ve su mano en el pomo de la puerta cuando se marchó.

Su mano derecha.

Algo.

Ella lo vuelve a ver.

Había visto algo, pero no le había prestado atención en ese momento; estaba demasiado concentrada en las palabras, en lo que él decía, en lo que él callaba. Pero ahora, recuperada la calma, la imagen vuelve a su mente.

La mano de Julien en el pomo de la puerta.

La mano derecha.

El dorso de la mano.

Una cicatriz.

Reciente: no es una cicatriz vieja, plana y blanca, sino una cicatriz reciente, todavía rosada y ligeramente abultada. En el dorso de la mano derecha, entre el pulgar y el índice, esta zona es carnosa y sensible.

La forma.

Ella está pensando en el formulario.

No es un corte, ni lineal, ni limpio. Algo irregular, curvo, arqueado.

Una forma arqueada.

Piensa en una forma arqueada en el dorso de una mano.

Piensa en el efecto que tiene una forma arqueada sobre la piel.

Un mordisco.

Alguien mordió a Julien.

Alguien mordió a Julien hace poco.

En los días previos a su llegada. O en los días posteriores a la muerte de Edward. Una cicatriz de esta frescura, de este color: una semana, dos semanas como máximo.

Alguien que estaba pasando por dificultades.

Alguien que no tenía otro medio de resistencia que sus dientes.

Camille está mirando la pared que tiene delante.

Piensa en todos los rostros de esta casa.

Piensa en el coche en la carretera. En alguien que no tenía prisa.

Piensa en su padre, que está al pie de la escalera.

Piensa en una mano que suelta una barandilla.

Y por otra parte, que está haciendo algo.

Una mano que mordemos porque no tenemos otra cosa.

Ella no duerme.

Permanece sentada en su escritorio hasta las dos de la mañana, con la bolsa en el regazo, donde guarda las fotos, el cuaderno y el recorte de periódico. Los sostiene como testigos. Como pruebas. Como los últimos vestigios de un chico de dieciséis años que sonrió de reojo en un jardín de verano y que merecía envejecer.

El notario mañana.

Mañana Hélène con la llave de su taquilla y su breve sonrisa.

Mañana, Julien con su cicatriz reciente.

Y Camille con su bolso en el regazo y sus cuatro palabras dando vueltas en su cabeza.

Y tú tampoco.

Busca en el agujero negro de su memoria.

Ella busca el 14 de julio de 1997.

Ella busca a Thomas Avril y sabe qué hizo o dejó de hacer.

Ella no encuentra nada.

Pero por primera vez desde que llegó a esta casa —por primera vez desde el sobre vacío, la cámara elegida y las fotos en la caja— empieza a tener miedo de encontrar algo.

12

El médico de familia

Llegó el notario.

Se marchó de nuevo.

Camille lleva veinte minutos sentada en su coche frente a la casa, con las manos en el volante y el motor apagado. Todavía no se va a casa. Necesita ese espacio entre las paredes y ella misma: ese espacio en el coche que le pertenece, que nadie en esta casa ha registrado, en el que puede pensar sin sentir que la observan.

La reunión duró dos horas.

Durante dos horas, el señor Bonnard —de sesenta años, con su traje beige, ese aire de notarios rurales que ejercen su autoridad con una amabilidad cuidadosamente mantenida— había colocado sus documentos sobre la mesa del comedor y había hablado de herencia, propiedad conjunta, partes iguales entre los tres hijos.

Hélène había escuchado.

Julien había formulado preguntas precisas y técnicas, las preguntas de alguien que había preparado el terreno.

Elise no estaba allí; estaba demasiado cansada, había dicho Hélène. El maestro Bonnard asintió con la comprensión profesional propia de los hombres acostumbrados a lidiar con familias en duelo.

Camille había escuchado, buscando puntos débiles.

Las había encontrado, no en lo que Bonnard dijo, sino en lo que no dijo. No había mencionado el bufete Renaud-Maurel. No había mencionado el procedimiento acelerado. Había hablado de plazos legales, un mínimo de seis meses, y de consultas entre los herederos.

Hélène lo había permitido.

Julien lo había permitido.

Finalmente, cuando Bonnard guardó sus archivos, Hélène la acompañó de vuelta por el pasillo. Camille los oyó hablar en voz baja, pero no pudo distinguir las palabras.

Pero había visto a Hélène deslizar algo en el maletín del notario mientras le estrechaba la mano.

Un sobre.

Por eso lleva veinte minutos en su coche.

Sostiene el teléfono. Mira el número del bufete Renaud-Maurel, que se sabe de memoria. Podría llamar, presentarse como heredera y pedir información sobre un caso pendiente. Pero eso los alertaría. Les haría saber que lo sabe, y no está preparada para que lo sepan.

Ella guarda su teléfono.

Está pensando en el doctor Leroux.

Anoche lo buscó en la guía telefónica: André Leroux, médico general, 4 rue des Épinettes, Saint-Cyprien. Una dirección en el pueblo. Una consulta de médico rural, de esas que se reconocen a lo lejos por el letrero de plástico descolorido y la sala de espera visible desde la calle a través del cristal esmerilado.

Ella no lo había llamado.

Ella no quería darle tiempo para prepararse.

Comienza.

Ella toma el camino hacia el pueblo. El cielo está bajo, de un gris uniforme y denso, ese gris de noviembre que ya no se detiene: hoy no será de otra manera, será gris hasta el anochecer y luego se volverá negro. Los campos a ambos lados del camino están desnudos, la tierra removida, ese marrón sombrío del Périgord en invierno que no es triste en sí mismo, pero que hoy se asemeja a algo en duelo.

Está pensando en Leroux.

Construyó una imagen de este hombre basándose en lo que sabía: las recetas, los veinticinco años de recetas, la renovación mensual de un medicamento que no se prescribía para el fin para el que supuestamente se prescribía. Construyó la imagen de un hombre que optó por hacer favores a una familia influyente, hacer la vista gorda ante lo que veía, firmar lo que le pedían que firmara.

Un cómplice.

No es un asesino. Es un cómplice.

La diferencia existe en los tribunales. En la práctica, no está tan clara.

La oficina está en la Rue des Épinettes.

Una callejuela detrás de la iglesia, con dos hileras de casas bajas y sus respectivos invernaderos. La consulta ocupa la planta baja de una casa de piedra. Una placa de bronce en la pared reza: «Dr. André Leroux, médico general, con cita previa», y debajo, escrito con rotulador en una hoja de papel plastificada: «Horario reducido. Por favor, llame con antelación».

Horario reducido.

Todavía suena.

Le lleva dos minutos.

Oye pasos lentos y cautelosos, los pasos de un hombre que se lo toma con calma o que no puede hacerlo de otra manera. La puerta se abre.

Doctor André Leroux.

Es mayor de lo que ella imaginaba, o mejor dicho, mayor de otra manera. Podría tener setenta y cinco años, tal vez más. Un rostro marcado por el tiempo, esas arrugas profundas que no son fealdad, sino una huella, la historia grabada en la piel. Cabello blanco ralo. Gafas de montura fina. Un cárdigan beige sobre una camisa abotonada hasta arriba: el uniforme de un viejo médico rural que nunca necesitó aparentar porque su profesión era suficiente.

Él la mira.

Y algo cambia en sus ojos.

Ella no se esperaba esto: que él la reconociera. Pero la reconoció. No con alegría, no con la calidez de quien se reencuentra con un hijo de una familia a la que ha seguido. Con algo más.

Inquietud.

"Señorita Dubreuil,"dijo.

"Camille,"—dijo ella—. Hola, doctor.

No le dijo que entrara de inmediato.

La mira durante otro segundo; ese segundo de evaluación, de medición, como alguien que calcula algo que no habría querido calcular.

Entonces retrocede.

"Adelante."

La sala de espera es pequeña.

Cuatro sillas contra la pared, una mesa baja con revistas viejas, una ventana con vistas a la calle. El olor característico de las consultas médicas: esa mezcla de antiséptico, papel viejo y algo neutro que solo se percibe en esos lugares. La habitación está vacía; no hay otros pacientes.

"Ya no hago consultas por la mañana."—dijo. La condujo a su oficina, una habitación aún más pequeña, con el escritorio de madera y la computadora, los estantes llenos de archivos y la camilla de exploración en la esquina con papeles arrugados. —Solo atiendo por la tarde. Dos o tres pacientes al día. —Una pausa—. Me jubilo en enero.

"Lo sé,"dijo Camille.

Se sienta detrás de su escritorio. Señala la silla de enfrente; este gesto automático del médico que acomoda al paciente, que organiza el espacio de la consulta.

Ella se sienta.

Se miran el uno al otro.

"Siento mucho lo de tu padre."dijo.

Lo dice con la fórmula y sin sentimiento, no porque no le importe, sino porque algo en la forma en que lo pronuncia indica que la muerte de Édouard Dubreuil es para él algo complejo y emotivo, no simplemente triste.

"GRACIAS,"dijo Camille.

Silencio.

"Viniste a..."Deja la frase en suspenso. Una invitación.

"Conoces a la familia desde hace mucho tiempo."

"Desde tu nacimiento. Tu madre ya era mi paciente cuando quedó embarazada de ti."

"Todos me seguisteis. Papá. Mamá. Julien. Elise. Yo."

"Ese es el trabajo de un médico de familia."

"Usted le ha recetado medicamentos a Elise durante veinticinco años."

En su rostro nada cambia.

Pero sus manos —sus manos apoyadas sobre el escritorio— se mueven ligeramente. Sus dedos se tensan, imperceptiblemente, como si se preparara para algo.

"Las recetas de mis pacientes están sujetas a confidencialidad médica."dijo.

"No te estoy pidiendo que me des los archivos."Ella apoya las manos sobre las rodillas. "Les pido que me escuchen."

Él la mira.

Él asiente una vez.

"El medicamento que Elise ha estado tomando desde 1998 se denomina técnicamente modulador de la memoria de acción prolongada."Camille dijo: «Originalmente se desarrolló para el tratamiento del estrés postraumático grave. Fuera de este contexto clínico específico, no se recomienda. Desde luego, no para niños. Y desde luego, no durante veinticinco años sin interrupción».

Leroux la mira.

No dijo nada.

"También se recetó a otros miembros de la familia, en dosis variables y durante periodos de tiempo variables."Hace una pausa. "Incluyéndome a mí."

Algo pasa por los ojos del médico.

No es ninguna sorpresa. Es algo más antiguo que la sorpresa: un dolor viejo y persistente que resurge cuando se presiona en el punto exacto.

"Camille—"

"Thomas Avril,"dijo ella.

El silencio que siguió a ese nombre no se parecía a ningún otro silencio que hubiera escuchado desde que llegó a esa casa.

Esos silencios de su familia son silencios construidos: silencios activos, mantenidos con esfuerzo, que requieren energía para sostenerse. Ese silencio es diferente.

Es el silencio de un hombre que acaba de recibir algo en el pecho.

Leroux es viejo. Su rostro, en ese instante, se ve aún más viejo: esos rasgos que se caen ligeramente, esa piel que pierde tensión, algo que cede en los músculos faciales como una estructura que ya no puede sostenerse.

Se quita las gafas.

Los coloca sobre el escritorio.

Se frota los ojos.

"Sabes,"dijo. No es una pregunta.

"Empiezo a comprenderlo."

Se vuelve a poner las gafas.

Mira hacia algún punto del escritorio que tiene delante; no hacia ella, ni hacia la ventana, ni hacia nada en particular. Quizás hacia el

pasado. Hacia el preciso instante en que tomó la decisión que marcaría los siguientes treinta años.

"No puedo decirte nada",dijo.

"No tienes que hablar",dijo Camille. "Confirma o niega."

Silencio.

Ella espera.

Ella le da tiempo. Le da todo el tiempo que necesita porque comprende —con la claridad mental que solo se alcanza en momentos tan importantes— que forzar a este hombre no lo llevará a ninguna parte. Leroux no es Julien. No tiene la coraza de Julien, esa coraza de depredador construida sobre décadas de decisiones deliberadas. Leroux es alguien que tomó una decisión terrible y ha vivido con ella durante treinta años, intentando convencerse de que estaba justificada.

Estas personas no ceden ante la presión.

Ceden bajo el peso.

Y Leroux ha estado cargando con un peso enorme durante demasiado tiempo.

"Te jubilas en enero."—dijo ella en voz baja—. Te irás con esto.

Él no responde.

"Un chico de dieciséis años."

Sus manos volvieron a moverse sobre el escritorio.

"No he..."Se detiene. "No supe lo que había pasado. No de inmediato. Recibí una llamada. Esa misma noche."

"¿Quién te llamó?"

Él niega con la cabeza.

"Me dijeron que había habido un accidente. Que un niño había resultado herido. Querían que fuera."

"No resultó herido."

Silencio.

"No,"—dijo Leroux. Su voz se suavizó; había algo muy pequeño, muy antiguo en ella—. Cuando llegué, él no... —Se detuvo. Tragó saliva —. Ya no había nada más que hacer.

Camille no dijo nada.

Ella lo está dejando tranquilo por ahora.

"Me pidieron que no dijera nada. Me explicaron lo que podría pasar si hablaba. Las consecuencias. Para mí. Para mi familia."Mira sus manos sobre el escritorio. "Tenía dos hijos. Un negocio que construir. Tenía cuarenta y cinco años y había hecho algo irreparable al guardar silencio, y ya era demasiado tarde para dar marcha atrás."

"Esa misma noche."

"Esa misma noche."

"Las órdenes,"Camille dijo: "Elise. Yo. ¿Por qué?"

Él la mira.

En sus ojos, algo que ella no esperaba. Vergüenza. Vergüenza real, no fingida, la vergüenza de un hombre que sabe perfectamente lo que ha hecho y nunca ha encontrado la manera de vivir con ello.

"Me dijeron que Elise había visto algo. Que era demasiado joven para entenderlo, pero lo suficientemente mayor para hablar."Una pausa. "Me pidieron que la ayudara a olvidar."

"¿Y qué hay de mí?"

Sus párpados se cerraron por un segundo.

"Estuviste allí esa noche."dijo.

La sentencia cae en la oficina silenciosa.

"Estuviste allí y lo viste. No es lo mismo que con Elise, es algo diferente. Y teníamos miedo de que volviera."

"Me administraron medicamentos sin avisarme."

"En el té. Tu madre solía poner eso en el té."Vuelve a abrir los ojos. "Lo tomabas todas las noches sin saberlo. Durante... unos dos años. Hasta que te fuiste a Burdeos."

"Dos años."

"Dos años."

Camille mira al viejo doctor.

Intenta sentir algo puro: ira, tal vez, o tristeza, o esa indignación sencilla y pulcra que surgiría de una situación sencilla y pulcra. Pero la situación no es sencilla. La situación es un hombre de setenta y cinco años con manos temblorosas que cometió algo abominable hace treinta años porque temía por su familia y ha pasado treinta años castigándose en silencio por ello.

Ella no se queja de eso.

Ella tampoco lo condena.

Ella simplemente está ahí, frente a él, con lo que él le acaba de dar.

"¿Qué vi aquella noche?"dijo ella.

Leroux niega con la cabeza.

"No lo sé. No me lo dijeron. Solo me dijeron que viste algo que no debías guardar."

"Tienes una idea."

"Una idea, sí."Coge sus gafas, las deja sobre la mesa. Un gesto nervioso, una necesidad de aferrarse a algo. «Pero una idea no es un hecho. Y no hablaré de ideas».

"No puedo obligarte a hacerlo."

"No."

Ella se levanta.

"Doctor Leroux."

Él levanta la vista.

"La reapertura de la investigación. Si sucede —y sucederá— usted podrá elegir hablar antes de verse obligado a hacerlo. Legalmente, no es lo mismo."

Él la mira.

"Soy viejo",dijo. "Ya tomé mis decisiones."

"Thomas Avril tenía dieciséis años."

Su garganta se mueve.

"Lo sé,"—Lo sé —dijo.

Ella sale de la oficina.

El aire frío de la calle la invadió: ese frío seco de noviembre que lo purifica todo, que no deja lugar a dudas sobre la temperatura, la hora, la realidad frente a lo que ocurre en las oficinas, los hogares y la mente de la gente.

Ella camina hacia su coche.

Ella se sienta.

Simplemente se queda ahí sin arrancar.

Leroux lo había confirmado sin confirmarlo explícitamente. Había dicho: «Tú estabas allí, tu madre le echó eso al té y ya no quedaba nada por hacer cuando llegué». No había mencionado los nombres. No había expuesto los hechos en orden. Pero había dado suficiente información.

Ella estuvo allí esa noche.

Ella había visto algo.

Y durante dos años, su madre le había dado una sustancia en el té todas las noches para asegurarse de que aquello nunca volviera a vomitar.

Camille apoya la frente en el volante.

Ella cierra los ojos.

Ella piensa en la taza de té que le dejaban en la mesita de noche cada noche. Siempre lo había considerado un gesto maternal, el único gesto maternal de su madre, ese té vespertino, esa constante silenciosa y cálida en una casa fría. Llevaba años bebiendo ese té, encontrando en él algo dulce.

Era veneno.

Un veneno lento, selectivo y quirúrgico.

Su madre se lo entregó con sus manos impecables y su rostro impasible.

Ella se va a casa.

La cena transcurre como cualquier otra. Hélène. Julien. Élise, que baja esta vez, con la mirada más perdida de lo habitual, las mangas largas y la sopa apenas tocada. Camille come. Habla poco. Observa.

Julien la observa a su vez.

Ambos saben lo que se dijo anoche. Ambos saben que la conversación no ha terminado. Hay una tensión palpable en esta mesa: dos personas que saben que están enfrentadas y que mantienen las apariencias por diferentes motivos.

Después de cenar, Camille sube a su habitación.

Ella espera.

Ella espera, como espera todas las noches.

A las once en punto, finalmente se queda dormida; un sueño profundo y pesado, un sueño de agotamiento.

A las siete y cuarenta de la mañana, sonó su teléfono.

Un número que ella no reconoce.

"Hola ?"

Una mujer. Una voz oficial y neutral, con el tono de quienes realizan llamadas de negocios difíciles.

"Estoy intentando contactar con Camille Dubreuil. Soy la asistente del Dr. Perrin en el hospital de Périgueux."

Camille se sienta en su cama.

"Soy yo."

"El Dr. Perrin quería informarle. Su médico de cabecera, el Dr. André Leroux, ingresó anoche en urgencias. Ha sido hospitalizado."

"¿Hospitalizado por qué?"

Un latido.

"Tiene una afección cardíaca. Está en cuidados intensivos."

"¿Cómo ha podido ocurrir esto?"

"Su esposa lo encontró en su casa a altas horas de la noche."

Camille está mirando la pared que tiene delante.

"¿Lo logrará?"

"Aún es difícil decirlo. Su estado es estable pero crítico."

Ella da las gracias. Cuelga.

Permanece sentada en su cama, con el teléfono en la mano, mirando por la ventana el cielo gris de noviembre que se esconde tras las persianas entreabiertas.

Palpitaciones cardíacas.

Piensa en Leroux: en sus manos temblorosas sobre el escritorio, en su voz baja cuando dijo que no había nada más que hacer, en la vergüenza en sus ojos.

Ella piensa en cómo las cosas dejan de existir en esta familia.

Los sobres vacíos.

Cables que se rompen.

Hombres que se caen por las escaleras.

Médicos ancianos que sufren ataques cardíacos la misma noche después de una visita inoportuna.

Ella está pensando en otra cosa.

Está pensando en alguien que sabe lo que está haciendo.

¿Quién sabe adónde va?

Quien actúa antes de haber terminado de comprender.

Ella se levanta.

Se viste rápidamente.

Ella saca su teléfono.

Envía las fotos de la rampa, la cámara, la caminata, el recorte de periódico, la parte de atrás con su letra adolescente, todo, a una

dirección de correo electrónico externa, una cuenta que creó anoche desde su teléfono, con un nombre falso, desde el navegador privado.

Ella envía todo a esta dirección.

También le envía un mensaje a una amiga en Lyon, Marion, abogada, que no conoce a la familia Dubreuil y en quien puede confiar. Un mensaje breve: «Si no te llamo antes del viernes, revisa tu correo. Hay documentos. Haz lo que creas conveniente».

Ella lo envía.

Ella cuelga el teléfono.

Ella se baja.

La casa huele a café.

Hélène está en la cocina.

"Te ves cansado."dijo Hélène sin volverse.

"Dormí mal",dijo Camille.

Ella se sirve un café.

Ella no dice lo que sabe.

Ella no dice lo que piensa.

Toma su café de pie junto a la ventana y mira el jardín húmedo y el roble que ha sobrevivido a doscientos años de todo, y se dice a sí misma que Leroux tenía ochenta y dos años y un corazón cansado, y que un ataque al corazón le puede ocurrir a cualquiera.

Ella se dijo eso a sí misma.

Ella no lo cree.

13

La noche en que las puertas se cierran de golpe

Ya no puede dormir.

Esto no es insomnio; el insomnio es cuando el sueño se resiste a llegar a pesar del cansancio, a pesar de las súplicas del cuerpo. Lo que Camille ha estado experimentando durante los últimos tres días es diferente. Es una decisión. Una negativa activa a bajar la guardia en una casa que le ha demostrado, noche tras noche desde su llegada, que debe permanecer alerta.

Ella está acostada en su cama.

Vestido.

Vaqueros, jersey, calcetines. Lista para levantarme en tres segundos si algo cambia en el silencio de la casa.

Ya es pasada la medianoche.

La casa tiene sus ruidos; ella ya los conoce, los ha catalogado noche tras noche con la precisión de quien estudia una partitura para detectar las notas desafinadas. El crujido de las vigas al contraerse con el frío: regular, predecible, siempre en los mismos lugares. El silbido del viento en la chimenea del salón: presente solo cuando sopla del noreste, como esta noche. El crujido de la ventana del pasillo cuyo pestillo no cierra del todo: cada veinte minutos, más o menos, cuando entra una ráfaga de viento.

Ella los conoce.

Lo que ella escucha allí no forma parte del catálogo.

Pasos.

Discreto. Muy discreto: alguien cuidadoso, que pisa con atención, que conoce la distribución del piso. No encima de ella. En el pasillo

de la planta baja.

Abre los ojos en la oscuridad.

Ella escucha.

Los escalones tienen una dirección: ella reconstruye mentalmente el plano de la planta baja, las baldosas de terracota, las puertas. Estos escalones conducen hacia el final del pasillo. Hacia la oficina.

Se levanta sin encender la luz.

Ella toma una linterna.

Ella va a su puerta.

La abre entreabierta silenciosamente, centímetro a centímetro, un movimiento lento y controlado que evoca la experiencia del silencio. El pasillo del primer piso está oscuro. Las puertas de Julien y Hélène están cerradas, sin luz en sus rendijas inferiores. La habitación de Élise: un tenue hilo de luz. Élise tampoco duerme, o si lo hace, duerme con la luz de noche encendida.

Camille baja las escaleras.

De espaldas a la pared. Pie izquierdo primero. Evita el tercer paso.

La planta baja está prácticamente a oscuras.

Casi.

Al final del pasillo, donde está la puerta de la oficina, donde murió su padre a pocos metros de distancia, donde la lejía borró lo que no debería haber sido borrado, algo.

Una línea luminosa.

Delgada, horizontal, la luz que entra por debajo de una puerta.

La puerta de la oficina.

La había cerrado con llave anoche.

La había cerrado con llave con la pequeña llave de escritorio que encontró en el llavero de su padre, guardada en el cajón superior de la cómoda de su dormitorio, donde las viudas guardan las pertenencias de los difuntos, ese cajón de transición entre la vida y

la muerte. Había buscado esa llave ayer por la tarde, la había encontrado, había probado las cerraduras de las habitaciones importantes. La del escritorio... sí. La había cerrado con llave.

La luz debajo de la puerta indica que alguien tiene otra llave.

O que no lo necesitaba.

Se detiene a mitad del pasillo.

Ella piensa.

Entrar ahora —sorprendiendo a cualquiera en esta oficina— podría ser un error. Estaría sola, en la oscuridad, en una casa donde su padre murió en estas mismas escaleras, a diez metros de distancia. Estaría sola, frente a alguien que no dudó, que actuó, que sigue actuando.

Pero esperar da tiempo para tomar lo que hay que tomar.

Ella está saliendo adelante.

Ella se encuentra a dos metros de la puerta cuando el rayo de luz desaparece.

Alguien apagó la luz de dentro.

Ella se detiene.

Permanece inmóvil en la oscuridad absoluta del pasillo, con la linterna apagada en la mano, esperando. Oye algo; no son pasos, sino algo más discreto. Un crujido. El sonido de un mueble que se mueve levemente. Luego, nada.

Ella sigue esperando.

Un minuto. Dos.

Se instala el silencio, ese silencio posterior, cuando la presencia se ha marchado pero el aire aún conserva algo de ella.

Ella enciende su linterna.

Ella se dirige directamente a la puerta de la oficina.

Ella coloca su mano en el asa.

Abierto.

La oficina está vacía.

La ventana... la inspecciona de inmediato; el haz de luz de la lámpara recorre las paredes, las esquinas, la ventana. Las contraventanas están cerradas desde dentro. Nadie ha salido por ahí. La puerta es la única salida.

Alguien pasó junto a ella en el pasillo.

En la oscuridad. En silencio.

Mientras ella estaba de pie a dos metros de distancia, esperando.

Ella no lo vio. Ella no lo oyó. Alguien que se mueve por esta casa con un dominio del silencio y del espacio que supera cualquier cosa que ella hubiera podido imaginar.

Ella mueve la lámpara de un lado a otro de la habitación.

El escritorio. El secante de cuero verde. La estantería. El armario: ha vuelto a su sitio aproximado contra la pared del fondo, no exactamente como antes, desplazado unos centímetros, pero nadie lo sabría sin haber memorizado la posición exacta.

Ella lo sabía. Se lo había memorizado.

El armario fue movido y empujado hacia atrás.

El trastero de la parte trasera ha sido abierto.

Se dirige hacia el armario. Lo mueve de nuevo. Abre la pequeña puerta de la pared. Enciende la luz.

El estante de piedra.

Vacío.

La caja ya no está allí.

Ella permanece inmóvil frente al cobertizo vacío.

Un latido. Dos.

Entonces ella recuerda.

La caja en el armario de su habitación —la caja vacía, la que había vaciado y vuelto a colocar allí como un señuelo, como una trampa que había tendido sin saber si alguien vendría—. Alguien había

venido. Alguien había registrado el armario, abierto la caja y encontrado...

Una caja vacía.

Ella vuelve a subir las escaleras.

Ella abre su armario.

Ella extiende su ropa a un lado.

La caja está ahí, al fondo, en la esquina, donde ella la había puesto. La saca. La abre.

Vacío.

Tal como lo había dejado.

Alguien entró en su habitación mientras ella estaba abajo.

Alguien cogió la caja vacía, la miró, se dio cuenta de que estaba vacía y la volvió a colocar en su sitio.

El contenido —las fotos, el cuaderno, el recorte de periódico— está en su bolso, colocado sobre la silla de oficina, a dos metros de la cama.

A dos metros de distancia.

Ella toma su bolso.

Ella lo abre. Lo revisa. Las fotos, el cuaderno, el recorte. Todo.

Ella respira.

Se sienta en el borde de la cama con la bolsa sobre las rodillas y vuelve a respirar; esas respiraciones largas y controladas que se usan cuando algo casi ha sucedido y se necesita que el cuerpo recupere una temperatura soportable.

Había alguien en su habitación.

Mientras ella estaba abajo.

En la oscuridad. Sin que ella lo oyera.

Ese nivel de maestría —ese dominio del silencio en esta casa— dice mucho. Habla de alguien que creció aquí. Que conoce cada tabla del

suelo, cada paso, cada sombra. Que también aprendió en la infancia a moverse en silencio en un lugar donde el ruido tiene un alto costo.

Ella vuelve a bajar.

Esta vez, sabe que la casa está vacía, sin ninguna presencia activa, al menos por el momento. Quienquiera que estuviera allí ha vuelto arriba o se ha marchado. Tiene unos minutos.

Ella regresa a la oficina.

Esta vez enciende la lámpara de escritorio, no la linterna. La luz amarilla y directa de la lámpara de su padre fallecido ilumina el secante de cuero verde.

Ella mira el escritorio.

Algo ha cambiado.

Le lleva diez segundos identificar qué es.

En el secante, en el centro, colocada allí como una tarjeta de visita o una nota dejada para alguien, una fotografía.

No la había visto antes.

Está segura de que no la dejó allí.

Ella se acerca.

No lo toca de inmediato. Se inclina para mirarlo sin tocarlo, un acto reflejo, como si estuviera preservando la escena de un crimen, como si sus huellas dactilares en ese papel pudieran borrar algo importante.

Una foto.

No tiene el mismo formato que las demás: ni el formato cuadrado de los noventa, ni este papel ligeramente amarillento. Es una foto más reciente, de formato rectangular, impresa en papel común como si alguien hubiera escaneado un original y lo hubiera impreso en una impresora de oficina.

La resolución no es buena. La imagen es oscura, muy oscura, como una foto tomada de noche con una cámara o un teléfono cuyo flash no estaba encendido o fue apagado deliberadamente.

Ella lo toma.

Ella lo acerca a la lámpara.

El sótano de la casa.

Reconoce el lugar: las toscas paredes de piedra, los estantes rústicos, el suelo de tierra en la parte más antigua. La bombilla desnuda en el techo —sin encender en la foto—, la luz proviene de otro lugar, de una fuente fuera del encuadre, quizás una linterna o un farol colocado fuera de plano.

En el centro de la imagen.

Algo en el suelo.

Algo largo. Alargado. Envuelto en lo que parecía una lona: un plástico grueso y oscuro, usado en la construcción para proteger pisos y transportar materiales. Un plástico que puede envolver cosas que no son materiales.

Este plástico que puede envolver a alguien.

La forma que se ve bajo la lona es innegable.

Un cuerpo.

Las piernas en un extremo: los pies, la curva de las rodillas visible bajo el plástico. La cabeza en el otro: esa protuberancia redonda y cerrada.

Un cuerpo envuelto en una lona.

En el sótano de la casa Dubreuil.

Camille coloca la foto sobre el escritorio.

Se sienta en el sillón de su padre fallecido.

Ella mira la foto.

Piensa en Elise a los siete años, de pie frente a la puerta del granero. Llevaban algo. Envuelto en algo. Piensa en el anillo de sello encontrado en la pared: TA, Thomas Avril. Piensa en el suelo del sótano recién reformado, demasiado nuevo, demasiado pulcro. Piensa en el cuaderno: las fechas, los números, las iniciales.

Piensa en Thomas Avril, de dieciséis años, que desapareció el 14 de julio de 1997.

Esta foto.

Esta foto no es de 1997. El formato, la resolución, el tipo de papel... es reciente. Alguien la tomó hace poco. Alguien que sabía lo que había en ese sótano. Alguien que tenía acceso a ese sótano.

Alguien que decidió dejarla aquí esta noche.

Para ella.

Para qué ?

Ella le da vueltas a la pregunta una y otra vez en su mente.

Alguien dejó esa foto en el escritorio de su padre, en la habitación cerrada con llave, tras entrar sigilosamente en una casa donde dormían. Alguien entró en su habitación mientras ella estaba abajo. Ese alguien —la misma persona u otra— cogió la caja metálica vacía y se dio cuenta de que estaba vacía.

Dos posibilidades.

Primera posibilidad: quien dejó la foto quiere que ella lo sepa. Alguien que tiene información pero no puede darla directamente —por miedo o coacción— y está usando este método indirecto. Prueba dejada sin firma.

Segunda posibilidad: es una advertencia. Una demostración de lo que podría sucederle si continúa buscando. Mira lo que hemos hecho. Mira de lo que somos capaces.

Ella no sabe cuál de los dos es el correcto.

Quizás ambas.

Ella le da la vuelta a la foto.

En el reverso, nada. Ni una sola inscripción, ni una sola fecha. Papel de impresora común y corriente, del tipo que se encuentra en cualquier oficina o en cualquier hogar.

Ella lo vuelve a colocar en la posición correcta.

Ella todavía lo está mirando.

La lona. La forma que hay debajo. Este suelo está hecho de tierra apisonada.

Piensa en el sótano, que aún no ha inspeccionado. Había bajado allí la primera vez, después de encontrar la caja; había bajado a mirar, había visto el suelo recién arreglado, había encontrado el anillo de sello. No había mirado más allá porque no había tenido tiempo, porque la casa dormía mal esas noches, porque aún no tenía todas las habitaciones.

Ahora tiene esta foto.

Ahora sabe —o está empezando a saber— lo que busca.

Ella toma la foto.

Ella lo guarda en su bolso con el resto.

Ella apaga la lámpara de escritorio.

Ella sale de la oficina.

Cierra la puerta tras de sí; ya no hace falta cerrarla con llave, la cerradura ya no protege nada, la prueba está ahí.

Ella se detiene en el pasillo.

Ella escucha.

La casa está en silencio.

Un silencio verdadero: ese silencio después de las tres de la mañana que ya no tiene nada de vida, cuando incluso el crujido de las vigas ha cesado, el viento ha amainado y el mundo se reduce a su propio aliento.

Ella mira la escalera.

La puerta de la cocina, en el pasillo. La puerta del sótano.

La bodega, a la entrada del sótano, está en la despensa, detrás de la cocina. Hay una trampilla en el suelo con una argolla de hierro. La vio al llegar, la anotó mentalmente y la incluyó en su lista de lugares para inspeccionar.

Esta noche.

Ella tiene la foto esta noche.

Ella viene esta noche.

La cocina está fría.

Cruza la habitación sin encender la luz del techo, solo con la linterna, ese haz estrecho que no ilumina nada desde fuera. Pasa junto al fregadero, la mesa y la despensa contigua. La puerta de la despensa está cerrada, pero no tiene llave. La abre.

La bodega.

Estanterías. Conservas. El viejo congelador zumbando. Herramientas colgadas en la pared. Y en la esquina derecha, en el suelo, la trampilla.

Ella se acerca.

Se agacha. Mete los dedos por el anillo de hierro. Tira.

La trampilla se resiste; no es un obstáculo, sino el peso de la madera gruesa, la hinchazón de los años. Tira con más fuerza. La trampilla se abre con un golpe sordo, una corriente de aire frío asciende, ese olor a sótano, a tierra y a algo viejo que ha dormido durante mucho tiempo.

Ilumina.

escalones de piedra.

Ella se baja.

El sótano.

Reconoce el lugar: ya había estado allí antes, conoce las estanterías, el suelo dividido en dos partes distintas, la antigua sección de tierra y la zona reformada. Lo reconoce todo.

Excepto por lo que está buscando ahora.

Recorre la habitación con la luz de su lámpara. Metódicamente, de arriba a la izquierda a abajo a la derecha, siguiendo los mismos cuadrantes que usa en sus investigaciones: esta forma de dividir el espacio en zonas para no pasar nada por alto. Camina sobre los

estantes repletos de botellas viejas y tarros de mermelada, y esa acumulación de bodegas familiares que carece de lógica aparente.

Ella pasa por la zona renovada.

Ella está volviendo a ello.

Ella se agacha.

Apoya la mano en el suelo: este suelo de hormigón, más nuevo que el resto, esta superficie lisa y pulcra entre las piedras irregulares del antiguo sótano. Ya lo había tocado antes. Sabe lo que es. Sabe lo que esconde.

Thomas Avril.

Tal vez.

Ella se levanta.

Ella barre la habitación una vez más.

Y en el rincón más alejado, el rincón sombrío que su primer pase había rozado sin detenerse, algo que ahora la lámpara corta con una precisión que le quita el aliento.

Una tela.

Una tela oscura y gruesa, doblada contra la pared.

No.

No está doblado.

Arrollado.

Ella se acerca lentamente.

Ella no corre; sus piernas no corren, sus piernas se mueven a ese ritmo extraño de alguien cuyo cuerpo se niega a ir más rápido porque ir más rápido significaría llegar antes a algo que no estás seguro de querer ver.

Ella acerca la lámpara.

No es una lona.

Es una manta, una vieja manta de lana gris y desgastada, de esas que se encuentran en todas las casas de campo, en baúles y

desvanes. Enrollada contra la pared. No lleva años ahí; el polvo en los estantes es espeso, incrustado, permanente. En esta manta, el polvo es fino. Fresco.

Ella coloca la mano sobre ella.

La portada está en blanco.

Solo una portada.

De todas formas, la desdobla; por reflejo, porque tiene que comprobarlo, porque en esta casa no se deja nada sin revisar. La manta se desdobla y cae a sus pies sobre el suelo del sótano, y no hay nada dentro.

Pero había algo.

La huella en la tela: ese hueco, esa forma creada por algo largo y pesado simplemente por permanecer allí. Algo que se ha movido. Recientemente.

Ella mira la huella.

Ella mira sus manos.

Piensa en la foto que hay sobre el escritorio: la forma que se ve bajo la lona, el suelo de tierra, la luz de una lámpara que no se ve en el encuadre.

Alguien movió algo esta noche.

Antes de que baje las escaleras.

Ella vuelve a subir.

Ella cierra la trampilla.

Ella cruza la cocina en la oscuridad.

Ella vuelve a subir las escaleras.

Ella entra en su habitación.

Ella cierra la puerta.

Se sienta en la cama con la bolsa en el regazo, la linterna encendida y esa imagen en la cabeza: la forma bajo la lona, el sótano, la manta vacía con la huella de algo que estuvo allí y ya no está.

Alguien había estado allí antes que ella.

Alguien sabía que iba a caer.

Alguien había movido las pruebas.

Y esa misma persona había dejado la foto; quería que ella supiera lo que había allí, asegurándose al mismo tiempo de que no encontrara nada más.

Un mensaje.

Sé lo que buscas. Soy más rápido que tú. ¡Cuidado!

O alguna otra cosa.

Antes había algo aquí. Ahora ya no está. Busca en otro sitio.

Permaneció sentada hasta el amanecer.

Ella no vuelve a bajar.

Se aferra a su bolso y espera a que el cielo palidezca tras las contraventanas, a que los pájaros comiencen su canto matutino y a que el mundo real regrese con su luz y geografía habituales.

A las seis de la mañana, el cielo está gris.

Ella saca su teléfono.

Ella mira los mensajes.

Nada nuevo.

Abre su correo electrónico. La dirección externa: ahí están las fotos, el cuaderno fotografiado página por página, el recorte de periódico. Todo. Protegido. Fuera del alcance de esta casa y de quienes viven en ella.

Está pensando en Marion, que está en Lyon.

Piensa en el mensaje que le envió. Si no te devuelvo la llamada antes del viernes.

Es miércoles.

Le quedan dos días.

Dos días para averiguar qué había dentro de esa manta en ese sótano.

Dos días para comprender lo que realmente le decía la foto.

Dos días para descubrir qué hizo la noche del 14 de julio de 1997 y si ese conocimiento la destruirá o la liberará.

Ella se levanta.

Ella se acerca a la ventana.

Ella abre la persiana un centímetro.

El jardín húmedo. El roble. La puerta con su pilar inclinado.

En algún lugar de esta propiedad, Thomas Avril había estado esperando durante treinta años.

Y alguien lo acababa de mover.

14

Lo que vio Elise

La mañana amanece gris y fría.

Camille lleva despierta desde el amanecer; no ha vuelto a dormirse, simplemente se ha quedado sentada en la silla de la oficina viendo amanecer tras las persianas, esa transición del negro al gris que en realidad no trae luz, solo suaviza la oscuridad. Se bebió el último sorbo de su botella de agua. Releyó las fotos de su teléfono: la barandilla, la cámara, la foto del sótano, aquella manta vacía con su huella dactilar.

Ella no durmió.

Ella no lo intentó.

A las siete y media, oyó los primeros ruidos en la casa.

Primero, Hélène: ese paso firme, esa forma de bajar las escaleras con el mismo ritmo de siempre, ni más rápido ni más lento de lo habitual. Como si esa noche hubiera sido una noche cualquiera. Como si nadie se hubiera movido en esa casa después de medianoche. Como si una manta en el sótano no hubiera perdido su forma.

Camille espera a que la cafetera empiece a hacer ruido.

Luego sale de su habitación.

Va a llamar a la puerta de Elise.

Esta mañana, Elise abre antes que otros días.

Como si estuviera esperando.

Está vestida, no en pijama, sino con ropa formal: vaqueros y un jersey negro. El pelo recogido con el mínimo cuidado de quien decide prepararse para algo sin saber qué. Tiene ojeras, pero la mirada es clara. Esos ojos gris verdosos tienen algo que Camille no

había visto antes: una frágil determinación, como una llama en una corriente de aire, que puede extinguirse si te acercas demasiado rápido.

"No dormiste."dijo Elise.

"No."

"Yo tampoco."

Se miran el uno al otro.

"¿Puedo pasar?"dijo Camille.

Elise se aleja de la puerta.

La habitación sigue igual que antes: esa desoladora soledad, esos pocos libros, el chal sobre la silla. Pero algo ha cambiado desde la última vez que Camille entró. Algo evocador, imperceptible. Como si Elise hubiera tomado una decisión durante la noche, y esa decisión hubiera alterado ligeramente su forma de ocupar el espacio.

Camille se sienta en la silla.

Elise se sienta al borde de la cama; esta vez no con las rodillas flexionadas, no en esa postura retraída. Pies en el suelo, manos planas sobre los muslos. Una postura de esfuerzo. De alguien que se obliga a no retraerse.

No dicen nada durante un rato.

Este silencio es distinto a los silencios habituales de esta casa; no es un silencio de ocultamiento ni de táctica. Es el silencio de dos personas que están cobrando impulso.

"Algo sucedió anoche",dijo Camille.

Eso no es una pregunta.

Elise asiente. Imperceptiblemente.

"Lo oíste."

"Puedo oír todo en esta casa",—dijo Elise. Su voz era baja y firme—. Siempre lo he sido. He aprendido a oírlo todo.

"¿Quién estaba en la oficina?"

Silencio.

"Elise."

"No sé.Baja la mirada hacia sus manos. «Oí pasos. Vi luz debajo de mi puerta, desde el pasillo; el reflejo de algo que estaba abajo. Y luego, nada».

"¿Y en mi habitación?"

Elise levanta la vista.

"Alguien entró en mi habitación anoche",Camille dijo: "Mientras estaba abajo".

Las manos de Elise se apretaron ligeramente sobre sus muslos.

"Nunca duermo de verdad",—Lo oí pasar por delante de mi puerta — dijo ella.

"OMS ?"

Esta palabra colocada allí, suavemente, sin violencia, solo esta palabra escrita con un solo signo que contiene la pregunta central de todo.

Elise mira sus manos.

Ella no responde a eso.

Aún no.

Camille cambia de perspectiva.

Saca la foto del sótano de su bolso. La coloca extendida sobre la cama entre ellos, a la vista de ambos. No dice nada. Deja que la foto exista en el espacio que los separa y espera a ver qué sucede.

Elise la mira.

Su expresión no cambia de inmediato. Mira la foto como quien mira algo que reconoce sin querer reconocerlo: ese instante de negación antes de que el reconocimiento se vuelva inevitable.

Entonces algo cede en su rostro.

No es un derrumbe. Es una grieta. Exactamente eso: una grieta en la fachada, una línea de fractura que recorre la superficie sin que

todo se derrumbe. Sus párpados parpadean una, dos veces. Sus labios se mueven sin emitir sonido.

"¿Dónde encontraste eso?"murmura ella.

"Alguien lo dejó en la oficina anoche."

Elise no dijo nada.

"Había algo en el sótano. Ya no está. Alguien movió algo anoche, Elise. Antes de que yo fuera a comprobarlo."

Las manos de Elise tiemblan ligeramente ahora.

Las voltea, con las palmas hacia arriba, un gesto involuntario de ofrenda. Y en la parte interior de sus muñecas, las marcas. Los arañazos que Camille había visto en la cena aquella primera noche, debajo de la mesa. Siguen ahí, curados en la superficie, rosados, y a su alrededor algo nuevo. Rastros más recientes. Quizás de anoche.

"Elise."

"Lo sé."Dos palabras. Platos. "Sé que lo viste."

"Enséñame tus brazos."

"No."

"Elise—"

"No."Se baja las mangas. "Ese no es el punto."

Camille quiere insistir. Pero no lo hace. No es el momento de forzar las cosas; eso significaría perder a Élise, hacerla callar, mandarla de vuelta a su habitación con sus mangas largas y su silencio. Hay un orden en el que deben decirse las cosas.

"Entonces dime qué quieres decirme",—dijo Camille con suavidad—. A tu propio ritmo.

Elise mira la foto un rato más.

Luego, ella vuelve la cara hacia abajo, sobre la colcha. Como si no verla le facilitara hablar.

Ella toma aire.

"Yo tenía siete años",dijo ella.

Su voz había cambiado; había algo más tenue en ella, algo anclado en el pasado, como si alguien hablara desde un lugar lejano.

"Era verano. Me levanté porque tenía sed. No encendí la luz del pasillo; tenía miedo de despertar a papá."Una pausa. "A papá no le gustaba que nos quedáramos fuera hasta tarde".

Camille no dijo nada.

"Oía voces afuera. Voces de chicos. Miré por la ventana de mi habitación; desde mi ventana se veía el patio, ¿recuerdas?"

"Sí."

"Había una luz encendida en el granero. La puerta estaba abierta. Y allí estaba Julien con otros dos chicos."Ella se detiene. "Llevaban algo".

"Algo."

"Alguien."La palabra salió muy pequeña. Como si pronunciarla en voz alta requiriera algún esfuerzo físico. «Alguien envuelto en algo. Lo llevaban hacia abajo. Hacia la puerta del sótano».

Camille mira a su hermana.

Elise tiene los ojos cerrados.

"No se movió."—dijo ella—. La que llevaban consigo. No se movía.

Siguió el silencio.

Camille lo deja existir. No lo llena, no lo llena con preguntas, respuestas ni reacciones. Ese silencio pertenece a Elise; es el silencio de treinta años de algo no dicho que acaba de ser dicho por primera vez.

Al cabo de un rato, Elise vuelve a abrir los ojos.

"Pensé que era un juego",dijo ella.

Su voz ahora es más seca. Más áspera. La sequedad de alguien que está midiendo la mentira que se ha contado a sí mismo.

"Tenías siete años",dijo Camille.

"Tenía siete años, eran las dos de la madrugada y tres chicos llevaban a alguien que no se movía."Ella niega con la cabeza. "No creía que fuera un juego. Quería creer que era un juego. No es lo mismo."

"No,"—dijo Camille—. No es lo mismo.

"Volví a mi habitación. Me tapé con las mantas. Y a la mañana siguiente, cuando me levanté, el granero estaba cerrado, ya no había nadie, brillaba el sol y mamá estaba preparando el desayuno."

Ella se detiene.

"Y mamá me miró así. Ya sabes cómo se pone cuando sabe algo sobre ti."

"Lo sé."

"Me llamó a su despacho. A solas. Julien no estaba allí. Tú tampoco."Elise apoya las manos sobre la colcha, a ambos lados de la fotografía invertida. «Me dijo que lo que había visto no existía. Que había tenido una pesadilla. Que las niñas que no distinguen entre sueños y realidad necesitan ayuda».

"¿Y si hablara de ello?"—dijo Elise. Su voz ya no temblaba; la pronunció con la seriedad de quien recita algo profundamente arraigado, algo cuyas palabras estaban desgastadas de tanto repetirlas en el silencio de su cabeza—. Mamá me dijo que si se lo contaba a alguien, me internarían en un hospital. Porque las niñas pequeñas que ven cosas que no existen necesitan atención médica.

"Tenías siete años",dijo Camille.

"Lo sé."

"Lo que te hizo..."

"Tengo treinta y siete."Elise la mira. Esos ojos gris verdosos que no ceden, que no piden lástima. "Y sigo creyendo."

Esas cuatro palabras en la habitación fría.

Sigo creyendo en ello.

No, no lo creí a los siete años. No, no tenía miedo entonces. Treinta años después, la amenaza persiste. El mecanismo sigue intacto. Su madre había construido algo en la mente de una niña de siete años con una precisión y economía nauseabundas: tres frases, una amenaza y treinta años de obediencia.

Camille está pensando en tomar medicamentos.

Está pensando en la merienda.

Piensa en lo que Leroux había dicho antes de su colapso: «Tu madre solía poner eso en el té». Piensa en Elise, quien desde 1998 ingiere a diario una sustancia que difumina los límites, que suaviza los contornos, que dificulta comprender y retener los recuerdos.

Su madre no necesitaba solo una amenaza verbal.

Se había sometido a una operación de refuerzo.

"Los otros dos,"Camille dijo: "Los que estaban con Julien. ¿Los reconociste?"

Elise niega con la cabeza.

"La noche. La distancia. Estaba mirando por la ventana de mi primer piso."

"Pero tienes alguna idea."

"Julien tenía amigos por aquel entonces. Chicos del pueblo. Siempre había dos o tres por aquí en verano."Hace una pausa. "Había uno en particular. Un hombre alto, de cabello oscuro. Que venía a menudo."

Thomas Avril.

Camille no dice el nombre. Todavía no. Ella lo sabe.

"Y los otros dos que iban cargados."

"No reconocí las caras. Pero a Julien, sí."

"¿Está seguro?"

"Él es mi hermano",dijo Elise. Sencillamente. "Lo reconocería en cualquier parte."

Camille se levanta.

No puede quedarse sentada; algo en su cuerpo necesita movimiento, espacio entre las palabras para que no la abrumen. Da dos pasos hacia la ventana. El jardín. El roble. El cielo gris.

Piensa en Thomas Avril de pie en ese jardín con su sonrisa ladeada.

Piensa en él, que no se movió cuando la llevaban en brazos.

"Elise,"—dijo sin darse la vuelta—. Aquella noche del 14 de julio de 1997. ¿Recuerdas si yo estaba allí?

Silencio.

"Sí,"dijo Elise.

"¿Yo estaba en el granero?"

"Estabas... no sé. Te vi después. Por la noche. En el pasillo."

Camille se da la vuelta.

"En el pasillo."

"Regresaste a tu habitación. Parecías... no estabas bien."

"¿Me hablaste?"

"No. No me viste. O fingiste no verme."Elise mira sus manos. "Estabas llorando."

Estaba llorando.

Camille recuerda esa palabra. Esa imagen de sí misma a los quince años, en el pasillo de esa casa, una noche de julio, regresando de algún lugar, llorando. Llorando y sin ver a su hermana pequeña parada en el umbral de una puerta.

Ella está buscando ese recuerdo.

La pared negra. La superficie lisa. Nada.

Pero había algo más; no un recuerdo, sino una sensación. Una opresión en la garganta, precisa y localizada, como la resonancia física de algo que existió y cuya huella el cuerpo conserva incluso cuando la mente ha decidido olvidar.

Estaba llorando.

Tenía quince años, había visto algo y estaba llorando en el pasillo, y entonces la ayudaron a no recordarlo más.

"Elise,"Camille dijo: "Sabes lo que vi".

Elise no responde de inmediato.

"Supongo,"dijo finalmente.

"Dime."

"No lo sé con exactitud."Ella levanta la vista. "Pero estabas afuera esa noche. Estabas con ellos al principio de la noche. Y después... estabas llorando."

"Con ellos.""

"Con Julien y sus amigos. Estabas en el jardín. Había música. Vino. Podía oírlo desde mi ventana."

Vino.

Leroux había dicho... no, Leroux no había dicho nada sobre eso. Es otra cosa lo que vuelve. Un fragmento de algo. Vino demasiado pronto, demasiado joven, alguien sirviéndolo en una copa y diciendo, vamos, es verano, y ella bebiendo porque es verano y tiene quince años y su hermano y sus amigos la han incluido en su círculo de veladas y le reconforta el pecho ser incluida.

Este fragmento.

Ella no sabe si es un recuerdo o una reconstrucción.

"Elise."

Su hermana la está observando.

"Lo lamento."

Elise lo examina, con esa peculiar manera de examinar a la gente, de indagar más allá de las palabras para comprobar si son ciertas. Observa detenidamente el rostro de Camille.

"Para qué ?"dijo finalmente.

"Por haberte dejado. Por haberte dejado allí. Durante diez años estuviste sola en esa casa con ellos."

Elise no dijo nada por un momento.

"No lo sabías",dijo ella.

"Debería haberme quedado."

"No."Su voz es firme, más firme que cualquier otra cosa que haya dicho desde el comienzo de esta conversación. «Si te hubieras quedado, serías como yo». Mira sus muñecas cubiertas. «No debiste haberte quedado».

Esas palabras —no debiste quedarte— dicen lo mismo que no debiste venir aquella primera noche, pero de otra manera. No es una advertencia. Es una protección. Elise, que, después de todo, sigue intentando proteger a alguien.

Camille volvió a sentarse en la silla.

Ella toma la mano de Elise.

Elise la deja hacerlo, sin retraerse, sin rigidez. Solo dos manos entrelazadas, dos hermanas en una habitación fría y treinta años de distancia que se desvanecen por unos segundos.

La puerta se abre.

Sin golpe. Sin advertencia.

La puerta se abre simplemente, como una puerta que uno tiene derecho a abrir porque está en casa y las puertas no necesitan permiso.

Helena.

Está de pie en el umbral. Vestido negro —siempre el vestido negro, esa prenda de luto convertida en uniforme, convertida en armadura. El cabello recogido. Las manos entrelazadas frente a ella, en su postura habitual.

Ella los mira.

Camille tomando la mano de Elise.

La fotografía estaba boca abajo sobre la colcha que había entre ellos.

Ella lo escuchó todo.

¿Cuánto tiempo llevaba allí, al otro lado de esa puerta? La casa que no hacía ruido bajo sus pies. La puerta que no crujía. La costumbre de su madre de estar presente sin avisar: una costumbre, o más bien un hábito, adquirido tras décadas de observación.

Todo.

Ella lo escuchó todo.

Camille está esperando.

Espera palabras, una reacción, una defensa, un ataque. Espera algo, algo que corresponda a este momento, a lo que su madre acaba de oír, a la gravedad de lo que se acaba de decir en esta habitación.

Helen la mira.

Su rostro está completamente inmóvil.

Esos ojos azules apagados, casi blancos, que no dan nada, que nunca han dado nada, que han mirado a los muertos, a las mentiras y a las tazas de té envenenadas con la misma expresión que ahora.

Ella no dice que no sea cierto.

Ella no dice que estés equivocado.

Ella no dice ¿cómo te atreves?

Ella no dijo nada.

Este silencio.

El silencio de Helen, que lo ha oído todo y no ha dicho nada, es más terrible que cualquier negación, cualquier ira, cualquier mentira. Porque el silencio lo dice todo. El silencio dice sí, y lo sé, y siempre lo he sabido, y no cambia nada, todo en un mismo suspiro, sin una palabra.

Elise soltó la mano de Camille.

Elise se encogió ligeramente; ese movimiento involuntario, ese reflejo animal que la hace encogerse cuando un depredador entra en escena. Treinta años de condicionamiento que Camille no puede deshacer en una mañana.

"Mamá,"dijo Camille.

Su propia voz en esta habitación, firme, la sorprende. Firme, tranquila y presente.

Helen la mira.

Ella no responde.

Ella hace un solo gesto.

Ella cierra la puerta.

Desde fuera.

Sin ruido.

Siguió el silencio.

Los ojos de Elise están fijos en la puerta cerrada. No se mueve. No habla. Tiene esa mirada, esa mirada terrible y envejecida de alguien para quien la confirmación de algo ya conocido sigue siendo un shock. Como si una parte de ella siempre hubiera esperado estar equivocada, como si siempre hubiera guardado un rincón de duda donde albergar la esperanza de que su madre fuera algo distinto de lo que parecía.

La puerta cerrada acabó con este rincón.

"Elise,"dijo Camille.

Su hermana lentamente vuelve la mirada hacia ella.

En esos ojos gris verdosos, algo que se ha apagado. Algo que aún conservaba una tenue luz esta mañana cuando abrió la puerta más rápido de lo habitual, con su frágil resolución como una llama en una corriente de aire. Esa luz.

Apagado.

"Ella sabe que tú lo sabes",dijo Elise. Su voz era monótona. Vacía. La voz de alguien que acababa de darse cuenta de algo irrevocable. "Va a actuar."

"No si actúo con antelación."

"No puedes ir más rápido que ella."

"Puedo intentarlo."

Elise la mira.

"No la conoces."—dijo ella—. Crees que la conoces, pero no es así. Tú pasaste diez años fuera de aquí. Yo me quedé.

Un rato.

"La conozco."

15

El sótano

Está esperando el almuerzo.

Espera hasta que Hélène esté en la cocina, Julien en la sala con su teléfono y Élise en su habitación. Espera hasta que la casa esté en su configuración más predecible: cada uno en su sitio, ocupado con sus tareas habituales y con pocas probabilidades de cambiar de habitación sin motivo.

Ella espera y se prepara.

En su habitación, vacía su bolso de todo aquello que no sea esencial.

Ella guarda las fotos. El cuaderno. El recorte de periódico. La foto del sótano. La hoja de notas doblada. Su teléfono con todo guardado.

Se pone unos guantes —unos finos de látex que compró en Périgueux anteayer, supuestamente para lavar platos, pero en realidad para esto—. Para no dejar huellas dactilares en nada de lo que toque. Para no contaminar nada de lo que encuentre, si es que encuentra algo.

Ella añade su linterna.

Añade un cuchillo de cocina, el pequeño de hoja corta que había sacado del cajón de la cocina dos días antes y metido en su neceser. No para defenderse. Para raspar. Para registrar. Para abrir a la fuerza si fuera necesario.

Ella observa los objetos colocados sobre la cama.

Una mujer baja al sótano con guantes de látex y un cuchillo. Reflexiona sobre lo que eso revela acerca de dónde está, sobre adónde la ha llevado esta casa en siete días.

Ella guarda todo en sus bolsillos.

A la 1:15 de la tarde, asomó la cabeza en la cocina.

"Voy a subir a descansar",le dijo a Hélène.

Su madre está de pie frente a sus ollas y sartenes. No se da la vuelta.

"BIEN,"dijo ella.

Este «bien» —idéntico a todos los «bien» que Hélène ha pronunciado desde la llegada de Camille—, esta sílaba neutra y cerrada. Desde esta mañana, desde la habitación de Elise, desde que se cerró la puerta, hay algo diferente en este «bien». No en la entonación —la entonación es la misma—. En lo que se esconde tras ella.

Se ha tomado una decisión.

Camille lo sabe. Aún no sabe qué decisión tomar.

Ella vuelve a subir las escaleras.

Ella espera diez minutos en su habitación.

Baja por la escalera de servicio, esa pequeña y empinada escalera al fondo de la casa, la que usaban los sirvientes y que sus padres nunca usaron, aquella cuyo crujido nadie se molesta en comprobar porque nadie recuerda que existe. Ella la conoce. Solía jugar allí de niña, en ese espacio estrecho y vagamente prohibido.

Baja las escaleras. Cruza el pasillo de servicio. Entra en el sótano.

La trampilla.

Se agacha. El anillo de hierro, frío bajo sus dedos incluso a través de los guantes. Tira. La trampilla se abre con ese mismo sonido sordo y compacto, esa resistencia de la madera cediendo, esa corriente de aire frío y pesado ascendiendo.

Ilumina.

Los escalones de piedra.

Ella se baja.

El sótano.

Ya ha estado aquí dos veces. Conoce la distribución general: el pasillo bajo que lleva al espacio principal, las paredes de piedra

tosca, las estanterías abarrotadas. Conoce la bombilla desnuda que cuelga del techo y que no enciende; si alguien mirara por la trampilla, vería la luz filtrándose por las rendijas. Conoce el olor: ese olor a sótano antiguo, a piedra húmeda, tierra y madera vieja, y algo más profundo, algo que pertenece a la roca misma.

Lo que aún desconoce son los detalles.

Esta noche tiene tiempo.

Comienza por el perímetro.

Método —se repetía a sí misma mientras preparaba su equipo—. No vayas directamente a lo que buscas. Empieza por lo que no buscas, comprende bien la zona antes de centrarte en ella. Los investigadores lo saben, ella lo aprendió durante sus años de trabajo: los profesionales que buscan algo y solo encuentran eso, pasan por alto lo que no habían previsto.

Ella corre a lo largo de la pared izquierda.

Los estantes. Vino viejo: botellas apiladas horizontalmente en estantes de madera, algunas con etiquetas tan amarillentas que las añadas son ilegibles. Tarros. Latas de metal oxidadas. Décadas acumuladas en un espacio que lo absorbe todo y no devuelve nada.

Ella continúa.

La pared del fondo.

Aquí ya no hay estanterías; esta vez están repletas de herramientas. Paletas, picos, un viejo martillo. Rollos de cable eléctrico. Cajas de tornillos, clavos y tacos. Un banco de trabajo rústico con una sierra de mano colgada en la pared.

Las herramientas de una casa.

Las herramientas de alguien que cava, construye, reconstruye y sella.

Ella da toda la vuelta.

Luego regresa a la zona que le interesa.

La zona trasera, contra la pared derecha, esa parte del sótano que había identificado en sus visitas anteriores. El suelo constaba de dos capas distintas. La más antigua: tierra apisonada, compactada por los años, con esas pequeñas piedrecitas blancas que a veces afloran en los suelos sin revestimiento de las antiguas bodegas del Périgord. Gris. Irregular. Casi viva, con sus variaciones de textura y color.

Y la otra parte.

Ella se arrodilla allí.

Con guantes puestos, coloca ambas palmas planas sobre la superficie.

El hormigón es diferente.

Lo supo desde la primera vez que lo tocó, pero esta noche se tomará el tiempo para analizarlo detenidamente, para descifrar lo que revela. Es liso, a diferencia del resto del sótano. Fue vertido con esmero; no se trata del hormigón chapucero de un aficionado, ni de las burbujas e irregularidades de un trabajo apresurado. Hormigón preparado correctamente, mezclado con precisión, vertido y alisado con cuidado.

Alguien que supiera lo que estaba haciendo.

O alguien que necesitaba que se hiciera correctamente.

Ella mide el área a ojo. Dos metros por un metro y medio, tal vez. No más. Un rectángulo alargado, aproximadamente. La superficie de una cama. La superficie de cualquier cosa que pongas en una cama.

Ella saca el cuchillo.

Rasca el borde, donde el hormigón se une a la tierra compactada, esa junta, esa cicatriz en el suelo. El hormigón está duro. Ha tenido tiempo de secarse, de cristalizarse, al menos varios años. Pero la junta cuenta una historia. La tierra alrededor de esta zona está compactada de forma diferente, como si algo debajo se hubiera hundido ligeramente con el tiempo, como si el equilibrio subterráneo se hubiera alterado y nunca se hubiera restablecido por completo.

Ella se levanta.

Vuelve a iluminar la zona con su linterna; esta vez no el suelo, sino las paredes. Las paredes que rodean esta zona han sido reconstruidas.

Los muros eran de piedra tosca.

Ella los observa con la atención de alguien que busca algo que no debería estar allí.

Las piedras son enormes: bloques de piedra caliza, típicos de la región del Périgord, colocados a la antigua usanza, sin juntas de cemento, solo con la fuerza de su propio peso y un poco de mortero entre las capas. Piedras que no se han movido desde que se construyó la casa. Piedras que han sido testigos de generaciones.

Piedras que protegen.

Comienza a la izquierda de la zona reasfaltada.

Pasa lentamente su lámpara, a corta distancia, sobre cada hilera de piedras. Busca anomalías: una piedra más clara que las demás, una junta restaurada, una superficie que refleja la luz de forma diferente.

No encuentra nada en la pared izquierda.

Ella se mueve hacia la pared del fondo.

Nada.

Ella regresa hacia la pared derecha.

Está ahí.

A mitad de la pared derecha, en la hilera de piedras a la altura de la rodilla, hay una piedra ligeramente diferente a las demás. No es obvio. No es de un color o tamaño distinto. Es el mortero que la rodea lo que cuenta una historia. El mortero es más reciente. No muy reciente, tiene varios años; el color ha tenido tiempo de mezclarse con el resto. Pero es lo suficientemente diferente como para que alguien que se fije bien, que observe con atención, note la diferencia.

Ella acerca la lámpara.

Ella pasa el dedo por la articulación.

Más seco. Más liso. El mortero de la casa antigua tiene una textura diferente: más porosa, más granulada, con una forma de absorber la luz rasante. Este la refleja de otra manera.

Alguien se ha unido a esta piedra.

En retrospectiva.

Ella saca el cuchillo.

Introduce la hoja en la articulación, no para forzar la piedra, sino simplemente para comprobar su grosor, para sentir lo que hay detrás. La hoja entra con facilidad. Demasiado fácilmente.

Está tanteando el terreno.

El mortero, detrás de la capa superficial, no es profundo. Sintió que la hoja chocaba con algo a dos centímetros de distancia; no era la roca madre, sino algo diferente, más duro por un lado y más blando por el otro.

Una cavidad.

Ella trabaja despacio.

Raspa la superficie del mortero poco a poco, sin forzarlo, con calma. El mortero se desprende en pequeños trozos que caen al suelo del sótano con un leve murmullo. Trabaja alrededor de todo el perímetro de la piedra: arriba, abajo y los lados. La junta se va aflojando gradualmente.

Diez minutos.

Quince.

No oye nada desde arriba. La trampilla está cerrada. La casa de arriba emite sus ruidos habituales: los pasos de Hélène en la cocina, amortiguados por el suelo y el techo de la despensa. Nada alarmante. Nada que indique que alguien esté intentando bajar.

Ella continúa.

La piedra se está moviendo.

Apenas un milímetro, lo justo para confirmar que puede moverse. Ya no está unida a las piedras circundantes; descansa sobre las demás

por su propio peso y ya no por el mortero que la sujetaba.

Camille desliza los dedos por detrás del borde superior.

Ella dispara.

La piedra pesa, tal vez veinte o treinta kilos. La acerca, inclinándola ligeramente y haciéndola pivotar sobre su borde inferior. Es pesada. Camille la sujeta. La piedra se inclina hacia ella y la coloca a sus pies con delicadeza, con mucho cuidado, para que el ruido no se propague.

La cavidad detrás.

Ilumina.

Un espacio vacío entre dos caras de la pared: esas casas antiguas con sus paredes dobles, esos espacios huecos que no tienen una función específica, que existen porque así fueron construidas.

En este espacio.

Algo.

Ella mueve la lámpara hacia adelante.

No mucho; eso es lo primero que le llama la atención, el pequeño tamaño de lo que ve. No es un objeto voluminoso. No es algo oculto por su masa o tamaño. Algo pequeño. Definido.

Un objeto.

Se coloca allí, en la cavidad, sobre el sello inferior.

Ella introduce su mano enguantada.

Ella lo toma.

Un anillo de sello.

La coloca en la palma de su mano enguantada. La acerca a la lámpara.

Metal amarillo: oro o metal dorado, difícil de distinguir con esta luz. Un anillo grueso, del diámetro de uno de adolescente o de un hombre con dedos delgados. Ella le da la vuelta.

El exterior es liso, ligeramente opaco por el paso del tiempo y la humedad de la bodega.

Ella le da otra vuelta.

La parte interior: el lado que toca la piel al usarla.

Iniciales grabadas.

Dos letras.

SU

Thomas Avril.

Ella cierra la mano sobre el anillo de sello.

Cierra la mano y cierra los ojos y se queda allí, agachada frente a la pared abierta de un sótano que huele a piedra mojada y a tiempo, e intenta respirar.

SU

Thomas Avril tenía un anillo de sello.

Thomas Avril tenía dieciséis años y llevaba un anillo de sello con sus iniciales; ese tipo de joya que se les regala a los chicos a ciertas edades, para la comunión, el cumpleaños o para conmemorar un hito importante. Alguien había querido tanto a este chico que le había regalado un anillo de sello con sus iniciales.

Y alguien había sellado ese anillo de sello en la pared de un sótano.

Con él no.

Aparte.

¿Por qué por separado?

Ella piensa.

Sus manos no tiemblan. No permite que tiemblen; esta disciplina se ha impuesto desde el principio: aguantar, aguantar, no soltar hasta terminar. Después, tal vez. Después, cuando todo esto haya salido de esta casa y esté en manos que puedan hacer algo.

¿Por qué el anillo de sello por separado?

No con él, no en el hormigón vertido, no en esta tumba improvisada. En otro lugar. En la pared. Como alguien que hubiera guardado algo.

Un recuerdo.

Un trofeo.

O bien, evidencia preservada deliberadamente: algo que alguien colocó allí sabiendo que, si las cosas salían mal, si un investigador persistente llegaba a excavar, lo encontraría. Una vía de escape. Una póliza de seguro.

O algo completamente distinto: alguien que no pudo deshacerse del objeto. Que no pudo romper ese último vínculo con Thomas Avril. Que lo puso allí porque una cosa era colocarlo en concreto con él, y otra muy distinta ponerlo en la pared.

Ella no sabe quién.

Ella no sabe por qué.

Pero ella sostiene el anillo de sello.

Ella se lo guarda en el bolsillo.

Vuelve a colocar la piedra en su sitio con el mismo cuidado con el que la quitó, girándola sobre su borde inferior y guiándola de nuevo a su lugar. No repone el mortero; no tiene, y además, ya no importa. Si alguien viene a comprobarlo después de que ella haya estado allí y encuentra la cavidad vacía, es problema suyo, no de ella.

Lo que había allí, ella lo tiene.

Recoge los restos de mortero del suelo, como mejor puede, con las manos, empujándolos hacia las grietas de la arcilla. No es perfecto. Aceptable.

Ella se levanta.

Recorre una vez más el sótano con su lámpara, despacio, metódicamente, para asegurarse de no haber dejado nada a la vista, nada que delate su presencia.

La portada.

La manta que había encontrado vacía en un rincón la noche anterior, con la marca de algo que se había movido. Alguien más la había movido, antes que ella. Alguien había movido lo que fuera que había allí.

Esta persona podría haber tomado otra cosa.

O trasladaron a Thomas Avril a otro lugar.

El hormigón, sin embargo, está intacto.

Se arrodilla una vez más sobre la zona reparada. Ilumina toda la superficie con la lámpara en un ángulo bajo. No hay grietas. No hay marcas de herramientas. El hormigón está intacto.

Así que la portada contenía algo más.

En algún momento, alguien que no era Thomas Avril bajó a ese sótano y alguien lo recuperó.

Recientemente.

Ella vuelve a subir.

Los escalones de piedra, uno a uno. Cierra la trampilla tras de sí. Se quita los guantes y se los guarda en el bolsillo. Cruza el sótano, el pasillo de servicio. Vuelve a subir por la escalera de servicio.

En su habitación, saca el anillo de sello.

Ella lo coloca sobre el escritorio, debajo de la lámpara.

SU

La mira fijamente durante un largo rato.

Aquello que alguien había tocado. Que Thomas Avril había llevado puesto. Que sus padres tal vez habían elegido para él, en una joyería de Sarlat o Périgueux, un sábado de primavera, pensando en el niño en que se convertiría.

Un niño que no había crecido.

Un chico de dieciséis años en un sótano.

Ella saca su teléfono.

Ella toma una foto del anillo de sello en su palma. La envía a la dirección de correo electrónico externa. También le envía un mensaje a Marion: Viernes. Te llamaré el viernes. Guarda todo.

Ella deja el anillo de sello sobre la mesa.

Piensa en Hélène parada frente a la puerta cerrada esta mañana. Piensa en lo que Élise le había dicho: que iba a actuar. Piensa en el notario, en la llave del depósito, en la casa vendida antes de que su padre falleciera.

Ella está pensando en dos días.

Le quedan dos días antes de que Marion empiece a tomar medidas por su parte.

Dos días para construir algo bastante sólido.

No es una historia.

Evidencia.

Ella toma el anillo de sello.

Ella no lo vuelve a guardar en su bolsillo.

Lo sostiene en su mano cerrada: ese calor del metal que adquiere la temperatura del cuerpo, que deja de ser algo muerto para convertirse en algo casi vivo en la palma.

Está pensando en Thomas Avril.

Ella le dijo —no en voz alta, pero se lo dijo— que lo había encontrado.

Alguien lo encontró.

Aún no ha terminado, pero ya ha comenzado.

Y esa TA grabada en metal amarillo no es el final de un chico de dieciséis años.

Este es el comienzo de algo que debería haber empezado treinta años antes.

16

La segunda muerte

A la mañana siguiente, Camille se marchó temprano.

Las seis y cuarenta. Aún no amanece del todo: esa penumbra del amanecer, esa luz vacilante que no pertenece ni a la noche ni al día, esa hora de transición que noviembre vuelve particularmente fría y a la vez particularmente honesta. Dejó una nota en la mesa de la cocina: «Salida, vuelvo para almorzar», porque una palabra explica sin dar explicaciones, porque una ausencia sin palabras plantearía preguntas que no quiere formular.

Ella toma el camino hacia Périgueux.

Lleva el anillo de sello en el bolsillo.

Ella lleva el cuaderno en su bolso.

Tiene dos días de nacida.

Los archivos del departamento abren a las ocho y media.

Llega a las 8:20. Espera en su coche en el aparcamiento, con el café en un termo que preparó antes de salir; el único gesto de previsión doméstica que ha tenido esta semana, ese café hecho a las 6:00 en el silencio de la cocina dormida. Lo bebe despacio. Observa cómo el aparcamiento se va llenando poco a poco con los coches de los funcionarios y los investigadores que llegan esta mañana.

Ella piensa.

Piensa en el anillo de sello y en lo que dice.

Thomas Avril murió en esta propiedad en julio de 1997. Su cuerpo está en el sótano; ella ya no tiene dudas al respecto; el hormigón vertido habla por sí solo. Julien estaba allí. Otras dos personas estaban allí. Elise lo vio. Camille vio algo más que aún no logra comprender.

Esa noche llamaron a Leroux.

Había notado el fallecimiento, pero no lo denunció.

Hélène había orquestado el silencio.

Edward lo había permitido y había guardado un cuaderno para anotarlo.

Eso es lo que ella sabe.

Esto fue lo que sucedió en 1997.

Pero la pregunta que la mantuvo despierta anoche —la pregunta que la hizo volver a los archivos esta mañana— es otra.

Un secreto compartido entre varias personas no permanece secreto indefinidamente.

Alguien siempre termina derrumbándose. Hablando. Acudiendo a un periodista, a un abogado, a un sacerdote.

¿Había hablado alguien?

¿Y qué le había sucedido a esa persona?

Pasa tres horas en el archivo.

Retoma su trabajo donde lo dejó: los periódicos locales en microfichas, los años posteriores a 1997. Busca lo que vino después, lo que continuó, los nombres que giran en torno a la desaparición de Thomas Avril en las columnas del periódico local.

En los dos años siguientes no encuentra nada.

Se ensancha.

2005

Pasa las páginas con la regularidad de una máquina, con la paciencia de quien sabe que busca algo sin saber exactamente qué es. Las noticias locales desfilan ante sus ojos: accidentes de tráfico, fiestas patronales, elecciones municipales, nacimientos y bodas, y defunciones en las secciones inferiores de cada página.

Finalizó en septiembre de 2007.

Una mujer fue hallada ahogada en el río Dordogne.

El Dordogne. El río que da nombre al departamento, que fluye a menos de cinco kilómetros de Saint-Cyprien. Dice así:

El cuerpo de Mireille Castel, de 38 años y residente de Sarlat-la-Canéda, fue hallado el lunes por la mañana por pescadores en el río Dordoña, cerca del Moulin de la Roque. Las circunstancias de su muerte aún se desconocen. La gendarmería de Sarlat ha abierto una investigación preliminar. Según las primeras pesquisas, la víctima podría haber resbalado de la orilla del río durante un paseo nocturno. Su familia está desconcertada por su presencia en ese lugar a esa hora.

Ella fotografía el artículo.

Ella está buscando la secuela.

Dos artículos en octubre de 2007.

El primer informe confirma el cierre de la investigación: accidente, según la gendarmería. Ahogamiento accidental. La víctima tenía un nivel de alcohol en sangre ligeramente elevado. La orilla del río estaba resbaladiza. Las condiciones nocturnas hacían que el paseo fuera peligroso.

Ella toma fotografías.

Ella está buscando el segundo artículo.

Es breve, casi una nota al pie. Aparece en las noticias locales, al pie de la página. Unas pocas líneas sobre la vida de la víctima. Mireille Castel había trabajado durante varios años como ama de llaves para diversas familias de la región. Era conocida en los círculos domésticos de Sarlat por su fiabilidad y discreción.

Ama de llaves.

En diferentes familias de la región.

Camille va a consultar los archivos del ayuntamiento: las listas de empleados municipales, los registros profesionales. Busca el apellido Castel en los años 1995 a 2005.

Ella no encuentra nada.

Ella intenta un enfoque diferente: pregunta al archivero si existen archivos de notificaciones legales o contratos de trabajo doméstico de ese período. El archivero le explica que esos documentos pertenecen al derecho privado y no se encuentran en los archivos departamentales.

"Pero,"La archivera —una mujer de unos cincuenta años con gafas de malla metálica que parecía haber desarrollado con los años una especie de intuición sobre lo que realmente buscan los investigadores— dijo: «Si quieren saber quién empleaba a quién en el sector doméstico local en los años 90 y 2000, están los archivos de las asociaciones de ayuda a domicilio. La principal de la región, para Sarlat y sus alrededores, se llamaba ADMR Périgord Noir. Puede que tengan lo que necesitan».

Camille le da las gracias.

Ella toma notas.

Encuentra el ADMR Périgord Noir en Sarlat.

Un viaje de cuarenta minutos. Ella pasó por allí después del mediodía.

La oficina está en una casa antigua reformada en el centro histórico. Una secretaria mayor, eficiente y desconfiada. Camille se presenta como investigadora que trabaja en la historia social del trabajo doméstico en zonas rurales; esta mentira le surgió de forma natural en el coche, plausible, pero difícil de verificar a corto plazo.

La secretaria duda.

Luego desaparece en una habitación trasera.

Regresa con un registro.

Mireille Castel.

Estuvo registrada como empleada en la red ADMR entre 1994 y 2002.

Y en la lista de sus sucesivos empleadores —cuatro familias de Sarladais, una pareja de Domme, una persona mayor de La Roque-Gageac—, el tercer nombre de la lista.

Familia Dubreuil, Saint-Cyprien. Período: junio de 1996 – marzo de 1998.

Junio de 1996.

Llegó a la casa un año antes de la muerte de Thomas Avril.

Se marchó en marzo de 1998.

Murió ahogada en septiembre de 2007, diez años después.

Y dos semanas antes de morir, según lo que Camille va a comprobar ahora, había hablado con un periodista.

Está buscando en los archivos de Périgord Libre las semanas previas a la muerte de Mireille Castel.

Agosto y septiembre de 2007.

No hay ningún artículo sobre Mireille Castel.

Ningún artículo menciona su nombre.

Pero un artículo —solo uno, publicado el 3 de septiembre de 2007, exactamente dos semanas antes de la muerte de la mujer— le llamó la atención.

Casos cerrados: ¿olvida la justicia a sus víctimas?

Un artículo sustancioso. Largo, para los estándares de la prensa local. Una reflexión sobre los casos sin resolver del departamento, las familias que esperan y los expedientes archivados sin respuestas. Se mencionan varios casos y se entrevista a varias familias de forma anónima.

Y hacia el final del artículo, una mención.

Una fuente, que prefiere permanecer en el anonimato, afirma haber presenciado un incidente grave en una propiedad de la zona de Saint-Cyprien hace unos diez años. Asegura que nunca se atrevió a denunciarlo por temor a represalias. «Vi lo que vi. Esta gente tiene los medios para silenciar a los demás». La fuente afirma haber observado un comportamiento inquietante en los meses posteriores al incidente y asegura que los implicados ahora ocupan puestos de responsabilidad en el departamento.

Una fuente anónima.

Una fuente que había trabajado en una propiedad en la zona de Saint-Cyprien.

Mireille Castel.

La firma del artículo.

Ella lee el nombre del periodista.

Marc Dubreuil.

Ella se detiene.

Ella lo relee.

Marc Dubreuil.

Dubreuil. Su apellido. No es un apellido raro en Périgord —hay docenas—, pero algo le oprime el pecho, una intuición que precede a la verificación, esa forma de saber antes de saber.

Está buscando a Marc Dubreuil en los archivos del periódico.

Entre 2005 y 2010, escribió alrededor de diez artículos sobre temas locales y sociales, un periodismo de base centrado en la gente común y en cómo las instituciones la tratan. Sus artículos abarcaban derechos laborales, accidentes industriales y casos judiciales pendientes.

Dejó de firmar en 2010.

Busca en la guía telefónica, en las redes sociales, en lo que internet guarda de las personas que están dispuestas a dejar rastro.

Marc Dubreuil. Periodista independiente, residente en Périgueux. Su perfil de LinkedIn está medio vacío; la última actualización data de 2015.

Y una línea en la sección de formación.

Nacido en Périgueux. Hijo de Georges Dubreuil y Andrée Mounier.

Ella está buscando a Georges Dubreuil.

Un tío lejano de Edward, un hermano de primo, algo así, esa rama lateral de la familia que ves en funerales y grandes ocasiones y de la

que no sabes mucho.

Marc Dubreuil.

Primo lejano.

Periodista.

Quien había recogido el testimonio de Mireille Castel dos semanas antes de su muerte.

Ella vuelve a salir a la calle.

El ambiente de Sarlat en noviembre: las piedras amarillas del pueblo medieval, la ausencia de turistas, esa belleza fría y desierta de la temporada baja. Camina hacia su coche sin fijarse realmente adónde va.

Ella se sienta.

Ella saca el teléfono de su padre.

El teléfono de su padre fallecido, que había cogido la segunda noche del cajón de la mesita de noche de Hélène —deliberadamente, sin cuestionar las implicaciones morales del acto, porque sabía que contenía información confidencial—. Lo guardó en su bolso. Lo miró varias veces. Aún no lo había examinado sistemáticamente, no por falta de tiempo, sino por una especie de reticencia que no lograba explicar del todo.

El viejo teléfono de su padre. Ese Nokia básico de prepago, que no se parece en nada al hombre que Édouard Dubreuil presentó al mundo.

Un teléfono que no está registrado a nombre de una persona.

Un teléfono que usamos para conversaciones que no queremos que vuelvan a salir a la luz.

Ella lo enciende.

El código... lo había probado la primera noche, al azar, sin mucha convicción. 1997. El año. El código había funcionado.

Su padre había utilizado la fecha de la muerte de Thomas Avril como código.

Ella había pensado en ello desde entonces. En lo que significaba, no solo sobre seguridad, sino sobre algo más profundo. El año que lo atormentaba todo. El año que él cargaba como una espina clavada en la garganta.

Ella establece contactos.

Pocos nombres: dieciocho entradas, no más. La mayoría no tienen nombre completo. Iniciales. Apodos. Números sin nombre.

Ella se desplaza por la pantalla.

H.Helena.

J.Juliano.

L.Leroux.

V.Vernet, probablemente.

Y otras que no reconoce.

RM—¿Renaud-Maurel? ¿El bufete de abogados con el que Hélène se había puesto en contacto?

JV.Se centra en estas dos cartas. Jean Villemont. El presidente del consejo departamental. El hombre cuyo padre logró que se desestimara el caso de Thomas Avril.

Su padre tenía el número de Jean Villemont en su teléfono secreto.

Ella continúa desfilando.

Y ella se detiene.

Maryland

Marc Dubreuil.

Ella se queda mirando esas dos letras.

Marylanden el teléfono de su padre.

Su padre tenía el número de su primo periodista en el teléfono que mantenía en secreto, el que tenía el código 1997, el que contenía los números de las personas relacionadas con esta historia.

Su padre conocía a Marc Dubreuil.

O... no.

Su padre estaba en contacto con Marc Dubreuil.

Hay una diferencia.

Hace clic en el contacto. Mira las llamadas. La última llamada a MD: busca la fecha.

5 de noviembre de 2024.

Cinco días antes de la muerte de Edward.

Su padre había llamado a Marc Dubreuil cinco días antes de su muerte.

Ella intenta recordar.

Marc Dubreuil… ¿Había oído ese nombre antes? Busca en sus recuerdos de infancia, en las comidas familiares, en las conversaciones a las que no prestaba mucha atención a los ocho, doce o quince años. No encuentra nada. Un fantasma familiar. Un primo tan lejano que nunca está presente en las reuniones familiares.

Pero su padre lo estaba llamando.

Cinco días antes de morir.

Y Marc Dubreuil había publicado un artículo en 2007 con el testimonio de Mireille Castel, una exempleada de los Dubreuil que había visto algo en la propiedad familiar.

Y Mireille Castel se ahogó dos semanas después de la publicación de este artículo.

Caso cerrado. Accidente.

Ella saca su propio teléfono.

Ella escribe el nombre en el buscador. Marc Dubreuil, periodista, Périgueux. Busca una dirección, un número de teléfono, algo reciente.

El perfil de LinkedIn. Los artículos están firmados hasta 2010. Después, nada.

Ella busca de forma diferente: en las páginas de los periódicos locales, en las menciones en las redes sociales. Encuentra una

mención de 2018 en un artículo de Périgord Libre sobre antiguos periodistas de la redacción. Marc Dubreuil, que dejó la redacción en 2010 para dedicarse a proyectos personales, se ha establecido en Trémolat.

Tremolato.

Un pequeño pueblo a treinta kilómetros de Saint-Cyprien. A orillas del río Dordogne.

A orillas del río donde se ahogó Mireille Castel.

Comienza.

Toma la D703 hacia el oeste, la carretera que discurre junto al río Dordogne, una ruta que no conoce bien pero que el GPS sí. El río serpentea a su derecha, gris y lento bajo el cielo de noviembre. Los álamos desnudos. Las aldeas adormecidas.

Tremolato.

Treinta minutos en coche.

Ella conduce rápido.

Está pensando en Marc Dubreuil, que guarda el testimonio de Mireille Castel en sus cuadernos de periodista.

Está pensando en Mireille Castel, que trabajó en la casa en 1996 y 1997.

Piensa en lo que ve una ama de llaves en una familia. Lo que oye. Lo que a veces comprende antes que los demás, desde esa posición particular de alguien que está ahí sin estar realmente presente, presente en los rincones y recovecos, invisible a los ojos de quienes no ven realmente a las personas que limpian.

Mireille Castel había visto algo.

Ella había hablado de ello con un periodista.

Ella falleció dos semanas después.

Este periodista era primo de Édouard Dubreuil, quien tenía su número guardado en un teléfono secreto.

Entra en Trémolat a las tres en punto.

El pueblo es pequeño: unas pocas calles, una iglesia románica, casas de piedra. Busca el nombre en los buzones, en los letreros de las calles. No lo encuentra.

Se detiene frente a la panadería, la única tienda abierta.

Una mujer de unos cincuenta años detrás del mostrador.

"Marc Dubreuil,"Camille preguntó: "¿Vive en el pueblo?"

La mujer la mira.

¿Marc? Sí. La casa con la puerta verde. Rue du Moulin. La segunda a la izquierda después de la iglesia.

Lo dice con la familiaridad de alguien que conoce a todo el mundo y no ve motivo para ocultarlo.

"GRACIAS,"dijo Camille.

El portal verde.

Una casa baja de piedra con un jardín cubierto de maleza propia de noviembre. Un coche viejo en el patio. Luz en la ventana de la izquierda.

Camille aparca su coche.

Ella sale.

Ella ataca.

La puerta se abre.

Marc Dubreuil.

Unos cincuenta, tal vez cuarenta y cinco; difícil de precisar. Un rostro cansado, bastante bien afeitado, con la mirada de un hombre que ha pasado demasiado tiempo con archivos y poco tiempo al aire libre. La mira.

Ella lo mira.

Busca algún parecido, algo que sugiera parentesco, que sugiera Dubreuil, que sugiera sangre común. No encuentra mucho. Quizás la mandíbula, quizás algo en los ojos.

"¿Marc Dubreuil?"

"Sí."

"Soy Camille Dubreuil. La hija de Edward."

Algo pasa por su rostro.

Primero, el reconocimiento: él sabe quién es ella. Luego, algo más, menos simple, menos identificable. Una mezcla de alivio y ansiedad, como alguien que ha estado esperando algo y no está seguro de estar contento de que esté sucediendo.

"Sé quién eres."dijo.

Se aleja de la puerta.

"Entre."

El interior de la casa refleja la soledad de un hombre que trabaja solo: libros por doquier, montones de periódicos, una mesa cubierta de papeles. Tazas de café en distintos estados de abandono. No se trata de desorden doméstico, sino del desorden organizado de alguien cuya mente siempre tiene otras prioridades.

Le hizo un gesto para que se sentara.

Se sentó enfrente.

La mira con esa mirada que tienen los periodistas: todo a la vez, sin aparentar mirarla.

"Tu padre te habló de mí."dijo. No es una pregunta.

"No directamente. Su número está en su teléfono."

"¿Te dio su número de teléfono?"

"Murió hace diez días."

Silencio.

"Lo sé. Lo vi en los anuncios."Apoya los codos en las rodillas. "Sabía que vendrías, o que alguien vendría. Lo supe desde que me llamó."

"5 de noviembre."

Él la mira.

"¿Te dijo lo que quería?"

"Mireille Castel,"dijo Camille.

Marc Dubreuil cierra los ojos por un segundo.
Cuando los vuelve a abrir, hay algo decidido en su mirada.
Algo que podría haber tardado diecisiete años en decidirse.
"Sí,"dijo. "Mireille Castel."

17

Manipulación

Regresa de Trémolat a las cinco.

Marc Dubreuil le dio dos horas.

Durante dos horas habló, no de todo, no de forma improvisada, sino con la metodología de quienes han dedicado años a construir algo en silencio y saben cómo estructurarlo para que se mantenga unido. Le habló de Mireille Castel. De lo que había visto en la casa en julio de 1997. De lo que le había contado dos semanas antes de ahogarse en un río que conocía desde la infancia.

Le dijo que Mireille Castel no se había resbalado.

Le dijo que lo sabía desde 2007 y que nunca había podido demostrarlo.

Le dijo que su padre lo había llamado el 5 de noviembre para decirle que iba a hablar. Que las cosas iban a cambiar. Que estaba listo.

Le contó que cinco días después, su padre había fallecido en una escalera.

Ella había escuchado todo esto en la casa de Trémolat, con el sonido del río a lo lejos —ese río que había retenido a Mireille Castel— y había pensado que los secretos de esa familia tenían un halo de muerte a su alrededor, regular, metódico, que se extendía durante décadas y afectaba a las personas que se acercaban demasiado.

Leroux hospitalizado.

Mireille Castel se ahogó.

Edward murió en las escaleras.

Y Marc Dubreuil, solo en su casa con sus archivos, que había esperado diecisiete años a que alguien llamara a su puerta.

Ella se va a casa.

La casa tiene ese ambiente de final de día: las lámparas encendidas en la planta baja, el olor a cena preparándose, esa apariencia de normalidad doméstica que esta casa mantiene con una obstinación nauseabunda.

Ella deja su abrigo.

Ella sube a su habitación.

Revisa su bolso: las fotos, el cuaderno, el anillo de sello, todo está ahí. Revisa su teléfono: llamadas perdidas de Marion, a quien llamará esta noche. Nada más.

Ella se sienta en el escritorio.

Piensa en lo que Marc le dio.

No había pruebas suficientes para un juicio; lo reconoció con la dolorosa claridad de quien había aprendido a base de experiencia lo que el periodismo podía y no podía hacer. Pero sí había indicios. Testimonios transcritos. Notas. Fechas. El cuaderno de investigación que había llevado durante años sobre el caso Castel y lo que se escondía tras él.

Le hizo una copia.

Ella lleva la copia en su bolso.

Su teléfono vibra.

Un mensaje de texto.

Ella lo mira distraídamente; probablemente sea Marion, o un número desconocido, tal vez otro mensaje anónimo que volvería con una nueva fórmula breve y devastadora.

El número.

De Julien.

Ella abre el mensaje.

Tenemos que hablar. Hablar de verdad. Ven al granero esta noche a las 7. A solas. No se lo digas a mamá.

Ella lee.

Ella lo relee.

Ella coloca el teléfono sobre el escritorio.

Piensa en Julien: en sus ojos secos durante el banquete fúnebre, en cómo hablaba de la casa como si fuera un objeto a inventariar, en cómo papá no era inocente. «Tú tampoco», había dicho en su habitación la otra noche. Piensa en la cicatriz de su mano, con la forma de una mordedura. Piensa en cómo se movía por esa casa, con la seguridad de quien sabe que siempre han existido las reglas de los demás y las suyas, y que sus propias reglas siempre han prevalecido.

Ella piensa en todo eso.

Y ella piensa: ¿por qué ahora? ¿Por qué el granero? ¿Por qué sola?

Ella no debería ir.

Ella lo sabe.

Lo sabe tan bien como sabe que el sobre de Vernet iba a estar vacío, tan bien como sabe que la caja del armario ya no estaría allí si no la hubiera cogido a tiempo. Ahora lo sabe todo sobre esta casa con una certeza que trasciende la razón.

Pero no ir es dejar que algo suceda sin ella.

Ella se va.

Seis cincuenta.

Ella baja las escaleras.

Hélène está en la cocina: el olor a sopa, sus gestos frente a las ollas y sartenes, que tienen la permanencia de fenómenos naturales. Julien no está a la vista.

Cruza el pasillo sin detenerse. Coge su abrigo por el camino. Sale por la puerta trasera.

El jardín.

Ha anochecido, o casi, ese crepúsculo de noviembre que dura veinte minutos y transforma el cielo de gris oscuro a negro sin una

transición clara. La temperatura ha vuelto a bajar. Su aliento forma pequeñas nubes frente a su boca.

Ella cruza el patio.

El granero está al fondo: un antiguo edificio de piedra, más pequeño que la casa principal, con sus puertas de madera maciza y rendijas por donde silba el viento. Ella lo ha visto todos los días desde que llegó, sin acercarse. Es el granero que Elise vio desde su ventana, a los siete años, la noche del 14 de julio de 1997.

Ella empuja la puerta para abrirla.

El interior.

Ella enciende su linterna.

Herramientas viejas colgaban de las paredes. Sacos de lona se apilaban en un rincón. La rueda de una carretilla se apoyaba contra un poste. Cajas de madera se apilaban al fondo. Paja vieja yacía en el suelo, seca y polvorienta. El olor: polvo, madera seca y algo ferruginoso, metálico.

Persona.

Da una vuelta completa: por las esquinas, detrás de las cajas, detrás de las bolsas. No hay nadie. El granero está vacío, sin rastro de presencia humana.

Las siete en punto.

Ella espera cinco minutos.

Diez.

No viene nadie.

Ella vuelve a salir.

Cruza el patio en la oscuridad —las contraventanas de la casa proyectan rectángulos de luz amarilla sobre la grava— y entra por la puerta trasera.

Helen está en el pasillo.

No en la cocina. En el pasillo, como si la estuviera esperando. Como si supiera que entraría por ahí y se hubiera colocado

estratégicamente para estar allí cuando entrara.

"¿Dónde estabas?"dijo Hélène.

"Afuera."

"Julien te está buscando."

Camille se detiene.

"¿Dónde está?"

"En la sala de estar."Una pausa. "Está furioso."

"¿Furioso por qué?"

Hélène la mira con sus ojos azules apagados.

"Dice que le enviaste un mensaje. Para amenazarlo."

Silencio entre ellos.

Camille lo está midiendo: este silencio en el que algo acaba de cambiar, algo que no había previsto de esta forma tan precisa.

"No le envié ningún mensaje a Julien."dijo ella.

Hélène no dijo nada.

"Mamá, no le envié ningún mensaje a Julien."

"Eso es lo que dices."

"Eso fue lo que pasó."

Su madre la observa. Esa mirada impasible, esa mirada que no concede nada, que no otorga victoria ni admite derrota. Esa mirada que dice: «Oigo lo que dices, y eso no cambia mi opinión», o quizás algo aún más simple: «Sé exactamente lo que pasó, y lo que dices no me interesa».

"Ve a hablar con él.""Está en el salón", dijo Hélène.

Ella se aleja caminando hacia la cocina.

Camille permanece en el pasillo un segundo.

Ella saca su teléfono.

Ella revisa sus mensajes enviados.

Ningún mensaje para Julien. Esta noche no. Desde que llegó a esta casa, nunca ha necesitado enviarle un mensaje; viven bajo el mismo techo, se ven en las comidas y todo lo que tiene que decirle se lo dice a la cara.

Sus mensajes enviados están ahí: Marion, la dirección de correo electrónico externa, dos mensajes a una amiga en Lyon.

Nada para Julien.

Ella revisa los mensajes recibidos.

El mensaje de texto. El de su número. Ella lo relee.

Tenemos que hablar. Hablar de verdad. Ven al granero esta noche a las 7. A solas. No se lo digas a mamá.

Ella pulsa el número.

Ella compone.

La campana empieza a sonar.

Cuatro segundos.

Julien contesta el teléfono.

"Camille."

Su voz suena tensa. Esa tensión particular de alguien que reprime algo más grande de lo que quiere mostrar.

"Me enviaste un mensaje de texto",Camille dijo: "Por el granero. Esta noche."

Silencio.

"No,"dijo Julien.

"Ese es tu número."

"No te envié ningún mensaje de texto."

"¿Entonces quién...?"

"Bajar."

Cuelga el teléfono.

Ella entra en la sala de estar.

Julien está de pie frente a la chimenea; no hay fuego en la chimenea, solo el vacío del hogar y Julien allí de pie con los brazos cruzados y ese rostro cerrado, esa máscara que lleva puesta que esta noche tiene algo diferente.

Inquietud.

No era enfado, sino auténtica preocupación, la primera que veía en él desde que llegó.

"Muéstrame,"dijo.

Ella le entrega su teléfono.

Él mira el mensaje de texto. Lo lee dos veces. Le devuelve el dispositivo.

"Yo no envié eso."dijo.

"Lo sé."

"Y el mensaje que me habrías enviado..."Saca su propio teléfono. Lo gira hacia ella.

Ella lee.

Sabes lo que hiciste. La policía también lo sabrá. Tienes 48 horas.

Ella mira el mensaje.

Su número. Enviado desde su número, a las 18:40.

Mientras cogía su abrigo y cruzaba el pasillo para ir al granero.

"Yo no envié eso."dijo ella.

"Lo sé."

Se miran el uno al otro.

En esta habitación fría y oscura, con su chimenea vacía y ventanas ennegrecidas, y la casa respirando a su alrededor, algo cambia entre ellos; no es confianza, todavía no, sino algo más pragmático. Dos personas que reconocen que tienen un problema en común.

"Alguien tiene nuestros teléfonos",dijo Camille.

"Sí."

"Alguien que tenga acceso a nuestros teléfonos y pueda enviar mensajes desde nuestros números."

"O alguien que clonó las tarjetas SIM."Julien descruza los brazos. Se pasa la mano por el pelo, con ese gesto nervioso y nervioso. "Es posible. No es complicado si tenemos el móvil en la mano durante cinco minutos".

"Nuestros teléfonos nunca están fuera de la vista."

"Por la noche, sí."

Piensa en su habitación. En la noche en que alguien entró. La caja vacía debajo de la cama: el tiempo que tardó en entrar, buscar la caja, cogerla, revisarla y volver a guardarla. Cinco minutos. Diez. Tiempo suficiente para coger un teléfono que estaba en la mesita de noche.

Suficiente para clonar una tarjeta SIM.

"OMS ?"dijo Camille.

Julien no responde de inmediato.

"Alguien que quiere enfrentarnos entre nosotros",dijo finalmente.

"O eliminarnos a los dos a la vez."Reflexionó un momento. «Si recibes un mensaje amenazante mío y se lo muestras a la policía, mi credibilidad quedará completamente destruida. Todo lo que diga después se convertirá en la palabra de una mujer inestable que amenaza a su hermano».

"Y si recibes un mensaje mío para atraerte al granero al anochecer..."

No terminó la frase.

No lo necesita.

El granero. Solo. En la oscuridad.

¿Qué habría pasado en ese granero si algo más que el vacío lo hubiera estado esperando?

"Juliano,"dijo ella.

Él la mira.

"Te voy a hacer una pregunta y quiero una respuesta sincera."

"No te prometo nada."

"La noche que murió papá. ¿Estuviste allí?"

El silencio que sigue dura lo suficiente como para ser una respuesta en sí misma.

"Sí,"dijo finalmente.

"Lo empujaste."

"No."

Ella lo mira.

"Juliano-"

"No."Su voz es monótona. Definitiva. "Yo no empujé a papá. Lo encontré al pie de la escalera."

"Lo encontraste."

"Sí."

"Y no pediste ayuda."

Silencio.

"No,"dijo.

Ese "no" en la habitación, ese "no" que lo contiene todo. Había encontrado a su padre al pie de la escalera y no había pedido ayuda. Había esperado. Quizás había hecho algo más: la cámara, la barandilla, el sobre en casa de Vernet. Había dejado morir a su padre, o lo había visto morir.

"Había alguien más allí",dijo Camille.

Eso no es una pregunta.

Julien no contesta.

"El coche estaba en la carretera. Vernet vio un coche."

"Vernet debería mirar menos por la ventana."

"Juliano."

"Había alguien",dijo. Su voz había perdido algo; no la máscara, sino otra cosa. Esa certeza subyacente que siempre mantiene, esa seguridad de que todo está bajo control. «Alguien que no esperaba. Alguien que no debería haber estado aquí».

"OMS ?"

Él niega con la cabeza.

"Esta noche no."

Camille sale de la habitación.

Ella regresa a su habitación.

Necesita estar a solas con lo que acaba de escuchar: esa persona que no debería haber estado allí, esas pocas palabras que cambian todo lo que creía haber construido.

Ella deja su bolso sobre el escritorio.

Ella se acerca a la ventana.

Ella observa el patio en la oscuridad: las sombras, los contornos, la puerta del fondo con su pilar inclinado. Piensa en alguien que conoce tarjetas SIM por la noche en las habitaciones de esta casa. Piensa en alguien que orquestó las tensiones, no desde afuera, sino desde adentro. Dentro de la casa. De cerca.

Alguien que tenía acceso a todo.

Quién lo sabía todo.

¿Quién estaba enviando mensajes desde los teléfonos de algunas personas para enfrentarlas entre sí?

Ella está pensando en el granero.

Recuerda el granero: lo que vio o no vio, lo que buscó sin encontrar la presencia humana que esperaba.

Algo.

Había visto algo y no le había prestado atención en ese momento; estaba demasiado ocupada comprobando que estaba sola, demasiado ocupada esperando a Julien, que no llegó porque no fue Julien quien la llamó.

Una caja.

En la parte trasera del granero.

En la caja registradora.

Ella vuelve a bajar.

No le dijo nada a nadie. Salió por la puerta trasera en completa oscuridad; ya había anochecido por completo, las estrellas estaban ocultas por las nubes de noviembre y el patio estaba sumido en una oscuridad casi absoluta.

Su linterna.

Ella cruza el patio. Ella empuja la puerta del granero.

Ilumina.

Se dirige directamente hacia las cajas registradoras del fondo.

La caja que estaba encima... había visto algo en ella al pasar antes, algo que había percibido sin mirarlo realmente, en su prisa por revisar todo el granero.

Ella acerca la lámpara.

Un par de guantes.

Guantes quirúrgicos. De látex. Del mismo tipo que los que lleva en el bolsillo: finos, transparentes, como los que se encuentran en cualquier farmacia.

Puertas.

Usado.

Ella se agacha.

Al principio, los mira sin tocarlos; simplemente los observa, examinándolos a la luz de su lámpara.

Se usaron recientemente. Los dedos conservan las marcas de su uso: la forma en que el látex retiene la huella del manejo, los pequeños pliegues en los nudillos, la deformación de las yemas de los dedos. Alguien trabajó con estos guantes. Alguien hizo algo que requería no dejar huellas dactilares.

Y todavía están mojadas.

No mojado, sino húmedo. Esa humedad interior, la transpiración de la mano que los llevaba, aún no se había evaporado porque había transcurrido muy poco tiempo.

Estos guantes se colocaron en menos de una hora.

En los sesenta minutos previos a este momento.

Mientras ella estaba en la casa hablando con Julien en la sala de estar.

Mientras tanto, otra persona estaba en el granero, o en cualquier otro lugar de la propiedad, haciendo algo que requería guantes quirúrgicos.

Ella se levanta lentamente.

Ella pasea su lámpara alrededor del granero.

Intenta recordar qué ha cambiado desde hace veinte minutos, cuando estaba allí esperando a Julien. Reconstruye mentalmente la imagen. Las herramientas. Las bolsas. La carretilla. Las cajas.

La casilla inferior, en la esquina derecha.

Ella es diferente.

Hace un momento la empujaron contra la pared; está casi segura de ello. Ahora está ligeramente descentrada. Unos centímetros. Como si alguien necesitara acceder al espacio que hay detrás de ella.

Ella se acerca.

Ella empuja la caja.

Detrás, una trampilla en el suelo del granero. Cerrada. Con un candado nuevo y reluciente que no tiene nada que hacer en este viejo granero donde todo lo demás tiene cincuenta años.

Recientemente colocaron un candado allí.

Aquello que protege algo.

Ella se levanta.

Ella sostiene su lámpara.

Piensa en la manta vacía en el sótano de la casa. La huella en la tela de algo que se movió. Piensa en la fotografía que dejaron en el escritorio: la lona, la forma debajo, el sótano.

Alguien había movido algo del sótano de la casa.

Alguien había puesto algo en el granero.

Detrás de un candado nuevo.

En una propiedad que estaba en proceso de venta.

En una propiedad que estaba siendo despejada de pruebas antes de que personas desconocidas —compradores, notarios, tasadores— llegaran para medir, inspeccionar y descubrir.

Está pensando en Thomas Avril.

Está pensando en qué hacer cuando tienes algo guardado durante treinta años en un sótano y aparece un notario con compradores.

Nos movemos.

Ella fotografía los guantes. La caja. La escotilla. El candado.

Ella fotografía todo.

Ella envía las fotos a la dirección de correo electrónico externa.

Le envía un mensaje a Marc Dubreuil, sin detalles, solo: Tenemos que actuar con rapidez. Te lo explicaré mañana.

Ella sale del granero.

Ella cierra la puerta.

Cruza el patio en la oscuridad con la lámpara apagada; sin luz, nadie debe verla entrar, nadie debe saber cuánto tiempo estuvo allí.

Ella entra en la casa.

Hélène está en la cocina.

Ella no se movió.

O ella regresó.

"La cena está lista."dijo sin darse la vuelta.

"Ya voy,"dijo Camille.

Ella sube primero a su habitación.

Ella cierra la puerta.

Se sienta un segundo, solo un segundo, con ambas manos sobre las rodillas.

Guantes quirúrgicos mojados en un granero.

Una escotilla con un candado nuevo.

Alguien en esa casa estaba moviendo un cadáver.

Y esta persona se había asegurado, con dos mensajes de texto falsificados y una citación a un granero vacío, de que Camille y Julien se encontraran enfrentados, desconfiando el uno del otro y mirando en direcciones opuestas.

Mientras él continuaba con su trabajo.

18

Lo que Camille no recuerda

La cena transcurre en un silencio sepulcral.

Hélène sirve la sopa. Julien come sin levantar la vista del plato. Élise ha bajado; come dos cucharadas y deja la cuchara. Camille come mecánicamente, sin saborearla, sin hambre, porque su cuerpo necesita energía y aún no sabe lo que le espera.

Nadie habla de los mensajes de texto.

Nadie habla de los guantes en el establo.

Nadie habla de nada que importe; ese es el talento de esta familia, esa constante hazaña de compartir una mesa, un ambiente, un espacio, mientras mantienen por encima de todo una superficie de educada indiferencia que no se parece en nada a lo humano.

Camille los mira uno tras otro.

Su madre.

Su hermano.

Su hermana.

Está intentando averiguar cuál de ellos llevaba guantes quirúrgicos hace dos horas.

Después de cenar, ella sube a su habitación.

Cierra la puerta de su habitación. Se sienta en el borde de la cama en la oscuridad, sin encender la luz, sin intentar hacer nada durante unos minutos. Simplemente estar ahí. Simplemente dejar que el día transcurra: Marc Dubreuil, los archivos, los mensajes de texto falsificados, los guantes húmedos, la trampilla con su nuevo candado.

Tiene la cabeza llena.

Demasiado lleno.

Ella necesita poner las cosas en orden.

Enciende la lámpara de noche: ese círculo de luz amarilla que no llega a las paredes, que crea un halo de luz alrededor de la cama. Se tumba sobre la colcha, con las manos cruzadas sobre el estómago y la mirada fija en el techo.

Ella piensa en lo que Marc le dijo.

Le habló de Mireille Castel, una mujer corriente y concienzuda que había trabajado durante años en decenas de hogares de la región de Sarlat. Había trabajado para los Dubreuil desde junio de 1996 hasta marzo de 1998 y había guardado silencio durante nueve años.

Nueve años de silencio.

Entonces algo se rompió.

Marc no sabía exactamente qué había sido: un encuentro casual, una reunión, tal vez un rostro que había vislumbrado en la calle, algo que había reabierto lo que había mantenido oculto. Ella había ido a verlo. Habían hablado durante dos horas en un café de Sarlat. Le había contado lo que había visto aquella noche de julio de 1997.

Lo que ella había visto.

Camille reflexiona sobre lo que Marc le describió y busca conexiones con lo que ya sabe.

Anoche, Mireille Castel había oído voces en el jardín. Miró por la ventana —dormía en la habitación de la criada, en la planta baja, con vistas al jardín—. Vio a gente joven en el jardín. Música. Vino. Una fiesta informal, de esas que se organizan cuando los padres no están o están durmiendo.

Los padres.

¿Dónde estaban los padres esa noche?

Marc no tenía respuesta para eso. Mireille no se lo había dicho.

Camille cierra los ojos.

Ella está buscando.

Había buscado cientos de veces desde que llegó a esta casa: ese agujero negro en su memoria, esa pared lisa e impenetrable. Había buscado directamente, de frente, con toda la energía de alguien decidido a encontrar algo.

Esta noche va a probar algo diferente.

Ella no busca directamente el recuerdo.

Ella mira a su alrededor.

Antes.

Tenía quince años. Julio de 1997. Las semanas previas al día 14.

Recuerda aquellas semanas. No con detalle —no como se recuerda el ayer—, sino con esa particular textura de los recuerdos adolescentes que perduran más allá de los años. El verano fue caluroso. Leía mucho —siempre había leído mucho—, esa forma de construir su propio mundo en los márgenes de un lugar al que realmente no sentía pertenecer.

Julien tenía amigos.

Julien siempre tuvo amigos; esa capacidad para atraer gente la tenía desde la infancia, ese magnetismo social que hacía que la gente quisiera estar cerca de él, aunque, en el fondo, estar cerca de Julien tuviera un coste.

Estos amigos venían a menudo ese verano.

Los recuerda vagamente: chicos de su misma edad, de dieciséis o diecisiete años, con sus costumbres adolescentes de explorar nuevas formas de desenvolverse en el mundo. Ruidosos. Rebosantes de esa vitalidad tan característica de esa edad.

Y entre ellos.

A.

Ella no lo fuerza.

Ella lo permite.

Un chico con una peculiar forma de estar de pie: ligeramente encorvado, como si se disculpara por su estatura. Delgado. Ojos

claros en un rostro moreno. Ella lo ve de nuevo, borroso, como una imagen en el agua, de esa manera en que los recuerdos demasiado antiguos o perturbados solo revelan el contorno de las cosas.

Él había hablado con ella.

No como los demás hablaban; ellos se dirigían a ella como si fuera la hermana pequeña de un amigo, con esa ligera condescendencia que los chicos de dieciséis años tienen hacia las chicas de quince. Él no. La miraba a los ojos cuando le hablaba. Le hacía preguntas sobre sus lecturas, sobre lo que pensaba de esto o aquello. Se tomaba sus respuestas en serio.

Tomás.

Ella no recuerda que su nombre fuera Thomas en esos fragmentos recurrentes; ahora lo sabe por los documentos y las fotos, conoce su nombre. Pero en el recuerdo mismo, en aquel momento, solo recuerda su forma de ser, no el sonido de su nombre.

La tarde del día 14.

Ella se acerca al borde.

Ella avanza lentamente, no saltando, sino acercándose al borde centímetro a centímetro, sabiendo que en algún lugar justo ahí hay algo que no quiere ser tocado.

Música.

Recuerda la música. No la melodía, sino la textura, algo rítmico, del verano de 1997, el tipo de música de fiesta en el jardín que se escucha con una copa en la mano.

Un vaso.

Vino.

Ella había estado bebiendo.

Ahí es donde la textura del recuerdo cambia: a partir de este punto, algo se difumina ligeramente, como si la nitidez disminuyera. Había bebido... ¿cuánto? No mucho, no estaba acostumbrada; tenía quince años y el vino se le subía a la cabeza enseguida. Una copa. Quizás dos.

Ella se había reído.

Recuerda haber reído: esa risa que le producía la ligereza del vino con el estómago vacío, la calidez del verano y la sensación de formar parte de algo más grande que ella misma.

Y luego.

El borde.

Ella está al borde del abismo y al otro lado solo hay oscuridad.

Ella abre los ojos.

El techo de su habitación. La lámpara de noche. El círculo de luz amarilla.

Siempre había pensado: «No lo recuerdo porque había estado bebiendo, porque tenía quince años y una copa de vino bastó para crear un vacío en mi memoria». Se había dado esta explicación a sí misma sin cuestionarla realmente porque era conveniente, porque era plausible, porque permitía que ese vacío en su memoria fuera algo natural.

Esta noche, por primera vez, realmente la cuestiona.

Una copa de vino.

Quizás dos.

Eso no basta para crear ese tipo de vacío. No un vacío tan limpio, tan completo, tan perfectamente definido. La embriaguez adolescente deja recuerdos borrosos, no ausencias. Conoce gente que no recuerda absolutamente nada de una noche entera a los veinte años, por culpa del exceso de vodka. Ni siquiera una copa de vino a los quince.

Leroux le había dicho: "Tu madre solía poner eso en el té".

El té de la tarde.

Pero esa noche no hubo té. Hubo vino.

ENTONCES ?

Así que quizás el vino también contenía algo más.

Quizás alguien había decidido esa misma noche, antes de que comenzara, que Camille no se quedaría con nada de aquello.

Esta vez no es té. Es vino.

Ella se levanta.

Necesita moverse, no quedarse ahí tumbada con ese pensamiento rondando por su cabeza. Da dos vueltas a su habitación; es un ritual que ha adoptado desde que llegó, caminar por ese pequeño espacio cuando su mente está a punto de estallar.

Se pregunta quién habrá servido ese vino.

Julien estaba organizando la fiesta. Julien y sus amigos. Ella estaba allí porque Julien la había incluido; ese gesto inusual, ese "puedes quedarte si quieres", que la había sorprendido porque Julien nunca la incluía realmente.

Julien sabía que algo iba a pasar esa noche.

O alguien más que lo supiera.

Se detiene frente a su maleta.

Su maleta... en realidad no la ha desempacado desde que llegó. Ha ido sacando sus cosas a medida que avanzaba, su ropa y sus artículos de aseo, pero la maleta ha permanecido abierta en un rincón, ese montón semiorganizado de alguien que no planeaba quedarse mucho tiempo y que no quería instalarse del todo.

Ella la mira.

Ella lo observa de la misma manera que ha observado todo desde su llegada: con la atención de alguien que ha aprendido que los detalles importan, que las cosas que se mueven y los objetos que se añaden dicen lo que las palabras no pueden.

Su maleta.

Ella lo trajo de Lyon.

Nadie en esa casa la tocaba, o eso creía ella.

Ella se arrodilla.

Comienza a vaciar la maleta metódicamente: primero la ropa, que coloca en una pila sobre la cama, sacudiéndola suavemente y examinándola. Nada. Pasa a lo que hay debajo: ropa interior doblada, calcetines, ese tipo de cosas que se guardan al fondo. Nada.

El bolsillo lateral.

Ella mete los dedos dentro, en ese bolsillo con cremallera que hay en el lateral de la maleta, ese que nunca usa porque nunca sabe qué meter dentro.

Sus dedos tocan algo.

Una caja.

Pequeño. Rectangular. De cartón.

Ella lo saca.

Ella le da la vuelta.

Blanco. De las mismas dimensiones que la caja encontrada debajo de la almohada de Elise. Del mismo tipo de envase farmacéutico.

Ella lee el nombre.

El mismo medicamento.

Diazepam modificado — formulación LP — uso médico especializado.

No es una caja que ella haya comprado.

No hay ni una sola caja de ese medicamento entre sus pertenencias en Lyon; ella lo sabría, nunca ha tomado ese medicamento a sabiendas, nunca ha visto ese nombre en una receta.

Esta caja fue deslizada dentro de su maleta.

En su maleta, que había preparado en Lyon antes de marcharse, en su apartamento, en el espacio privado que se suponía que debía estar fuera del alcance de esa casa y sus ocupantes.

Ella abre la caja.

El blíster interior.

Tabletas.

Ella está contando: faltan tres. Tres tabletas que ya no están.

Ella coloca el blíster.

Faltan tres tabletas.

¿Cuántos días lleva en esta casa? Ocho días. Nueve. Intenta contarlos: la llegada, el funeral, las noches en vela, los días dedicados a cavar, buscar y construir.

Tres tabletas.

¿Una por noche?

O tal vez no una por noche, sino algo que comiera o bebiera sin darse cuenta, en el café de la mañana o en la sopa de la noche.

Está pensando en la sopa de Helen.

Piensa en el café que solía servirse cada mañana en una cafetera, una cafetera que ya había sido preparada por otra persona.

Recuerda aquellas mañanas en las que se despertaba con la cabeza pesada, algo que atribuía a la falta de sueño.

Tres tabletas.

Desde su llegada.

Desde el principio.

Ella coloca la caja sobre el escritorio.

Ella se sienta.

Ella mira la caja.

Alguien lo había planeado antes de su llegada. Antes del funeral, antes de la llamada de Julien, alguien había previsto que Camille vendría y había preparado lo necesario para asegurarse de que no se excediera, ni fuera demasiado rápido, ni demasiado evidente.

Guardada en su maleta.

¿Pero cómo? Había hecho la maleta en Lyon. En su apartamento. El día antes de irse.

La figura frente a su ventana.

La primera mañana, mientras se marchaba, la vio por el retrovisor. Alguien fuera de su ventana. Alguien que sabía que se iba a ir. Alguien que tal vez tenía un juego de llaves de repuesto, o que había entrado a robar en su casa horas antes de su partida, o que había entrado después de la llamada de Julien mientras ella se duchaba.

Alguien que no se había conformado con esperar.

Quien ya había actuado incluso antes de poner un pie en esa casa.

Ella no está llorando.

Quizás anhelaba ese alivio que le brindarían las lágrimas, esa liberación de la tensión acumulada durante demasiado tiempo. Pero las lágrimas no llegaron. En su lugar, llegó otra cosa: algo más frío, más denso, algo parecido a una decisión.

Ella piensa en esas tres pastillas.

Piensa en todas las veces que bebió su café matutino sin pensar, comió su sopa sin pensar, vivió en esta casa con la certeza de que su cuerpo era suyo, que su cabeza era suya, que lo que pensaba, buscaba y deducía no estaba filtrado por una química que le administraban sin su conocimiento.

Ella rememora aquel verano de 1997.

Estos fragmentos siguen reapareciendo: la música, el vino, el chico moreno de ojos claros. Se pregunta cuántos fragmentos habrían regresado si nadie los hubiera bloqueado. Se pregunta si el muro negro que la separa de aquella noche aún es en parte químico; si las tres pastillas de los últimos días fueron suficientes para mantener la barrera lo bastante fuerte como para impedirle atravesarla.

Ella toma la caja.

Ella entra al baño.

Ella abre el blíster que está encima del inodoro.

Ella vacía las pastillas restantes.

Ella tira de la cadena del inodoro.

Ella observa cómo los pequeños círculos blancos desaparecen en el agua.

Guarda la caja vacía en su bolsillo, no por casualidad, sino como prueba. Como prueba de lo que revela este pequeño rectángulo de cartón blanco sobre quien planeó todo esto, quien se tomó la molestia de meterlo en la maleta de una mujer antes de que llegara a esta casa.

Ella regresa a su habitación.

Ella se sienta en el escritorio.

Saca su teléfono. Busca información sobre los efectos de la droga; ya lo había hecho una vez antes, en su coche en la autopista, pero ahora va más allá, busca los efectos a corto plazo, los efectos acumulativos a lo largo de una semana, qué sucede cuando se toma una dosis baja sin saberlo.

Ella lee.

Efectos a corto plazo: leve confusión, sensación de cansancio, dificultad para concentrarse, leves problemas de memoria a corto plazo.

Efectos a largo plazo: amnesia selectiva progresiva, dependencia, borrado de recuerdos recientes y antiguos según la dosis.

Efectos de dosis bajas durante un corto período: la acción es limitada pero presente. Puede atenuar la formación de nuevos recuerdos explícitos, sin afectar significativamente la capacidad de razonamiento general.

Ella cuelga el teléfono.

Puede atenuar la formación de nuevos recuerdos explícitos.

Lo que ha hecho y visto en esta casa durante los últimos ocho días: las fotos, la bodega, Marc Dubreuil, los guantes en el granero. Estos recuerdos están ahí. Ella los conserva. Están en su teléfono, guardados, duplicados.

Pero, ¿cuántos pequeños detalles se le escaparon?

¿Cuántas microobservaciones, conexiones instintivas y deducciones subliminales se habían perdido antes de llegar a la superficie?

Alguien había bloqueado su recepción.

No fue suficiente para detenerla; ella continuó buscando, encontrando, construyendo.

Pero lo suficiente como para ralentizarlo.

Está pensando en 1997.

Piensa en lo que está volviendo ahora: la música, el vino, el chico, el borde del agujero negro. Se pregunta si, sin la medicación de las últimas dos semanas, algo más habría regresado. Si el muro hubiera resistido.

Ella decide probarlo.

Esta noche no; está agotada, tiene la cabeza llena de cosas, es demasiado tarde y demasiado pesado. Pero mañana, con la mente despejada, sin las sustancias químicas en su organismo, recordará. Volverá a buscar.

Ella lo encontrará esta noche.

Estaba a punto de irse a la cama cuando su teléfono vibró.

Un mensaje de texto.

Número desconocido.

No es lo mismo que la última vez: otro número desconocido, otra tarjeta prepago desechable.

Ella abre el mensaje.

Estás tirando los medicamentos por el inodoro. Sabemos lo que estás haciendo. Sabemos todo lo que estás haciendo.

Ella mira fijamente la pantalla.

Hay una cámara en su baño.

O en el pasillo, frente a la puerta del baño.

O alguien la observaba desde el pasillo a través de una grieta, una hendidura, una de esas aberturas que las casas antiguas multiplican

en sus tabiques y carpintería.

Sabemos todo lo que haces.

Plural.

De nuevo, ese plural.

En.

Ella no responde.

Ella cuelga el teléfono.

Se acerca a la ventana. Abre la contraventana un centímetro.

El patio en la oscuridad. La puerta. El roble cuya masa oscura se divisa contra el cielo ligeramente menos oscuro.

Y algo más.

Una luz.

En el granero.

Una fina línea luminosa bajo la puerta, la misma línea que había visto bajo la puerta de la oficina aquella primera noche cuando alguien la estaba registrando.

Hay alguien en el granero.

Ahora mismo.

Detrás de la escotilla con su nuevo candado.

Está pensando en bajar las escaleras.

Ella no.

Esta noche no. No con ese mensaje en su teléfono que dice que sabemos lo que estás haciendo, y que también dice que somos varios, y que también dice que te estamos observando ahora mismo.

Esta noche no tiene fuerzas para hacerlo.

Ella tiene algo más importante que hacer.

Ella se acuesta en su cama.

Ella cierra los ojos.

Y por primera vez desde que llegó a esta casa —por primera vez sin las sustancias químicas en su sangre, sin las pastillas blancas que disminuyen la formación de recuerdos— se sumerge en el verano de 1997.

Música.

Vino.

El niño de ojos claros.

Ella se acerca al borde.

Y esta vez, algo del otro lado empieza a tomar forma.

19

Marc el primo

La mañana llega con un tipo de luz diferente.

No hay sol: noviembre no ofrece sol, no en el Périgord en esta época del año, no en este valle enclavado entre colinas y bosques. Pero hay algo más intenso en el aire, esa cualidad particular de un día frío y seco que define los contornos, elimina la borrosidad, obliga a que las cosas sean como son, sin los efectos suavizantes de la niebla o el viento.

Camille lleva despierta desde las seis.

Durmió tres horas. Quizás cuatro. Un sueño profundo y sin sueños; el sueño de alguien cuyo cerebro ha decidido desconectarse por necesidad biológica, no por elección. Despertó con una claridad mental que no había experimentado desde que llegó a esta casa.

La química desaparece.

Anoche tiré el medicamento por el inodoro.

Ella percibe la diferencia: sutil, pero real. Como ponerse las gafas después de pasar el día entrecerrando los ojos. No hay una revelación dramática, ni un recuerdo que aflore desde las profundidades del olvido. Solo una ligera mayor nitidez. Un toque más de precisión en las conexiones.

Ella baja a las siete en punto.

La casa está en silencio; Hélène aún no ha llegado, o quizás ya salió. Julien duerme. Élise también. Tiene la cocina para ella sola.

Ella no toca la cafetera.

Ella trajo sus propios sobres de café instantáneo, que compró ayer en Sarlat, en la misma farmacia donde casi compró otra cosa, precisamente con la idea de no depender más de lo que le preparan en esa cocina.

Hierve agua en la vieja tetera eléctrica. Se prepara el café. Se lo bebe de pie junto a la ventana.

Está pensando en Marc Dubreuil.

Piensa en lo que él le contó ayer en Trémolat; sabe que no todo, que había omitido algunas cosas. No por mala voluntad, sino por precaución. La precaución de un hombre que ha visto lo que les sucede a quienes hablan con demasiada precipitación, que vio a Mireille Castel desaparecer en un río dos semanas después de haber alzado la voz.

Le había prometido enviarle el archivo.

Todavía no lo había enviado.

Ella saca su teléfono.

Ella marca el número que él le dio: un número de móvil, memorizado con esmero, no guardado en sus contactos. En esta casa donde los teléfonos se clonan y los mensajes se falsifican, ya no confía en su agenda.

Suena una vez.

Solo uno.

"Camille."

Había contestado antes del segundo timbrazo.

Su voz... la analiza de inmediato, un reflejo desarrollado tras diez días de conversación en una casa donde las voces siempre hablan más alto que las palabras. Su voz es tensa. No soñolienta, no sorprendida. La voz de alguien que estaba esperando.

"Me estabas esperando",dijo ella.

"No dormí mucho."Una pausa. "Supongo que tú tampoco."

"No."

"¿Estás bien?"

Esta pregunta, formulada con auténtica preocupación, no por cortesía, transmite sinceridad, algo que indica que Marc Dubreuil se preocupa por ella y que esta preocupación no es fingida.

"Hay guantes quirúrgicos en el establo",dijo ella.

Silencio.

"Guantes quirúrgicos."

"Desgastado. Usado. Todavía húmedo anoche. Y una trampilla en el suelo del granero con un candado nuevo."

Ella puede oírlo respirar.

"Están moviendo algo",dijo.

"Eso es lo que pienso."

"Thomas Avril."

"Probable."

Un largo silencio en la línea.

No es un silencio vacío, sino el silencio de alguien que piensa, calcula, mide. Oye el ruido de fondo de su casa: algo del exterior, quizás el viento o el río. Ese río que corría junto a Trémolat y también junto al lugar donde encontraron a Mireille Castel.

"El archivo,"—dijo ella—. Me dijiste que lo compartirías.

"Lo sé."

"No puedo esperar. La casa se va a vender. Están retirando las pruebas. Si tienes cosas que no tienes ya..."

"Lo sé, Camille."Pronunció su nombre con una dulzura que la sorprendió; no era familiaridad, sino algo más inusual. Reconocimiento. Como si la conociera desde hacía más tiempo que el encuentro de ayer. Como si su nombre ya estuviera en sus archivos, en sus notas, en los años de reflexión sobre este caso. «Estoy dispuesto a compartirlo. Pero no por teléfono. Ni por correo electrónico».

"Para qué ?"

"Porque sus recursos no son míos. Y si alguien clona tarjetas SIM en tu propia casa..."

"Crees que también pueden monitorear tus comunicaciones."

"No creo que estemos corriendo ese riesgo."

Ella lo entiende.

Ella lo entiende y lo acepta porque él tiene razón y porque Marc Dubreuil sobrevivió diecisiete años con este caso precisamente porque había aprendido a no correr riesgos innecesarios.

"¿Entonces cómo?"

"Cara a cara. Voy para allá."

"En casa ?"

"No."Categórico. "No en esta casa. No en Saint-Cyprien. Hay una posada en Beynac: La Roque Dorée, en la plaza. ¿La conoce?"

"Lo encontraré."

"Esta noche a las 7 de la tarde reservaré una mesa. Cenaremos. Charlaremos."Una pausa. "Y yo traeré todo."

"Todo."

"Todo lo que sé sobre Mireille Castel. Sobre Thomas Avril. Sobre los Dubreuil."Su voz se endureció ligeramente, no contra ella misma, sino contra algo más, algo antiguo. «Esperé diecisiete años. Podría haber actuado antes. Debería haber actuado antes. Pero tenía miedo, y ellos me asustaron, y…» Hizo una pausa. «Esta noche. Beynac. A las siete.»

"Voy a estar allí,"dijo Camille.

Ella cuelga.

Terminó su café.

Piensa en Marc Dubreuil, aquel hombre solo en su casa de Trémolat con sus archivos y sus años de silencio, aquel periodista que dejó de escribir artículos en 2010 porque algo se lo impidió. Todavía no le ha preguntado por qué lo hizo. Esta noche, lo hará.

Piensa en lo que él dijo: todo lo que sé sobre los Dubreuil. No solo sobre Mireille Castel. Los Dubreuil. La familia. Ella. Lo que él sabe sobre Édouard, Hélène y Julien, y lo que se ha construido en esta casa durante treinta años.

Quizás él sabe algo sobre ella.

Ella guarda su teléfono.

El día transcurre lentamente.

Ella lo vive con la tensa paciencia de quien espera algo importante y debe guardar las apariencias mientras espera. El almuerzo en la mesa familiar —Hélène, Julien, Élise—, ese ritual inmutable que cada vez se parece menos a una comida familiar y más a una negociación de paz entre países que dejaron de hablarse con franqueza hace mucho tiempo.

Julien la mira de reojo al comienzo de la comida.

Esa mirada... ella lo lee. Los mensajes de texto de anoche. No hablamos de eso delante de ellos. Ella asiente imperceptiblemente.

Él asiente con la cabeza en respuesta.

Ese lenguaje silencioso entre ellos —grotesco, necesario— es un signo de lo que esta casa les hace a quienes la habitan. Los convierte en cómplices contra su voluntad.

Por la tarde.

Ella llama a Marion desde su habitación.

Una breve conversación; no puede ser larga, no sabe si la línea está clara, ya ni siquiera sabe qué es claro en ese ámbito. Le dice a Marion que las cosas están avanzando. Que la situación se está volviendo seria. Que necesita que guarde los documentos.

"¿En serio, cómo?"dijo Marion.

"Tan grave como un muerto en un sótano y gente moviendo las pruebas."

Silencio en la línea.

"Camille."

"Lo sé."

"Deberías ir a la comisaría."

"La policía local juega al rugby con mi hermano. Y el presidente del consejo departamental hizo que el caso se cerrara en 1997."

Otro silencio.

"¿Así que lo que?"

"Estoy construyendo. Estoy reuniendo. En dos o tres días tendré suficiente para seguir adelante. No a la policía local, sino al fiscal de Périgueux, o mejor aún, al de París."

"¿Y hasta entonces?"

"Hasta entonces, tendré cuidado."

Marion no dijo nada durante unos segundos.

"Viernes,"—dijo finalmente—. Si no tengo noticias suyas para el viernes, revisaré mi correo electrónico y llamaré a la persona correspondiente.

"Por eso te amo",dijo Camille.

Ella cuelga.

Seis y media.

Ella se baja.

Hélène está en la sala de estar. Julien no está a la vista. Élise está en su habitación.

"Voy a salir a comer",Camille le dijo a Hélène.

Su madre levanta la vista de su labor de punto.

"¿Esta noche?"

"Necesito aire."

La mirada de Helene: esa evaluación rápida y minuciosa que no pasa nada por alto. ¿Qué ve? ¿Una chica que necesita respirar, o algo más específico, algo que se suponía que la medicación de la maleta debía prevenir y que, sin embargo, está ocurriendo?

"Hace frío,"dijo Hélène.

"Tengo mi abrigo."

Ella sale.

Beynac.

Quince kilómetros. La carretera discurre junto al río Dordogne: esos acantilados de piedra caliza blanca que se alzan en la margen derecha, el castillo medieval que se yergue en la oscuridad, las luces del pueblo junto al agua. Ella conoce Beynac; venía de niña para las excursiones que su padre organizaba en los días de lluvia, cuando no podían salir.

La Roque Dorée. Una posada de pueblo: fachada de piedra, ventanas iluminadas, el aroma de la comida que se extiende por la calle.

Ella entra.

Marc ya está aquí.

Una mesa al fondo; había pedido esa mesa, otra vez por precaución, para no ser visto desde la calle. Está sentado con una cerveza sin tocar, los codos apoyados en la mesa, las manos entrelazadas, con el aire de alguien que tiene algo importante que decir y que ha pasado las últimas horas preparándose para decirlo.

Él levanta la vista cuando ella entra.

Tiene una mochila a sus pies: una vieja y abultada bolsa de lona, del tipo que se usa cuando se llevan muchos papeles y no se tiene mucha fe en las maletas rígidas.

Ella se sienta frente a él.

"¿Tuviste problemas para salir?"dijo.

"No."

"BIEN."Mira a su alrededor; un acto reflejo, una comprobación, como la que usan las personas cautelosas para evaluar un lugar. La sala está medio llena. Gente del lugar, algunas parejas, nada alarmante. «Lo traje todo», dice.

Golpea la bolsa con el pie.

"Dime."

Habla durante una hora.

Ella come poco; pide algo para que parezca una cena, para que la mesa tenga el aspecto que debería, y come distraídamente, con la mirada fija en Marc, con toda su atención puesta en lo que él dice.

Le contó todo lo que sabía.

Se lo contó a Mireille Castel con sus propias palabras, con más detalles que el día anterior, ahora que había decidido contárselo todo. Esa noche, Mireille había visto a Julien y a otros dos hombres llevar algo del granero al sótano de la casa principal. Pensó que estaban moviendo cosas, muebles, algo pesado. Lo había olvidado —o intentado olvidarlo— hasta que Thomas Avril se convirtió en noticia en el periódico local y todo cobró sentido.

Ella lo sabía.

Lo había guardado durante nueve años.

Entonces fue a buscar a Marc.

Le contó lo que Mireille le había dado, no solo su testimonio verbal, sino algo más concreto. Una fotografía que ella había tomado meses después de la muerte de Thomas Avril, cuando regresó a la propiedad para recuperar algunas pertenencias olvidadas. Una fotografía del suelo del sótano.

Antes de verter el hormigón.

Una fotografía que mostraba tierra recién removida.

Marc saca la foto de la bolsa. La coloca sobre la mesa entre ellos.

Camille la mira.

El terreno era de tierra apisonada. Un rectángulo de tierra recién removida, diferente del resto. Aún no nivelado, aún no compactado.

Una tumba improvisada.

También le dijo algo más.

Le dijo los nombres de los otros dos chicos que habían estado allí esa noche; Mireille le había dado descripciones físicas y Marc había investigado. Dos chicos del pueblo. Uno que se había ido a vivir a Burdeos después de terminar el bachillerato y había construido allí

una vida normal, con su familia, su trabajo y sus domingos en una terraza, una vida construida sobre el silencio que rodeaba lo que había hecho a los dieciséis años. El otro, menos normal. El otro cuyo nombre Marc dudaba en mencionar porque ese nombre tenía connotaciones.

"Dime,"dijo Camille.

Marc la mira.

"Antoine Moreau."

El teniente de la gendarmería.

Aquel que se había hecho cargo del caso de la muerte de Edward.

El que jugaba al rugby con Julien.

Deja el tenedor.

Piensa en el teniente Moreau, que la había invitado a la gendarmería tras su investigación en los archivos, que había sido muy amable, demasiado amable. Piensa en Vernet, que le había dicho que lo conocía desde niño y que se había quedado con la foto del coche en lugar de ir a la gendarmería.

Vernet lo sabía.

Vernet sabía desde el principio que Moreau estaba involucrado.

"Moreau,"dijo ella.

"Sí."

"Él estuvo allí esa noche."

"Tenía dieciséis años. Era amigo de Julien."Marc toma su cerveza, que aún no ha bebido. La hace girar entre sus manos. «Y durante treinta años se ha asegurado de que nada vuelva a salir a la luz. El caso de Thomas Avril en 1997. El caso de Mireille Castel en 2007; él fue quien concluyó que fue un accidente. Y la muerte de tu padre...»

"Clasificado como accidente."

"Clasificado como accidente."

Se miran el uno al otro.

Hay algo en esta conversación, algo profundo y definitivo, como cuando terminas de construir algo y finalmente lo ves completo, en todas sus proporciones. Tres muertos. Treinta años de un muro de silencio mantenido por hombres que habían sido niños aquella noche y que habían crecido cargando con ese peso.

Juliano.

Moreau.

Una tercera, en Burdeos, con su vida cotidiana.

Y a su alrededor, los adultos que habían optado por encubrirlo. Hélène. Édouard. Leroux. Y alguien más, alguien que movía los hilos desde fuera, que tenía los medios para que los casos se cerraran, que tenía la red para mantener a los muertos muertos.

Juan Villemont.

"El archivo,"—dijo ella—. ¿Me lo darás esta noche?

"Sí."Deja la cerveza. «Y mañana vas a Périgueux. No a la gendarmería. Directamente a la fiscalía. Le preguntas al fiscal. Le das toda la información».

"Y tú ?"

"Voy a regresar a Trémolat. Estoy preparando mi propia denuncia, en nombre de Mireille, por las amenazas que recibí en aquel entonces. Y me pondré en contacto con un colega en París que conozco. Alguien que no depende de este departamento."

Saca el archivo de la bolsa.

Una carpeta de cartón grueso y azul con una cuerda alrededor. La coloca sobre la mesa entre los platos.

"Todo está ahí",—dijo—. Las notas de Mireille. La transcripción de su testimonio. La investigación que realicé tras su muerte. Las conexiones que establecí entre familias, entre nombres. —La miró—. Y algo más.

"Qué ?"

"Cartas. Tu padre me envió cartas. Cuatro, en los últimos dos años. Me contaba cosas. Se estaba preparando."Hace una pausa. "También me envió copias de algunas páginas del cuaderno."

El cuaderno.

Su padre le había enviado copias del cuaderno a Marc Dubreuil.

Copias de seguridad. Evidencia fuera de la casa, en manos ajenas.

Su padre había hecho lo que tenía que hacer. Quizás lo hizo demasiado tarde, pero lo hizo.

"Él confiaba en ti",dijo Camille.

"Apenas me conocía. Pero sabía lo que yo llevaba buscando desde 2007. Y sabía que no me había rendido."Marc mira la carpeta azul sobre la mesa. "En su última carta me dijo que si le pasaba algo, debía dártelo todo a ti. No a otros. A ti."

Piensa en la caja metálica que hay en el armario detrás del ropero.

Al sobre vacío en casa de Vernet.

En cualquier caso, su padre había intentado dejarle algo.

Ella toma el embrague.

Ella lo guarda en su bolso.

"Bagazo."

Él la mira.

"¿Por qué dejaste de firmar artículos en 2010?"

Sonrió, pero no era una sonrisa de verdad, sino algo amargo y viejo.

"Mi hija tenía dos años. Mi esposa estaba embarazada de nuestro segundo hijo. Alguien aparcó un coche delante de nuestra casa tres noches seguidas. No había nadie dentro. Simplemente estaba allí. Para que pudiéramos verla."

"Una advertencia."

"Una advertencia."Finalmente, dio un sorbo a su cerveza. "Lo dejé. Pensé que volvería a empezar cuando los niños fueran mayores. Y luego pasan los años."

"¿Ya son adultos?"

"Diecinueve y diecisiete años."Deja la cerveza. «Y tu padre me escribió. Y comprendí que si seguía esperando, acabaría mi vida en Trémolat con archivos en cajas y un río fluyendo bajo mi ventana».

Camille lo mira.

Piensa en lo que cuesta reabrir esto después de diez años. En revivir el miedo y decidir que esta vez ya no es suficiente.

"GRACIAS,"dijo ella.

"No me des las gracias todavía."dijo. El mismo "no me des las gracias" que Vernet, en el mismo registro de alguien que sabe que las gracias son prematuras.

Se separaron a las 9 de la noche.

Regresa a su coche. Coloca la bolsa en el asiento del pasajero. Arranca el motor.

Se encuentra a diez kilómetros de Beynac cuando suena su teléfono.

Bagazo.

Ella contesta el teléfono usando el kit de manos libres.

"¿Bagazo?"

Su voz.

Su voz ha cambiado.

No es la misma voz que una hora antes; no es la voz del hombre que había decidido, que se sentía aliviado de haber decidido, que llevaba sus archivos en su vieja bolsa de lona con algo que recuperar sobre sus hombros.

Esa voz es diferente.

Plano. Contenido. Algo cuidadosamente controlado, como alguien que habla sabiendo que lo están escuchando.

"Lo he pensado."

Ella agarra el volante.

"Bagazo-"

"Olvídate de todo eso."

Ella no dijo nada.

"Es demasiado peligroso. Para ti. Para mí. Para la gente que nos rodea."Una pausa. "Devuélveme el archivo. Olvida que alguna vez nos conocimos. Vuelve a Lyon y déjalo ahí."

"Marc, ¿quién está contigo?"

Silencio.

"Persona."

"Tu voz..."

"Buenas noches, Camille."

Cuelga el teléfono.

Está rodando.

Conduce en la oscuridad por la carretera que discurre junto al río Dordogne, con los acantilados de piedra caliza blanca a su derecha y el río negro a su izquierda, sujetando el volante con ambas manos mientras reflexiona sobre lo que acaba de oír.

Esa voz.

Esa voz de alguien que le habla a alguien que está detrás.

O con alguien al teléfono al mismo tiempo, usando un auricular, una segunda línea.

O con alguien de pie frente a él, con los brazos cruzados, esperando a que diga las palabras adecuadas.

Alguien había llegado a Trémolat mientras ella regresaba a casa.

Alguien sabía que se habían visto.

Alguien sabía dónde estaba esta noche a pesar de las precauciones, a pesar de la salida discreta, a pesar de que era Beynac en lugar de Saint-Cyprien.

Sabemos todo lo que haces.

Ella agarra el volante.

Piensa en Marc Dubreuil solo en su casa junto al río.

Piensa en Mireille Castel, que está en ese mismo río.
Piensa en su padre, que está al pie de la escalera.
Está acelerando.
Ella no volverá a casa de inmediato.
Tiene una bolsita azul en el asiento del pasajero.
Y Marc Dubreuil no volverá a llamar jamás.

20

Helen se está volviendo loca

Ella llega a casa a las 10:30 de la noche.

La casa está iluminada: la sala, la cocina, la luz del pasillo de la planta baja que se filtra por debajo de la puerta principal a través de las rendijas de las viejas contraventanas. Aparca el coche en la entrada. Apaga el motor. Se sienta durante treinta segundos en el silencio recién descubierto.

La bolsita azul está en su bolso.

La puso al fondo, debajo de sus cosas, tapada por la chaqueta doblada. Piensa en Marc Dubreuil: en su voz cambiada, en el final abrupto de la llamada. Intentó llamarlo dos veces desde Beynac, desde la carretera. Buzón de voz. Le envió un mensaje de texto: ¿Estás bien? No hubo respuesta.

No podrá regresar a Trémolat esta noche.

Ella puede asegurarse de que la bolsa azul esté a salvo.

Ella sale del coche. Ella entra en la casa.

La planta baja es tranquila.

La sala de estar está vacía pero iluminada; alguien había dejado la lámpara encendida, un descuido doméstico o una señal inconsciente. La apaga. Se dirige hacia las escaleras.

La puerta de la oficina.

Ella se detiene.

Un rayo de luz bajo la puerta.

Permanece inmóvil por un instante.

Ella suma todo: la bolsita en su bolso, Marc Dubreuil que ya no la llama, los guantes en el granero, la trampilla con su nuevo candado. Lo suma todo y decide.

Ella empuja la puerta para abrirla.

Helena.

De pie en medio del estudio de su difunto esposo, sin sentarse, inquieta, como alguien que acaba de entrar y aún no ha decidido qué hacer allí. Los brazos ligeramente separados del cuerpo. El vestido negro. El cabello perfectamente recogido, como siempre, esa armadura de aplomo que nunca falla.

Y en sus manos.

Una foto.

Entra Camille. Hélène oye —siempre lo ha oído todo— y, en ese reflejo que precede al pensamiento consciente, cierra las manos sobre la foto, le da la vuelta y la desliza detrás de ella.

Demasiado tarde.

Camille lo vio.

No es la foto en sí, sino el gesto.

Este gesto, el gesto de alguien que oculta algo. Este gesto que dejaba claro lo que sostenía, no quería que Camille lo viera. No por cálculo, no por estrategia, sino por instinto. Por un reflejo protector.

Pero eso no es lo que detiene a Camille.

Lo que lo detiene es el rostro de su madre en la fracción de segundo antes de que la foto desaparezca.

Hélène Dubreuil tiene sesenta y cuatro años.

Ha lucido una máscara de mármol desde que se hizo adulta, tal vez desde antes, tal vez desde la infancia, esta forma de haberse construido sobre una fachada, sobre una superficie impermeable.

Pero en esa fracción de segundo, antes de que la máscara reapareciera.

Dolor.

No es culpa, sino algo más simple y devastador. Es un dolor real y genuino, de esos que no necesitan contexto para ser reconocidos

porque son propios de la especie, porque toda criatura que siente lo reconoce en otra.

Su madre había visto esa foto y le había dolido.

Camille no dijo nada de inmediato.

Entra en la oficina. No se sienta. Permanece de pie, a dos metros de su madre, bajo la luz amarilla de la lámpara de escritorio que Hélène había encendido.

La oficina: el secante verde, la estantería, el armario recolocado contra la pared del fondo. Ella lo anota todo mecánicamente, de pasada, como un registro automático que nunca se detiene.

Hélène le dio la espalda.

Un movimiento lento y controlado, que evoca dignidad pero que es algo completamente distinto. Alguien recuperando el control de su rostro antes de darse la vuelta. Alguien ensamblando las piezas de la máscara una tras otra, con la precisión de quien lo ha hecho miles de veces y puede hacerlo incluso en estado de shock.

Cuando se da la vuelta, la máscara sigue ahí.

Casi.

No exactamente.

Hay algo en los ojos, algo que sobrevivió a los diez segundos de recomposición, algo que no cabe dentro de la máscara. Esa ligera humedad, tal vez. Ese leve enrojecimiento en el borde de los párpados.

Hélène lloró antes de que entrara Camille.

Hélène, que no había derramado ni una lágrima sobre el ataúd de su marido, que había organizado el funeral con la eficiencia de una organizadora profesional, que estaba tomando su té cuando llegaron los servicios de emergencia, lloró sola en aquella oficina a las 10 de la noche de un jueves.

"Llegaste tarde a casa."dijo Hélène.

"Sí."

"¿Has comido?"

"Sí."

El diálogo superficial. Las frases que dicen algo más de lo que dicen, pero esta noche suenan diferente. Esta noche suenan como lo que realmente son: mujeres que no saben cómo hablarse entre sí y que llenan el vacío con preguntas sobre comida.

Camille mira la mano de su madre; su mano derecha, detrás de su espalda, todavía sosteniendo la fotografía.

"Muéstrame."

"No."

"Mamá."

Esa palabra... casi nunca la usa. Piensa en Hélène, lo ha hecho durante años, porque Hélène se mantuvo distante, y esa distancia era necesaria. Mamá dice otra cosa. Mamá dice que aún hay algo entre ellas, incluso ahora.

Helen escucha esa palabra.

Algo se agita en su rostro, algo infinitesimal, pero real. Como si la palabra hubiera tocado algo bajo el mármol.

Ella saca la foto de detrás de su espalda.

La sostiene frente a ella por un instante, no para dársela a Camille, sino para mirarla un segundo más. Esa mirada de una mujer que se despide de algo.

Luego ella lo entrega.

Camille toma la foto.

Édouard Dubreuil.

Joven, muy joven, veinticinco, treinta como mucho. De pie en un jardín que no pertenece a esta casa, un jardín diferente, más pequeño, con una valla de madera blanca que ella no reconoce. Él sonríe. Una sonrisa genuina, no la sonrisa forzada que conoce de las fotos familiares oficiales, algo más sencillo, menos artificial.

Alguien distinto a lo que se ha convertido.

Junto a él, una mujer.

Una joven de unos veinte o veintidós años. Reconoce a Hélène con cierta demora, pues esta Hélène es muy diferente de la que conoce. Lleva el pelo suelto sobre los hombros. Una sonrisa, una sonrisa sincera, la misma que no aparece en las fotos familiares que conoce. Está frente a Édouard. Él está frente a ella.

Se miran el uno al otro.

Estos dos jóvenes se miran de una manera que Camille jamás había visto entre ellos.

Ternura.

Alguien había amado a alguien.

Antes de que todo esto comience.

"Eras feliz",dijo Camille.

Eso no es una pregunta.

Hélène la mira. Esos ojos azules que han recuperado su distancia habitual, pero no del todo, no completamente. Algo permanece.

"Todos hemos sido otra persona en algún momento."dijo ella.

Su voz. Esta noche tiene una textura diferente: no la precisión clínica de las comidas familiares, no ese tono de mujer que lo controla todo. Algo más crudo. Cansancio, tal vez. O algo más: ese matiz que se percibe en la voz de la gente a altas horas de la noche, cuando sus defensas están agotadas.

"¿Cuándo cambió eso?"dijo Camille.

Hélène no responde de inmediato.

Se sienta en el sillón de cuero, el sillón de su difunto esposo. Se sienta como quien finalmente se permite algo que antes estaba prohibido. O como quien ya no le importa lo que estaba prohibido.

"La primera vez que me di cuenta de que tu padre no era quien yo creía que era",Ella dijo: "Tenías dos años".

Camille se sienta en la silla de enfrente.

No dijo nada. Lo dejó pasar.

"Él tenía actividades. Cosas que yo desconocía. Gente. Deudas que no eran de dinero. Deudas de otra índole."Ella mira sus manos, que descansan sobre los reposabrazos de la silla. «Lo comprendí gradualmente. No de golpe; nunca de golpe con este tipo de cosas. Poco a poco. Un detalle que no encaja. Una ausencia inexplicable. Una forma de cambiar de tema».

"Y tú decidiste quedarte."

"Tuve tres hijos. Una casa. Vengo de una familia que no tenía nada. Tu padre me dio algo."Una pausa. "Es una mala razón, lo sé. Pero a menudo las malas razones son las únicas que tenemos."

Camille lleva veinticinco años pensando en Elise, que está en su habitación tomando su medicación. Cree que quedarse allí es costoso, no para Hélène, sino para sus hijos.

Ella no lo dice.

Ahora no.

"Julio de 1997,"dijo Camille.

La forma en que el cuerpo de Helen reacciona a esta cita no es un comienzo, nada tan obvio. Algo más sutil. Una ligera rigidez en sus hombros. Sus manos se aprietan ligeramente sobre los reposabrazos.

"Sí."

Una palabra.

"Sabías lo que había pasado."

"Esa noche no."Hace una pausa. "A la mañana siguiente. Julien me lo contó."

"Julien te lo dijo."

"Sí."

"Y tú decidiste."

"Ya lo he decidido."Su voz no tiembla. Lo dice con la honestidad particular de alguien que hace tiempo superó la etapa de la

justificación y que dice la verdad. «Miré a mi hijo de dieciséis años y tomé una decisión».

"Thomas Avril también tenía dieciséis años."

Silencio.

"Lo sé."

Esas dos palabras. Las mismas que, lo sé, dijo Leroux. Lo que dicen los culpables cuando ya no tienen nada que defender.

"Medicamentos,"dijo Camille.

Helen levanta la vista.

"La medicina que me pusiste en el té. ¿Durante cuánto tiempo?"

Un largo silencio.

"Durante los últimos días. Leroux había dicho que era necesario. Que habías visto algo esa noche y que..."

"Lo que había visto. ¿Qué había visto?"

Helen la mira.

"Seguiste a Julien. A petición suya; te había pedido que fueras a ver algo al jardín. Y cuando las cosas se torcieron, allí estabas."

"¿Qué he hecho?"

"Nada."

"Nada."

"Tenías quince años, estabas paralizado por el miedo y no hiciste nada."Hélène lo dijo sin juzgar, con precisión clínica. «Eso es lo que hiciste. Nada».

El agujero negro.

Esa pared lisa que Camille ha estado buscando desde su llegada... no es lo que hizo. Es lo que no hizo. El peso de la inacción, de la parálisis, de una chica de quince años paralizada por el miedo ante algo enorme.

Sabes lo que hiciste esa noche.

Ella no había hecho nada.

Eso era lo que atormentaba a todos.

No es un delito. No es participación. Es el shock de un niño.

Y alguien había utilizado eso, había convertido esa ausencia en un arma, había hecho creer a Camille que era culpable de algo, había mantenido la duda para usarla como palanca.

"¿Quién me envió el mensaje?"Camille dijo: "Sabes lo que hiciste esa noche".

Hélène no responde.

"¿Eras tú?"

"No."

"¿Julien?"

"No."

"¿Entonces quién?"

Helene se levanta.

Se acerca a la ventana. Mira el jardín en la oscuridad; ese jardín que ha estado mirando durante cuarenta años, desde la ventana de esa casa que se suponía que sería su vida y que se había convertido en su prisión.

"Hay gente,"Ella dijo: "Eso ni tú ni yo lo controlamos".

"Villemont."

Ella no lo confirma. Ella no lo niega.

"Hay gente que tiene tanto que perder como nosotros. Quizás incluso más. Gente que ha construido toda una vida sobre este silencio. Y cuando alguien amenaza ese silencio..."

"Están tomando medidas."

"Siempre han actuado."

Camille también se levanta.

Ella da dos pasos hacia su madre.

"Mireille Castel."

Helene cierra los ojos.

"No debería haber hablado."Su voz es baja. *"No sabía que iban a..." Se detiene. "No lo sabía."

"Podrías haberle advertido."

"Sí."

"Tú no lo hiciste."

"No."

Un largo silencio.

"¿Y papá?"dijo Camille.

Hélène abre los ojos. Se queda mirando el jardín oscuro.

"Tu padre quería hablar. Pensé que podría disuadirlo. Hice arreglos para que se vendiera la casa para demostrarle que podíamos irnos, que podíamos empezar de nuevo en otro lugar, que ellaSe detiene. "No quería irse. Quería hablar."

"Entonces alguien lo empujó."

"Yo no lo empujé."

"Pero sabías que alguien lo iba a hacer."

El silencio que siguió fue la peor respuesta que Hélène podría haber dado.

Camille mira a su madre por detrás: esa espalda recta, esos hombros que han soportado cosas imposibles durante décadas con la única fuerza de su rigidez.

Ella entiende algo.

Lo había presentido durante varios días: algo que no encajaba con la imagen de Hélène como la principal manipuladora, la directora fría y calculadora. Algo que se resistía a esa imagen.

Hélène no es la directora de orquesta.

Hélène es una persona que hace treinta años se vio en una situación imposible e hizo lo que hacen las personas en situaciones

imposibles: apretó los dientes, se aferró a la situación y sacrificó todo lo que pudo sacrificar para mantener el equilibrio.

Su propia libertad.

Sus hijos.

Su marido.

Ella es una prisionera.

Desde el principio.

Desde aquella mañana en que Julien se lo contó y ella miró a su hijo de dieciséis años y tomó la decisión equivocada.

"Nunca debiste haber regresado."dijo Hélène.

Su voz.

No era una amenaza. No tenía el tono de las advertencias que había escuchado en esa casa: Julien diciéndole que no tenía ni idea de lo que estaba provocando, el mensaje anónimo, la figura fuera de su ventana. No era eso.

Algo más sincero.

Algo maternal, casi.

"Si no hubieras venido, estarías a salvo."

"Y Thomas Avril permanecería en el sótano."

Hélène no dijo nada.

"Y Mireille Castel permanecería en el río."

Silencio.

"Y papá se quedaba al pie de la escalera y nadie se enteraba jamás."

Ella no está esperando una respuesta.

Ella gira la cabeza hacia el escritorio.

Lo hace inconscientemente: ese movimiento de su mirada que recorre el espacio, ese proceso automático que continúa incluso en momentos de gran tensión. Barre el escritorio de su padre.

Y ella ve.

Detrás de Helen.

Sobre el secante de cuero verde.

Una carta.

No era la que había estado buscando desde el principio: ni la carta de ocho páginas de Edward, ni su confesión. Otra. Un sobre abierto, con el papel desplegado a su lado, unas pocas líneas visibles desde donde ella estaba.

El encabezado.

Tiene que entrecerrar los ojos para leer desde esta distancia con esta luz.

Pero ella lee.

Ministerio de Justicia.

Y a continuación, en letra más grande.

Asunto: Reapertura de la investigación — Caso Avril (1997) — Tras la remisión a la división judicial.

Camille no se mueve.

Ella lee estas dos líneas tres veces.

Se reabrió la investigación.

El asunto de abril.

Alguien se había puesto en contacto con el ministerio.

Alguien había hecho el viaje; no la policía local, ni la fiscalía de Périgueux, sino directamente al ministerio. Alguien con la suficiente determinación o los suficientes contactos como para hacer llegar el caso al despacho de un ministro.

Su padre.

Las cartas enviadas a Marc Dubreuil. Las copias del cuaderno. Pero no solo a Marc; su padre también las había enviado a otros lugares. Más al norte de la frontera. Antes de morir, había sembrado su semilla por todas partes.

O el propio Marc: los contactos que había mencionado, el colega en París, alguien que no depende de este departamento.

O ambas cosas.

Hélène siguió su mirada.

Ella se da la vuelta.

Ella ve lo que vio Camille.

Y entonces, por segunda vez esta noche, algo se refleja en el rostro de Hélène Dubreuil que la máscara no logra contener.

No por miedo.

Algo más complejo.

Alivio.

Fugaz, inmediato, aplastado al instante por algo más. Pero ahí estaba: una fracción de segundo de auténtico alivio. Como si una parte de su madre —la parte enterrada bajo treinta años de decisiones imposibles— se sintiera aliviada de que alguien finalmente se hubiera puesto en contacto con el ministerio. De que las cosas se hubieran puesto en marcha. De que lo que había estado sellado en el hormigón de un sótano finalmente estuviera saliendo a la superficie.

Entonces el otro bando toma el control.

Miedo.

"Esta carta no es para ti."dijo Hélène.

Su voz ha recuperado el equilibrio. Casi.

"La vi",dijo Camille.

"Lo que viste no cambia nada."

"Eso lo cambia todo."

Ella sale de la oficina.

Ella vuelve a subir las escaleras.

Entra en su habitación. Saca la bolsita azul de Marc de su bolso. La abre. Empieza a leer.

Y mientras lee —mientras reconstruye con los documentos de Marc, el cuaderno, las fotos y el anillo de sello que lleva en el bolsillo— piensa en su madre sentada en el sillón de cuero de su difunto esposo, con una foto de jóvenes felices en sus manos.

Piensa en el alivio que se refleja en ese rostro.

Ella piensa que tal vez Hélène Dubreuil, en algún lugar debajo de todo lo que construyó para sobrevivir, estaba esperando a que alguien viniera y terminara lo que ella nunca supo cómo empezar.

No Camille.

Alguien.

Alguien con la rabia suficiente para resistir.

21

Julien en la oscuridad

Ella lee hasta medianoche.

La carpeta azul de Marc: ciento veinte páginas de notas, transcripciones, fotocopias de artículos, correspondencia. Ella lo lee todo. Metódicamente, en el orden cronológico que él había dado a sus documentos, esta obra maestra de un hombre que había dedicado diecisiete años a construir algo sin saber si alguna vez tendría la oportunidad de usarlo.

Las cartas de Edward.

Cuatro cartas. Escritas a mano en el mismo papel color crema que los cuadernos de su padre; esa caligrafía vertical y apretada que reconocería en cualquier parte. Las dos primeras eran de 2022: cartas cautelosas y oblicuas que daban vueltas a lo que querían decir sin llegar a expresarlo del todo. Las dos últimas, de 2024, eran diferentes. Más directas. Más urgentes.

La cuarta, fechada el 29 de octubre, once días antes de su muerte.

Ella lo lee al final.

Bagazo,

Ya no tengo tiempo para encontrar las palabras adecuadas, así que usaré las únicas que me quedan: las verdaderas. Alguien en esta casa sabe que voy a hablar. Quizás varias personas. Quizás también alguien de afuera; ya sabes en quién estoy pensando. No me hago ilusiones sobre lo que significa.

Envié los documentos al ministerio. Mi abogado en París tiene copias de todo. Ustedes tienen lo que tienen. Si desaparezco, los documentos están ahí. Úsenlos.

Para Camille, si viene, denle todo. Es la única que tendrá el valor de resistir hasta el final. No porque sea mejor que los demás, sino

porque es la única que realmente no sabía nada. La única cuya memoria sobrevivió a pesar de ellos.

Siento lástima por Thomas.

Eduardo

Ella permanece en esa última línea durante mucho tiempo.

Siento lástima por Thomas.

Cinco palabras.

Treinta años de silencio resumidos en cinco palabras en una hoja de papel color crema dirigida a un primo periodista que vivía en una casa junto a un río.

Ella deja la carta.

Piensa en su padre, en el hombre de la fotografía que Hélène había escondido, aquel joven sonriente en un jardín desconocido con una mujer que aún no era de piedra. Piensa en lo que fue de él. En lo que la culpa le hace a la gente a lo largo de treinta años: no lo que borra, sino lo que deja atrás.

El único cuyo recuerdo sobrevivió a pesar de ellos.

Él lo sabía.

Sabía que el agujero negro en su memoria no era un vacío, sino una resistencia. Su cerebro adolescente se había negado a aceptar algo que la medicación no había podido borrar por completo.

Ella guarda las cartas en la bolsa.

Ella apaga la lámpara.

No tiene ninguna intención de dormir.

Esta noche no, no con la carta del ministerio sobre el escritorio de su padre, no con Marc Dubreuil sin responder, no con la trampilla del granero y su nuevo candado. Yace en la oscuridad, con la mente a mil por hora y esa sensación —nueva, que surgió esta noche en la oficina con Hélène— de que las cosas están cambiando.

El mecanismo ya está en marcha.

Ya no es cuestión de si ocurrirá, sino de cuándo.

Y eso podría ocurrir muy pronto.

y media de la noche.

Ella oye algo.

No dentro de la casa, sino fuera. Una puerta discreta, con una abertura precisa para no sobrepasar el límite. La puerta de servicio, tal vez, esa que está al final del pasillo izquierdo, la que da directamente al lateral de la casa, la que nadie usa porque no da a nada práctico, solo al punto ciego entre el muro de piedra y el comienzo del jardín.

Ella se levanta.

Ella se acerca a la ventana.

El patio está a oscuras.

Abre la persiana un centímetro; un gesto aprendido, un centímetro suficiente para ver sin ser vista. Espera a que sus ojos se acostumbren.

Una silueta.

Lado izquierdo de la casa, junto a la pared. Alto, de hombros anchos, con ese gesto característico de un hombre alto que intenta hacerse pequeño: hombros ligeramente bajos, cabeza inclinada, esas concesiones al silencio que hacen las personas físicamente imponentes que no quieren ser vistas.

Juliano.

Se aleja del muro. Cruza el jardín. No va hacia el granero —ella lo nota enseguida—, esta noche no es el granero. Va hacia la parte de atrás. Hacia la parte del jardín que termina en el bosque: esos viejos robles que marcan el límite de la propiedad, esa frontera entre lo cultivado y lo salvaje que todas las casas de campo antiguas tienen en algún lugar.

Ella lo sigue con la mirada hasta que él desaparece en la oscuridad al fondo.

Luego se pone la chaqueta.

Sale por la puerta trasera, no por la de servicio, sino por la de la cocina. La cierra con cuidado. Cruza la terraza. Entra en el jardín.

Sin linterna.

Esta noche no hay luna; el cielo está cubierto por una densa negrura sin una sola estrella. Ella se mueve por la oscuridad del jardín con la memoria del espacio; ha contemplado este jardín desde su ventana suficientes veces como para conocer su geografía. El roble en el centro. Los macizos de flores a la derecha. El viejo banco de piedra junto al muro. Y a lo lejos, el borde.

Ella camina despacio.

No hace ruido.

El suelo está empapado; las lluvias de noviembre lo han transformado en algo esponjoso y silencioso que absorbe las pisadas. Ella lo agradece.

Ella ve la silueta antes de llegar al borde.

Juliano.

De pie.

Inmóvil.

De pie frente a un árbol —un roble más grande que los demás, justo en el límite entre el bosque y el jardín, uno de esos árboles centenarios con un tronco tan grueso como una persona—, le da la espalda. Tiene los brazos a los costados.

Él no hace nada.

Está aquí mismo.

Se detiene a unos quince metros de distancia.

Se coloca junto a un árbol más pequeño y desaparece en su sombra, creando así un camuflaje improvisado.

Ella espera.

Ella observa.

Julien no se mueve.

Esta quietud —la lee con toda la atención que ha desarrollado en esta casa— no es la quietud de quien espera. No es la quietud de quien busca, se prepara o calcula. Es algo distinto.

La inmovilidad de alguien que está allí simplemente por estar allí.

Simplemente estar allí.

Delante de este árbol.

En el frío de noviembre, pasada la medianoche, con las manos a los costados.

Piensa en la cicatriz que tiene en la mano.

Ella está pensando en "Y tú también".

Piensa en Julien a los dieciséis años, y en lo que significa esa edad, lo que pesa, lo que aún no pesa, esa falta de estructura interna que implica que algo terrible puede suceder y no tienes las herramientas necesarias para soportarlo.

Piensa en lo que treinta años de un secreto de esta naturaleza pueden hacerle a una persona.

No a la carrera profesional, no a la vida social, no a la imagen que uno proyecta, sino al interior. A lo que queda dentro cuando uno ha hecho eso, a los dieciséis años, y ha seguido viviendo como si así fuera.

Cinco minutos.

Siete.

Julien no se mueve.

Entonces algo cambia; no es visible ni audible, pero sí perceptible. Algo en la forma en que sus hombros se relajan ligeramente. Una pequeña liberación, como un suspiro contenido durante demasiado tiempo que finalmente se deja escapar.

Y en la luz casi inexistente de esta noche sin luna, Camille ve.

No con claridad. No con absoluta certeza, pero sí con la precisión suficiente para que su cuerpo reaccione antes de que su mente lo

comprenda.

Julien está llorando.

No con sollozos fuertes, no con ese ruido, no con esos espasmos que a veces producen las lágrimas. En silencio. Sus hombros apenas se movían. Su mano izquierda se alzaba y pasaba rápidamente por su rostro: ese gesto de un hombre que nunca llora y no sabe cómo hacerlo.

Este gesto.

Diez minutos.

Él se da la vuelta.

Ella no se mueve. Está a la sombra del árbol más pequeño, bastante lejos, la oscuridad es muy espesa. Él no la ve. Vuelve a pasar junto a ella a ocho metros; ella contiene la respiración, contiene todo, se queda lo más quieta posible.

Él pasa.

Regresa a casa.

Espera hasta que él entra. Espera dos minutos más para asegurarse de que no vuelva.

Luego camina hacia el árbol.

El gran roble.

Ella saca su linterna.

La enciende acercándola al tronco, con el haz de luz dirigido directamente a la corteza, no hacia arriba; no se ve luz desde la casa. Ilumina.

El maletero.

Una corteza antigua, plisada, surcada con estrías paralelas, con esa textura de robles viejos que recuerda a la piel envejecida. Ella mueve la lámpara lentamente.

Ella está buscando.

Lo encuentra a la altura del pecho.

En el lado del tronco que da a la casa, hacia el jardín, hacia el lugar desde donde Julien estaba mirando.

Un grabado.

Antiguo, no de ayer, ni de hace cinco años. Un grabado que el tiempo ha moldeado, que el árbol ha absorbido parcialmente al crecer, con los bordes redondeados y mimetizados con la corteza circundante. Alguien lo talló hace mucho tiempo. Cuando el árbol era más delgado y las letras estaban más juntas que ahora.

Dos iniciales.

JD

Y más abajo, separadas por una línea horizontal que el tiempo casi ha borrado.

SU

Camille fija estas cuatro letras en el haz de luz de su lámpara.

JD

SU

Julien Dubreuil.

Thomas Avril.

Dos nombres grabados uno debajo del otro en la corteza de un roble, al borde de un bosque, en el jardín de una casa que había guardado uno de ellos en su sótano durante treinta años.

Dos nombres.

Como dos nombres en una lápida.

Toca la corteza.

Ella pasa las yemas de los dedos sobre las letras: esos huecos en la madera, profundos al principio y que se vuelven menos claros con los años, pero aún legibles para alguien que sabe qué buscar.

Alguien lo había hecho.

Julien lo había hecho.

Dieciséis años. O diecisiete. O veinte, poco después. En algún momento, Julien Dubreuil había llegado a este árbol con un cuchillo o alguna otra herramienta y había tallado las dos iniciales una al lado de la otra.

JDy TA

Porque no podía poner una lápida. Porque no había tumba oficial, ni cementerio, ni adónde ir. Porque la única forma que se le ocurrió para que Thomas Avril existiera en algún lugar fuera del hormigón del sótano fue tallar sus iniciales en un árbol.

Ella baja la lámpara.

Ilumina el suelo.

Al pie del árbol, en la hierba empapada, en la tierra húmeda de noviembre, yacía allí.

Flores.

No es un ramo, nada formal ni comercial, de esas flores envueltas en celofán que se compran en una gasolinera. Solo unas pocas ramitas. Cuatro, cinco. Crisantemos blancos y ramitas de acebo con sus bayas rojas. Flores de noviembre, de temporada, recogidas o compradas para colocarlas allí.

Fresco.

No se ha desvanecido, ni siquiera en las primeras horas de marchitamiento. Se acostó esta noche. En menos de una hora.

Julien había traído flores.

Julien había llegado a este árbol en el frío de la medianoche, rodeado de crisantemos blancos y acebo.

Julien estaba llorando.

Camille permanece agachada al pie del árbol.

Ella apaga la lámpara.

Ella permanece en completa oscuridad, con las flores y las dos iniciales sobre ella, y el frío que emana de la tierra húmeda.

Piensa en Julien a los dieciséis años y en lo que empieza a comprender.

No es una absolución. Ella no es ingenua al respecto: Julien hizo algo terrible, participó en algo terrible, y treinta años de flores en una tumba improvisada no cambian eso. Los muertos siguen muertos. Thomas Avril tiene dieciséis años, para siempre.

Pero algo sucedió aquella noche de julio de 1997.

Algo que un accidente no resume, y quizás un asesinato tampoco.

Algo intermedio: esa zona turbia e irreductible de las cosas que suceden cuando los adolescentes desprevenidos se encuentran en situaciones que los abruman.

Piensa en la cicatriz que tiene Julien en la mano.

La forma de un mordisco.

Thomas Avril estaba teniendo dificultades.

O alguien más.

Ella aún no lo sabe.

Ella se levanta.

Ella saca su teléfono.

Fotografía iniciales en la corteza de los árboles. Fotografía flores.

Ella envía las fotos a la dirección de correo electrónico externa.

Se quedó un instante más de pie frente al árbol, no para pensar, sino por otra cosa. Por Thomas Avril, tal vez. Por aquel chico de dieciséis años de ojos claros que sonreía de reojo en un jardín de verano y que tenía un amigo que grabó sus iniciales en un árbol tras congelarlo en cemento.

Ella aún no sabe cómo coexisten estas dos cosas.

Amistad y muerte.

Grabado y hormigón.

Julien, que llora a medianoche, y Julien, que nunca le ha dicho nada a nadie.

Ella se va a casa.

Cruza el jardín en la oscuridad, sus pasos silenciosos sobre la hierba mojada. Entra por la puerta trasera. Sube las escaleras. Camina por el pasillo del primer piso.

La puerta de Julien.

Ella se detiene frente a él.

En el silencio de las dos de la mañana, oye algo desde dentro. Un ruido muy discreto, muy contenido. El tipo de ruido que hace un hombre cuando llora sin querer ser oído, en la oscuridad de su habitación, con treinta años de algo que nunca le ha contado a nadie.

Se quedó parada un segundo frente a la puerta.

Está pensando en golpear.

Ella no.

Ahora no, no porque no tuviera nada que decirle, sino porque hay cosas que deben decirse a plena luz del día, con los ojos bien abiertos, sin la protección de la oscuridad ni de la hora. Porque quiere mirar a su hermano a los ojos cuando le cuente lo que sabe.

Y porque algo le dice que Julien está casi listo.

Casi.

Aún no.

Ella va a su habitación.

Ella se sienta en el escritorio.

Saca el cuaderno de su padre, no para leerlo, pues ya se lo sabe casi de memoria. Para tener algo en sus manos. Para tener ese rastro de Édouard, ese hombre que había guardado secretos durante treinta años y que, al final, decidió dejárselos a su hija menor mediante un mensaje transmitido por un primo periodista.

El único cuyo recuerdo sobrevivió a pesar de ellos.

Ella está pensando en el mañana.

La reapertura de la investigación: la carta sobre el escritorio, el Ministerio de Justicia, alguien que había comprendido la situación a la perfección. Las cosas estaban a punto de acelerarse. La gente iba a presentarse. Gente que no había jugado al rugby con el teniente Moreau, que no conocía a los Villemont, que no se había criado en ese departamento y que no tenía nada que proteger.

Iba a suceder.

Ya estaba sucediendo.

La cuestión ya no era construir el caso; el caso ya estaba construido. La cuestión era resistir hasta que llegaran las personas adecuadas.

Alojarse en una casa donde alguien se movía en la oscuridad con guantes quirúrgicos.

Para mantenerse en contacto con el teniente Moreau en la gendarmería local.

Mantener el contacto con Marc Dubreuil, que había dejado de responder.

Está pensando en Julien.

Piensa en aquel hombre en la oscuridad, frente a un árbol, con los hombros caídos, que había estado llorando en silencio durante treinta años.

Ella piensa en lo que significa "casi listo".

Ella piensa que mañana, tal vez, Julien Dubreuil diga algo.

Y esto —que viene de él, un testimonio desde dentro, la voz de alguien que estuvo allí— valdrá más que cualquier cosa que haya acumulado en su bolso azul, en su teléfono y en su memoria.

Un testigo.

Una testigo lloraba al pie de un árbol a medianoche, rodeada de crisantemos blancos y acebo de noviembre.

Deja el cuaderno.

Ella se acuesta en la cama.

El techo estaba a oscuras.

Piensa en las iniciales talladas en la corteza: JD y TA, como dos nombres en una tumba, una tumba que Julien se había hecho a sí mismo porque no podía hacerse una de verdad, una tumba a la que había estado viniendo durante treinta años cuando la culpa lo despertaba en mitad de la noche.

Ella cree que Thomas Avril, en algún lugar de este bosque, o en este subsuelo, o en la corteza de este roble, todavía existe.

Que siempre ha existido.

Nadie había logrado borrar eso realmente.

Ni medicamentos. Ni hormigón. Ni casos sin resolver.

Thomas Avril, de dieciséis años, que desapareció el 14 de julio de 1997, aún existía entre los frágiles brazos de los crisantemos blancos colocados en la hierba en una noche de noviembre.

Y pronto, existiría en otros lugares.

En una carpeta.

En una sala de audiencias.

En el mundo real, había gente que aún no había optado por olvidarlo.

22

La tercera muerte

Ella duerme tres horas.

No es una elección: su cuerpo toma lo que puede cuando puede, esta respuesta de emergencia que redistribuye los recursos según las prioridades. Se despierta a las 5:40 con esa claridad particular de las mañanas de principios de invierno, esa lucidez fría e implacable que no deja nada en la oscuridad.

Permaneció tumbada durante dos minutos.

Está pensando en la carta del Ministerio.

Reapertura de la investigación: caso Avril.

Alguien había captado el nivel correcto. Las cosas se estaban moviendo afuera, en el mundo real, en instituciones que no dependían ni de Moreau ni de Villemont ni de nadie más en ese departamento. Este movimiento había comenzado; ella no podía acelerarlo, pero sí podía optar por no frenarlo.

Lo único que podía hacer era seguir construyendo.

Ella se levanta.

Toma su café a solas en la silenciosa cocina: su propio café molido, su propia agua hervida; esta precaución la mantiene con la regularidad de un ritual. Piensa en lo que aún tiene que comprobar.

Los tres muertos.

Los tiene grabados en la cabeza como una lista: Thomas Avril 1997, Mireille Castel 2007. Conoce bien a estos dos como para construir algo a su alrededor. Pero desde sus primeras exploraciones del cuaderno de su padre, había visto un tercer nombre. Una tercera anomalía en la cronología familiar.

Todavía no le había gustado.

Esta mañana, le está encantando.

Ella regresa a su habitación.

Ella saca el cuaderno.

Ella hojea el libro hasta los años 2005 y 2006. Busca anotaciones que no encajen en el registro habitual: las dosis, las citas, los códigos. Busca lo que va más allá.

Lo encontró en noviembre de 2006.

Una entrada distinta a las demás: sin columnas, sin sistema, solo una línea en el margen, escrita con un tamaño de letra menor al habitual, como si su padre hubiera querido que ocupara menos espacio.

B. — terminado. Firmado.

Dos palabras y una inicial.

B.

Busca la letra B. en las demás anotaciones del cuaderno.

B.Aparece por primera vez en enero de 2006, asociada a una serie de otros códigos y otras iniciales. Se observan las siglas NT (notario) y B. en la misma entrada, varias veces entre enero y octubre de 2006. Dos nombres que giran en torno al otro.

Nuevo Testamentoes el código notarial.

B.es una persona.

Ella coge su teléfono.

Busca en los archivos locales, no en los departamentales, ya ha dedicado suficiente tiempo a ellos. Busca en línea, en periódicos digitalizados, en bases de datos accesibles. Escribe combinaciones de palabras: notario, defunción, Dordogne, 2006.

Pocos resultados.

Ella lo perfecciona.

Notario/a, Saint-Cyprien o alrededores, falleció en 2006.

Un resultado.

Le Périgord Libre. 14 de noviembre de 2006.

Fernand Boussac, notario que ejercía en Belvès desde hacía veintidós años, fue hallado muerto ayer por la mañana en su oficina. Su asistente, que llegó a las 9:00 para abrir, no pudo entrar y alertó a los servicios de emergencia. La puerta estaba cerrada con llave desde dentro. El señor Boussac, de sesenta y un años y soltero, era conocido y respetado en la región por su integridad profesional. Las primeras investigaciones apuntan a un suicidio. La gendarmería no ha facilitado más información.

Ella lee el artículo dos veces.

Cerrado con llave desde dentro.

Suicidio.

Integridad profesional.

Este último detalle: esta forma de honrar al difunto diciendo que era un hombre íntegro. En los obituarios provinciales, se dice que era conocido y respetado, que su comunidad lo echará de menos, se dicen cosas genéricas y sentidas. Cuando se habla de integridad profesional, se quiere decir algo más específico. Se dice que era alguien que no transigía.

Ella busca algo más.

Busca el nombre en los archivos departamentales en línea: actas notariales, oficinas notariales, registros profesionales. Encuentra la oficina de Boussac mencionada en varias escrituras de compraventa y herencia de familias de Belvès y alrededores.

Y en la lista de clientes habituales del estudio Boussac —mencionado en un artículo de 2004 sobre la transmisión del patrimonio rural en Dordogne, que citaba al notario como ejemplo de profesional local—, se encuentra la familia Dubreuil de Saint-Cyprien.

La firma lleva varias décadas ayudando a familias con una larga tradición patrimonial en la región, incluidas las familias Aubert, Labrousse y Dubreuil, a gestionar su patrimonio.

El señor Boussac gestionaba las cuentas de la familia Dubreuil.

Maître Boussac falleció en noviembre de 2006, con la puerta cerrada por dentro, un año antes que Mireille Castel.

Ella cuelga el teléfono.

Está pensando en la cronología.

Thomas Avril — Julio de 1997. Desaparecido. Caso cerrado.

El maestro Boussac — Noviembre de 2006. Falleció en su oficina. Suicidio oficial.

Mireille Castel — Septiembre de 2007. Se ahogó en la Dordoña. Oficialmente se dictaminó que fue un accidente.

Tres muertes en diez años.

Tres muertes vinculadas, directa o indirectamente, a la familia Dubreuil y a lo ocurrido en esa casa.

Ella va a los archivos.

Esta vez no se trata de los archivos departamentales; antes de ir, llama para preguntar si los archivos de las notarías son accesibles. La respuesta es compleja: los actos notariales son públicos después de cierto tiempo, pero los archivos internos de las notarías pertenecen a los sucesores o a los colegios profesionales.

Está intentando averiguar quién se hizo cargo del negocio de Boussac tras su muerte.

El estudio había sido asumido por un notario de Périgueux: el maestro Bonnard.

Ella se detiene.

Maestro Bonnard.

El notario de la familia Dubreuil.

El que había venido el otro día por la herencia.

La que había cogido un sobre de Helene al marcharse.

El maestro Bonnard se había hecho cargo del despacho del notario fallecido.

Ella llama al maestro Bonnard.

Su oficina contesta a las nueve y media; es una secretaria, con ese tono profesional y refinado de las secretarias de notaría.

"Bufete de abogados Bonnard, buenos días."

"Hola. Soy Camille Dubreuil. El señor Bonnard vino a vernos hace unos días por asuntos relacionados con la herencia de mi padre. Necesito verlo pronto, ya que han surgido algunas preguntas al respecto."

"El señor Bonnard estará ausente hasta el jueves. ¿Le gustaría concertar una cita el jueves por la tarde?"

"Sí. ¿A qué hora?"

"Las tres en punto."

"Voy a estar allí."

Ella cuelga.

Jueves. Dos días.

Ella vuelve a su cuaderno.

Busca a Boussac en las entradas de 2005 y 2006 usando lo que ahora sabe. B. — Boussac. Relee todas las entradas con esta inicial.

Enero de 2006: RV B. — documento — negativa.

Negativa.

Boussac había rechazado algo en enero de 2006.

Ella continúa.

Marzo de 2006: B. — persistencia. JV — insatisfacción.

JV. Jean Villemont.

Jean Villemont se disgustó porque Boussac persistiera en su negativa.

Julio de 2006: B. — convocado. Presión. Resiste.

Cuatro palabras que lo dicen todo.

Alguien había llamado a Boussac. Alguien había ejercido presión. Boussac se había resistido.

Octubre de 2006: B. — advertencia final. Riesgo.

Último aviso.

Y luego la entrada de noviembre: la línea en el margen.

B. — terminado. Firmado.

Camille se queda mirando esas cuatro palabras.

B. — terminado.

Finalizado.

Un hombre muerto en su estudio, la puerta cerrada por dentro, y su padre escribiendo "terminado" en su cuaderno.

Firmar.

¿Qué se había firmado?

Los documentos que Boussac se había negado a firmar.

Si Boussac hubiera muerto —si lo hubieran llevado a la muerte o si hubiera sido asesinado en un suicidio simulado— alguien se habría hecho cargo de sus archivos. El maestro Bonnard. Y en esos archivos había documentos que esperaban una firma.

Una firma que Boussac se había negado a dar.

Y que alguien se lo había dado en su lugar.

Ella reflexiona sobre lo que eso significa.

Documentos firmados después del fallecimiento del notario que los había rechazado en vida.

Una firma estampada por otra persona.

Una falsificación.

O algo más preciso: no una falsificación burda, sino algo que parezca legal, algo que un notario sucesor pueda poner en circulación, retroactivamente, con las formalidades adecuadas.

Se pregunta quién pudo haber firmado esos documentos.

Está pensando en su padre.

Édouard Dubreuil, teniente de alcalde de urbanismo en Saint-Cyprien entre 1995 y 2001. Alguien con habilidades administrativas, alguien que sabía cómo funcionaban los documentos, alguien a quien la familia había designado para manejar asuntos delicados.

Firmar.

Ella coge su teléfono.

Ella llama a Marc Dubreuil.

Mensajería.

Deja un mensaje breve y conciso, con las palabras que usaría si supiera que alguien más podría estar escuchando. Marc. Encontré algo sobre un tercer caso. Un notario. 2006. Necesito saber qué tienes. Llámame.

Ella cuelga.

Piensa en cómo le ha cambiado la voz desde anoche.

Está pensando en Trémolat, junto al río.

Está pensando en Mireille Castel.

Ella va a los archivos.

Parte hacia Périgueux a las diez en punto. Conduce rápido y en silencio, con la calefacción encendida para combatir el frío de noviembre, mientras los campos desnudos desfilan a ambos lados.

Pasa dos horas en el archivo.

Está buscando documentos oficiales relacionados con el despacho de Boussac correspondientes al año 2006: documentos firmados en los meses posteriores al fallecimiento del notario, durante el período de transición previo a que Bonnard asumiera el cargo. Esta laguna administrativa permite que los documentos sean firmados por agentes, representantes o personas designadas como administradores.

Ella está buscando el nombre Dubreuil en estos documentos.

Ella lo encuentra.

No en todos los actos, sino en dos documentos específicos, firmados en diciembre de 2006, un mes después de la muerte de Boussac, durante el período de liquidación de la empresa.

Dos documentos.

La primera: una escritura de modificación de la propiedad de un terreno adyacente a la propiedad de Dubreuil. Una modificación que regulariza algo retroactivamente; ella no entiende todos los términos legales, toma una fotografía y continuará leyendo más tarde.

El segundo: un acuerdo de confidencialidad sobre transacciones financieras que involucran a varias partes. Ve nombres: Dubreuil, Villemont Holding, una empresa inmobiliaria cuyo nombre no reconoce.

En ambos documentos.

La firma.

Édouard Dubreuil.

Con la mención: Representante designado.

Representante designado.

Su padre había sido designado como su agente para firmar los documentos que Boussac se había negado a firmar.

¿Por quién?

Ella está buscando el documento que designa al agente.

Él no está aquí.

Puede que nunca haya pasado por los archivos públicos. Quizás no exista. Quizás la designación se haya conseguido de otra manera, no mediante un procedimiento legal, sino mediante presión.

Firma o te pasará lo mismo que a Boussac.

O viceversa.

Firmas, y todo lo que hiciste en 1997 queda enterrado.

Ambos.

Ambas cosas a la vez.

Ella abandona el archivo al mediodía.

Ella se sienta en su coche.

Ella mira el estacionamiento. Gente que va y viene, vidas cotidianas, gente que no usa esto.

Está pensando en su padre.

Piensa en la carta que él le había enviado a Marc. Lo siento por Thomas. Piensa en el hombre de la foto que Hélène guardaba: joven, sonriente, en un jardín con una mujer que aún no era de mármol.

Piensa en lo que ha sido de ese hombre.

No solo un padre negligente, no solo un cómplice pasivo. Alguien que lo había firmado.

Documentos que el notario, hombre de integridad profesional, se había negado a firmar en vida.

Y Boussac murió.

Y Edward había firmado.

Dos posibilidades.

Primera posibilidad: Édouard no había matado a Boussac. Pero lo sabía. Sabía que Boussac había muerto por negarse, había visto lo que eso significaba para la gente con la que trataba y había firmado por miedo.

Segunda posibilidad.

Ella no quiere ir.

De todas formas, ella se va.

Porque eso es lo que significa aguantar hasta el final: no parar cuando se vuelve insoportable, no decidir que algunas verdades son demasiado grandes.

Segunda posibilidad: Edward no solo lo sabía.

B. — terminado.

Esta anotación en el cuaderno —sin responsabilidad alguna, sin reacción a nada de lo que se le había comunicado— es una observación. Un simple asiento contable, como todos los demás en este cuaderno.

Finalizado.

Como alguien que anota la finalización de un problema que tenía en su lista.

Está considerando ambas opciones.

Cree que no puede tomar una decisión desde un coche en un aparcamiento de Périgueux en noviembre.

Ella cree que hay alguien que puede ayudarla a decidir.

Maestro Bonnard, jueves.

Pero antes de Bonnard.

Ella saca su teléfono.

Ella llama a Hélène.

Contesta al tercer timbrazo.

"Camille."

"Voy a casa a almorzar."

Un rato.

"BIEN."

"Mamá."Ella hace una pausa. "Fernán Boussac".

El silencio que sigue, ella lo escucha con toda su atención.

Largo.

Demasiado largo para alguien que no reconocería el nombre.

"Qué ?"Hélène finalmente dijo.

"Fernand Boussac. El notario. Falleció en noviembre de 2006."

Otro silencio.

"Hablaremos de ello cuando regreses."dijo Hélène.

Su voz es diferente.

No es el tono cortante de una puerta que se cierra herméticamente. Algo más cansado. Algo que dice: sí, sé de qué estás hablando, y sí, tendremos que hablar de ello, y no, ya no tengo energía para fingir que no existe.

"Hablaremos de ello."Camille repite.

Ella cuelga.

Ella conduce hacia Saint-Cyprien.

Piensa en su padre, que había firmado.

Piensa en su madre anoche, sentada en el sillón de cuero, con la foto de los jóvenes felices en sus manos, con esa humedad en los ojos.

Piensa en Julien al pie del árbol, en los crisantemos blancos entre la hierba fría.

Lleva treinta años pensando en Elise en su habitación, con su medicación y sus mangas largas.

Está pensando en Thomas Avril.

Ella cree que todas las familias tienen sus fracturas, y que algunas son reparables mientras que otras no. Cree que la familia Dubreuil se desintegró el 14 de julio de 1997 y que desde entonces ha seguido deteriorándose, generando escombros que hirieron a quienes los rodeaban.

Piensa en su padre, que había firmado documentos tras la muerte de un hombre.

Piensa en sus dos manos sujetando el volante; manos que no se parecen a las de Edward, manos que no firmaron esos documentos.

Pero sus manos son de la misma sangre.

Ella ingresa a Saint-Cyprien.

Ella toma el camino hacia la propiedad.

Ella pasa por delante del consultorio del Dr. Leroux, cerrado, con las persianas bajadas, la ausencia de un hombre que había elegido

hacer dos cosas terribles y luego vivir con ellas hasta que un ataque al corazón decidió por él.

Ella pasa.

Ella entra en la propiedad.

Ella aparca su coche.

Permaneció sentada en silencio durante un segundo más.

Está pensando en lo que le va a decir a Hélène.

Ella piensa que hará la pregunta directamente —¿mató papá a Boussac?— porque en esta familia ya han recurrido a rodeos durante demasiado tiempo y porque la respuesta de Hélène, sea cual sea, le dirá algo.

O Hélène dirá que no, y Camille leerá en su rostro si ese no es sincero o si se trata de otra puerta cerrada.

O Hélène dirá que sí.

Y Camille también tendrá que usarlo.

Ella sale del coche.

Ella entra en la casa.

23

La trampa

Almuerzo con Hélène.

Ella había formulado la pregunta directamente: «Boussac. ¿Papá lo mató?». Hélène se quedó mirando su plato durante treinta segundos antes de responder que no. Un no que tenía la textura de la verdad, el peso de alguien que dice algo en lo que cree, no algo que inventa.

Él no mató a Boussac.«Firmó después», dijo Hélène. «Sabía lo que había pasado y firmó. No es lo mismo».

Según la ley, sí.Camille lo había dicho.

Lo sé.

Entonces Hélène aflojó la mesa y la conversación terminó.

La trampa llega a las 14:30.

Está en su habitación cuando suena el teléfono; es un número que no reconoce, con prefijo local.

"¿Señorita Dubreuil?"

"Sí."

"Teniente Moreau, gendarmería de Saint-Cyprien. Necesitaría que viniera a vernos esta tarde, si le es posible."

Su voz.

La escucha por primera vez en directo, sin que nadie se la describa, sin reconstruirla a través de las historias de Marc ni de las conexiones en el cuaderno de su padre. La verdadera voz del teniente Moreau, que estaba en su jardín el 14 de julio de 1997, a los dieciséis años.

Educado.

Demasiado educado.

Esta particular cortesía de alguien que ha decidido el tono de la conversación antes de que comience.

"¿Por qué razón?"dijo ella.

"Hemos recibido un informe sobre usted. No hay nada alarmante; se realizarán algunas comprobaciones. No tardaremos mucho."

"¿Qué tipo de informe?"

"Podemos hablar de ello aquí, si quieres. ¿Te viene bien a las cuatro?"

Ella podría negarse.

Ella lo sabe: legalmente, puede negarse a una citación informal; no está bajo custodia policial, no hay ningún procedimiento oficial. Podría negarse, llamar a su abogado en París y no volver a pisar esa comisaría jamás.

Pero negarse es una señal de que tiene miedo.

Esto le está dando información a Moreau, que la afecta y la hace ceder.

"Las cuatro en punto,—Estaré allí —dijo ella.

Ella se está preparando.

Pasa una hora en su habitación poniendo las cosas en orden, no la habitación en sí, sino su mente. Repasa lo que tiene, lo que sabe, lo que puede y no puede decir. Le envía un mensaje a Marion: Citación en la comisaría local a las 4 p. m. Teniente Moreau. Si no recibo respuesta antes de las 6 p. m., haga lo que tenga que hacer. Envía una copia de todos sus documentos a la dirección de correo electrónico externa: una actualización completa, los archivos de Boussac, las fotos del granero, todo lo que ha añadido en los últimos días a lo que ya tenía.

Está pensando en Moreau.

Antoine Moreau.

Tenía dieciséis años en 1997. Era amigo de Julien. Estuvo presente esa noche. Se convirtió en gendarme, una elección profesional que

puede tener dos significados contradictorios. O bien una forma de redimirse, de poner orden en un mundo que él mismo había contribuido a desestabilizar, o bien una forma de protegerse, de posicionarse dentro del sistema para controlar las consecuencias.

Ella cree que, para Moreau, probablemente fue la segunda opción.

La gendarmería de Saint-Cyprien se encuentra en la calle principal del pueblo: un edificio funcional, aunque no feo, de ese gris institucional que se reconoce desde lejos. La bandera. La placa. La puerta de cristal.

Llega exactamente a las cuatro en punto.

La sala de espera.

Tres sillas de plástico. Un mostrador. Un cartel de seguridad vial. El olor de los edificios gubernamentales: esa mezcla de café, máquina, papel y algo frío, mineral, que caracteriza a todos los edificios estatales, independientemente de su tamaño.

Un policía en el mostrador, joven, de unos veinticinco años. La observa entrar.

"Camille Dubreuil. Tengo una cita con el teniente Moreau."

"Un momento."

Desaparece por un pasillo.

Ella espera.

Mira a su alrededor en la sala de espera con la misma mirada que ahora tiene para todos los espacios: quién está allí, quién puede ver qué, cuáles son las salidas. Una puerta al fondo, un pasillo a la derecha. La puerta principal detrás de ella.

Saca su teléfono. Marca el número de Marion —no para llamar, sino solo para tenerlo a mano—, pulsa con el pulgar y la conexión se establece.

Moreau.

Entra por el pasillo de la derecha: alto, de unos cuarenta años, con el pelo corto y canoso en las sienes. Un rostro agradable y normal, con esos ojos claros que Marc había mencionado en su descripción física del tercer chico aquella noche. Lleva el uniforme con la naturalidad de quien lo ha usado tanto que ya no lo siente.

Él extiende la mano.

Ella lo aprieta.

Su apretón de manos era firme y pausado. Ni agresivo ni débil. El apretón de manos de alguien que ha aprendido a estrechar manos como se aprende todo en una profesión que exige tratar con personas en circunstancias difíciles.

"Señorita Dubreuil, gracias por venir."

"Teniente."

"Venir."

Su oficina.

Pequeño y funcional. Un ordenador, archivos, una foto familiar en la estantería: tiene hijos, al menos dos, adolescentes en la foto. Ella mira a esos niños y piensa en lo que saben de su padre y en lo que desconocen.

Se sienta.

Ella se sienta frente a él.

Abre un archivo sobre su escritorio. Lo hojea; este gesto ritual, la forma de prolongar el silencio inicial para establecer una determinada configuración del equilibrio de poder.

"Regresaste a Saint-Cyprien tras la muerte de tu padre."

"Sí."

"Édouard Dubreuil. Accidente doméstico. El caso está cerrado."Él la mira. "Para ti, el funeral ya se celebró, la familia está reunida. Imaginamos que todo esto es difícil."

"Sí."

"Es en este contexto que recibimos este informe."

Saca una hoja de papel de la carpeta. La desliza hacia ella sobre el escritorio.

Ella lee.

Un informe anónimo. Presentado ayer. Ayer, ella estaba en Beynac con Marc Dubreuil, regresaba tarde a casa, encontró su coche saboteado... No, el sabotaje es ahora. Ayer, ella estaba en Beynac.

Ella lee el informe.

El firmante, que desea permanecer en el anonimato, informa que la Sra. Camille Dubreuil, de 37 años, residente de Lyon pero que vive en Saint-Cyprien desde el fallecimiento de su padre, está presentando conductas preocupantes: allanamiento de morada en la consulta del Dr. Leroux, acceso no autorizado a historiales médicos privados, acoso verbal a familiares y acusaciones infundadas contra otras personas. El firmante está preocupado por la salud mental de la Sra. Dubreuil, que se ha visto afectada por el duelo, y recomienda una evaluación.

Ella extiende la sábana.

Salud mental.

Debilitado por el dolor.

El mismo mecanismo, la misma retórica que Hélène había usado con Élise durante treinta años. Las niñas que ven cosas que no existen necesitan ayuda médica. Actualizado, sofisticado, pero con la misma intención.

"El firmante anónimo",Camille dijo: "¿Tienes alguna idea de quién es?"

"Informes anónimos—"

"Puedo formular una hipótesis."—dijo ella—. Pero tú primero.

Moreau la mira.

Esa mirada... ella la interpreta. Profesional, neutral, la pantalla de una experta. Pero tras esa pantalla, algo más. Algo que evalúa. Que mide hasta dónde sabe.

"No estoy aquí para investigar el origen del informe."dijo. "Estoy aquí para asegurarme de que todo esté bien en esta familia durante este tiempo de duelo".

"Todo está bien, gracias."

"BIEN."Cierra el expediente. «Consultar los archivos del departamento es un procedimiento público; tiene todo el derecho a hacerlo. El consultorio del Dr. Leroux... usted fue paciente suyo, es comprensible que quiera verlo tras el fallecimiento de un familiar». Una pausa. «En cuanto a las acusaciones formuladas contra miembros de su familia...»

"No he formulado ninguna acusación oficial."

"No,"dijo. "En efecto."

La palabra "en effet" dice demasiadas cosas a la vez.

"Ya conoces a mi hermano."dijo Camille.

Moreau levanta la vista.

"Nos conocemos del pueblo, sí."

"Jugáis al rugby juntos."

"Jugamos. Han pasado algunos años."Su voz no cambia. "¿Por qué?"

"Me preguntaba si usted era la persona adecuada para recibirme en relación con un informe sobre mi familia."

Silencio.

"Si lo desea, puede solicitar que le atienda otra persona."—dijo él. Completamente neutral. —Ese es tu derecho.

"Sí,"dijo Camille. "Es mi derecho."

Se miran el uno al otro.

En esta oficina, con la foto de los adolescentes en el estante, el expediente cerrado sobre el escritorio y el informe anónimo intercambiado entre ellos, se desarrolla algo más allá de la conversación oficial. Una conversación paralela, subterránea, compuesta por lo que cada uno sabe pero no dice.

Él sabe que ella sabe su nombre.

Ella sabe que él sabe que ella está investigando.

Ambos se encuentran en esta oficina jugando un juego cuyas reglas fueron establecidas hace treinta años por algo que ninguno de los dos puede nombrar en voz alta en una comisaría.

"Teniente Moreau,"Camille dijo: "¿Conoces el nombre de Thomas Avril?"

Algo.

Ella lo buscaba: esa reacción, esa señal, esa fisura en la fachada. Lo buscaba y lo encontró. No fue dramático. No fue un sobresalto, ni palidez, ni un nudo en la garganta. Fue algo más sutil.

Las manos de Moreau estaban sobre el escritorio.

Los dedos se tensan ligeramente.

El movimiento imperceptible de su mandíbula.

"Fue un caso cerrado en los años noventa".—dijo. Su voz era perfectamente controlada—. Un joven del pueblo. Desaparecido.

"Tenías dieciséis años en 1997."

"Sí."

"¿Conocías a Thomas Avril?"

"Por lo que puedo ver, el pueblo es pequeño."

"Conocías a mi hermano."

"Todos se conocían."

Ella espera.

No dijo nada más.

"La reapertura de la investigación",dijo ella.

Esta vez, la reacción es más visible. No hay palidez, pero sí algo en los ojos. Esta contracción rápida, involuntaria y fisiológica de la pupila es un signo de shock.

"Indulto ?"

"El Ministerio de Justicia envió una carta a mi madre. Se reabrió la investigación. Caso Avril."Ella lo mira. "¿No lo sabías?"

Un largo silencio.

"No he recibido ninguna comunicación oficial..."

"Ya llegará."dijo Camille. "Estas cosas llevan tiempo a nivel administrativo. Pero se solucionarán."

Moreau la mira.

Por primera vez desde que está en esta oficina, algo cambia en su mirada. La pantalla del trabajo sigue ahí, sostenida con esfuerzo. Pero detrás de la pantalla, hay algo que reconoce.

Lo mismo que al pie del árbol con los crisantemos blancos.

Fatiga.

"Puede marcharse, señorita Dubreuil."—dijo con voz monótona—. El informe está cerrado. Buena suerte.

Ella sale.

El pasillo. La sala de espera. El policía del mostrador que no levanta la vista. La puerta de cristal.

El aire de noviembre en la calle.

Saca su teléfono. Le envía un mensaje a Marion: Reunión terminada. Moreau. Déjame explicarte. Todo está bien.

Ella camina hacia el estacionamiento.

Su coche está aparcado al final del aparcamiento municipal, a treinta metros de la gendarmería. Lo había aparcado allí al llegar, en el sitio más despejado, no bajo los árboles, a la vista de todos.

Ella se está acercando.

Ella nota algo.

No de inmediato; se necesitan unos pasos, unos segundos, esa sensación previa al pensamiento que indica que algo es diferente de como lo dejamos.

El coche está en la misma posición.

Pero.

Ella se agacha.

En el lado del conductor, cerca de la rueda delantera. Ilumina con la linterna de su teléfono. Mira debajo del chasis.

Algo.

No sabe exactamente qué es; no es mecánica, no conoce la anatomía de un coche con tanto detalle. Pero hay algo en la zona del sistema de frenos, algo que no tiene buen aspecto, algo que indica que alguien ha estado ahí.

Ella se levanta.

Ella da la vuelta al coche.

Se agachó en el lado del pasajero.

Lo mismo.

Ella no se sube al coche.

Ella permanece de pie en el estacionamiento de la gendarmería de Saint-Cyprien, mirando su propio coche.

A treinta metros de la gendarmería.

Justo en el pueblo.

Alguien había saboteado su coche a treinta metros de una comisaría, en pleno centro del pueblo, en plena tarde, mientras ella se encontraba dentro esperando una citación judicial que, según sabían, duraría el tiempo justo.

La citación.

Denuncia anónima.

No era para intimidarla ni para desacreditarla.

Era para sacarla de su coche.

Para que alguien supiera dónde estaría, a qué hora y durante cuánto tiempo.

Está pensando en los frenos.

Si hubiera subido —si hubiera tomado el camino hacia la propiedad, ese camino que discurre junto al Dordogne con sus curvas, sus zigzags, sus pendientes— y los frenos hubieran fallado en la primera curva.

Un accidente.

Un coche en el río o entre las rocas.

Camille Dubreuil, debilitada por el dolor, condujo de forma temeraria.

Caso cerrado.

Permanece inmóvil durante un segundo.

Furia.

Siente cómo le crece la rabia; no la rabia fría y precisa que había mantenido desde el principio, sino la rabia de quien busca, construye y persevera. Una rabia diferente. Más cálida. Más instintiva. La rabia de quien comprende que alguien acaba de intentar matarla a treinta metros de una gendarmería cuyo teniente estaba presente en el jardín de una casa la noche en que murió Thomas Avril.

Está conteniendo la rabia.

Lo guarda en el lugar donde guarda las cosas importantes.

Ella saca su teléfono.

Ella llama a Marion.

No deja mensaje; contesta al primer timbrazo.

"Camille—"

"Escúchame",Camille dijo: "Mi coche ha sido saboteado. Los frenos. Estoy en el aparcamiento de la gendarmería de Saint-Cyprien. No puedo entrar".

"Nombre de—"

Necesito que llames a la fiscalía de París. No a la de Périgueux. A la de París. El expediente que te envié: el caso de Thomas Avril, la reapertura de la investigación mencionada en la carta del Ministerio, el nombre del teniente Moreau de Saint-Cyprien como posible implicado. Llama ahora mismo.

"Camille, ¿estás a salvo?"

"Por ahora. Llama."

"Te llamaré en veinte minutos."

Ella cuelga.

Ella no va a regresar a la comisaría.

Moreau no, él no, jamás. Ella no llamará a la policía local por un sabotaje de coche en su propio aparcamiento.

Ella toma varias fotos de la parte inferior del auto, desde diferentes ángulos. Las envía a la dirección de correo electrónico externa. También se las envía a Marion.

Llama a un taxi desde la aplicación de su teléfono; no es un taxi local, sino un coche de Périgueux, con una espera de cuarenta minutos, y acepta.

Ella espera.

De pie en el estacionamiento.

Junto a su coche saboteado.

A treinta metros de la gendarmería.

Moreau sale a las 17:15.

Cruza el estacionamiento en dirección a su auto; pasa a menos de diez metros de él. Lo ve. Se detiene un segundo.

Ella lo mira.

Ella no dijo nada.

Él mira su coche, estando a su lado, no dentro, de pie en el aparcamiento durante cincuenta minutos. Él comprende. Ella lee la comprensión en su rostro, ese instante en que suma los elementos y el resultado se refleja en sus ojos.

Él sabe que ella lo sabe.

Él sabe que ella no se subió al coche.

Sabe que algo acaba de salir mal.

Él tampoco dijo nada.

Reanuda su camino hacia su coche. Entra. Sale del aparcamiento.

El taxi llega a las 17:40.

Un hombre de unos cincuenta años, con gorra, escuchando la radio a bajo volumen.

"¿Saint-Cyprien? ¿La propiedad Dubreuil?"

"Sí."

Comienza.

Ella mira por la ventana: las calles del pueblo, la panadería cerrada, el campanario de la iglesia, las afueras, el camino entre los setos de carpe. Lo observa todo con esa mirada ahora inmutable, esa mirada que ya no ve los paisajes como paisajes.

Está pensando en Moreau.

Piensa en lo que vio en sus ojos en la oficina: el cansancio. El mismo cansancio que Julien sentía al pie del árbol. Treinta años de un pesado secreto.

Ella cree que Moreau tenía dieciséis años.

Ella piensa que eso no lo exime de nada.

Ella cree que el coche saboteado en el aparcamiento fue preparado por alguien que sabía de accidentes, que sabía cómo provocarlos, que tenía las habilidades y la frialdad necesarias.

No necesariamente Moreau.

Quizás no Moreau.

Otra persona.

Alguien que tenía treinta años de experiencia en solucionar problemas.

El taxi la deja frente a la puerta.

Ella paga. Ella entra en la propiedad.

La casa. Las ventanas están iluminadas.

Ella entra por la puerta trasera.

Hélène en la cocina. Élise en la sala. Julien... oye su voz por teléfono en el pasillo.

Ella sube a su habitación.

Ella se sienta en el borde de la cama.

Está pensando en lo que alguien acaba de intentar hacerle.

Y ella piensa que quien intenta matar a alguien sabe que esa persona está demasiado cerca.

¿Demasiado cerca de qué?

No, Thomas Avril, ella ya está aquí.

No es del cuaderno; ella ya lo tiene.

Otra cosa.

Algo que aún no ha encontrado.

¿Y quién merece morir?

24

Elise desaparece

Ella no duerme.

De nuevo.

Esa noche, después del taxi, después del coche saboteado, después del aparcamiento de la comisaría y de la mirada de Moreau, se quedó en su habitación con la bolsa azul, el cuaderno, las fotos y ese pensamiento rondando en su cabeza: quien intenta matar a alguien sabe que alguien está demasiado cerca. Le dio vueltas y vueltas en la cabeza. Buscó lo que aún no había encontrado, lo que faltaba, lo que justificaba sabotear los frenos en un aparcamiento a treinta metros de una comisaría a plena luz del día.

Ella no lo encuentra.

Finalmente, a las dos de la mañana, se acostó completamente vestida, con la mirada fija en el techo.

Se queda dormida a las tres de la mañana.

Ella se despierta a las seis y cuarto.

El cielo seguía oscuro tras las contraventanas. El frío de noviembre se había colado en la vieja casa de piedra, que nunca había sido realmente cálida, ni arriba, ni en esta época del año. Permaneció allí tumbada durante dos minutos, en ese estado matutino en el que el cerebro asimila la información antes de que el cuerpo la procese.

Está pensando en Elise.

No por ningún motivo en particular, ni un acontecimiento, ni una señal. Simplemente Elise. Este pensamiento ha estado volviendo desde anoche con una insistencia que se siente como algo.

Ella se levanta.

El pasillo de la primera planta.

Las puertas están cerradas. Hélène. Julien.

Y la puerta de Elise.

Llama suavemente a la puerta; esos tres golpes discretos, su propio código.

Nada.

Ella espera.

Ella ataca de nuevo.

Nada.

Ella presiona la manija.

La habitación de Elise está vacía.

Lo percibe de inmediato, incluso antes de encender la luz: esa sensación de vacío en una habitación, esa ausencia de aliento, esa manera de sentirse diferente en un espacio sin cuerpos.

Ella lo enciende.

La cama. Sin hacer, no hecha con la meticulosa precisión que Elise aplicaba cada mañana como una disciplina, como un ritual, como si el orden de la cama fuera el único orden que pudiera mantener en su vida. Sin hacer y fría. Pone la mano sobre las sábanas: esa comprobación instintiva. Frías. Completamente frías. No el calor residual de un cuerpo que acaba de levantarse. Frías durante horas.

Las pertenencias. Todo allí: los libros, la ropa doblada en la silla, el chal. El neceser sobre la cómoda.

Está buscando el teléfono.

Colocado en la mesita de noche.

Elise no había cogido su teléfono.

Camille permanece de pie en medio de la habitación.

Piensa en una mujer que sale a caminar a una hora en que las sábanas están frías —en plena noche, en el frío de noviembre— sin llevar su teléfono, sin hacer la cama, sin nada.

Una mujer que no se va.

Una mujer está siendo llevada.

O una mujer que está huyendo.

Ambas son malas.

Baja las escaleras sin hacer ruido.

Planta baja: ella recorre la casa. Cocina. Sala de estar. Oficina. El comedor. El pasillo de servicio. Las habitaciones se suceden en el haz de luz de su linterna porque es demasiado temprano para encender las luces y porque aún no quiere despertar a la casa.

Persona.

Ella regresa a la cocina. Enciende la luz de la cocina, la primera de la mañana, la que te indica que alguien se ha levantado.

Calienta agua para su café, que toma solo.

Ella piensa.

Las puertas exteriores.

Ella da la vuelta. Puerta principal: cerrada con llave, con el pestillo puesto. Puerta trasera: cerrada pero sin llave, solo con el pestillo. Puerta de servicio: igual.

Elise podría haberse marchado por la puerta trasera o por la puerta de servicio en silencio, sin llave.

Ella sale al jardín.

Empieza a amanecer: ese gris pálido que precede a la luz, esa luminosidad sin origen que parece emanar del cielo mismo. Cruza la terraza mojada. Observa las huellas en la hierba húmeda: sus propias huellas del día anterior, cuando siguió a Julien hasta el árbol; las huellas del jardín que había recorrido desde su llegada.

Otros rastros.

Fresco, más fresco que el suyo, el césped aún se mantenía erguido a su alrededor, sin aplastarse todavía como sucede con el tiempo. Unos senderos parten de la puerta de servicio hacia la parte trasera del jardín.

Hacia el granero.

Ella sigue sus pasos.

Camina con rapidez, no corriendo, sino con control, guardando silencio porque aún no sabe lo que encontrará y el silencio siempre es preferible a lo que uno se prepara.

El granero.

La puerta está entreabierta, un centímetro, dos, solo esa rendija que deja entrar el aire frío del exterior.

Está creciendo.

El granero está vacío.

Vacío como anoche: las herramientas, las cajas, la caja movida sobre la escotilla. Pero los guantes quirúrgicos han desaparecido. Y la escotilla.

Ella se está yendo al traste.

El candado.

Él está ahí. Pero diferente. Ella se agacha. Lo examina.

Abierto.

El candado está colocado en los pestillos, dando la apariencia de una trampilla cerrada. Pero el mecanismo no está activado; se cerró desde dentro o desde arriba sin asegurarlo. Alguien bajó y dejó el candado abierto.

Ella abre la trampilla.

Un espacio abajo.

No es profundo: un hueco de metro y medio de profundidad, nada más. Muros de piedra tosca, suelo de tierra. Un trastero, como los que se encuentran bajo los graneros de las antiguas fincas del Périgord, no para hombres, sino para verduras en invierno, herramientas o cosas que se quieran conservar frescas.

Vacío.

Ella enciende su lámpara.

Vacío, pero no del todo.

Marcas en la tierra. Huellas de algo que estuvo allí y fue movido: un rectángulo en el polvo, ángulos agudos, la forma de algo colocado por un instante antes de ser arrastrado.

Thomas Avril había estado allí.

Alguien había empezado a moverlo.

Y ahora ya no está aquí.

Ella cierra la trampilla.

Ella sale del granero.

Ella regresa a la casa.

Ella sube las escaleras.

Llama con fuerza a la puerta de Helen.

Hélène se abre la bata.

Parece una mujer dormida: los ojos ligeramente entrecerrados, el cabello menos pulido, ese instante en que la máscara aún no está del todo colocada porque no ha habido tiempo de ponérsela. Mira a Camille.

"Elise,"—¿Dónde está Elise? —preguntó Camille.

Algo se refleja en los ojos de su madre.

No es de extrañar: reticencia. Alguien que sabe algo y está calculando lo que va a decir.

"Salió a dar un paseo."

"¿A qué hora?"

"No lo sé. Es muy pronto."

"Sus sábanas llevan horas frías. No ha contestado al teléfono."

"Le gusta salir a dar un paseo temprano."

"Mamá."

"Camille—"

"No está en el jardín. No está en el granero. No está en ninguna parte de la casa."Su voz se eleva involuntariamente. "¿Dónde está?"

"Ella regresará."

"¿Está seguro?"

Helen la mira.

Y en esa mirada, ninguna certeza. Algo más frágil. Algo que se parecía a lo que había visto anoche en la oficina con la fotografía, esa humedad bajo el mármol.

"Vuelve a la cama",dijo Hélène.

Camille da media vuelta.

Ella llama a la puerta de Julien.

Lo abre en treinta segundos; estaba despierto, o casi. Él también lleva algo en la cara que la mañana aún no ha logrado borrar.

"Elise ha desaparecido."dijo Camille.

"Ella está fuera."

"Lo sabías."

"Lo oí."

"Cuando ?"

"A las dos de la mañana, tal vez. Tal vez a las tres."

"Y no hiciste nada."

"A veces sale. De noche. Cuando no está durmiendo."

"Sin su teléfono."

Julien la mira.

Esta vez, esta vez, hay algo diferente en su rostro. No es la coraza. No es el cálculo. Es una preocupación real, no fingida, con la textura de una inquietud genuina.

"Siempre lleva su teléfono consigo."dijo.

"Lo sé."

Se miran el uno al otro.

"Iré a buscarlo."dijo Julien.

Buscan juntos.

Por primera vez desde su llegada —quizás por primera vez en diez años— Julien y Camille están haciendo algo juntos. Se están repartiendo la propiedad sin decirlo explícitamente, compartiendo el espacio de forma intuitiva: Julien se queda con el exterior, los senderos, el borde del bosque, los alrededores inmediatos. Camille se queda con el interior.

El interior.

Recorre de nuevo la planta baja: las habitaciones que ya ha revisado, pero más despacio, con más cuidado. Abre los armarios. Revisa el lavadero. Revisa la bodega.

Se detiene frente a la puerta del sótano.

La trampilla.

Revisó el granero y el hueco que había debajo. No había revisado el sótano de la casa en varios días, desde que la manta vacía y la fotografía que dejaron en el escritorio le indicaron que alguien había movido algo.

Ella abre la bodega.

El anillo de hierro.

Ella dispara.

La corriente de aire frío que se eleva: ese olor a sótano, a piedra húmeda, a tierra y a tiempo. Enciende la lámpara.

Los escalones de piedra.

Ella se baja.

El sótano.

Recorre la habitación con la mano: los estantes, los viejos aparatos, la zona del suelo recién restaurada. Tal como la dejó. El hueco en la pared derecha donde encontró el anillo de sello, con las piedras colocadas al azar. La manta vacía en la esquina.

Ella continúa barriendo.

Ella se dirige hacia el fondo.

Hacia el rincón más alejado, el rincón en penumbra, donde los estantes más antiguos y sobrecargados forman un hueco casi invisible desde la entrada.

Su lámpara está tocando algo.

Algo vivo.

Ella lo presiente antes de verlo: ese reflejo animal que precede a la percepción consciente, ese cambio en la atmósfera de un espacio cuando contiene un cuerpo humano, incluso uno inmóvil.

Ella está saliendo adelante.

Ella acerca la lámpara.

Elisa.

Acurrucada en un rincón, entre el estante y la pared, en el espacio más estrecho y apartado posible. Las rodillas pegadas al pecho. Los brazos alrededor de las rodillas. La cabeza ligeramente ladeada.

Vivo.

Ella puede verlo en su respiración: esos movimientos lentos y regulares del pecho, esa respiración que produce una ligera condensación en el aire frío del sótano.

Vivo pero.

Los ojos.

Abierto.

Abierto y vacío.

No se trata del vacío de una persona que piensa o mira algo a lo lejos. Se trata del vacío de una persona que no está del todo presente, que está en su cuerpo pero cuya conciencia está en otro lugar, flotando, separada de este cuerpo, acurrucada en la oscuridad de un sótano.

Los ojos de alguien que ha sido medicado.

No a dosis terapéuticas.

En dosis de silencio.

"Elise."

Su voz en el sótano... la oye resonar en las paredes de piedra.

Ninguna reacción.

"Elise."

Se agacha frente a su hermana. Le pone ambas manos sobre los hombros. Las sujeta suavemente, sin apretar, como una forma de hacer sentir su presencia sin ser agresiva.

Los ojos de Elise se mueven.

Despacio.

Como ojos que vienen de lejos. Que viajan desde un lugar profundo hasta la superficie.

Llegan al rostro de Camille.

En esos ojos ocurre algo; no es un reconocimiento inmediato, sino algo que precede al reconocimiento. Percepción. Ese instante en que el cerebro registra un rostro y busca dónde archivarlo.

Luego, después de un largo segundo.

"Camille."

Un susurro. Casi nada. El sonido de una voz que venía de lejos.

"Estoy aquí,"dijo Camille.

Le pasa la mano por el pelo a Elise; un gesto que jamás había tenido con ella, una ternura física que en esa casa nunca le habían enseñado a nadie. Aun así, lo hace.

"Estoy aquí, Elise."

"Frío,"dijo Elise. Una palabra. Solo esa palabra.

"Lo sé. Te sacaremos de aquí."

Evalúa el estado de su hermana: no presenta lesiones visibles ni sangre. Su piel está fría, pero no helada. Observa sus pupilas: alumbra brevemente sus ojos con una linterna; estas reaccionan contrayéndose. No está en coma. Está profundamente sedada, pero consciente.

"¿Puedes levantarte?"

Elise lo intenta. Sus piernas no responden del todo: esta rebeldía de un cuerpo sobrecargado de sustancias químicas, estas extremidades que han perdido parte de su obediencia. Camille desliza su brazo bajo el de ella. La levanta.

Elise es ligera.

Siempre ha sido ligera; esa ligereza que no es delicadeza sino carencia, años de comidas apenas tocadas.

Ella lo saca del sótano.

Los escalones de piedra... difíciles para alguien que no puede mantenerse en pie. Se toma su tiempo, paso a paso, sosteniendo a Elise cerca. Llegan a la despensa. Atraviesan la cocina.

Hélène está aquí.

Está de pie junto al fregadero y ve a Elise con algo en la cara, algo que no podría haber previsto. No era asombro, ni cálculo. Era miedo. Un miedo maternal de verdad, de esos que paralizan todo lo demás.

"Elise—"

"Llame a los servicios médicos de emergencia."dijo Camille.

"Ella está bien, solo que..."

"Lleva horas en el sótano y alguien le ha dado algo para tragar. Llamen a los servicios de emergencia o los llamaré yo."

Helen la mira.

"Si llamas a los servicios médicos de emergencia, ellos..."

"Llamar,"dijo Camille.

Algo está cediendo dentro de Helen.

Esa misma resignación que había visto anoche en la oficina, reflejada en sus ojos. Esa parte de ella que se siente aliviada cuando se le quita la responsabilidad de decidir, cuando se libera de la carga de seguir protegiendo algo que ya no merece ser protegido.

Ella coge su teléfono.

Ella sienta a Elise en la encimera de la cocina.

La coloca en una posición semi-reclinada: la cabeza ligeramente levantada, las piernas extendidas. Busca en sus bolsillos, en su ropa, a su alrededor. Nada: ni caja de medicamentos, ni pastilla, ni tubo. Alguien le había dado algo, pero había tenido cuidado de no dejar rastro.

Julien entra por la puerta trasera.

Él ve a Elise.

Él se detiene.

"Mierda,"dijo —la única palabra, la única palabra verdadera, sin máscara, sin cálculo, solo esa palabra de un hombre que ve a su hermana pequeña en un banco de la cocina con los ojos fijos en el horizonte.

Él se acerca. Se arrodilla ante ella.

"Elise."

Ella vuelve la mirada hacia él.

Lo que ve en sus ojos cuando lo mira no es miedo ni odio. Es algo más doloroso. Reconocimiento. Lo reconoce, a su hermano, con toda la ambivalencia que treinta años han impregnado en esa palabra.

"Todo estará bien",dijo Julien.

Se lo dice a Elise, pero en realidad está mirando a Camille.

"¿Qué le dieron?"dijo Camille.

"No sé."

"Juliano."

"No sé."Es sincero; ella lo percibe. Alguien hizo esto sin él. Alguien en esta casa o sus alrededores decidió que Elise era un problema y lo resolvió a su manera.

"¿Quién la vio esta noche?"

"Anoche mamá le preparó una bandeja. Como suele hacer."

"Mamá."

Hélène sigue hablando por teléfono con el SAMU (servicio médico de emergencias); está dando la dirección y respondiendo preguntas. Está de cara a la ventana.

Camille la mira.

Está pensando en la merienda.

Piensa en lo que había dicho Leroux: "Tu madre solía poner eso en el té".

Piensa en Hélène, que estaba preparando una bandeja para Élise.

Quien llevaba décadas preparando una bandeja para Elise.

"La meseta,"—¿Dónde está? —preguntó Camille.

Julien la mira.

"Probablemente en la habitación de Elise."

Ella va a subir.

La bandeja está ahí, en la mesita de noche. Una taza vacía. Un platito con restos de bizcocho seco. Ella coge la taza. La examina. Queda un residuo: una capa muy fina en el interior de la cerámica. Una película ligera que no es té común.

Ella guarda la taza en su bolso.

En su descenso, se encuentra con Hélène en las escaleras.

Hélène sube las escaleras; probablemente iba a buscar algo a su habitación antes de que llegaran los servicios de emergencia. Se detienen uno frente al otro en la escalera.

Camille la mira.

Helen la mira.

"La copa,"dijo Camille.

Hélène no dijo nada.

"La taza que le trajiste anoche con el té."

"Le traigo té todas las noches. Duerme mejor..."

"Esta noche no. Esta noche casi muere congelada en el sótano."

La voz de Camille no tiembla. Quizás desearía que lo hiciera, que algo en su cuerpo indicara la magnitud de sus palabras. Pero ya no tiembla. Se encuentra en ese estado entre la rabia y la resolución, donde las cosas se dicen con voz monótona porque ya no necesitan entonación para transmitir su peso.

"No puse más de lo habitual",dijo Hélène.

Su voz.

Algo quedó sin hacer en su interior. Algo que indica que cree lo que dice: que la dosis fue normal, que no fue culpa suya.

"Alguien añadió algo",dijo Camille.

Hélène se apoya contra la pared de la escalera.

"OMS ?"dijo ella.

"Eso es lo que busco."

La ambulancia llega a las 7:50 de la mañana.

Dos paramédicos y una doctora —una mujer joven y competente que evalúa rápidamente a Elise con la eficiencia propia de los médicos de urgencias acostumbrados a atender muchos casos en poco tiempo— le hacen preguntas sobre sus medicamentos habituales, recetas y antecedentes médicos.

"Ella ha estado tomando diazepam modificado durante veinticinco años".dijo Camille.

El médico levanta la vista.

"¿Prescrito por?"

"El doctor Leroux se encuentra actualmente hospitalizado en Périgueux."

"Tendremos que comprobar las interacciones. Presenta todos los síntomas de una sobredosis."Se vuelve hacia Elise. "Nosotras la llevaremos."

Hélène hace un movimiento, ese gesto reflejo de una madre que quiere seguir.

"Iré con él."dijo ella.

El médico mira a Camille, no para utilizarla, sino con esa mirada profesional que evalúa la configuración familiar.

"Vayan, los dos."dijo Camille.

Helen la mira.

"Tú también-"

"Llegaré",dijo Camille. "Necesito quedarme un poco más."

La ambulancia sale a las 8:10.

Hélène dentro con Élise.

Julien en su coche detrás.

Camille en la casa vacía.

Ella entra en la cocina.

Ella prepara su café.

Ella se sienta a la mesa.

Piensa en Elise acurrucada en el rincón más oscuro de un sótano donde Thomas Avril podría haber sido enterrado.

Piensa en alguien que había decidido que Elise sabía demasiado.

La grieta en la presa lleva ahí demasiado tiempo.

Ya fuera una sobredosis nocturna, una caída por las escaleras o un accidente, los accidentes eran algo habitual en esa casa.

Ella cree que alguien sabía que el Ministerio había reabierto la investigación.

Ella cree que alguien decidió acelerar las cosas.

Para limpiar.

Coche saboteado. Elise sedada en un sótano.

Piensa en Marc Dubreuil en Trémolat.

Ella coge su teléfono.

Ella marca su número.

Mensajería.

Ella marca el número de Marion.
Marion contesta al primer timbrazo.
"Camille."
"Estamos acelerando",Camille dijo: "Hoy. Ahora. Llama a París."

25

La verdad de Julien

La casa está vacía.

Por primera vez desde su llegada —por primera vez desde aquellos diez días que parecieron una eternidad— la casa estaba vacía. Hélène estaba en el hospital con Élise. Julien había dejado la ambulancia.

Está sola.

Ella también debería irse.

Ella lo sabe; debería estar en su coche, conduciendo hacia Périgueux, al hospital, junto a su hermana, que iba de un estado a otro en ambulancia. Debería estar allí cuando los médicos anuncien lo que encuentren en la sangre de Élise, cuando empiecen a surgir las preguntas oficiales de personas ajenas a la familia.

Ella se queda.

No fue una decisión premeditada. Fue algo más sencillo: aún no ha terminado aquí. Todavía hay algo en esta casa que ella nunca tuvo.

Julien volverá a las diez.

Ella lo oye estacionar el auto en la entrada: ese ruido familiar del motor, esa forma particular en que apaga el encendido. Ella está en la sala, sentada en el sofá con su taza de café frío en las manos.

Él entra.

Él la ve.

Se detiene en el pasillo.

Se miran el uno al otro a través del marco de la puerta.

"¿Elise?"dijo Camille.

"Estable. Le están haciendo pruebas. Permanecerá ingresado unos días."Se quita el abrigo. Entra en la sala de estar. "Mamá, quédate ahí."

"BIEN."

Se sentó en el sillón frente a ella; el sillón de su padre, el mismo en el que Hélène se había sentado la otra noche con la fotografía de la feliz pareja joven. Ese sillón de cuero que había visto de todo.

Están solos en la casa.

Por primera vez.

"Alguien le puso algo en el té",dijo Camille.

"Lo sé."

"No era mamá, no solo mamá. Alguien le había añadido algo a lo que ya llevaba puesto."

"Lo sé."

"Ya sabes quién."

No es una pregunta.

Julien se mira las manos. La derecha, con la cicatriz —la forma de una mordedura—, todavía rosada, todavía fresca. La mira como quien mira algo de lo que quiere deshacerse pero no puede.

No responde de inmediato.

Camille saca su bolso.

Saca las fotos. El anillo de sello. Las fotocopias de los documentos del archivo. Las páginas del cuaderno de su padre. La carpeta azul de Marc, abierta en la página con notas sobre Mireille Castel.

Ella los coloca sobre la mesa de centro, uno al lado del otro.

Uno por uno.

Despacio.

Como poner las cartas sobre la mesa.

Julien los observa.

Al principio los observa desde lejos, sin agacharse, sin extender la mano. Los mira con la expresión de quien reconoce las piezas de un rompecabezas que ya conoce porque las sostuvo en sus manos, hace treinta años, en medio del desorden y el pánico.

Sus ojos se detuvieron en el anillo de sello.

No dijo nada.

Pero algo se refleja en su rostro: el mismo desplome que había visto al pie del árbol, en la oscuridad, entre los crisantemos en la hierba fría. Algo antiguo y doloroso resurge.

"SU,"dijo Camille en voz baja.

Julien cierra los ojos.

"¿Dónde lo encontraste?"

"En la pared del sótano. Detrás de una piedra con argamasa."

Vuelve a abrir los ojos.

"Yo lo había puesto allí",dijo.

"Lo sé."

Silencio.

"Pensaba tirarlo. No pude."

Ella espera.

Ella le permite este silencio, no por una paciencia estratégica, sino por algo más humano. Porque Julien está al borde de algo que ha cargado durante treinta años, y esos límites se cruzan a su propio ritmo, no al de otra persona.

La casa respira a su alrededor.

Estas viejas piedras que lo han conservado todo.

"Dime,"dijo Camille.

Mucho tiempo.

Entonces habla Julien.

"Era una fiesta. Nada planeado, solo una tarde de verano. Mamá y papá habían salido a cenar con los Villemont. De esas cosas que se prolongan hasta tarde."Su voz es monótona. Impasible. Como la de alguien que ha ensayado esta historia miles de veces en su cabeza y ahora la cuenta en voz alta por primera vez, en el espacio real de una habitación real. «Thomas estaba allí. Antoine —Moreau— estaba allí. Y un tercero. Lucas. Lucas Pelletier. Ahora vive en Burdeos».

"Lo sé."

Él levanta la vista.

"Bagazo,"Camille dijo: "Marc Dubreuil me lo dijo".

Julien asiente. No le sorprende; sabe que las cosas están saliendo a la luz, que hay fugas por todas partes, que la represa ha resistido demasiado tiempo como para seguir haciéndolo.

"Habíamos estado bebiendo. No mucho; vino que había sacado de la bodega de papá. Estábamos escuchando música. Thomas tenía una guitarra esa noche. La tocaba muy bien."

Hace una pausa.

"Y tú estabas allí."dijo.

"Sí."

"Viniste a unirte a nosotros en el jardín. Tenías quince años y querías estar allí, siempre querías estar donde estábamos nosotros. Te dije que te quedaras, te dije que eras demasiado joven, pero insististe y cedí porque era más sencillo."

"Y Thomas..."Se detiene. Continúa: «Thomas te estaba mirando. Desde hacía un tiempo, ese verano, Thomas te miraba de una manera particular. Parecía que no te dabas cuenta. Yo sí».

Camille no dijo nada.

Está pensando en la foto. Ella y Thomas en el jardín, con los hombros girados el uno hacia el otro.

"Antoine había dicho algo. A Thomas. Sobre ti. Una tontería, de esas tonterías que dicen los chicos de dieciséis años cuando están borrachos y quieren impresionar a sus amigos."

"¿Qué tontería?"

"No importa."

"Si."

Julien la mira.

"Dijo que si Thomas quería acostarse contigo, se podía arreglar. Que una chica de quince años con vino en la sangre..."

"Detener."

"Me lo preguntaste."

"Sí."

Tarda un segundo.

"Continuar."

"Thomas reaccionó mal. Muy mal. Se puso de pie. Le dijo a Antoine que se callara."Julien mira sus manos. "Debería haber intervenido entonces. Habría dicho a todos que se calmaran, que era una broma tonta, y los habría hecho entrar. Debería haberlo hecho."

"Pero tú no lo tienes."

"Yo tenía dieciséis años y Antoine había sido mi mejor amigo desde la infancia, y le dije a Thomas que se relajara."Se levanta. Da dos pasos. Se detiene frente a la ventana. «Thomas no se relajó. Empujó a Antoine. Antoine le devolvió el empujón. Así empezó todo».

Sigue hablando con esa voz monótona. Esa crudeza de alguien que relata los hechos porque los hechos son la única manera de mantenerse en pie ahora mismo.

"Fue una pelea de chicos. De esas que empiezan y terminan en dos minutos con dos o tres moretones. Debería haber terminado así."

"Pero."

"Pero Thomas tropezó con la caja de herramientas. Estaba allí, en el jardín; papá estaba trabajando en el cobertizo. Se cayó."

Silencio.

En esta sala de estar de la casa de piedra, con el fuego apagado desde la noche anterior y los muebles antiguos y las fotos familiares asomando de sus marcos en la pared.

"¿Cómo se cayó?"dijo Camille.

"Hacia atrás. La cabeza contra el pilar de la terraza."Un momento. "El shock fue..." Se detiene. "Después no se movió. Llamamos. No hubo respuesta. Intentamos reanimarlo; no sabíamos muy bien, habíamos visto algunas cosas en la televisión, lo intentamos. No funcionó."

Su voz se quebró ligeramente en la última palabra.

Levemente.

Recupera el control.

"Está muerto. Creo que murió bastante rápido. Para cuando comprendimos lo que realmente estaba sucediendo."

"¿Y qué hay de mí?"dijo Camille.

"Estuviste allí",Julien dijo: "Lo viste todo. Estabas paralizada. Estabas llorando".

"Yo no hice nada."

"No."

"No pedí ayuda."

"Ni yo. Ni Antoine. Ni Lucas."Se aparta de la ventana. La mira. «Éramos cuatro jóvenes idiotas, muertos de miedo, mirando un cadáver sin saber qué hacer».

"Y llegó mamá",dijo Camille.

"Mamá ha llegado."

Regresa para sentarse.

La cena en casa de los Villemont terminó temprano. Ella llegó a casa a las once en lugar de a la una de la madrugada. Y se encontró con esto.

Camille piensa en Hélène. En aquella mujer de cuarenta años que regresa a casa después de cenar y encuentra a su hijo de dieciséis años y a otros tres chicos con un cadáver en el jardín.

"Ella lo manejó",dijo Julien.

"Ella lo manejó."

"Sí."Un silencio. «Envió a Antoine y a Lucas a casa, diciéndoles que no dijeran nada. Llamó a Leroux. Esperó a Leroux. Y cuando Leroux llegó y vio lo que había pasado, lo organizó todo».

"El sótano."

"Sí."

"Los dos estabais allí."

"Ella y yo."

"¿No es papá?"

"Papá llegó a casa a las dos de la mañana. Todo había terminado. Ella se lo contó. Él lo sabía, pero no había estado allí; no había participado. No en el viaje."

Camille está pensando en su padre.

Para B. — terminado. Firmado. En el cuaderno.

Al hombre que había firmado los documentos de Boussac.

No es inocente. Nunca es inocente. Pero tiene otro tipo de culpa: la de alguien que llega después, que encuentra las decisiones ya tomadas y elige no deshacerlas.

"Él te respalda",dijo ella.

"Sí."

"Todos ustedes lo encubrieron."

"Sí."

Sin evasión. Sin justificación. Esos síes que caen como piedras en el silencio de la casa.

"Ella nos salvó",dijo Julien.

Estas cuatro palabras.

Las dice con algo que no es gratitud; algo más complejo, más retorcido. Algo que dices cuando repites la misma frase en tu cabeza durante treinta años y ya no sabes si la crees o si la crees porque nunca te permitieron no creerla.

"Ella te encadenó",dijo Camille.

Julien la mira.

"Eso no es contradictorio",dijo.

"No,"dijo Camille. "No lo es."

Ella se levanta.

Ella rodea la mesa de centro. Se acerca a la ventana que está junto a él y mira el jardín, ese jardín donde Thomas Avril cayó una noche de julio de 1997, donde una fiesta de chicos borrachos se convirtió en algo irreparable en cuestión de segundos.

"Fue una pelea",—dijo ella—. No fue un asesinato premeditado.

"No."

"Se cayó."

"Sí."

"No es lo mismo en un tribunal de justicia."

"Lo sé."

"Juliano."Se da la vuelta. Lo mira: a su hermano de cuarenta y un años, con la cicatriz en la mano, sus crisantemos blancos y treinta años de algo que cargó en silencio porque todos a su alrededor habían optado por guardar silencio. «La diferencia entre lo que pasó esa noche y lo que siguió —los treinta años de encubrimientos, Mireille Castel, Boussac, papá en las escaleras— la diferencia es inmensa».

"Lo sé."

"¿Puedes dar fe de ello? ¿Delante de gente que no sea Moreau, que no juegue al rugby contigo?"

La mira fijamente durante un largo rato.

"Sí,"dijo finalmente.

Este sí, diferente de los demás. No una aceptación resignada. Algo más decisivo. El sí de alguien que pasó la noche al pie de un árbol con flores frescas y que comprendió que las flores ya no bastan.

"Hay algo más",dijo Julien.

Su voz ha cambiado.

Un poco. Esa particular inflexión de alguien que llega a algo que había estado posponiendo: el momento de la confesión en el que lo que se ha dicho ya no es lo más difícil y lo que queda es peor.

"Qué ?"dijo Camille.

"Mireille Castel."

"Había hablado con Marc."

"Lo sé. Pero no es eso."

Él se levanta.

Va a la biblioteca, no a la de la oficina, sino a la del salón, esa pared llena de libros viejos que nadie ha leído en años. Saca un libro al azar, luego otro, como quien busca algo en las estanterías sin mirar realmente.

"Fue Jean Villemont quien ahogó a Mireille. No Moreau. No papá. Villemont."

Camille no dijo nada.

"Tenía su propia gente. Gente de su confianza, que no era de la región. Gente que traía para hacer cosas que no quería que hicieran quienes lo conocían."

"¿Y Boussac?"

"Lo mismo."

"Y papá..."

"Papá. Las escaleras."Deja el libro. «Es Villemont. Ni mamá, ni yo. Mamá había organizado la venta para proteger lo que aún se podía

proteger. Pero alguien decidió que no sería suficiente. Que papá iba a hablar sí o sí».

"Villemont sabía que papá iba a hablar."

"Sí."

"Y tú-"

"Le debía treinta años a Villemont. Su padre logró que se desestimara el caso Thomas. Yo estaba vinculado a él. Sabía de lo que era capaz y no podía decir nada porque si decía algo, todo se volvería en mi contra."

La cicatriz en su mano.

"La noche de la muerte de papá",Camille dijo: "El coche estaba en la carretera. Intentaste detener a alguien".

Julien mira su mano derecha.

"Intenté detener a uno de los hombres de Villemont. Aquella noche comprendí que algo iba a suceder. Llegué demasiado tarde."

"Te mordió."

"Ella. Una mujer. Nunca la había visto antes."

La casa.

El silencio de la casa vacía.

Camille reflexiona sobre todo esto: sobre la red que se construyó en torno a aquella noche de julio de 1997, las sucesivas capas de protección y silencio, y los crímenes adicionales para encubrir el crimen original. Piensa en Thomas Avril, que murió accidentalmente, tras una caída en una pelea infantil, y que había provocado treinta años de muertes.

Está pensando en la palabra "encadenado".

Ella cree que eso es todo: las cadenas. La primera cosa terrible que llama a otras, que llaman a otras más, hasta que ya no sabes qué es la cadena ni cuál es su origen.

"Juliano,"dijo ella.

"Qué."

"Elise está en el sótano esta noche. ¿Esto también es Villemont?"

Él la mira.

"Creo que alguien de su red sigue por la zona. Alguien que ha estado vigilando lo que ha ocurrido aquí desde que llegaste."

"El coche fue saboteado."

"Probablemente."

"Los mensajes de texto fabricados."

"Sí."

"Marc Dubreuil."

Él no responde a eso. No necesita hacerlo.

Camille está mirando el jardín.

El roble en el centro. El cielo gris. La hierba húmeda y fría.

Piensa en Marc Dubreuil en Trémolat con su voz cambiada.

Piensa en llamar a la policía, no a Moreau, ni a la gendarmería local. A París. Al fiscal Marion estaba a punto de contactar.

Ella piensa que las cosas se están acelerando y que esa aceleración es peligrosa.

Ella se da la vuelta.

"Tenemos que irnos de aquí",dijo ella.

"De ninguna manera yo..."

"Julien. Alguien está vigilando esta casa. Alguien saboteó mi coche ayer. Alguien casi mata a Elise anoche."Ella lo mira. "Si vas a testificar, tienes que estar vivo para testificar".

Él la mira.

Está a punto de decir algo; ella lo percibe en su respiración, algo que ha estado reprimiendo desde el comienzo de esta conversación y que finalmente dirá.

"Camille."

"Qué."

"Hay algo que aún no te he contado."

"Dilo."

Su voz.

Esa voz de alguien que llega al último piso de algo y ya no puede dar marcha atrás.

"Esa noche. Cuando llegó mamá y lo organizamos todo."

"Sí."

"Tú también estabas allí."

"Lo sé. Me lo dijiste... me dijiste que lo vi, que estaba llorando."

"No."La mira a los ojos. De verdad a los ojos, con esa mirada que no había tenido desde que llegó. «No solo la veías. Camille. Estuviste ahí cuando mamá organizó todo. Estuviste ahí cuando bajamos a Thomas al sótano. Estabas llorando, pero estabas ahí. Ayudaste».

Silencio.

"Tenías quince años, estabas en estado de shock e hiciste lo que tu madre te dijo, porque nadie a esa edad puede manejar una situación así. Pero estabas allí."

La obra.

El salón de esta casa de piedra con sus muebles antiguos, fotografías y el fuego apagado.

Camille está de pie frente a la ventana.

Esas cuatro palabras en el aire.

Tú habías ayudado.

Ella está buscando en el agujero negro.

Ella busca aquel 14 de julio: la música, el vino, la caída de Thomas, el golpe de su cabeza contra el pilar y lo que vino después. Ese después al que nunca llegó.

Y por primera vez —por primera vez en diez días, desde que los medicamentos fueron tirados por el inodoro, desde que los

productos químicos se disolvieron— algo.

No es un recuerdo completo. No es una imagen nítida.

Un fragmento.

Manos. Sus propias manos, a los quince años, sosteniendo algo. Una lona. El extremo de una lona en la oscuridad de una noche de julio.

Ella cierra los ojos.

Ella abre los ojos.

"Lo sé,"dijo ella.

26

El agujero negro

No.

Esa es la primera palabra que me viene a la mente.

No lo dijo en voz alta; fue algo interno, silencioso, pero tan definitivo como si lo hubiera gritado en la casa vacía. Un no que no es un argumento, ni un razonamiento. Un no del cuerpo antes que de la mente, una reacción primaria, la forma en que los organismos responden a aquello que amenaza su integridad.

No.

Julien la mira.

Ella no dijo nada.

Le da la espalda a la ventana. Se acerca a la mesa de centro. Coge su bolso. Saca las fotos, el cuaderno, la bolsita azul, el anillo de sello. Los guarda de nuevo con gestos precisos y mecánicos, los gestos de alguien cuyo cuerpo sigue funcionando porque aún no comprende lo que la mente acaba de oír.

"Camille—"

"No,"dijo ella.

Ahora en voz alta.

Ella sube las escaleras.

Ella entra en su habitación.

Ella cierra la puerta.

Se sienta en el borde de la cama con la bolsa sobre las rodillas y mira la pared que tiene delante: esa pared de la habitación del bebé, esa pared que miró fijamente durante años, por la noche, cuando no dormía, esa superficie blanca y lisa que nunca contuvo nada especial.

Ella mira esa pared.

Ella está esperando que algo suceda.

No es un recuerdo; aún no busca, aún no está lista para buscar. Espera a que lo que Julien acaba de decir penetre de verdad en su cuerpo, penetre en las capas y llegue al lugar donde, finalmente, suceden las cosas verdaderamente importantes.

El fragmento.

Manos. Sus propias manos sujetando el extremo de una lona en la oscuridad.

Ella cierra los ojos.

Ella está buscando.

La pared negra.

La pared lisa.

Ella está aquí.

Ella abre los ojos.

Ella se levanta.

Se acerca a la ventana. Abre la contraventana. El jardín, el roble, el cielo gris de noviembre que no ofrece consuelo, que simplemente está ahí en su gris uniforme y frío.

Piensa en la conversación con Leroux: «Estuviste allí esa noche, tu madre solía poner eso en el té, hace unos dos años». Piensa en los fragmentos que han ido reapareciendo desde que tiró las pastillas por el inodoro. La música. El vino. La caída de Thomas. Y ese fragmento de esa noche: sus propias manos sobre una lona.

Ella piensa que tal vez Julien tenga razón.

Ella piensa que tal vez Julien está mintiendo.

Ella cree que no puede distinguir la diferencia entre ambos.

Ella saca su teléfono.

Busca un médico especialista en trauma psicológico, disociación y amnesia traumática. No tiene un médico de cabecera en este campo,

ni ha consultado con ningún especialista, ni existe ningún expediente con su nombre, fecha y diagnóstico. Nunca ha buscado ayuda porque desconocía que pudiera hacer algo al respecto.

Encuentra un nombre: la Dra. Sylvie Marchand, psiquiatra especializada en trauma psicológico, con consulta en París. Tiene un artículo en una revista médica en línea, una página profesional y, en ocasiones, responde preguntas por correo electrónico.

Ella no quiere esperar un correo electrónico.

Encuentra otro número: una línea telefónica de emergencia vinculada a un servicio psiquiátrico en Burdeos. Ofrecen consultas para profesionales y particulares en situaciones de crisis.

Ella compone.

La voz de un hombre.

Con cincuenta y tantos años, tranquilo, con el tono de los psiquiatras que han aprendido a hablar de una manera que ni juzga ni minimiza al mismo tiempo.

"Doctor Frémont."

"Hola. Me llamo Camille Dubreuil. Necesito hablar con alguien que se especialice en amnesia traumática. Lo antes posible, si es posible."

Un rato.

"Te estoy escuchando."

Ella habla.

No todo: ni Thomas Avril, ni los treinta años, ni la familia, ni el sótano, ni el anillo de sello en la pared. No eso. Ella le cuenta directamente lo que le preocupa: una noche del verano de 1997, cuando tenía quince años, un suceso traumático del que no recuerda nada. Una amnesia total y precisa, claramente definida, que comienza en un momento exacto de aquella noche y no termina. Medicación administrada sin su conocimiento durante dos años por su madre. La reciente desaparición de la medicación —desde hace unos días, desde que dejó de tomarla—. Y desde que la dejó, resurgen fragmentos: recuerdos incompletos, destellos, sensaciones.

Ella se lo dijo.

Ella también repite lo que Julien le acaba de decir.

Que ella estaba allí.

No solo un espectador.

Partícipe.

El doctor Frémont lo escucha sin interrumpirlo.

Cuando termina de hablar, se produce un silencio, no un silencio de indecisión, sino el silencio de alguien que está organizando lo que va a decir antes de decirlo.

"Lo que describes tiene un nombre."—dijo—. Amnesia disociativa traumática. Es un mecanismo de protección del cerebro: cuando un evento excede la capacidad normal de procesamiento de un individuo, especialmente en adolescentes cuyos cerebros aún se están desarrollando, ciertas áreas de la memoria explícita pueden desactivarse. No se destruyen, sino que se desactivan. Se bloquea el acceso, no la información en sí.

"Ella sigue aquí."

"Probablemente. En áreas de la memoria implícita: el cuerpo, las sensaciones, las reacciones emocionales. No es accesible voluntariamente. Como un archivo cifrado en una computadora: existe, pero sin la clave."

"¿Y qué pasa con los medicamentos?"

Algunos fármacos benzodiacepínicos modificados pueden, en efecto, afectar la consolidación de la memoria. Cuando se administran de forma continua, especialmente durante un período de intenso desarrollo cerebral como la adolescencia, pueden reforzar las barreras existentes e impedir la reconsolidación natural de los recuerdos traumáticos.

"Es decir, mantuvieron la amnesia."

"Sí. La amnesia fue inicialmente natural, una respuesta de tu cerebro al trauma. La medicación la mantuvo, la estabilizó e impidió que desapareciera de forma natural con el tiempo."

Está de pie en su habitación con el teléfono pegado a la oreja.

"¿Puedes decirme si alguien en este estado puede recordarlo? ¿Pueden regresar los recuerdos?"

"Ya están regresando, ¿no? Me estás describiendo fragmentos."

"Sí."

"Los fragmentos son una señal de que la barrera se está debilitando. De que la medicación ya no la mantiene. Con el tiempo, con el trabajo terapéutico —y me refiero a tiempo, no a días— algunas personas recuperan la memoria. Otras no."

"¿Y si lo que recuerdo me hace responsable de algo?"

Silencio.

"Me dijiste que tenías quince años."

"Sí."

Un adolescente de quince años en estado de shock traumático agudo, que acaba de presenciar algo inimaginable, carece de las capacidades cognitivas y emocionales de un adulto. La noción de responsabilidad en este contexto es sumamente compleja. Se trata tanto de una cuestión legal como psicológica.

"Esa no es una respuesta."

"No. Eso es porque no hay una respuesta sencilla. Lo que sí puedo decirte —y esto es lo que tendrás que escuchar— es que lo que hiciste o dejaste de hacer a los quince años bajo un trauma no es lo mismo que lo que has hecho desde entonces."

Ella cuelga a las 11:40.

Una hora de conversación.

Está sentada en el suelo, a los pies de la cama; se dejó caer en algún momento, no sabe cuándo. Está ahí, apoyada en la cama, con las rodillas flexionadas y el teléfono sobre las piernas.

Amnesia disociativa.

Real.

No fue una invención de Julien. No fue una mentira de Hélène. No fue una debilidad inventada para ella. Fue una respuesta de su propio cerebro a algo que la había abrumado.

Y se ha mantenido así químicamente desde entonces.

Durante treinta años.

Su madre le había dado té todas las noches durante dos años para asegurarse de que el cerebro de su hija de quince años no lograra lo que estaba intentando hacer: integrar, procesar, aceptar.

En aquel entonces todavía tenía quince años.

Atrapado allí, en el espacio entre el olvido total y la pérdida de la consciencia.

Ella está llorando.

No muchas; no es algo que te haga llorar mucho, no de esta manera fluida y liberadora. Unas pocas lágrimas que caen en silencio, sin sollozos. Las lágrimas de alguien que comprende algo que no quería comprender.

Ella los deja venir.

Ella no las limpia inmediatamente.

Está pensando en Thomas Avril.

Piensa en una chica de quince años en un jardín de verano con un chico que la miraba de una manera que a ella le gustaba y que tocaba la guitarra. Piensa en esa chica que había visto algo inimaginable y cuyo cerebro había decidido protegerse borrando ese recuerdo.

Ella piensa que esta chica de quince años —esta Camille de quince años paralizada por el miedo en un jardín en julio— no es la misma persona que la que está sentada allí en el suelo a los treinta y siete años.

Ella también piensa que es igual.

Ambas afirmaciones son ciertas.

Ella se levanta.

Ella va a la cómoda.

El primer cajón, aquel donde Hélène había guardado las cosas de Édouard tras su muerte. El cajón de la transición, el cajón de los muertos. De allí había sacado el teléfono de su padre la segunda noche.

No lo había registrado todo.

Ella abre el cajón.

Saca las pertenencias de su padre: su cartera, llaves, billetes doblados. Debajo de los billetes, un pequeño fajo atado con una goma elástica. Documentos antiguos; los hojea. Recetas médicas. Papeles administrativos. Extractos bancarios.

Nada.

Está a punto de cerrar el cajón.

Ella ve algo muy profundo en su interior.

Un cuaderno.

No es el cuaderno con el código; ese lo tiene, está en su bolso. Es otro cuaderno. Más pequeño, de espiral, con una cubierta de cartón amarillo descolorido. Lo toma.

Ella lo abre.

Esta no es la letra de su padre.

Es la letra de su madre, pero más joven, menos controlada, con letras menos perfectas. La letra de Hélène de hace treinta años.

Camille — seguimiento terapéutico, septiembre de 1997.

Una revista de seguimiento terapéutico.

Hélène llevaba un diario del seguimiento terapéutico de su hija.

Ella se sienta en la cama.

Ella hojea las páginas.

Las primeras páginas: fechas, observaciones. Camille duerme mal. Pesadillas. No habla de esa noche. Responde a las preguntas

habituales con normalidad. Entradas regulares, dos o tres veces por semana al principio, luego con menos frecuencia.

Luego, otra página.

12 de octubre de 1997 — Leroux recomienda continuar el tratamiento. Camille tuvo un episodio ayer; dijo algo en la mesa que me alarmó: «El jardín de julio». Se detuvo. No pudo continuar. Parece estar buscando algo que no encuentra. Leroux dice que esto es normal y que el tratamiento debe continuar.

El jardín de julio.

Ella continúa.

3 de noviembre de 1997 — Camille me pidió ver las fotos del verano. Le dije que no había ninguna. Insistió. Le dije que la cámara se había perdido. Estuvo de acuerdo. Pero sigue buscándolas.

15 de diciembre de 1997 — Primer dibujo durante una sesión con la Sra. Boutet. Leroux recomendó la arteterapia para exteriorizar los sentimientos sin hablar. Camille dibuja mucho.

Señora Boutet.

Un terapeuta.

Leroux había enviado a Camille a terapia.

Ella mira el cuaderno.

Ella busca clases de dibujo, terapia y asesoramiento.

El número de admisiones aumentó durante el invierno de 1997 y la primavera de 1998.

Enero de 1998 — La Sra. Boutet dice que los dibujos de Camille son interesantes. Los guarda en un archivo. No me los muestra —confidencialidad terapéutica—. Pero dice que Camille está progresando.

Marzo de 1998: Camille parte hacia Burdeos para realizar sus prácticas escolares. Se marcha sin los dibujos; no pide llevárselos. Parece estar mejorando. Leroux comenta que se puede reducir la frecuencia del tratamiento, pero no suspenderlo.

Junio de 1998: La Sra. Boutet cerró su consulta. Se mudó al norte. Me envió el expediente de Camille por correo. Los dibujos están ahí.

Los dibujos.

En el archivo.

Deja el cuaderno. Mira dentro del cajón, al fondo, debajo de los papeles.

Un sobre de papel kraft.

Grueso. Con el nombre de Camille escrito en tinta azul; la letra de Hélène, aún, pero la del sobre es diferente. Una letra ajena. Quizás la del terapeuta.

Ella abre el sobre.

Hojas.

Unas diez. Papel de dibujo blanco grueso, tamaño A4. Las saca una por una.

Los primeros dibujos —no representativos, formas geométricas, trazos de pluma, la expresión gráfica de alguien que deja salir cosas sin aún comprenderlas—. Ella los mira rápidamente.

Luego llega al dibujo que, según la fecha que figura en el reverso, data del 20 de enero de 1998.

Ella se detiene.

Una pieza.

Dibujado con lápiz gris con algunos toques de color: azul medianoche para las sombras, amarillo para una tenue fuente de luz en la esquina superior izquierda. Una habitación oscura. Las paredes están representadas con un sombreado grueso. Un suelo.

Siluetas.

Varias. Tres o cuatro, dibujadas sin precisión, solo formas humanas, esas siluetas que dibujas cuando no quieres o no puedes ponerles cara. Gente en una habitación oscura. Haciendo algo; ella no puede ver qué, los detalles están borrosos, tal vez intencionalmente, el

lápiz presionado con tanta fuerza que la imagen se vuelve indistinta en las zonas de acción.

Y en la esquina.

Abajo a la derecha.

Una figura como ninguna otra.

Más pequeño. Separado de las figuras activas. Agachado contra la pared.

Con los ojos.

Las demás figuras no tienen rostro; son solo óvalos lisos, como dibujan los niños cuando representan a personas que no quieren reconocer. Sin rasgos, sin expresión.

La figura de la esquina tiene ojos.

Dos puntos negros, gruesos, dibujados con una presión diferente a la del resto. Ojos que observan. Ojos abiertos en una habitación oscura mientras las otras figuras hacen algo que el lápiz ha difuminado deliberadamente.

Ella misma se había dibujado.

En la esquina.

Con los ojos abiertos.

¿Quién estaba mirando?

Ella da la vuelta al dibujo.

En el reverso: la fecha, 20/01/1998, y una nota del terapeuta. La letra apretada de alguien que resume una sesión.

Camille completó este dibujo en silencio durante 40 minutos. No quería hablar de ello. Cuando le pregunté qué representaba la figura en la esquina, dijo: «Soy yo». Cuando le pregunté qué estaba mirando, no respondió. Dobló el dibujo en cuatro partes y lo colocó boca abajo. Se negó a llevárselo de vuelta al marcharse. Algo que merece ser investigado.

Algo que merece ser investigado más a fondo.

El terapeuta quería profundizar más.

Y Leroux había dicho que Camille estaba progresando.

Y Hélène había reducido el número de sesiones.

Y la señora Boutet se había mudado al norte.

Camille coloca el dibujo sobre la cama.

Ella mira la pequeña figura en la esquina.

Estas dos manchas negras son muy visibles.

Con los ojos abiertos.

Tenía dieciséis años cuando hizo ese dibujo, un año después de aquella noche. Un año de tratamiento, un año de amnesia controlada, y aun así, algo en su interior se resistía. Algo había dibujado lo que no podía expresar. Algo había plasmado sus ojos abiertos en el papel, incapaces de ponerlos en palabras.

No lo olvides.

Lo había escrito en el reverso del recorte de periódico.

Ella lo había dibujado.

Su cerebro de dieciséis años había logrado lo que la medicación, los terapeutas y su madre no habían podido evitar por completo: había dejado una huella. Había dicho: "Estoy aquí, lo vi, no voy a desaparecer del todo".

Ella toma el dibujo.

Lo sostiene con cuidado: este papel de treinta años, estos bordes ligeramente amarillentos, este lápiz gris que se ha mantenido en buen estado.

Piensa en la pequeña figura que está en la esquina.

Piensa en la frase del Dr. Frémont, como en un archivo cifrado en una computadora. Existe, pero sin la clave.

El dibujo fue la clave.

No era la clave completa, ni los recuerdos que volverían en orden y con la nitidez de una cámara. Pero sí la prueba de que el recuerdo

no había desaparecido. De que había sobrevivido a los químicos, al silencio y a los años.

Ella estaba allí.

Con los ojos abiertos.

Ella coge su teléfono.

Ella fotografía el dibujo.

Ella lo envía a la dirección de correo electrónico externa.

Le manda un mensaje a Marion: llámame cuando puedas. Tengo algo importante que decirte.

Entonces se queda allí, con el dibujo en las manos.

Ya no llora.

Piensa en lo que significa tener los ojos abiertos en una habitación oscura mientras las siluetas hacen algo que el lápiz ha difuminado.

Ella piensa que esta puede ser la única forma de honestidad que su memoria traumatizada ha logrado conservar.

Ella estaba allí.

Ella había mirado.

Eso no era lo mismo que haber actuado.

Pero tampoco fue poca cosa.

Y en algún punto intermedio entre estas dos cosas —entre la inocencia absoluta y la culpabilidad absoluta— existía una verdad más pequeña, más precisa, más difícil de sostener que los dos extremos.

La verdad sobre una chica de quince años en estado de shock en la oscuridad.

Una niña cuyo cerebro lo había conservado todo a pesar de treinta años de esfuerzos en contra.

Una chica que ahora tenía treinta y siete años, con un dibujo en la mano y dos días para terminar lo que había empezado.

27

El que mueve los hilos

Ella comienza escribiendo.

No es un diario, ni una confesión, sino una cronología. Así había trabajado siempre, en su vida profesional en Lyon, cuando un expediente era demasiado pesado y enredado para recordarlo todo. Coge la libreta que compró en Périgueux junto con el café instantáneo, esa libreta de cuadriculado pequeño que usaba para anotar detalles a medida que se le ocurrían. La abre en una página en blanco.

Ella escribe columnas.

Columna izquierda: acontecimientos desde su llegada.

Día 1.La habitación es registrada incluso antes de que ella duerma en ella.

Día 2.La caja se reduce. La cámara se selecciona. La rampa.

Día 3.El sobre vacío en casa de Vernet. Los archivos.

Día 4.El visitante de Helen: el hombre de la oficina de Renaud-Maurel. La llave del envío.

Día 5.Los archivos, Thomas Avril, el ayuntamiento. El cuaderno descifrado. Los mensajes de texto enviados desde sus teléfonos. Los guantes quirúrgicos en el granero. La trampilla.

Día 6.Marc Dubreuil. La portada azul del álbum. Su voz cambiante. Leroux hospitalizado.

Día 7.La foto sobre el escritorio: el sótano, la lona, la forma que hay debajo. La tapa vacía.

Día 8.Elise se está derrumbando. Hélène lo está escuchando todo. El dibujo.

Día 9.Boussac en los archivos. La citación de Moreau. El coche saboteado.

Día 10.Elise en el sótano. Julien hablando.

Columna central: quién sabía qué y en qué momento.

Ella rellena esta columna más despacio. Tiene que sopesar cada anotación, comprobar que no está proyectando sus propias ideas, que se ciñe a lo que realmente sabe.

Helen. Lo supo desde el principio, probablemente desde que registraron la habitación. Había organizado la venta antes de la muerte de Edward. Había firmado documentos en la notaría. Controlaba la medicación de Elise. Pero Helen también tenía sus debilidades desde el principio: la puerta cerrada en la habitación de Elise, el alivio en sus ojos al ver la carta del Ministerio.

Julien. Había buscado la caja; sabía que existía. Había intentado arrestar a alguien la noche en que murió Édouard. Había mantenido conversaciones telefónicas misteriosas. Pero Julien también se había derrumbado: el árbol, los crisantemos, la confesión de esta mañana.

Moreau. Él había estado a cargo de la investigación de la muerte de Édouard. Había recibido una denuncia anónima. Sabía quién era ella antes de que entrara en su oficina.

Columna derecha: acciones directas en su contra.

La habitación se registra la primera noche.

La tarjeta SIM clonada.

Los mensajes de texto falsificados: su número para amenazar a Julien, el número de Julien para atraerlo al granero.

Los medicamentos fueron introducidos discretamente en su maleta.

La caja vacía... no, la caja vacía fue colocada de nuevo en el armario, el cuaderno desapareció. Ella corrige.

La foto que dejaron sobre el escritorio: la lona, el sótano. Alguien que quería que ella la viera.

El coche fue saboteado.

Elise estaba sedada en el sótano.

Ella mira las tres columnas.

Ella los lee y los relee.

Y algo empieza a tomar forma, no de manera clara, no todo a la vez, sino gradualmente, como una imagen en un baño de revelado fotográfico.

Dos tipos de acciones.

Ella los ve ahora.

Quienes intentan frenarla, intimidarla, sembrar la confusión —los mensajes de texto falsificados, la denuncia a la policía, los medicamentos en su maleta—, actúan como un grito de auxilio: «Alto, vas demasiado lejos, estás perdiendo el control». Pero no la destruyen.

Y quienes buscan eliminarlo: el coche saboteado. Elise en el sótano, una testigo directa que tuvo que ser silenciada.

Dos registros diferentes.

Dos intenciones diferentes.

Quizás dos personas diferentes.

Está pensando en Helen.

Hélène, que había orquestado la portada de 1997 con la precisión de una arquitecta. Hélène, que había medicado a sus hijos durante décadas. Hélène, que había vendido la casa antes de tiempo. Pero Hélène... piensa en la puerta cerrada de la habitación de Élise, en cómo había llamado a los servicios de emergencia sin oponer resistencia cuando Camille le dijo: «Llama a los servicios de emergencia». En la foto de los jóvenes felices que tenía en sus manos.

Helen era una experta en el arte del disimulo.

No soy un arquitecto de asesinatos.

Está pensando en Moreau.

Antoine Moreau — dieciséis años en 1997, presente en el jardín. Se convirtió en gendarme. Treinta años asegurándose de que nada volviera a aparecer. La muerte de Mireille Castel — accidente. La muerte de Édouard — accidente. La citación de Camille.

Pero Julien le había dicho: fue Villemont quien ahogó a Mireille. No Moreau.

Moreau no era el líder.

Moreau era el brazo ejecutor local, el guardián, alguien que tenía las habilidades y la posición para gestionar las consecuencias, pero no para orquestarlas.

Está pensando en Villemont.

Jean Villemont, presidente del consejo departamental. Un hombre poderoso, con una red de contactos y gente de su confianza que no es de la región. Un hombre cuyo padre logró que se desestimara el caso de Thomas Avril en 1997. Un hombre con mucho que perder como para justificar un asesinato.

Pero Villemont no está en la casa.

Villemont está fuera; actúa desde fuera, a través de intermediarios, mediante presiones, a través de personas importadas.

Hay alguien en la casa.

Ella sigue volviendo a eso.

Mensajes de texto de los teléfonos de su casa. Los medicamentos en su maleta: la maleta que había preparado en Lyon, que había traído a esta casa, que no había salido de esta propiedad desde su llegada.

La maleta.

Ella recuerda la maleta.

Durante los primeros días, estuvo segura de que le habían dado el medicamento a Lyon, la persona que estaba fuera de su ventana, alguien que tenía una copia de sus llaves. Estaba completamente segura.

¿Pero era cierto?

No había facturado la maleta en Lyon. No la había abierto antes de llegar aquí. Había hecho la maleta a toda prisa después de la llamada de Julien.

¿Alguien metió el medicamento en la maleta?

¿En esta casa?

No en Lyon.

Aquí.

Alguien que tuvo acceso a sus pertenencias desde la primera noche.

Ella abre su bolso.

Ella saca las fotos.

Las coloca sobre la cama: las fotos de la caja metálica que ya se sabe de memoria. Thomas Avril con Julien. Thomas con ella en el jardín. Las fotos de grupo.

Ella los mira uno por uno.

Ella se detiene.

Hay una foto que no miró con atención.

No porque lo hubiera ignorado, sino porque, a primera vista, le había parecido algo común. Una foto de grupo, la casa al fondo, el verano, esa reunión festiva que organizan las antiguas casas de campo cuando las familias se juntan.

Ella lo toma.

Ella lo acerca a la lámpara.

La fachada de la casa, reconocible, con sus dos ventanas en la planta baja y el porche con sus dos escalones de piedra. Delante, los niños. Reconoce a Julien, un adolescente de quince o dieciséis años en esta foto, probablemente del verano de Thomas. Reconoce a Élise, mucho más pequeña, de siete u ocho años. Y se reconoce a sí misma: su propia adolescencia, ese rostro que es suyo sin los años.

Tres niños Dubreuil frente a su casa.

Y detrás de ellos.

Ella entrecierra los ojos.

La profundidad de campo de la época: las cámaras de los noventa, la calidad de las películas, ese ligero desenfoque del fondo cuando el objetivo enfocaba los sujetos principales.

Medio escondido.

Mitad a la sombra del marco de la puerta principal, ni dentro de la casa ni completamente fuera. Esa zona de transición entre el interior y el exterior.

Un rostro.

No está borrosa, sino lo suficientemente nítida como para ser reconocible a pesar de la distancia, a pesar de los treinta años, a pesar de los cambios que experimenta un rostro entre la adolescencia y los cuarenta.

Ella lo mira.

Ella lo mira fijamente durante un largo rato.

Ella reconoce ese rostro.

No es como reconocerías a alguien que conoces de toda la vida. Es como reconocerías a alguien que has visto recientemente, en circunstancias diferentes, en una oficina con un archivo sobre la mesa y fotos de adolescentes en el estante.

Antoine Moreau.

En esta foto tiene dieciséis años, quizás diecisiete. Ese rostro impasible que siempre tiene, esos ojos claros, esa sonrisa pícara que aquí no se ve porque no está sonriendo; está en la sombra del marco de la puerta y mira a los niños Dubreuil como quien mira lo que le pertenece.

O lo que está monitoreando.

Ella posa para una foto.

Ella permanece inmóvil con la foto colocada sobre la cama y ese rostro en el marco de la puerta.

Moreau estaba allí.

Moreau estaba en esa casa.

No solo el verano de Thomas Avril, no solo en el jardín esa noche. Antes. Moreau estaba en la casa de Dubreuil con una actitud que no era la de un amigo invitado a una fiesta. La actitud de alguien que se siente como en casa. Que conoce la casa al dedillo. Que sabe dónde están los cajones y las habitaciones, y las maletas colocadas en los rincones.

Está pensando en mensajes de texto.

Alguien que supiera de teléfonos, no solo de los números, sino de los teléfonos en sí, de las rutinas para usarlos. Alguien que supiera que Julien dejaba su teléfono en el pasillo por la noche. Camille dejaba el suyo en la mesita de noche.

Alguien que conocía esta casa mejor que nadie de fuera.

No es Villemont; Villemont importó gente.

Moreau.

Moreau, que jugaba al rugby con Julien.

Moreau, que vino a cenar, tal vez, que pasó a tomar un café, que conocía la distribución de las habitaciones, que había aprendido a lo largo de los años todos los rincones de esta casa.

Está pensando en la citación.

La citación judicial la había obligado a bajarse del coche durante cuarenta minutos.

Durante cuarenta minutos, alguien pudo acercarse a su coche, acceder al circuito de frenos y hacer lo que tenía que hacer.

Alguien que supiera dónde estaría y por cuánto tiempo.

Alguien que había convocado la reunión.

Está pensando en la noche de Elise.

Moreau estaba en Saint-Cyprien. Conocía la casa. Podía entrar, no necesariamente forzando la cerradura, tal vez tenía una llave. Estas casas antiguas con sus viejos sistemas de cierre, sus duplicados de

llaves distribuidos a lo largo de los años entre personas de confianza, esas costumbres rurales donde no se cambian las cerraduras.

Está considerando la posibilidad de denunciar de forma anónima.

Moreau había recibido un aviso anónimo que le llevó a citarla.

O bien Moreau había fabricado un informe anónimo para tener un motivo para citarla.

La diferencia es absoluta.

Ella se baja.

Julien está en la cocina. Se preparó un café, su café de siempre, en su cafetera habitual. Levanta la vista cuando ella entra.

Ella coloca la foto sobre la mesa frente a él.

Ella coloca su dedo sobre la figura medio oculta en el marco de la puerta.

"Es Moreau",dijo ella.

Julien mira la foto.

Mucho tiempo.

"Sí."

"Él solía venir aquí."

"Siempre ha tenido contactos aquí. Desde que éramos niños."Él toma la foto. La mira detenidamente. "Incluso tuvo una llave en un momento dado. Para regar las plantas cuando estábamos de vacaciones. Mamá se la había dado".

"¿Todavía lo tiene?"

Julien vuelve a colocar la foto en su sitio.

"No sé."

"Piensas que ha estado en esa casa en los últimos días."

Eso no es una pregunta.

Julien no responde de inmediato.

"Alguien conocía demasiado bien nuestras costumbres como para no haber estado allí".—dijo finalmente—. Los teléfonos. Las rutinas. ¿A qué hora toma Elise su té?

"Y la maleta."

Él la mira.

"Encontré la medicación en mi maleta. Pensé que alguien la había dejado allí en Lyon. Pero si Moreau tuvo acceso a esa casa desde la primera noche..."

"Tenía acceso a tu habitación. A tu maleta."

"Esperó a que bajara las escaleras para registrarme."

"Juliano,"Camille dijo: "La noche en que murió papá. La mujer del pasillo, la que te mordió. Dijiste que nunca la habías visto".

"Es cierto."

"¿Estaba dentro o fuera?"

"Dentro. En el pasillo de la planta baja."

"Ella tenía una llave."

Él la mira.

"O alguien se lo había dado."

Moreau.

Moreau tenía la llave. Moreau había dejado entrar a alguien del equipo de Villemont. O había enviado a alguien a buscarlo.

"La mujer,"Camille dijo: "¿La reconocerías?"

"Tal vez."

"Si llega gente de París —no la policía local, sino gente de la fiscalía — ¿estarás preparado para describirlo?"

"Sí."

Ella sube a su habitación.

Ella llama a Marion.

Desconexión inmediata.

"Hablé con alguien de la fiscalía de París",—dijo Marion—. Es fiscal adjunta. Conoce el caso: la carta del Ministerio es auténtica, alguien contactó efectivamente con un alto funcionario. Me dijo que cualquier información adicional podría agilizar el despliegue de un equipo en el lugar.

"¿Qué elementos?"

"Testimonios. Pruebas físicas. Un testigo directo, preferiblemente."

"Tengo un testigo directo",Camille dijo: "Mi hermano. Él estuvo allí esa noche. Está dispuesto a hablar".

Silencio.

"¿Está seguro?"

"Sí."

"Y tú ?"

Camille se detiene.

"Yo también,"—dijo—. Voy a tener que hablar de lo que sé. De lo que he visto. De lo que aún no recuerdo del todo.

"Los lapsos de memoria no te descalifican como testigo","El trauma psicológico está reconocido", dijo Marion. "Su testimonio parcial es válido dentro del contexto médico".

"Lo sé."

"Camille. ¿Hay algo más?"

"El teniente Moreau, de Saint-Cyprien. Estuvo en la casa en 1997. Tenía una llave. Creo que ha estado en la casa desde que llegué. Ayer sabotearon mi coche en el aparcamiento de su gendarmería."

Un largo silencio.

"Al suplente le encantará esto."dijo Marion.

Ella cuelga.

Ella toma la foto de grupo.

La mira por última vez: los niños Dubreuil frente a su casa, verano de 1997, con sus rostros medio ocultos en el marco de la puerta.

Moreau tenía diecisiete años en esta foto.

Él estaba mirando.

Siempre había estado vigilando, desde esta puerta, desde esta casa, durante treinta años en la gendarmería local de este departamento, donde conocía a las familias, los secretos y las entradas a las propiedades.

Ella reflexiona sobre lo que significa: alguien que ha estado observando durante treinta años, protegiendo durante treinta años, no por culpa como Julien ni por miedo como Leroux, sino por interés propio. El aumento gradual del poder local alimenta el silencio de los demás.

Moreau tenía algo que perder.

No solo su libertad.

Todo su mundo se basaba en lo que sabía y en lo que guardaba silencio.

Saca la foto del sótano, la que dejaron sobre el escritorio aquella noche. La lona, la forma que hay debajo.

Alguien la había dejado por ella.

No Moreau; Moreau no habría querido que ella lo supiera. Otra persona.

Alguien que tenía acceso a la casa y quería que Camille la encontrara.

Piensa en quiénes habían estado en esa casa desde su llegada.

Está pensando en todas las personas que tuvieron acceso legítimo.

Piensa en una persona —solo una— que conocía la casa desde dentro, que lo había visto todo durante treinta años, que no era oficialmente de la familia, pero que había vivido en la órbita de esta familia el tiempo suficiente como para haber visto todo lo que merecía la pena ver.

Ella va a la oficina.

Saca el cuaderno de su padre.

Ella está buscando.

Ella busca un código que aún no ha descifrado; un código que ha aparecido en los últimos años, no con frecuencia, dos o tres veces. A veces asociado con entradas sobre Moreau, a veces con entradas sobre Villemont.

MV

No es Mireille; ella es la protagonista en el cuaderno.

No Marc, él es médico.

MV

Un nombre que empiece por M, un apellido que empiece por V.

O viceversa.

Revisa sus notas: las fotocopias, los archivos, los documentos. Busca a MV, dos iniciales, alguien que frecuentaba Moreau y Villemont.

Y entonces llega.

No procede de los archivos.

De la panadería de Trémolat.

¿Marc? Sí. La casa con la puerta verde. Rue du Moulin. La segunda a la izquierda después de la iglesia.

La mujer que atendía detrás del mostrador y conocía a Marc Dubreuil por su nombre de pila.

Marc llevaba viviendo en Trémolat desde 2010.

Porque alguien había aparcado un coche delante de su casa durante tres noches.

Y alguien sabía exactamente dónde vivía. Lo suficiente como para llegar la misma noche en que Marc y Camille se conocieron en Beynac y obligarlo a devolver la llamada con una voz cambiada.

Moreau.

Moreau había seguido a Camille hasta Beynac.

O había recibido la información de alguien que la había estado siguiendo.

Ella toma la foto de grupo.

Ella lo voltea una y otra vez.

Moreau en el marco de la puerta.

Ella piensa en lo que él ve desde allí: los niños Dubreuil en primer plano, el patio al fondo y él en las sombras, medio dentro, medio fuera.

La mitad de la familia.

A medio camino afuera.

Ella coge su teléfono.

Ella toma una foto de la foto grupal, enfocando el rostro de Moreau en el marco de la puerta.

Se la envía a Marion con el siguiente mensaje: Teniente Antoine Moreau. Presente en la casa familiar en 1997. Amigo íntimo de la familia. Llave disponible. Acceso verificable. Foto adjunta.

Ella lo envía.

Ella cuelga el teléfono.

Ella mira alrededor de la casa.

Estos muros de piedra lo habían conservado todo.

Y alguien que había conservado los muros.

Alguien que conocía cada grieta, cada punto ciego, cada hábito de cada persona que dormía bajo ese techo.

Desde el marco de una puerta en una foto de verano.

Durante treinta años, a la sombra de esta casa.

28

La caída del padre: una historia real.

Se reconstruye en orden.

No desde el principio, sino desde el final. Desde la tarde del 10 de noviembre, desde el pie de la escalera, desde el cuerpo de Édouard Dubreuil sobre las baldosas del pasillo. Ella regresa. Como desenredar un hilo. Como deshacer lo que fue construido para parecerse a otra cosa.

Ella está en la oficina de su padre.

La lámpara está encendida. El cuaderno está lleno de pequeños cuadrados. Ella escribe.

Lo que ella sabe sobre la muerte de Edward.

Su padre estaba enfermo. Nunca se lo contó; nunca le decía nada directamente a nadie, esa era su manera de ser. Pero Marc Dubreuil le había hablado de las cartas, de su tono cada vez más urgente. Ya no tengo tiempo para encontrar las palabras adecuadas. Las palabras de alguien que importa.

¿Cuánto tiempo llevas enfermo?

Abre el ordenador. Va al correo electrónico de Hélène: la contraseña que su madre lleva usando diez años, el nombre de la casa seguido del año de su boda. Camille lo vio pasar frente a ella una mañana en la cocina sin que Hélène se diera cuenta de que la estaba observando. Entra.

Revisa sus correos electrónicos. Médico, hospital, resultados.

Ella lo encuentra.

Once correos electrónicos de un departamento de oncología de Périgueux entre enero de 2024 y octubre de 2024. Los encabezados lo dicen todo: informe de hospitalización, prescripción de tratamiento, seguimiento de quimioterapia.

Édouard Dubreuil tenía cáncer.

Diagnosticada en enero de 2024.

Abre el último correo electrónico: el informe de la consulta de octubre de 2024, tres semanas antes de su muerte.

Estadio IV. Mal pronóstico. Paciente informado. Se recomiendan cuidados paliativos.

Etapa IV.

Predicción comprometida.

Su padre sabía que se estaba muriendo. Lo sabía desde hacía meses. Había mirado el calendario y decidido que, si quería hablar, era ahora o nunca.

No hay virtud repentina, sino desesperación. La desesperación de quien ve el final y se niega a dejar tras de sí solo una lista de lo que ha matado.

Cierra la aplicación de mensajería.

Piensa en el cronograma que Marc le había descrito. Las cartas enviadas a lo largo de 2024: cada vez más urgentes, cada vez más directas. Piensa en el 5 de noviembre, la llamada del teléfono secreto. Estoy lista. Piensa en el 8 de noviembre, la última anotación en el cuaderno. Saben que voy a hablar.

Entre el diagnóstico de enero y el 8 de noviembre.

Diez meses.

Durante diez meses, Édouard Dubreuil, con cáncer en estadio IV, había estado preparando algo. Había puesto todo en orden. Le había enviado copias del cuaderno a Marc. Se había puesto en contacto con el ministerio a través de su abogado en París. Había preparado un sobre para Vernet.

Y le había escrito a un juez.

Ella lo recuerda.

Marc lo había mencionado brevemente, en el flujo de información, una frase que ella no había explorado en ese momento. Me contó en una de sus cartas que le había escrito a un juez. No a la fiscalía local, sino directamente a un juez de instrucción en París, cuyo nombre había obtenido a través de un abogado.

Una carta dirigida a un juez de instrucción.

La carta nunca llegó.Marc había dicho.

Ella había asumido que eso significaba que el juez no había respondido, que la carta se había extraviado por algún error administrativo. No que la carta no hubiera llegado porque nunca se había enviado.

Porque alguien lo había interceptado.

Ella busca en la oficina.

Metódicamente —ya conoce cada rincón de esta habitación, la ha registrado varias veces—, pero esta vez sigue buscando. No en la caja, ni en el hueco tras el armario; busca algo diferente. Una carta. Sellada.

Primero el escritorio. Los cajones... ya los ha abierto, sabe lo que hay dentro. Pero esta vez los vacía por completo, saca todo y lo vuelve a guardar, capa por capa.

En el tercer cajón desde la derecha: los bolígrafos, los clips, los pequeños artículos de oficina. Vacía todo en la caja del cajón. Mira el fondo del cajón.

Nada.

La biblioteca.

Saca los libros fila por fila. Los sacude —un reflejo adquirido, a veces escondemos cosas en los libros—. No encuentra nada.

El armario.

Mueve el armario —la misma maniobra que la primera noche—, lo aparta a un lado y deja al descubierto el armario. Abre el armario. El estante vacío donde antes estaba la caja metálica.

Ella pasa la mano por toda la superficie del estante.

Nada.

Ella se detiene.

Ella se pone en el lugar de su padre.

Édouard Dubreuil, un hombre que escribe una carta para un juez. Sabe que corre un riesgo. Sabe que saben que va a hablar. Toma precauciones: la caja en el armario, las copias en casa de Marc, el sobre en casa de Vernet, las referencias a través del abogado.

Pero la carta... está en la casa.

¿Por qué en la casa?

¿Porque aún no lo había enviado? ¿Porque lo estaba revisando? ¿Porque estaba esperando algo para enviarlo: una oportunidad, una confirmación, un momento específico?

¿O porque lo envió por correo y nunca llegó a su destino, interceptado por otra persona?

En ese caso, la carta no estaría en la casa.

Pero Marc había dicho que nunca llegó, no que nunca fue enviado.

Ella retoma.

Su padre había enviado la carta.

Alguien lo había recuperado antes de que ella llegara.

No en la oficina de correos: interceptar el correo ordinario sin la complicidad del servicio postal es difícil, e incluso con ella, el éxito es incierto. Es más sencillo interceptarlo antes de que la carta salga de casa.

Alguien que vivía con él.

Alguien estaba buscando.

Alguien que había buscado esta carta antes de que fuera enviada y la había guardado.

¿Qué habría pasado si esa persona hubiera guardado la carta en casa?

No en la oficina; es demasiado obvio y demasiado caro. En otro lugar.

En su propia habitación, tal vez.

Ella va a subir.

La habitación de Helen.

Se detiene frente a la puerta.

Está pensando en su madre, que está en el hospital con Elise.

Piensa en la puerta del dormitorio de Elise, que estaba entreabierta esta mañana, en cómo algunas puertas se abren sin ser forzadas.

Ella entra.

La habitación de Helen.

Limpio, ordenado, con el mismo rigor que Hélène aplica a todo. La cama hecha a la perfección. El tocador con sus tarritos de crema alineados. El armario cerrado.

Ella está buscando.

Ella no se toma el tiempo para disculparse internamente, se acabó eso. Ella está buscando.

Primero el armario: la ropa, los estantes superiores con su almacenamiento impecable. Nada.

El cajón de la mesilla de noche, del lado de Helen. Algunos medicamentos para ella. Un libro. Un rosario.

Ella lo cierra.

Ella mira la habitación.

Está pensando en Helen.

A su manera de controlarlo todo, de organizarlo todo, de mantener las cosas cerca y en privado, Hélène no dejaba nada importante en un lugar donde pudiera ser encontrado.

Si se trataba de algo importante, lo guardaba en un lugar donde nunca tuviera que buscarlo.

Sobre ella.

O en algo que siempre lleva puesto.

Ella ve el bolso de Helene.

El bolso grande de piel negra, siempre en el mismo sitio, sobre el sillón de la esquina, nunca fuera de la vista. Hélène no sale de casa sin este bolso. Hélène está en el hospital con este bolso.

Ella no tiene ese bolso.

Pero quizás la carta no estaba en la bolsa desde el principio.

Quizás la carta estaba en algún lugar que su madre había guardado durante más tiempo.

Ella busca sistemáticamente.

Debajo de la cama hay una maleta plana. La saca. La abre. Ropa de lana de invierno, mantas ligeras. Las desdobla una por una.

Nada.

Ella lo entrega.

Ella mira a la peluquera.

Los pequeños frascos alineados. Los perfumes. Un joyero lacado en negro; ella lo abre. Las joyas habituales de Hélène: los pendientes de oro, el collar de perlas.

Ella levanta la primera bandeja del joyero.

Abajo.

Un sobre.

Blanco. Tamaño estándar. Cierre: solapa pegada y sellada.

La dirección en el reverso, escrita a mano, con la letra vertical y apretada de su padre.

Juez Thierry Valmont — División de Investigación — Tribunal Superior de París.

Y en la esquina: Confidencial. Personal.

El sobre no tiene sello.

Nunca fue enviado.

Ella sostiene el sobre con ambas manos.

Piensa en su padre, que lo había escrito.

Piensa en lo que hizo falta: ni valentía, ni espíritu heroico. Solo la fría decisión de alguien que no tenía nada que perder y que se negó a que su vida se redujera a una lista de traiciones sin recompensa.

Piensa en Helen, quien la había encontrado.

Antes de que pudiera enviarlo.

Hélène, que había registrado su oficina, o que había esperado a que se durmiera, o que había entrado en esa habitación mientras él estaba en el hospital para una consulta y había registrado y encontrado.

Hélène, que había guardado el sobre en su joyero.

Debajo de la bandeja había perlas y oro.

Ella sostiene el sobre.

Ella no lo abre.

Todavía no, no así, sola en la habitación de su madre. Este sobre sellado es una prueba. Si lo abre, cambiará algo en su situación legal. Lo piensa.

Ella le toma fotos: el anverso, el reverso, la dirección, la ausencia de sello. Envía las fotos a la dirección de correo electrónico externa. Le envía a Marion: Carta sellada de Édouard al juez de instrucción. Nunca enviada. Interceptada por Hélène. Escondida en su habitación. ¿Qué hacer?

Tres minutos.

Marion responde: No lo abras. El fiscal adjunto dice que si se lo entregas directamente mañana, no habrá problema. Quédatelo contigo.

Ella vuelve a guardar el sobre en su bolso.

Ella sale de la habitación.

Ella cierra la puerta.

Ella se apoya contra la pared del pasillo.

Ella reflexiona sobre lo que eso significa.

Su padre le había escrito a un juez. Su madre interceptó la carta. La guardó entre sus joyas y la mantuvo allí durante los días previos a la muerte de su esposo.

Mientras su marido agonizaba —mientras alguien entraba en esa casa aquella noche y lo empujaba escaleras abajo— esta carta estaba debajo de las joyas de Helen.

Hélène lo había interceptado para protegerlo.

Para proteger a la familia.

Para proteger lo que quedaba por proteger.

Y al hacerlo, eliminó lo único que podía protegerlo.

Ella se baja.

Julien sigue en la cocina. No se ha movido, o quizás ha vuelto; ella no lo sabe. Está allí con su café frío y las manos apoyadas sobre la mesa.

Él levanta la vista cuando ella entra.

Ella se sienta frente a él.

"Él estaba enfermo",dijo ella.

"Lo sé."

"Cáncer. Etapa IV. Lo sabía desde enero."

"Me lo dijo. En marzo."Julien se mira las manos. «Me dijo que quería arreglar las cosas antes de irse. Pensé que se refería al testamento, a la propiedad. Y entonces comprendí lo que realmente quería decir».

"Y ?"

"Tenía miedo."

"Le dijiste que no hablara."

"Sí."

"Y él—"

"Dijo que entendía mi miedo. Que no me culpaba. Pero que lo iba a hacer de todos modos."Julien levantó la vista. "Dijo: Solo te pido que no me detengas."

Está pensando en su padre.

A aquel hombre de la foto de Helen, joven y sonriente, que se había convertido en alguien capaz de guardar silencio durante treinta años y que finalmente había decidido que ese silencio ya no podía durar.

No por heroísmo.

Por agotamiento.

Por la simple lógica de un hombre que se estaba muriendo y que no quería llevarse esto consigo.

"Le había escrito a un juez",dijo Camille.

Julien la mira.

"Marc me lo contó."

"La carta estaba en la habitación de mamá. Debajo de sus joyas. Nunca fue enviada."

Silencio.

Julien coloca ambas palmas sobre la mesa. Este es el gesto de alguien que busca una superficie sólida.

"Ella lo interceptó."

"Sí."

"Lo hizo por nosotros. Y también por él; ella pensaba que..."

"Ella hizo eso."La voz de Camille es monótona. "Cualesquiera que hayan sido sus razones."

"La noche del 10",dijo Camille. "Reconstruyamos."

Julien la mira.

"Papá sabe que su carta no ha sido enviada, o quizás no lo sabe, pero sabe que algo anda mal. Se fijó en el 8: ellos lo saben. Alguien le había advertido. Tal vez Villemont a través de un intermediario. Tal vez Moreau directamente.""

"O mamá,"Julien dijo en voz baja: "Si ella tenía la carta, sabía que él hablaría de todos modos".

"¿Crees que se lo contó a Villemont?"

Julien no contesta.

"No lo sé. No quiero pensar en ello."

"Pero."

"Pero no lo sé."

"La noche del 10",Camille continúa: «Papá está en su oficina. Quizás escribiendo otra versión de la carta, una que iba a entregar él mismo o enviar desde una oficina de correos externa. Oye a alguien en la casa. Sale al pasillo».

"Y alguien lo estaba esperando."

"La mujer. La que te mordió cuando intentaste detenerla."

"Oí algo. Bajé las escaleras. Demasiado tarde."

"Demasiado tarde."

Se quedan así un rato.

"Tenía sesenta y siete años, padecía cáncer en etapa IV y estaba tratando de informar a un juez sobre treinta años de delitos".Camille dijo: "Y alguien decidió que eso no podía suceder".

"Villemont."

"Sí."

"Con Moreau como enlace local."

"Sí."

Ella saca el sobre.

Ella lo coloca sobre la mesa entre ellos.

Julien mira la dirección: Juez Thierry Valmont. Se da cuenta de que no hay sello.

"Ella no lo envió",dijo.

"No."

"Si ella lo hubiera enviado..."

"Puede que aún esté vivo."

Siguió el silencio.

Un silencio que encierra tanto: ira, tal vez, o lo que sobreviene a la ira cuando uno está demasiado exhausto para contenerla. Julien mira el sobre de su padre fallecido. Hélène había interceptado la carta para proteger a la familia. Quizás, al hacerlo, selló el destino de su esposo.

Puede que nunca lo sepa.

Y tal vez ella ya lo sabe.

Quizás eso era lo que producía ese ruido en la habitación de Julien aquella noche, el sollozo ahogado de un hombre que lloraba en la oscuridad. Quizás Julien lo sabía.

"Mañana,"Camille dijo: "Vienen agentes de la fiscalía de París. No de la gendarmería local. De París".

Julien la mira.

"Tú hiciste eso."

"Marion lo hizo. Con lo que he construido en los últimos diez días."

"¿Y tú... vas a hablar?"

"Sí."

"¿Todo?"

"De todo lo que recuerdo. Y de todo lo que sé."

Él asiente.

"Yo también."

Ella vuelve a guardar el sobre en su bolso.

Ella sube a su habitación.

Se sienta en el escritorio de su padre fallecido.

Piensa en todo lo que hay en su bolso: las fotos, el cuaderno, el anillo de sello, la bolsita azul de Marc, el sobre sellado, el dibujo de la figurita con los ojos abiertos.

Piensa en su padre, que tenía todo esto en mente y que no había podido plasmarlo a tiempo.

Ella cree que mañana estará afuera.

Por fin afuera.

Ella abre su teléfono.

Ella marca el número de Marion.

"Mañana por la mañana,"—dijo ella cuando Marion contestó el teléfono—. Diles que vengan mañana por la mañana.

"Voy a llamar al sustituto ahora mismo."

"BIEN."

Silencio.

"Camille."

"Qué."

"¿Está seguro?"

Ella mira el escritorio de su padre. La lámpara amarilla. El bloc de notas de cuero verde. La ventana que hay detrás, con el jardín oscuro.

"Sí,"—Estoy segura —dijo ella.

29

Helen habla

Hélène regresa a las siete.

Camille lo oye aparcar el coche. Lo oye entrar por la puerta principal, no por la trasera, sino por la grande, la de delante, la que se usa para entrar oficialmente en algún sitio.

Ella lo oye en el pasillo.

Ella lo oye detenerse frente a la puerta de la sala de estar.

Ella espera.

La puerta se abre.

Helen entra.

Todavía lleva el abrigo sobre los hombros; no se lo ha quitado en la entrada, como siempre hace, ese ritual de bienvenida que ha mantenido durante décadas. Tiene el bolso negro pegado al cuerpo. Tiene esta expresión... no la máscara, no esta noche, es otra.

Pasó el día en el hospital con Elise.

Observó a su hija sedada en la cama del hospital.

Y algo en esa mirada, en lo que el hospital le devolvió, cambió algo.

Ella ve a Camille.

Ella ve la mesa.

Camille había colocado todo sobre la mesa, no para llamar la atención, ni para aplastarlo. Simplemente para que estuviera a la vista. Las fotos. El cuaderno. La bolsita azul. El anillo de sello en su bolsa de plástico. Y el sobre sellado: el sobre de su padre para el juez Valmont, que había sacado de debajo de sus joyas.

Helen se detiene.

Ella mira el sobre.

Ella se sienta.

Se sienta sin que se lo pidan. Se sienta frente a Camille, frente a los objetos sobre la mesa, frente a treinta años extendidos allí a la luz de la sala.

Ella se quita el abrigo.

Ella lo coloca sobre su regazo.

Ella mira el sobre por un momento más.

Entonces ella alza la vista hacia su hija.

"Elise está mejorando."—dijo—. La retuvieron dos días. Las pruebas revelaron una sobredosis de benzodiazepinas; no un suicidio, según dijeron. Fue causada por una administración externa.

"Lo sé."

"Alertaron a la policía."

"Yo también lo sé."

"Moreau atendió la llamada."

Camille no dijo nada.

Hélène tampoco lo creyó durante un tiempo.

"Encontraste la carta."dijo Hélène.

"Sí."

"En el joyero."

"Sí."

Hélène apoya las manos sobre el abrigo doblado que reposa en su regazo. Camille observa esas manos. Manos que han preparado tés, manos que han echado medicinas en las tazas, manos que han colocado una carta bajo una joya. Manos que también han sostenido una fotografía de jóvenes felices en un jardín desconocido.

"Quería protegerlo",dijo Hélène.

"Lo sé."

"Si la carta hubiera sido enviada..."

"Puede que aún esté vivo."dijo Camille.

Silencio.

Hélène cierra los ojos por un segundo.

"Sí,"—Lo sé —dijo ella.

"Explícamelo",dijo Camille.

Su voz es tranquila. No suave, sino tranquila. Hay una diferencia. La suavidad es una intención, la calidez algo que se ofrece. La tranquilidad de Camille esta noche no es un regalo. Es la tranquilidad de alguien que ha superado la ira y simplemente pide comprensión.

Helen abre los ojos.

Ella mira a su hija.

"No tenía dieciocho años cuando comprendí quién era realmente tu padre."—dijo—. Tenía treinta y nueve años. Hay una diferencia.

"Dime."

"Yo tenía dieciocho años cuando nos conocimos. Tu padre tenía veinticuatro. Su familia era dueña de esta propiedad, de esta casa. Y yo no tenía nada: ni casa, ni familia con tierras, ni un nombre que significara algo en este departamento."Habla sin entonación alguna. Expone los hechos tal como son. «No era cruel. No era malo. Simplemente era un hombre de su clase, de su época, con las certezas propias de su posición. Lo amé. Lo amé durante mucho tiempo».

"La foto."

"Sí. La foto."Un suspiro. "Éramos felices. De verdad. Antes."

"¿Antes de qué?"

"Antes de que empezara a comprender que él tenía actividades que yo desconocía. Gente. Acuerdos."

"Villemont."

"Primero Villemont, el padre. Luego Villemont, el hijo, cuando el padre envejeció."Ella baja la mirada hacia la mesa. "Tu padre no era el jefe. Nunca lo fue. Estaba en el círculo de estas personas: les

hacía favores, firmaba lo que había que firmar, hacía la vista gorda ante lo que había que hacer la vista gorda."

"Y tú lo sabías."

"Poco a poco. No todo a la vez. Pequeñas cosas. Ausencias. Las cenas en casa de los Villemont siempre se alargaban demasiado. El teniente de alcalde de urbanismo, que siempre votaba según se le pedía."

"Julio de 1997,"dijo Camille.

Helen respira.

"Regresaba de la cena de los Villemont. Justo en ese momento. Una cena que había terminado antes de tiempo porque el señor Villemont no se encontraba bien. Cogí el coche. Pensé en ir a casa a darles las buenas noches a los niños."

"Y encontraste esto."

"Y encontré esto."

Lo dice sin dar detalles. Porque nombrar las cosas con precisión tiene un coste, y ella es muy cuidadosa con sus gastos.

"Viste a Julien."

"Julien y otros dos chicos. Y Thomas. Y tú."

Camille.

"Y yo.""

"Sí."

"Miré a mi hijo",dijo Hélène.

Su voz cambia ligeramente aquí; no se aprecia ninguna emoción en su rostro, pero sí algo diferente en su voz. La capa que se esconde bajo el mármol.

"Tenía dieciséis años. Estaba pálido como la tiza. Lloraba; no lo había visto llorar desde que tenía ocho. Miraba a aquel chico en el suelo y no sabía qué hacer."

"Este chico se llamaba Thomas Avril."

"Sé cómo se llamaba."

"Di su nombre."

Un rato.

"Thomas Avril."Ella pronuncia el nombre. Lo retiene en la boca por un instante, como quien reconoce el peso de algo. "Él también tenía dieciséis años".

"Sí."

"Lo sé."

"Yo elegí a mi hijo",dijo Hélène.

Estas cuatro palabras fueron pronunciadas sin temblor.

"Elegiste encubrir un asesinato".dijo Camille.

"Es lo mismo."

Camille la mira.

"No,"—No es lo mismo —dijo ella.

"Para una madre—"

"Para una madre, tal vez. Para otros —para Thomas Avril y para su familia que nunca lo supo— no es lo mismo."

Hélène no responde.

Ella no contraargumenta. Ya no tiene energía para ello. Dice lo que dice porque es lo que ha sostenido durante treinta años y no tiene otra forma de expresarlo.

"¿Y Elise?"Camille dijo: "¿Y qué hay de mí? Cuando nos diste medicina para que olvidáramos, ¿fue también para proteger a tu hijo?"

"Para protegerte también a ti."

"Proteger."

"Para que no seas testigo de un suceso que no podrías soportar a esa edad. Elise tenía siete años."

"Tiene treinta y siete años. Lleva veinticinco años rascándose las muñecas en su habitación."

Helene cierra los ojos.

"Lo sé."

"¿Y Mireille Castel?"dijo Camille.

Silencio.

"Mireille no debería haber hablado."

"Tenía derecho a hablar."

"Si ella hablaba..."

"Tenía razón."

"Julien iba a ir a prisión."

"Julien hizo algo que merecía ser juzgado."

Hélène abre los ojos. Mira a su hija.

"¿Le habrías dejado hacer eso? ¿A los dieciséis años?"

"No sé qué habría hecho yo en tu lugar. Sé lo que era correcto."

"Lo que es correcto y lo que es real rara vez son lo mismo."

"No cuando estás tomando decisiones por otros."

Se miran el uno al otro.

En esta sala de estar, con los objetos sobre la mesa, la tarde de noviembre afuera y la casa a su alrededor respirando sus antiguas piedras, dos mujeres se miran y no se ven la una a la otra de la misma manera.

Hélène ve a una chica que no ha tenido hijos y que juzga desde un lugar que desconoce.

Camille ve a una mujer que ha construido una prisión para todos, pensando que está construyendo un espacio de protección.

Ambos están equivocados. Ambos tienen razón. La verdad reside en el espacio intermedio, y es insoportable por diferentes razones.

"La carta,"Camille dijo: "Sabías que él lo había escrito".

"Sabía que estaba tramando algo. Lo estaba buscando.""

"Encontraste la carta."

"Sí."

"Y lo conservaste."

"Para darle tiempo a cambiar de opinión."

"Ya no tenía tiempo."

"No sabía cuánto..."

"Cáncer en etapa IV. Ya lo sabías."

Helen permanece en silencio.

"Si lo hubieras enviado",Camille dijo: «Si le hubieras dicho a tu marido que habías encontrado la carta pero que ya la habían enviado —si hubieras hecho eso— Villemont no habría sabido que aún quería hablar. Habría esperado el correo, la respuesta del juez. Nadie habría entrado en esa casa esa noche».

El silencio es largo.

"Lo sé,"Hélène finalmente dijo.

Sé que esto es diferente a todos los demás.

Este contiene algo que los demás no tenían.

De verdadera culpa.

No culpa por las cosas que hemos hecho. Culpa por las cosas que no hemos hecho.

"¿Quién mató a papá?"dijo Camille.

Directamente.

"Villemont."

"Sus hombres."

"Sí."

"¿Lo sabía Moreau?"

"Moreau lo ha encubierto."

"¿Pero quién entró en esa casa aquella noche?"

Helen la mira.

"No sé el nombre de la mujer. Julien la vio."

"Alguien más lo sabía. Alguien que sabía exactamente cuándo tu marido estaría solo, cuándo Julien no estaría allí, cuándo sería el momento adecuado."

Hélène no dijo nada.

"Alguien en esta casa",dijo Camille.

Helena.

El espacio entre ellos.

"Mamá."

Helene cierra los ojos.

"Yo no le dije a Villemont que lo matara."

"Pero le dijiste que Edward iba a hablar de todos modos."

Un silencio muy largo.

"Había guardado la carta","Llamé a Villemont para decirle que tenía la carta. Que todo estaba bajo control. Que a tu padre se le podía... manejar de otra manera", dijo Hélène.

"Y Villemont decidió que su forma de dirigir era más radical que la tuya."

"Sí."

"Y no te esperabas eso."

"No."

"No te esperabas eso."

"No, Camille."La voz de Hélène —quebrada, verdaderamente quebrada esta vez— es como algo que desgarra capas. "Yo no quería esto".

Camille se levanta.

Ella da la vuelta a la mesa.

Ella se acerca a la ventana. El jardín en la oscuridad. El roble. El cielo sin estrellas.

"Tú se lo dijiste",—dijo sin darse la vuelta—. Llamaste a Villemont para decirle que Édouard seguía decidido. Y Villemont envió a alguien.

"Sí."

"Y esta persona mató a tu marido."

"Sí."

"En esta casa."

"Sí."

Ella se da la vuelta.

Mira a Hélène sentada en la sala con el abrigo sobre las rodillas y las manos apoyadas en él. Su madre, que tiene sesenta y cuatro años y que viste así y que no se ha derrumbado porque la gente como ella no se derrumba, que ha aprendido a no derrumbarse porque el derrumbe era el precio de no tener el control y lo construyeron todo para no perderlo jamás.

Excepto esa.

Allí, sentados en esa sala de estar.

Helen ya no tiene nada que controlar.

"El nombre,"dijo Camille. "El nombre que me prometiste."

Helen levanta la vista.

"No te prometí nada."

"Dámelo de todos modos."

Hélène la mira fijamente durante un largo rato.

Esa mirada... Camille la sostiene. No se rinde. No aparta la vista. Heredó esa mirada de su madre, quien lo construyó todo para que nadie la detuviera jamás.

"La persona directamente responsable de la muerte de Edward",— No fue Villemont —dijo Hélène—. Villemont dio la orden, pero fue otra persona quien organizó el acceso. Quien proporcionó la

información. Quien sabía que Julien estaría fuera esa noche, que la casa estaría en esa disposición.

"Alguien de dentro."

"Sí."

"Moreau."

"No."

Camille está esperando.

"Maestro Bonnard,"dijo Hélène.

Silencio.

Maestro Bonnard.

El notario de la familia. El que había venido para la sucesión testamentaria. El que se había hecho cargo del despacho de Boussac tras su muerte. A quien Hélène le había entregado un sobre al marcharse. El que tenía una cita con Camille el jueves a las tres.

"Bonnard,"dijo Camille.

"Ha trabajado para Villemont durante veinte años. Se hizo cargo del despacho de Boussac. Fue él quien firmó los documentos con su padre en 2006. Fue él quien gestionó los asuntos financieros."

"Y la noche de la muerte de papá."

"Él lo sabía. Sabía que Edward le había escrito a un juez. Yo se lo había dicho; se lo había dicho para que pudiera ayudar a gestionar la situación. Para que pudiera encontrar una solución legal."Su voz. "Pensé que estábamos buscando una solución legal."

"Y Bonnard tenía otra idea para la solución."

"Bonnard llamó a Villemont. No yo; yo había llamado a Villemont para decirle que tenía la carta y que podía esperar. Fue Bonnard quien le dijo a Villemont que no podía esperar. Que tu padre iba a encontrar otra manera de enviarla."

"¿Cómo lo sabes?"

"Porque Bonnard me lo dijo."

Camille la mira.

"Él te lo dijo."

"Después vino a verme. Quería que supiera que había actuado en el mejor interés de la familia. Que lo hizo para protegernos."Hélène mira sus manos. "Le cerré la puerta en la cara".

"Y no dijiste nada."

"¿A quién se lo habría contado?"

"A mí."

"Estuviste en Lyon."

"En la comisaría."

"Moreau."

Las dos letras que lo dicen todo.

Camille se dirige a la mesa.

Ella toma su bolso.

Ella saca su teléfono.

"Mañana por la mañana llegarán agentes de la fiscalía de París. Necesitarán su testimonio."

Helen la mira.

"¿Y si me niego?"

"No te negarás."

"No puedes..."

"No. No puedo obligarte."Camille la mira. «Pero guardaste una carta debajo de tus joyas durante días mientras alguien mataba a tu marido. Y lo sabes. Y vivirás con eso el resto de tu vida, testifiques o no».

Silencio.

"Declarar no cambia eso."

"No. Pero cambia lo que le sucede a Bonnard. Y a Villemont."

Hélène mira a su alrededor en la sala de estar: los muebles antiguos, las fotos en la pared, la chimenea. Esta casa que había puesto a la venta incluso antes de que muriera su marido.

"Testifico",dijo ella.

Su voz es monótona.

No es un alivio. No es una decisión valiente. Es la respuesta de una mujer que ya no tiene nada que proteger y, por lo tanto, ya no tiene ninguna razón para callar.

Camille coge su teléfono.

Ella llama a Marion.

"Bonnard,"—dijo ella cuando Marion contestó el teléfono—. El señor Bonnard, notario en Périgueux. Me hice cargo del despacho de Boussac en 2006. Trabaja para Villemont. Él proporcionó la información que condujo al asesinato de Édouard Dubreuil.

"¿Está seguro?"

"Tengo un testimonio."

"¿Cuyo?"

Ella mira a su madre en la sala de estar.

"De la mujer que vivía con él."

30

El rostro de la sombra

Ella no duerme.

Lo había previsto: aquella noche, después de Hélène, después de Bonnard, después de todo lo que se había desencadenado en aquel salón. Lo había previsto y no se resistió. Se tumbó en la cama, completamente vestida, y dejó que su mente divagara.

Él está trabajando.

Vuelve a empezar desde el principio: desde el primer día, desde su llegada, desde el hombre que había visto desde la ventana de su apartamento en Lyon antes de marcharse.

Desde que todo.

Algo no cuadra.

Lo ha presentido desde su conversación con Hélène. No se trata de los hechos en sí, que están ahí, verificables y documentados. Se trata de la lógica. De la estructura de lo sucedido desde su llegada.

Hélène había llamado a Villemont.

Bonnard había concertado el acceso a la casa esa noche.

Moreau se encargó de las consecuencias: los casos archivados, las citaciones, las intimidaciones.

Es una red coherente. Una red externa al hogar, que opera desde el exterior con puntos de entrada específicos.

Pero.

Las acciones más precisas —aquellas que requerían un conocimiento íntimo de la casa, de los hábitos, de las rutinas— no tenían la estructura de una red externa.

La maleta. La tarjeta SIM. La medicación en el té de Elise, con la dosis precisa. La caja metálica encontrada y devuelta al trastero.

Esas acciones procedían de alguien más cercano a mí.

No Moreau — Moreau pudo haber estado allí, pero Moreau no estaba allí todos los días. Moreau no estaba en esa casa a diario.

Pensó en quién estaba entrando en esa casa.

Regularmente. Sin que pareciera anormal. Sin que nadie notara su presencia como una anomalía.

Piensa en los días transcurridos desde su llegada.

La primera noche, registraron la habitación. Alguien había entrado mientras ella estaba abajo, o antes de que llegara, durante las horas que transcurrieron entre el anuncio de su llegada y su llegada efectiva.

Se pregunta quién sabía de su llegada.

Julien la había llamado. Hélène lo sabía. Y.

Marcel Vernet.

Ella se incorpora en la cama.

Vernet.

El vecino. El hombre de setenta años que vivía en la propiedad contigua, que había esperado a que Camille le entregara el sobre vacío, le había mostrado la foto del coche desconocido en la carretera.

Está reconstruyendo Vernet desde cero.

Vernet, que había esperado a que todos se hubieran marchado al funeral antes de acercarse a él. Vernet, que le había dado un sobre vacío, diciendo que su padre lo había dejado allí en caso de desgracia. Vernet, que tenía una foto del coche desconocido.

¿Por qué Vernet tenía una foto del coche?

Ella lo había pensado en ese momento; él le había explicado que estaba mirando por la ventana. Que le había parecido extraño.

Ella había aceptado esa explicación.

Ella no la había preocupado.

Ella saca su teléfono.

Saca sus apuntes: la libreta de cuadriculados pequeños.

Busca las primeras páginas. Relee lo que había anotado en Vernet.

Vecino. De unos 70 años. Conocía a Édouard desde hacía mucho tiempo. Mi padre confiaba en él.

Sobre vacío. Dice que no lo abrió; alguien lo vació primero.

Foto del coche: él estaba mirando por la ventana.

Releyó esa última frase.

Estaba mirando por la ventana.

¿A qué hora?

No le preguntó a qué hora la estaba observando. No le preguntó por qué la observaba. Tomó la foto y se marchó con la certeza de que Vernet era un aliado.

Está pensando en el sobre.

Vernet había dicho que su padre se lo había traído el 4 de noviembre bajo la lluvia. Un fajo de papeles. Luego había dicho que estaba vacío cuando lo encontró en su cajón.

Alguien había vaciado el sobre.

O alguien había entrado en la casa de Vernet.

O bien Vernet vació el sobre él mismo.

Ella no lo había comprobado.

No lo había comprobado porque Vernet parecía ser lo que decía ser: un vecino anciano y solitario, algo entusiasmado por participar en algo, no un manipulador.

Pero.

Piensa en la foto que dejaron sobre el escritorio.

La foto del sótano con la lona.

Alguien la había dejado allí para que lo averiguara. Alguien que quería que lo supiera, pero no podía decírselo directamente.

Ella pensaba que él era un aliado.

¿Y si se tratara de alguien que jugara en ambos bandos?

Ella está pensando en el futuro.

Vernet esperó a que todos se hubieran marchado al funeral para hablar con él. ¿Por qué? Si fuera un verdadero aliado, podría haberle hablado antes, durante el funeral, en cualquier momento.

Había esperado hasta que ella estuviera sola.

Vernet conocía la casa.

¿Cuántos años llevaba siendo vecino? Treinta, cuarenta años. Había visto crecer a los hijos de los Dubreuil desde su ventana. Conocía la propiedad, los accesos, las rutinas.

Lo conozco desde que era un niño.Vernet había dicho esto, refiriéndose a Moreau.

Conocía a Moreau desde la infancia.

Ella se levanta.

Ella camina de un lado a otro en la habitación.

Ella reconstruye.

Vernet conocía a Moreau. Vernet conocía la casa. Vernet estuvo presente la noche de la muerte de Édouard; miró por la ventana y vio el coche.

O había estado esperando el coche.

O lo hizo venir.

La casa.

Esta palabra sigue apareciendo.

Está pensando en Hélène; van a vender la casa esta semana. El trámite acelerado. El bufete Renaud-Maurel. La llave del depósito.

¿Quién quería vender la casa?

No solo Helen quería irse, huir, alejarse de ellos. Pero la precisión del procedimiento, la rapidez, el comprador ya había sido encontrado incluso antes de la muerte de Edward.

¿Quién había encontrado al comprador?

Ella coge su teléfono.

Revisa sus notas: la página sobre el bufete Renaud-Maurel, la información recopilada en el estacionamiento del pueblo. Buscaba al dueño del sedán que había venido a devolver la llave. Bufete de abogados Renaud-Maurel & Asociados.

Pero no había investigado más a fondo. No había averiguado quién había contratado a Renaud-Maurel. Quién se había puesto en contacto con la firma primero.

Ella abre su computadora.

Busca información sobre Renaud-Maurel: su sitio web, avisos legales, socios. Encuentra los nombres. Dos socios principales. Y en los avisos legales, una empresa matriz, un holding propietario del bufete.

Desarrollo de VHL.

Ella está buscando VHL Développement.

Empresa inmobiliaria registrada en Périgueux. Busca socios para VHL Développement.

Solo un nombre en el registro mercantil.

Marcel Vernet.

Ella coloca las manos sobre el escritorio.

Ella mira la pantalla.

Marcel Vernet.

El vecino de setenta años con su cárdigan y la forma en que miraba por la ventana.

La vecina que había esperado a Camille después del funeral.

El vecino que conocía a Moreau desde la infancia.

El vecino era propietario de una sociedad holding que a su vez era propietaria del bufete de abogados especializado en liquidaciones aceleradas que estaba en proceso de vender la casa de Dubreuil.

La casa.

Su valor. Lo que contiene. Lo que puede abarcar.

Piensa en la propiedad de Dubreuil: las hectáreas de terreno, la casa solariega, las dependencias, el bosque. Piensa en cuánto valdrá en la región de Périgord en 2024. Piensa en un promotor inmobiliario, en un proyecto de construcción, en cómo las antiguas fincas nobiliarias se transforman en residencias de lujo o viñedos.

Vernet quería la propiedad.

No por amor al campo.

Porque la propiedad tenía algo que las demás propiedades no tenían.

Un sótano.

Un sótano con su contenido.

Y quien quisiera comprar esta propiedad también querría comprar el silencio que la acompañaba: el silencio del propietario que nunca excavaría, que no tendría ningún interés en descubrir qué había debajo del hormigón.

Ha sido reconstruido desde cero.

Vernet siempre había estado allí.

Desde la infancia de Julien, él conocía a los niños, a los padres, las costumbres. Conocía a Moreau. Conocía la casa. Y conocía el secreto del sótano.

Lo conocía, ¿cómo?

O bien él estuvo involucrado en 1997 a un nivel que ella aún no comprendía, o bien lo descubrió después y lo utilizó como arma.

Un arma contra los Dubreuil.

Si no me vendes la casa, hablaré.

O viceversa.

Sé lo que hay en tu sótano. Te ayudaré a mudarte, a deshacerte de ello y, a cambio, me vendes a precio de ganga.

Piensa en los guantes que hay en el granero.

Todavía húmedo.

Alguien que había trabajado en el granero esa misma tarde, alguien que había entrado por la trampilla. Alguien que no era de la casa pero que entró libremente.

Vernet tenía una llave.

O Moreau le había dado acceso.

Piensa en la foto que dejaron en el escritorio: la lona, el sótano. Había creído que la foto era de alguien que quería ayudarla. ¿Pero y si era de alguien que quería mostrarle lo que sabía? Una demostración de poder, no de ayuda. Mira lo que sé. Mira dónde estoy. No puedes hacerme nada.

Ella se baja.

Son las tres de la mañana.

La casa está dormida.

Sale por la puerta trasera, en silencio, en el frío de noviembre. Cruza el jardín. Llega hasta el muro que separa las dos propiedades: un viejo muro de piedra de metro y medio de altura, cubierto de musgo y hiedra.

Ella mira la propiedad de Vernet por encima del muro.

La casa está iluminada.

A las tres de la madrugada, una ventana de la planta baja está iluminada.

Ella se va a casa.

Ella coge su teléfono.

Ella se lo envía a Marion — Marcel Vernet, vecino. El verdadero dueño de VHL Développement, que controla Renaud-Maurel. Ha estado orquestando la venta de la propiedad desde antes de la muerte de Édouard. Conectado con Moreau. Se requiere una investigación urgente.

Ella espera.

Tres minutos.

Marion contesta a pesar de la hora tardía; les había advertido a todos que duerme con el teléfono en la mano. ¿En qué te basas para decir eso?

Registro mercantil. Desarrollo de la BVS. Socio único. Nombre: Marcel Vernet.

Dos minutos.

Estoy comprobando. Quédate donde estás.

Ella espera en la cocina.

Sostiene su café caliente entre las manos; ese calor tangible y sencillo, el único lujo que se permite. Espera.

Veinte minutos.

Marion vuelve a llamar.

"VHL Développement, confirmado. Marcel Vernet, accionista único. Fundada en 2015. Renaud-Maurel es filial desde 2018. Y encontré algo más."

"Qué ?"

"VHL Développement firmó un acuerdo preliminar de venta de la propiedad de Dubreuil en octubre de 2024. Antes de la muerte de Édouard. Firmante por parte de Dubreuil: Hélène Dubreuil.""

"Hélène había firmado en octubre."

"3 de noviembre en el cuaderno de su padre — RV NT — documento firmado. Es el compromiso.""

"Vernet le había ofrecido la venta. Ella había aceptado."

"¿A cambio de qué?"

Ella piensa.

"A cambio de su silencio sobre Thomas Avril. Él lo sabía. Había ejercido poder sobre esa familia durante años. Y estaba esperando el momento oportuno."

"La muerte de Edward precipitó los acontecimientos."

"O contribuyó a precipitar los acontecimientos."

Ella piensa en el sobre vacío.

Vernet, quien le había dicho que su padre le había traído un fajo de papeles.

Vernet, quien le había dicho que alguien lo había vaciado después.

A él.

Vernet había vaciado el sobre.

No para quedárselo, sino para ver qué contenía. Para averiguar hasta qué punto Edward había avanzado en sus preparativos. Y para ajustar sus propios planes en consecuencia.

Y entonces le entregó el sobre vacío como gesto de alianza.

Mira cómo te estoy ayudando. Mira cómo estoy de tu lado.

Marion vuelve a llamar por tercera vez.

"La fiscal adjunta está al tanto de la situación. Quiere que Vernet esté en su oficina mañana por la mañana a la misma hora que usted. Esta noche enviará gente para establecer vigilancia."

"Tiene una póliza de seguro de vida",dijo Camille.

"Qué ?"

"Un hombre como él... guarda treinta años de secretos sobre varias familias, sobre una red criminal, sobre asesinatos. Nunca se ha delatado. Debe tener un seguro de vida. Una grabación. Documentos automáticos que se envían si le sucede algo."

Silencio.

"¿En qué estás pensando?"

"Creo que se cree intocable. Y la gente que se cree intocable acaba diciéndolo.""

Ella toma su abrigo.

Ella sale de la casa.

Ella se acerca al muro divisorio.

Ella camina a lo largo de ella hasta la entrada de la propiedad de Vernet: la pequeña puerta de madera, siempre abierta, que había cruzado la primera noche para recoger el sobre.

Suena.

Responde en dos minutos.

Cárdigan beige. Pantuflas. Esa manera anticuada e inofensiva que él había tenido desde el principio, y que ella había aceptado desde el principio.

Él la mira.

No parece sorprendido.

"Camille. Es tarde."

"Lo sé."

"Entre."

La sala de estar de Vernet.

Lo había visto una vez: la primera noche, los sillones, la mesa de centro, la fotografía enmarcada de una mujer cuyo nombre no había mencionado. Ahora lo ve todo de otra manera.

Un hombre organizado. Estanterías impecables. Sin desorden. Alguien que controla su espacio como controla todo lo demás.

Se sienta.

Ella permanece de pie.

"Sabes por qué estoy aquí",dijo ella.

"Ya me lo imaginaba."

"Desarrollo VHL."

Él asiente. Sin derrumbarse. Sin cambiar su expresión.

"Ya te lo esperabas",dijo ella.

"Desde que empezaste a rebuscar en los archivos, sí. Eres metódico. Era solo cuestión de tiempo."

"Desde el principio supiste quién era yo y qué buscaba."

"Sí."

"Y me diste un sobre vacío para que pareciera que me estabas ayudando."

"Te di lo que tenía."

"Tenías las cartas de papá."

Él no responde.

"Los habías leído. Sabías hasta dónde había llegado en su preparación. Y te posicionaste como aliado para vigilar hasta dónde llegaría yo."

"Eso no es incorrecto."dijo.

"La casa,"Camille dijo: "Por eso. No para proteger a nadie. La propiedad."

"Ella vale mucho."

"Y con Thomas Avril en el sótano, ella no vale nada, o solo sirve como moneda de cambio."

"Esa es una forma de verlo.""

"Si lo compras, el sótano es tu problema. O te deshaces de él antes de comprarlo. La trampilla del granero... esa era tuya."

Él la mira.

"Eres verdaderamente la hija de tu padre."

"No me digas eso."

"Eso es un cumplido."

"Yo no lo veo así."

Ella saca su teléfono.

Deja la grabación sobre la mesa; pulsó el botón de grabar nada más entrar en casa, por reflejo, algo que le surgió sin que ella lo formulara realmente.

Él mira el teléfono.

"Graba.""

"Sí."

"Eso no cambiará nada."

"No ?"

"No."Se levanta. Va al estante. Saca una carpeta. La pone sobre la mesa entre ellos. "Porque tengo esto."

La carpeta.

Ella lo abre.

Discos. Unidades USB. Impresiones de correos electrónicos y documentos. Ve nombres —Villemont, Moreau, Bonnard, Dubreuil— que no reconoce. Ve fechas. Cantidades.

"Treinta años de documentación",dijo Vernet. "Cada acuerdo. Cada pago. Cada muerte está vinculada a esta red."

"Incluido Thomas Avril."

"Incluido Thomas Avril."

"¿Y adónde irás si te pasa algo?"

Él sonrió.

Esa sonrisa... la había visto la primera noche. Había leído sobre una amable vecina anciana. Ahora está leyendo sobre otra cosa. Alguien que ha esperado treinta años por su momento.

"Si me pasa algo, si no inicio sesión en mi sistema cada cuarenta y ocho horas, todo se difunde automáticamente. A los periódicos. Al ministerio. A las familias. A todo el mundo."

Se sienta.

"Creo que soy intocable",dijo. "Porque lo soy."

Ella observa a este anciano en su propia sala de estar a las tres de la mañana.

Ella piensa en lo que él cree.

Ella está pensando en cosas que él aún desconoce.

"Mañana por la mañana,"—dijo—. Vienen agentes de la fiscalía de París. No de Moreau. De París.

Algo pasa por sus ojos.

"Tienen la reapertura de la investigación sobre Thomas Avril. Tienen el testimonio de Julien. Tienen el testimonio de Hélène. Tienen la carta sellada de mi padre al juez Valmont. Tienen treinta páginas de archivos sobre Boussac y Mireille Castel."

Él la mira.

"Y te van a atrapar."—dijo ella—. No a cambio de nada. Porque van a venir y van a abrir todos los archivos y tu nombre está en todos los registros y Moreau va a hablar para salvar lo que pueda salvar y Bonnard va a hacer lo mismo.

"Mi sistema—"

"Envía todo",Camille dijo: "Déjalo fluir automáticamente. Suéltalo todo. Será parte del proceso".

Él la mira.

Mucho tiempo.

Y por primera vez desde que ella entró en esta habitación —por primera vez desde que lo vio abrir la puerta en cárdigan y pantuflas — algo cambió en su rostro.

No por miedo.

Algo más específico.

La constatación de que lo intocable tiene un límite.

Y que esta frontera se llama Camille Dubreuil.

31

El enfrentamiento

Debería irse.

Ella lo sabe; tiene la grabación, tiene lo que buscaba, hizo lo que tenía que hacer en esa sala limpia a las tres de la mañana. Debería levantarse, cruzar el jardín, volver a la casa y esperar a que amanezca.

Ella no se va.

Porque Vernet la mira con esa sonrisa que ha cambiado; ya no es la sonrisa del amable vecino anciano, ni la del manipulador que acaba de darse cuenta de que tiene sus límites. Es una tercera sonrisa. Algo que aún no puede descifrar, pero su instinto le dice que no la ignore.

"Sentarse,"dijo.

"Sigo en pie."

"Como desées."

Coge la carpeta. La vuelve a colocar en la estantería, sin cuidado, con la indiferencia de quien ya no la necesita. Regresa a sentarse en su sillón.

"Tu grabación no me preocupa",dijo.

"Lo sé. Me lo dijiste."

"Eso no significa que no esté preocupado."

Ella lo mira.

"Eso no me preocupa",dijo Vernet, "porque sabes muy bien que si me haces caer completamente, si lo das todo, si lo abres todo, lo que salga no será solo lo que yo tengo sobre los demás".

Él se levanta.

Él va al estante.

Coge otra carpeta, más fina y vieja. La coloca sobre la mesa de centro, entre ellas.

Él no lo abre.

Simplemente coloca la mano sobre ella.

"Julio de 1997,"dijo.

Camille no dijo nada.

"¿Quieres que te cuente sobre aquella noche?"

"Sé lo que pasó esa noche."

"Sabes lo que te dijo Julien. Y lo que tu memoria traumatizada te ha permitido retener."

"Ya es suficiente."

"No,"—Eso no es suficiente —dijo Vernet—. Porque Julien no lo sabe todo. Y la memoria, incluso sin medicación, tiene puntos ciegos.

"Tú no estabas allí."dijo Camille.

"No."Se sienta de nuevo en su silla. «Pero yo estuve allí después. Soy vecino de esta casa desde 1985. Vi llegar a Édouard y Hélène con sus hijos. Vi crecer a Julien. Vi crecer a Élise. Y he visto crecer esta casa desde mi ventana durante décadas».

"Esperando tu momento."

"Mediante la comprensión."Pronunció la palabra con particular precisión: "Hay una diferencia entre esperar y comprender".

"Dime qué es lo que dices entender."

Él abre la carpeta.

Aparece una hoja de papel.

No es una foto, sino un documento manuscrito. Líneas finas, tinta azul descolorida. Él lo gira hacia ella.

"Leroux tomaba notas. No para sus archivos oficiales, sino para sí mismo. Notas personales sobre pacientes a los que no podía tratar

de forma convencional. Quemó la mayoría antes de ser hospitalizado."

"La mayoría de ellos."

"Yo tenía una copia."

Ella mira la hoja de papel.

La letra de Leroux —ella la había visto en el cuaderno de su padre, las referencias a las reuniones de la L—. Reconoce el estilo, la forma en que escribía las letras.

"No voy a leer eso."dijo ella.

"No necesitas leer. Yo te lo diré."

"No."

"Camille."Su voz cambió de nuevo. No era dureza, sino otra cosa. El tono de alguien que tiene cosas difíciles que decir y ha decidido decirlas de todos modos. «Leroux señaló que la noche del 14 de julio de 1997 llegó a la propiedad alrededor de las dos de la madrugada. Lo llamó Hélène. Thomas Avril llevaba muerto unas dos horas en ese momento».

"Yo sé eso."

"No lo sabes todo. Él también se fijó en lo que estabas haciendo cuando llegó."

Ella no dijo nada.

Ella espera.

Ella no quiere preguntar. No quiere darle la satisfacción de preguntar. Pero espera porque no oír también es una forma de no saber, y decidió —hace diez días, en su coche en la autopista, antes incluso de entrar en esta casa— que lo averiguaría.

"Estabas en el jardín",dijo Vernet. «Sentada en los escalones de la terraza. Leroux escribió que mirabas al suelo. Que ya no llorabas. Que tenías algo en las manos».

"Qué ?"

"El anillo de sello."

Ella mira sus propias manos.

Piensa en el anillo de sello en la pared del sótano, con las iniciales TA grabadas en el interior. Piensa en cómo lo encontró, en el gesto de guardarlo en su bolsillo.

"Lo habías tomado",dijo Vernet. "Thomas lo llevaba puesto esa noche. Leroux notó que lo sostenías entre los dedos. Que lo estabas girando."

"Lo tomé porque..."

Ella se detiene.

Ella no sabe por qué lo tomó.

Ella no lo recuerda.

"Leroux formuló una hipótesis",Vernet dijo: "Tomado nota aquí. Escribió: el pequeño Dubreuil sostenía el anillo como alguien que no quiere que algo se pierda. Como alguien que conserva una huella".

Ella permanece de pie.

Mantiene las manos en los bolsillos del abrigo porque ahí es donde las mete y no sabe qué más hacer con ellas.

"Y luego,"dijo Vernet. "Cuando Hélène empezó a organizarse. Cuando tuvimos que bajar a Thomas al sótano."

"Julien me lo contó."

"Julien te dijo que estabas allí. Que sostenías la lona."

"Sí."

"Lo que no te contó —o lo que él mismo desconoce, porque cada uno tiene su propia versión de aquella noche— es que al principio te negaste."

Ella lo mira.

"Te negaste",«Leroux lo notó», dijo Vernet. «Hélène se lo contó a Leroux. Te habías negado a sujetar la lona. Habías dicho que no. Y Hélène te había tomado de la muñeca y te había puesto las manos encima, diciéndote: "Es por Julien. Lo haces por Julien"».

Silencio en la sala de estar.

En algún lugar había un reloj, un tictac mecánico y regular que contaba algo.

Ella piensa en sus manos a los quince años.

Piensa en el fragmento: sus propias manos sobre una lona. Ese fragmento que había regresado desde que dejó de tomar la medicación.

Manos colocadas allí por otra persona.

No fue una elección. Fue un gesto de su madre en sus muñecas.

Es por Julien. Lo estás haciendo por Julien.

"¿Por qué me estás contando esto?"dijo Camille.

"Porque necesitas entender qué hiciste realmente y para qué te crearon. Hay una diferencia."

"No me estás dando este regalo por amabilidad."

"No,""Les digo esto porque si quieren testificar mañana, si quieren estar en esta sala frente a los fiscales, necesitan saber exactamente qué pasó. No la versión de Julien. No el vacío legal. Los hechos."

"Para poder dar un mejor testimonio."

"Para que puedas dar un testimonio justo."

"¿Y eso te ayuda?"

Él sonrió.

Y esa tercera sonrisa.

"Un testimonio verdadero es aquel que se sostiene. Un testimonio incompleto o falso se desmorona durante el contrainterrogatorio. Y cuando un testimonio se desmorona, todo lo que lo rodea también se desmorona."

Ella lo entiende.

Necesita que sus testimonios se mantengan.

No para ella, sino para él. Para que el rompecabezas sea completo y coherente. Para que su propia posición en este rompecabezas —el

testigo discreto, el documentalista de treinta años, el hombre que lo guardó todo— se presente de la mejor manera posible.

"Quieres negociar."dijo ella.

"Quiero salir de esta con algo."

"Propiedad."

"No."Sacude la cabeza. "La propiedad está perdida. La propiedad se ha ido para siempre; con la reapertura de la investigación, con Thomas Avril en el sótano, la propiedad será una escena del crimen durante años. No quiero eso."

"¿Así que lo que?"

"Inmunidad."

Ella lo mira.

"Usted ha presenciado el encubrimiento de un asesinato durante treinta años. Ha utilizado esto como moneda de cambio. Ha contribuido a la muerte de al menos una persona al proporcionar información a Villemont."

"Nunca dije que estuviera limpio."

"La inmunidad no será posible."

"Inmunidad parcial. A cambio de todo lo que tengo."

"Tu carpeta."

"Mis treinta carpetas. Mis registros. Las cuentas bancarias en el extranjero de Villemont. Los nombres de sus intermediarios. Toda la red, no solo el caso de Thomas Avril, todo. Años de corrupción en este departamento."

Ella permanece inmóvil.

Ella piensa en lo que él le está ofreciendo.

Y ella está pensando en Thomas Avril.

A Thomas Avril, que tenía dieciséis años y murió en un jardín de verano y que había estado en un sótano durante treinta años porque

la gente había calculado sus intereses y había decidido que el suyo no contaba.

"No,"dijo ella.

Él la mira.

"No."

"Te niegas..."

"Me niego a negociar con usted."Su voz es tranquila. Siempre tan tranquila. "Lo que tienes, entrégaselo a los fiscales mañana. Porque si no lo haces, les contaré lo que me dijiste esta noche y lo descubrirán por sí mismos."

"Te cuesta algo."

"Sí."

"La inmunidad parcial es mejor que nada también para ti, si quieres que las pruebas se mantengan firmes."

"Quiero que se haga justicia."Ella pronuncia las palabras; las oye en su propia boca, oye cómo suenan, cuán ingenuas podrían sonar en esta sala a estas horas. No suenan ingenuas. Suenan como lo que son. "No acordado. No negociado. Entregado."

Vernet se levanta.

Él es más alto que ella.

Ella nunca lo había medido realmente; siempre había tenido esa postura encorvada de anciano, esa aparente disminución de tamaño. Ahora está erguido y ya no está encorvado. Es simplemente un hombre sano de setenta años que ha dedicado su vida a calcular y esperar.

"Ya sabes lo que les pasa a las personas que no negocian."dijo.

"Sí."

"En esta familia—"

"Sí, lo sé."

"Tu padre..."

"Mi padre no tenía nada que perder. Yo lo tengo todo que perder."Ella lo mira. "Y de todos modos, no estoy negociando."

Él se acerca.

No de forma amenazante, ni un movimiento brusco, ni una mano levantada. Solo un paso hacia ella. Y luego otro. Esta manera de acortar la distancia entre dos personas para ver qué hace la otra.

Ella no se rinde.

"Me grabaste",dijo.

"Sí."

"Esta grabación... si no vuelves a casa esta noche. Si te pasa algo en esta casa."

"Marion tiene el número al que llamar si no le envío un mensaje antes de las seis de la mañana."

"Las seis de la mañana."

"Son las tres y media."

Él la mira.

Ella lo mira.

Dos personas de pie en el salón de una casa de campo a las tres y media de la mañana.

Y algo en ese espacio —no violencia, todavía no, pero sí la posibilidad de violencia, esa zona donde las cosas pueden inclinarse sin que sepamos en qué dirección.

"No tienes miedo en absoluto."dijo.

"Si,"dijo Camille. "Pero eso no cambia nada de lo que hago."

Un ruido.

La puerta principal.

Ambos se dan la vuelta.

Juliano.

De pie en la puerta de Vernet —cruzó el jardín, cruzó el muro divisorio—, allí está con el abrigo echado sobre los hombros, las

manos en los bolsillos y esa cara.

Esta cara.

Desde su llegada, Camille lo había visto en muchos estados diferentes: el calculador Julien, el arrogante Julien, el que lloraba al pie del árbol, el que se confesaba. Había visto a muchos Juliens distintos.

El de esta puerta es diferente.

No encuentra la palabra de inmediato.

Entonces ella lo encuentra.

Julien decide.

"Juliano,"dijo Vernet.

Su voz ha cambiado.

Por primera vez desde que Camille está en esta sala de estar —por primera vez esta noche y quizás en mucho tiempo— la voz de Vernet no está del todo bajo control.

"Podías oírme",dijo Camille.

No para Julien. Para ella misma. Ella hace los cálculos: Julien regresaba a casa del hospital, donde no había dormido, o había oído la puerta trasera, o había visto la luz encendida en casa de Vernet y lo había entendido.

"¿Por cuánto tiempo?"dijo en voz alta.

Julien mira a Vernet.

"Desde Thomas Avril,"dijo.

Él entra en la habitación.

Se detiene a dos metros de Vernet.

"El anillo de sello",—le dijo a Vernet—. Las notas de Leroux. Lo que le contaste a mi hermana esa noche.

"Juliano-"

"¿Desde cuándo tienes esto?"

"Estos documentos no..."

"¿Por cuánto tiempo?"

Su voz.

Plano. Absolutamente plano. Esta planitud que no es calma, que es lo que viene después de la calma, lo que viene cuando te has adentrado tanto en algo que ya no estás en la zona de las emociones ordinarias.

"Unos pocos años,"dijo Vernet.

"Años."

"Leroux tenía miedo. Necesitaba que lo tranquilizaran. Me confió..."

"Te confió las notas sobre mi hermana. Sobre lo que vivió a los quince años. Sobre lo que la obligaron a hacer."

"Para protegerlos. Para protegerlos a todos ustedes..."

"Para protegerte."

Julien saca la mano derecha del bolsillo.

En su mano: el teléfono de Vernet.

A Camille le cuesta un segundo comprender. Había cogido el teléfono al entrar; ese gesto rápido de alguien que conoce las casas, que sabe dónde la gente deja sus teléfonos, que se había guardado el teléfono en el bolsillo sin que Vernet se diera cuenta.

Vernet mira el teléfono que Julien tiene en la mano.

"Devuélveme..."

"Seguro de vida,"Julien dijo: "El sistema automático. La conexión cada cuarenta y ocho horas. ¿Está en este teléfono?"

"Devuélvelo..."

"¿Está ella en este teléfono?"

Vernet no responde.

Este silencio es una respuesta.

Julien mira el teléfono.

Busca, durante unos segundos, esa manera metódica de alguien que ha pasado años lidiando con cosas difíciles y que no pierde el rumbo en momentos de presión.

Él encuentra lo que busca.

Él lo presiona.

Le devuelve el teléfono a Camille: la pantalla está encendida, hay una aplicación abierta, una interfaz de envío automático.

Conexión activa. Próxima transmisión automática en: 47 horas 53 minutos.

Una opción en la parte inferior de la pantalla.

Desactivar.

"No toques eso."dijo Vernet.

Su voz, diferente otra vez. Esta vez no era calculada ni reflejaba miedo. Era otra cosa. La voz de alguien que veía cómo el edificio que había construido durante treinta años estaba a punto de derrumbarse de una forma que no había previsto.

"Juliano,"dijo Camille.

Julien está mirando la pantalla.

"Si desactivas eso",Ella dijo: "Las pruebas ya no desaparecen automáticamente. Villemont y los demás siguen siendo potencialmente intocables".

"Lo sé."

"Juliano-"

"Sé lo que estoy haciendo."

Pulsa el botón Desactivar.

Pantalla de confirmación: ¿Está seguro de que desea desactivar el envío automático? Esta acción es irreversible.

Pulsa Confirmar.

La pantalla muestra: Envío automático desactivado.

Vernet da un paso adelante.

Julien lo mira.

Esa mirada.

Vernet se detiene.

"AHORA,"Julien dijo: "Ya no tienes seguro de vida".

"Acabas de venir de..."

"Acabo de hacer algo irreversible, sí."Mira a Vernet sin pestañear. "Y ahora eres como nosotros. Eres como lo fuimos nosotros durante treinta años: sin red de seguridad, sin protección, sin saber que algo se apaga automáticamente si no te conectas."

"Sus pruebas..."

"Están en este teléfono y en estas carpetas, y mañana por la mañana llegarán personas de la fiscalía y se los incautarán."

"Si me dejas ir..."

"No te vas a ir."dijo Julien.

Él mira a Camille.

Ella mira a su hermano.

En esa mirada se transmite algo entre ellos; no complicidad ni manipulación, sino algo más visceral. Dos personas que, tras treinta años de todo lo que las había enfrentado, se encuentran del mismo lado de la línea divisoria.

"Llama a Marion",Julien dijo: "Dile que llame al fiscal adjunto ahora mismo. No mañana por la mañana. Ahora mismo".

Camille saca su teléfono.

Ella llama a Marion.

Marion contesta en dos timbres.

"Vernet. Necesito que el ayudante envíe gente ahora mismo. Esta noche. No mañana por la mañana."

"Son las cuatro en el..."

"Lo sé. Tengo testimonios en vivo y pruebas físicas, y a alguien que no debe abandonar esta casa hasta que lleguen los funcionarios."

Silencio.

"Lo llamaré."

"Ahora, Marion."

"Lo llamaré ahora.""

Ella cuelga.

Ella mira a Vernet.

Ella mira a Julien.

En la sala de estar limpia y ordenada de un hombre de setenta años que había pasado treinta años observando y esperando, algo llegó a su fin definitivamente.

No como en las historias limpias.

No con una elegante música de parada y finalización.

Con tres personas en una habitación a las cuatro de la mañana, un teléfono cuyo seguro de vida acaba de ser desactivado y carpetas en un estante que contienen treinta años de lo que esta casa y sus alrededores han producido en silencio y en la muerte.

"No diré nada sin un abogado."dijo Vernet.

"Es tu derecho",dijo Camille.

"No tienes nada en mi contra personalmente."

"No,"—dijo Julien—. Pero tengo treinta años de cosas en mi contra. Y voy a contarlas. Todo. Delante de quien sea. Cueste lo que cueste.

Él dice eso, y es la verdad.

Camille lo sabe.

Vernet también lo sabe.

Y esa verdad —la verdad de un hombre que decidió alzar la voz porque treinta años de crisantemos blancos al pie de un árbol ya no son suficientes— es la única en esta sala de estar que no se puede negociar, manipular ni desactivar.

32

Lo que hizo esa noche

El recuerdo regresa a las cinco de la mañana.

No en casa de Vernet; no mientras esperaban en silencio la llegada de los fiscales, no mientras Julien vigilaba la puerta y Vernet permanecía sentado en su sillón con el rostro pensativo, como si estuviera recalculando. Salió al jardín de Vernet; necesitaba aire, necesitaba salir de esa habitación, necesitaba unos minutos entre los muros de piedra y el cielo oscuro.

Ella está de pie en el jardín de Vernet.

El frío de noviembre.

Ella mira al cielo.

Y el recuerdo regresa.

No suavemente.

Como un impacto.

Como algo que había estado contenido durante treinta años por un muro y que de repente lo atraviesa porque el muro está demasiado agrietado para contenerlo, porque los medicamentos han estado ausentes durante bastante tiempo, porque algo en esa noche —la confrontación, las palabras de Vernet, el gesto irreversible de Julien — abrió algo irreversible también en su propia memoria.

Aparece de repente.

Y ese es un impacto doloroso.

Primero la música.

Siempre había tenido ese fragmento de textura sonora, esa música del verano de 1997 sin una melodía identificable. Ahora tenía la melodía. Algo popular de esa época, una canción que había escuchado en la radio durante años sin haberla relacionado jamás.

El jardín.

Verano. Ese calor seco del Périgord en julio que perdura en las piedras mucho después del atardecer; siente ese calor en los brazos, en la nuca. Tiene quince años. Está sentada en la hierba con una copa de vino que sostiene con ambas manos porque no sabe sujetar bien una copa y no quiere derramar ni una gota.

Tomás.

Thomas estaba sentado frente a ella con su guitarra a su lado, las cuerdas las pulsaba distraídamente con la mano derecha, sin tocar realmente. Le habló. Ella le respondió. Ese momento —ese preciso instante— lo revivió con una claridad que la dejó sin aliento. La forma en que la escuchaba. La forma en que sus ojos claros solo buscaban lo que ella decía.

Ella lo había considerado guapo.

Ella recuerda haber pensado eso.

Entonces.

El argumento.

La voz de Antoine —una voz que solo conocía por descripciones, por las palabras de Julien y Marc—, pero que su memoria recuperó de repente con una precisión inquietante. Aguda. Borracha. La voz de un chico de dieciséis años diciendo algo vil con la seguridad de quien aún no comprende lo que realmente está diciendo.

Thomas se levanta.

Ella lo había sentido: el cambio en el aire, esa transición del verano a otra cosa, ese instante en que la tarde da un giro. Lo había sentido primero en las piernas: esa tensión que comienza en las extremidades antes de llegar a la consciencia.

Ella también se había puesto de pie.

No había tenido tiempo de dar un paso.

El ruido.

Ella recuerda el ruido.

No era el sonido que esperaba. Habría esperado un grito, una exclamación, algo vocal. Lo que oyó fue más sordo, más breve, más contundente. Como el impacto de una calavera contra una piedra.

Recuerda haberse congelado.

Quedarse completamente paralizado, no es una decisión, no es un cálculo, es simplemente esa paralización total del cuerpo cuando ocurre algo inimaginable y el cerebro no tiene dónde almacenarlo.

Ella recuerda que Thomas no se levantó.

Y recuerda algo más.

Algo que no tenía en los fragmentos, algo que ahora viene con todo lo demás, en este desbordamiento.

Ella había abierto la boca.

Abrió la boca para gritar.

Y no salió nada.

No porque alguien la hubiera agredido. No porque alguien se lo hubiera impedido físicamente. Porque algo en su interior —el miedo, la conmoción, esa parálisis que no tiene nombre preciso en los idiomas comunes— la había desconectado antes de que llegara el sonido.

Ella había abierto la boca.

Y se hizo el silencio.

Los minutos que siguieron.

No los tiene todos; aún hay zonas grises, espacios borrosos. Pero tiene suficientes.

Recuerda a Antoine cayendo de rodillas junto a Thomas. A Lucas retrocediendo. A Julien llamándolo en voz baja: «Thomas, Thomas, levántate, vamos». La forma en que la gente habla con los heridos graves, como si el sonido de su voz pudiera deshacer lo que acababa de suceder.

Ella recuerda haberlo visto.

Por haber estado en el jardín mirando.

Haber sabido —no con palabras, sino con el cuerpo, con ese conocimiento primitivo que precede a las palabras— que Thomas Avril no volvería a levantarse.

Y ella no había gritado.

Ella no había llamado a nadie.

Ella había mirado.

Sabes lo que hiciste esa noche.

El mensaje anónimo.

Ella está en el jardín de Vernet a las cinco de la mañana y piensa en ese mensaje y en lo que había hecho.

Ella se había quedado en silencio.

Eso es todo. Nada más, nada adicional: ni gestos, ni violencia, ni participación activa en lo que vendría después. Sus manos sobre la lona: Hélène las había colocado allí, en estado de shock, después. Antes de eso, durante los minutos cruciales, había observado y permanecido en silencio.

Lo que hizo fue guardar silencio.

Ella piensa que es lo mismo.

Permanecer en silencio ante la muerte es dejarla existir sin protestar. Es elegir el silencio en lugar de dar la voz de alarma. A los quince años, en aquel jardín, tuvo esa opción: gritar, pedir ayuda, correr a buscar a un adulto, hacer el ruido que tal vez —solo tal vez— hubiera cambiado algo en los segundos siguientes. Tal vez la ayuda habría llegado. Tal vez Thomas Avril no habría muerto al instante. Tal vez.

Ella piensa que no es lo mismo.

Tenía quince años. Su cerebro acababa de sufrir una descarga eléctrica que no pudo procesar. Quedarse aturdido no es una elección. Quedarse paralizado no es una decisión. Uno no elige quedarse paralizado como elige levantarse.

Ella está pensando... ya no sé.

Ambas afirmaciones son ciertas.

Ambas son ciertas al mismo tiempo, y eso es lo insoportable: no una u otra, sino ambas juntas, en el mismo cuerpo de la misma persona, la culpa y la inocencia coexistiendo sin anularse mutuamente.

Ella se queda en el jardín.

El cielo comienza a cambiar, imperceptiblemente, aún no amanece, pero este cambio cualitativo en la oscuridad indica que algo se acerca. Ella mira al cielo.

Está pensando en Thomas Avril.

Ella piensa en él vivo: la guitarra, los ojos claros, la forma en que la escuchaba. Piensa en él muerto en el sótano durante treinta años, con sus iniciales grabadas en un árbol y su anillo de sello en la pared.

Ella cree que guardar silencio tiene consecuencias.

No a ella, sino a él.

Si ella hubiera gritado, si alguien hubiera corrido, si la ayuda hubiera llegado en cuestión de minutos, Thomas Avril habría tenido una oportunidad. Una oportunidad mínima, tal vez. Tal vez ninguna en absoluto; el impacto había sido fatal, tal vez ninguna ayuda habría cambiado nada. Tal vez.

Pero tal vez sí estaba allí.

Y ella lo había extinguido con su silencio.

Su teléfono vibra.

Ella lo saca.

Un mensaje de texto.

Número desconocido. Otro número desconocido, otra tarjeta prepago desechable, pero con un formato diferente al de los mensajes anteriores.

Ella lo abre.

Sin texto.

Una imagen.

Ella mira la foto.

La mira fijamente durante un tiempo que no puede medir; no son segundos, ni minutos, algo fuera del tiempo.

Una foto.

En blanco y negro: la calidad de una cámara de cine de finales de los noventa, ese grano particular, esos contrastes ligeramente exagerados.

Un jardín.

Por la noche.

Esta noche.

Reconoce el jardín: las piedras de la terraza, la esquina del muro, el roble al fondo.

En primer plano.

Una niña.

Sola en el jardín, ligeramente de perfil. Una copa de vino en su mano derecha; en su recuerdo la sostiene con ambas manos, pero en la fotografía la sostiene con una, quizás después, en los minutos posteriores. Su larga melena de quince años. Su rostro vuelto hacia algo fuera del encuadre.

Ella no tiene ninguna duda.

Es ella.

Esta es Camille Dubreuil a los quince años en el jardín de la casa familiar la noche del 14 de julio de 1997.

Alguien había tomado esta foto.

En el jardín. Aquella noche. Alguien con una cámara que capturó esta imagen y la guardó durante treinta años.

Julien no; Julien está segura de que no tiene ninguna foto de esa noche.

No era el caso de Antoine Moreau; Moreau estaba en el jardín, no tenía perspectiva.

Alguien más lejos.

Alguien que observaba desde fuera.

Desde el muro divisorio, tal vez.

Desde la ventana de una casa contigua.

Ella mira la casa de Vernet.

La ventana se iluminó en la planta baja.

Vernet estaba mirando por la ventana.

Vernet, que llevaba allí desde 1985.

Vernet, que tenía una cámara y tiempo, y esa paciencia de la gente que espera.

Ella regresa a la casa.

Julien sigue allí, de pie junto a la puerta, en esa postura vigilante que no ha abandonado en la última hora. Vernet está en su sillón. Nada se ha movido en la habitación.

Ella le enseña el teléfono a Julien.

Él mira la foto.

Él reconoce —ella ve el momento en que él reconoce ese pasaje en su rostro.

"¿Quién envió esto?"dijo.

Ella mira a Vernet.

Vernet está mirando la foto desde el sillón.

No se levanta. No se derrumba. Mira la foto con la serenidad de quien había previsto esta posibilidad y se había preparado para ella.

"Eres tú",dijo Camille.

Él no lo niega.

"Lo has conservado durante treinta años."

"Sí."

"Como un seguro adicional. Además de la carpeta. Además de los documentos."

"Un seguro pensado específicamente para ti. Por si te conviertes en una persona demasiado peligrosa."

"Y lo envías ahora porque..."

"Porque te negaste a negociar."dijo. "Porque mañana vendrán personas de la fiscalía y esta foto cambia algo en tu posición como testigo".

Ella mira la foto.

Tiene quince años y está en el jardín.

Ella reflexiona sobre lo que dice y lo que no dice.

Una chica en un jardín donde alguien murió. Una chica que estaba presente. Una chica que tenía la copa de vino en la mano: se podía leer complicidad, indiferencia, participación.

Puedes interpretar una foto como quieras.

"Esta foto,"Según dijo, "muestra a una adolescente en un jardín".

"Esta foto muestra a una adolescente en el jardín donde Thomas Avril acababa de morir, antes de que llegaran los servicios de emergencia. Tiene una copa de vino en la mano."

"Eso no prueba nada."

"No. Pero genera dudas."

"¿Una duda sobre qué?"

"En cuanto a su credibilidad como testigo. En cuanto a su condición de víctima del sistema familiar."Él la mira. "La imagen de la hermanita que no sabía nada y que regresó en busca de la verdad."

Camille sigue mirando la foto.

La mira fijamente durante un largo rato.

Ella reflexiona sobre lo que significa la credibilidad en este contexto: qué impacto puede tener esta imagen en lo que ella dirá mañana, en lo que Julien dirá, en todo lo que han construido juntos.

Está pensando en Thomas Avril.

Piensa en su propia inmovilidad en este jardín, una inmovilidad que no era complicidad pero que podía tener esa apariencia.

Y ella piensa en otra cosa.

"Fuiste tú quien me envió el primer mensaje."dijo ella.

Vernet la mira.

"Sabes lo que hiciste esa noche.""

Él no responde.

"Ni Villemont. Ni Moreau. Ni Hélène. Tú".

"Para que los busques",—dijo finalmente—. Para animarte a venir. Para que te pongas en marcha.

"Para qué ?"

"Porque llevaba treinta años esperando a que alguien viniera y lo esclareciera todo. Y nadie vino. Y necesitaba que alguien viniera, para que mis pruebas pudieran utilizarse, para que la red pudiera desmoronarse, para que la propiedad pudiera liberarse de lo que contenía."

"Me necesitabas."

"Sí."

"Y ahora que estoy aquí, intentas destruirme."

"Estoy negociando."

"No,"Camille dijo: "Te estás metiendo en un lío tú solo".

Ella mira la foto por última vez.

Una chica de quince años en un jardín de verano.

La mirada se dirigió hacia algo que estaba fuera de la pantalla.

Ese forastero... ese es Thomas Avril. Ahora está segura. Esa noche, su mirada estaba fija en Thomas. Incluso en el silencio, incluso en la conmoción, sus ojos no se habían apartado de él.

Ella guarda su teléfono.

"Mañana voy a contar la verdad. Todo. Incluida esta foto. Incluido que tenía quince años, que me quedé paralizada y que no salí de esa parálisis a tiempo."

"Tu credibilidad..."

"Lo que hice o dejé de hacer a los quince años, en estado de shock traumático, en un jardín donde alguien acababa de morir, no cambia lo que esta familia y estos hombres han hecho durante treinta años. Y la gente de la fiscalía sabe la diferencia."

"¿Está seguro?"

"No,"—dijo Camille—. Pero de todas formas estoy diciendo la verdad.

Faros en la calle.

A través de la ventana del salón: faros de coches, luego puertas de coches, luego pasos sobre la grava.

Julien se acerca a la ventana.

"Dos coches,"dijo. "75 platos."

París.

Están aquí.

Camille mira a Vernet.

Ahora tiene este rostro: no el del anciano bondadoso, ni el del manipulador calculador. Algo más pequeño. Algo más humano, casi. El rostro de alguien que ha dedicado treinta años a construir algo y que, al ver las luces de un coche en la calle, comprende que todo ha terminado.

"La foto,"dijo. "No se lo enviaré a nadie más."

"Lo sé,"Camille dijo: "Porque ya no lo necesitas como amenaza. Y porque yo misma se lo voy a demostrar".

Él la mira.

"Anda tu-"

"Voy a enseñarles la foto. Voy a decirles quién eres. Voy a decirles que estabas mirando este jardín desde tu ventana la noche del 14

de julio de 1997, y que tomaste esta foto y la guardaste durante treinta años como prueba."

"Eso no me conviene."

"No."

"Eso tampoco te sienta bien."

"No."Ella lo mira. "Pero es la verdad."

Llaman a la puerta.

Julien abre.

Un hombre y una mujer, ambos de unos cuarenta años, vestidos con ropa común pero con el porte propio de quienes ocupan cargos oficiales y han aprendido a no alardear de ellos. La mujer sostiene una placa.

"¿Señora Dubreuil?"

"Sí."

"Soy el fiscal adjunto Langlois. Hablamos a través de su abogado."

"Sí."

Ella mira a Vernet desde su sillón.

"¿Es él?"

"Sí,"dijo Camille. "Y va a hablar."

Ella sale al jardín.

Deja a Julien, al ayudante del sheriff Langlois y a los demás con Vernet en su propia sala de estar.

Sale a la calle al aire frío de las cinco y media de la mañana.

Se detiene en medio del jardín.

Está pensando en Thomas Avril.

A su boca abierta en el silencio de julio de 1997.

Treinta años después de aquella boca abierta.

Ella reflexiona sobre el significado del silencio.

Ella aún no sabe si es lo mismo. No sabe si alguna vez lo sabrá con certeza; esa pregunta, esa frontera entre la parálisis y la complicidad, entre la víctima y el testigo silencioso, puede que no se resuelva del todo, tal vez permanezca abierta como ciertas heridas.

Pero ella piensa que conocer la pregunta —plantearla con claridad, afrontarla de frente sin reducirla a una respuesta simple— es quizás la única forma de justicia que puede ofrecerse a sí misma.

Y lo dirá mañana.

En voz alta.

Delante de los funcionarios.

Y las paredes de esta casa, que lo habían recordado todo durante treinta años, por fin escucharían a alguien hablar.

Epílogo

Las paredes tienen memoria más larga que los seres vivos.

La casa está vacía.

Este vacío es diferente a cualquier otro que haya conocido en esta casa desde su llegada. No es el vacío de una ausencia temporal: la partida y el regreso de la familia, el espacio doméstico suspendido entre dos presencias. Es un vacío definitivo. El vacío de algo que ha terminado y que no volverá a repetirse de esta forma.

Los fiscales se marcharon con sus cajas y bolsas de plástico numeradas.

Julien se marchó esposado en un coche común, sin distintivos en las puertas; no fue una detención dramática, sino algo más discreto, más sobrio, más real. Había mirado a Camille antes de subir al coche. Solo una mirada. Ella no apartó la vista.

Hélène ya no estaba allí cuando llegaron los coches esta mañana.

Se marchó durante la noche, legalmente, sin dejar rastro, con la maleta hecha y el coche aparcado en algún sitio que no fuera el patio. Como siempre hacía las cosas importantes: en silencio, sin dejar huella inmediata, con la fría eficiencia de quien había dedicado su vida a orquestar las desapariciones ajenas y había aprendido a orquestar la suya propia.

El fiscal adjunto Langlois había notado su desaparición sin aparente sorpresa.

Lo encontraremos,Ella había dicho. Simplemente.

Elise está en el hospital. Su estado es estable. Las pruebas confirmaron la sobredosis: no fue accidental ni suicida. Recibe

tratamiento ambulatorio. Su expediente médico se suma a otros en carpetas de cartón.

Camille está parada en el umbral de la puerta.

Amanecer.

La palabra no le hace justicia a lo que ve: amanecer es demasiado puro, demasiado poético para este cielo de noviembre que se blanquea tenuemente sobre los campos. Sin color. Sin luz dramática. Solo el paso del negro al gris, esa transición honesta y sin adornos de un día que llega porque los días llegan.

El río Dordoña al fondo.

Ella no lo ve, pero sabe que está ahí: esa línea oscura entre las colinas, ese río que fluía cuando Thomas Avril tenía dieciséis años, que fluía cuando Mireille Castel se ahogó en él y que fluye ahora mientras Camille está de pie en un porche con una foto en la mano.

La foto.

Ella y Thomas.

Verano de 1997 en aquel jardín: los dos sentados en la hierba, con los hombros vueltos el uno hacia el otro, ella con una sonrisa sincera.

Ella lo está sosteniendo.

Está pensando en quemarlo.

Está pensando en quedárselo.

Ella permanece inmóvil entre las dos opciones; esta indecisión no es debilidad, sino simplemente el hecho de que algunas cosas no se deciden fácilmente, que algunas cosas merecen no ser decididas rápidamente.

Thomas Avril, de dieciséis años, estaba tocando la guitarra y escuchándolo hablar.

Thomas Avril, cuyas iniciales están talladas en un roble y cuyos huesos yacen en algún lugar bajo una propiedad que se convertirá en escena del crimen durante los próximos años.

Ella no quema la foto.

Ella tampoco lo guarda.

Ella permanece allí, de pie, con esa imagen entre los dedos en el frío de noviembre, tomando una decisión.

Su teléfono vibra.

Ella lo saca.

Número desconocido.

Otro número desconocido; ha recibido tantos en los últimos diez días que empieza a sospechar incluso antes de abrirlo. Pero lo abre.

Un solo mensaje.

Todavía no has encontrado el cuerpo.

Ella lee.

Ella lo relee.

Ella mira la casa que tiene detrás: esa fachada de piedra, esas ventanas, ese porche sobre el que se encuentra, como quien se encuentra al borde de algo cuya profundidad aún no se ha medido.

Todavía no has encontrado el cuerpo.

Thomas Avril ya no estaba bajo el hormigón del sótano; alguien lo había movido. La trampilla del granero, los guantes húmedos, Vernet y sus maniobras. Los de la fiscalía iban a recuperarlo. Ya habían empezado.

Pero.

El cuerpo.

No su cuerpo.

El cuerpo.

Un artículo definido genérico.

No Thomas Avril específicamente.

Otro.

Está pensando en Boussac.

El 14 de noviembre de 2006, un notario fue hallado muerto en su oficina, con la puerta cerrada por dentro. Oficialmente, se dictaminó que fue un suicidio.

Cerrado con llave desde dentro.

Esas eran las palabras que había leído en el artículo de Périgord Libre y que había aceptado porque Boussac era una pieza del rompecabezas y ella buscaba otras piezas.

Pero «cerrado desde dentro» puede significar muchas cosas. Podría significar que alguien lo cerró desde dentro antes de irse. Podría significar que la escena fue preparada.

Esto podría significar que Boussac estaba en algún lugar que nadie había buscado realmente.

Está pensando en Marc Dubreuil.

Marc Dubreuil en Trémolat, de quien no había tenido noticias desde que su voz cambió al teléfono. Marc, a quien había obligado a confirmar que estaba vivo —está vivo, intimidado, ileso— pero a quien no había vuelto a ver.

Marc, que había dicho que todo estaba allí, con su bolsa azul.

Pero Marc también tenía sus propios archivadores, sus propios archivos, sus propios años de documentación.

Marc ya no respondía.

Ella mira el mensaje en su teléfono.

Está pensando en quién podría enviarlo.

No es Vernet: Vernet está ahora mismo con el fiscal adjunto Langlois; le han confiscado los teléfonos. No es Moreau: Moreau será citado en las próximas horas y está bajo vigilancia. No es Hélène: Hélène desapareció sin dejar rastro, y Hélène no suele actuar así.

Otra persona.

Alguien que sabe lo que encontró.

Quién sabe qué cosas no habrá descubierto todavía.

¿Quién la está esperando para buscar de nuevo?

Ella mira la foto.

Ella y Thomas en el césped.

La dobla con cuidado: primero por la mitad, luego en cuartos, con esos pliegues precisos y pulcros. La guarda en el bolsillo interior de su abrigo. Contra ella.

Ni quemado ni perdido.

Conservó.

Ella mira la casa por última vez.

Estas piedras que lo han conservado todo.

Estas paredes que recuerdan.

Piensa en lo que las paredes aún saben: lo que no ha encontrado, lo que no ha buscado, las piezas que faltan del rompecabezas cuya forma aún desconoce.

Piensa en Elise, que está en el hospital y a quien darán de alta en unos días, y que ya no tendrá un hogar.

Piensa en Julien, bajo custodia policial, que había hecho algo irreversible y que iba a tener que vivir con ello, con eso, con Thomas Avril, con el árbol y con los crisantemos blancos.

Piensa en su madre, en algún lugar de una carretera en Francia, limpia y silenciosa, que siempre había sabido cómo desaparecer.

Ella baja los dos escalones del porche.

Ella cruza el patio.

Ella atraviesa la puerta.

Se detiene en la carretera, justo en el lugar donde Vernet le había dicho que estaba aparcado el coche desconocido la noche de la muerte de su padre.

Ella saca su teléfono.

Ella vuelve a mirar el mensaje.

Todavía no has encontrado el cuerpo.

Ella no responde.

Ella guarda el teléfono en su bolsillo.

Ella mira la carretera: el río Dordogne a lo lejos, los campos grises de noviembre, el cielo que se va blanqueando sin brillo por encima de todo.

Tiene treinta y siete años.

Su padre murió en una escalera.

Su madre desapareció durante la noche.

Su hermano está bajo custodia policial.

Su hermana está en el hospital.

Hay un cadáver en algún lugar que nadie ha encontrado todavía.

Y hay alguien que sabe lo que ella aún no sabe.

Ella comienza a caminar.

No hacia la casa.

Hacia la carretera.

"La verdad no desaparece."Ella está esperando. Tiene todo el tiempo del mundo.

Fin del Volumen 1
